



Bárbara Alpuente

# Más allá de mí



Lectulandia

¿Qué secretos del pasado aguardan entre las paredes las casas que habitamos? ¿Y si los edificios en los que vivimos tuvieran fascinantes historias que contarnos sobre nosotros mismos? Después de su última separación, la protagonista de *Más allá de mí* decide instalarse sola en un viejo piso para escribir esa novela que siempre quiso escribir y siempre dejó para el día siguiente. Sin embargo, no sabe que en aquel lugar, años atrás, un grupo de mujeres hicieron de su amistad y de su coraje las mejores armas para superar sus miedos y el paisaje gris de la España de la posguerra. A través de un espejo, de baúles desempolvados y de alguna que otra confidencia, la narradora de la novela descubrirá que su soledad y sus enamoramientos existieron ya en otro tiempo y en otros corazones, reflejados para siempre en ese cristal que la invita a bucear en el pasado. Retrato de dos épocas distintas pero íntimamente entrelazadas, *Más allá de mí* es un misterioso, divertido e íntimo relato que nos sugiere que existe un mundo lleno de magia más allá de nosotros.

**Lectulandia**

Bárbara Alpuente

# **Más allá de mí**

ePub r1.0

Jacomus 25.11.14

Título original: *Más allá de mí*  
Bárbara Alpuente, 2011  
Diseño de cubierta: Pacmer, S. A.

Editor digital: Jacomus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis abuelas

*Detrás de cada espejo  
hay una estrella muerta  
y un arco iris niño  
que duerme*

FEDERICO GARCÍA LORCA

# 1. La casa

Se casaba mi hermana pequeña y eso significaba una cosa: me estaba quedando sola. Tenía treinta y seis años y mi entorno se había embarcado en formar familias, relaciones de pareja y barbaridades por el estilo. Allí estaban todos mis familiares alrededor, y algunos casi encima, de una mesa redonda dispuesta para los novios. Todos me miraban con esa expresión que parece estar diciendo: «¿Y tú a qué esperas?». Hubiera preferido que sacaran el tema directamente y no sufrir esa presión ante los ojos de mi padre, tan decepcionado por la vida que llevaba su hija mayor. La culpa la tiene él por esperar cosas de mí. Yo nunca le prometí que destacaría en algo o que triunfaría en el amor. Es más, de pequeña, ante la pregunta de qué quieres ser de mayor, contestaba que princesa. ¿No se hacía ya a la idea de que no tenía intenciones de hacer nada de provecho? Yo era la vergüenza de la familia y, como me gusta mantenerme firme en mis principios, hoy en día lo sigo siendo. Bajo la presión familiar, y para escapar de ella, durante la cena me dediqué a decir que sí a todo, en especial a todo aquello que llevara alcohol, cualquier estimulante para salirme temporalmente de mi cuerpo e imaginar que yo no era yo, que no estaba donde estaba y que mi familia no era mi familia. Mi hermana era la típica novia que está muy metida en su papel de novia. Reía, miraba enamorada al patiocorto de su esposo, él se veía reflejado en la brillante e inmensa frente de ella y se besaban con mis padres todo el rato. Mi hermana era joven, era guapa, era feliz... No se puede ser feliz todo el rato, es incoherente con el mundo en que vivimos. Tras una eterna cena de platos llenos de amenazante salmonelosis, llegó la hora del baile y con ello el momento de mayor vergüenza ajena del año: ver bailar a mis padres. Mis padres tienen un problema; creen que bailan bien. Y esto es lo más peligroso que te puede ocurrir. Por eso, cuando suena cualquier estilo musical, ellos se lanzan muy decididos y profesionales a la pista a escuchar supuestos piropos como: «Mira cómo bailan, si es que la juventud se lleva por dentro». No, o eres joven o no lo eres, y por mucho que bailes a Chenoa, eso no te hace más joven. Bailan sonriendo como para dar ejemplo de lo unidos que están. Luego no se dirigen la palabra. Igual deberían poner música en casa y charlar de cómo les ha ido el día a ritmo de samba, puede que así consiguieran comunicarse más allá de: «¿Dónde has puesto el salero?». «Estaba ahí». «No quiero saber dónde estaba, quiero saber dónde está». Fin. Mi madre siempre me ha dicho que bailar bien es muy femenino, porque ella presume de ser muy femenina, y la pobre lo intenta pese a tener un cuerpo retaco, de estos que parece que se te ha desplomado un contenedor gigante sobre la cabeza y te ha dejado comprimida para siempre (desde el cariño lo digo). Con unas copas de más observé el ambiente, porque con unas copas de menos no habría podido soportarlo. Me fijé en la multitud de parejas que salían a bailar ese gran ejemplo de poesía que derrocha «Bailar pegados». Y para animarme empecé a pensar que no todo era vivir en pareja. Que la soledad no era negativa y que además no estaba sola, siempre me quedaría mi amiga

Mónica, que en aquel momento cruzó por delante de mí persiguiendo a un chico que huía con cara de circunstancias mientras ella reía sola. Estaba borracha. Mónica es muy enamoradiza y si alguien le dice dos frases amables seguidas ya cree que tiene una relación. Se pasa la vida buscando señales mágicas y lo más peligroso es que las acaba encontrando. El mundo está repleto de señales, lo complejo es aprender a descifrarlas más allá de lo que queremos que signifiquen. Por eso, cuando Mónica se puso a vomitar delante del chico que le gustaba en la boda, se acercó a mí para contarme por qué había sucedido.

—Esto ha pasado porque mi cuerpo es más sabio que yo y me advierte físicamente de lo negativo de la relación.

—No, esto ha pasado porque estás muy borracha.

Me miró, se lo pensó.

—Sí, eso también.

Mi hermana y su hiperactivo marido se acercaron a charlar, y tras ellos mis padres, mis tíos, mis primos y mi abuela que no acababa de recordar qué hacía allí. No sería yo quien se lo recordara, para qué darle un disgusto a la pobre mujer. Estábamos en uno de esos momentos en los que nos congratulábamos de ser una familia unida y lo hacíamos muy evidente sentándonos los quince en una mesa muy pequeña. Mi madre atacó por fin, la buena mujer esperó a que estuviéramos todos, y yo sentí como si me sacara un ojo (supongo, porque me han ocurrido algunas desgracias pero nunca me han sacado uno). Preguntó: «¿Y tú y tu novio para cuándo?». Me miraron fijamente, todos ellos, y en mi cabeza la música se detuvo y mis movimientos eran pesados, como si la tensión ralentizara mis impulsos para impedirme salir de allí corriendo. Cuando estaba a punto de hablar, recordé de repente que nunca les informé de mi ruptura. Así que contesté a la defensiva:

—Lo hemos dejado, ¿vale? ¿Contenta? No tengo novio, no tengo trabajo, no tengo vida, no tengo nada... Bueno, sí, tengo náuseas. Vuelvo enseguida.

Mi exnovio y yo llevábamos juntos casi cuatro años, pero las cosas iban mal desde hacía tiempo, aproximadamente desde hacía tres años y medio... Quizá más. Pero ninguno se atrevía a dejarlo, así que un día cogí fuerzas y se lo propuse, pero vagamente, así como idea, no era algo definitivo, sólo tanteaba la posibilidad y le dije: «He estado pensando que igual lo mejor es que lo dejemos». Y él contestó inmediatamente, sin darme tiempo a terminar la frase: «Sí, yo también». Se le escapó una sonrisa relajada, como si el desgraciado se hubiera quitado un peso de encima. Yo no me lo podía creer, seguramente llevaba años esperando a que yo tomara la decisión. Unos días después él ya estaba con otra, eran felices, querían comprar una casa, tener hijos y viajar por el mundo, cuando a mí me costaba incluso convencerle para ir un sábado a comer a Segovia. Yo le dije que me alegraba mucho por él porque estábamos en esa fase estúpida de «mi ex y yo somos superamigos». ¡Pero no puedes ser amigo de alguien a quien le deseas el mal! Él, que pese a todo siempre fue un buen tío, creía que me alegraba de verdad, cuando yo lo que quería era que lo dejara

con su novia, me echara de menos y me pidiera volver arrepentido y desesperado y así poder decirle que no y acto seguido soltar una carcajada de esas de los malos de las películas. Que nunca he entendido que los malos se rían cuando están siendo malos. Son malos y deberían estar acostumbrados a serlo, y no a reírse cuando matan o torturan; si ya lo han hecho antes, ¿dónde está la gracia? Y ya que hablamos de psicópatas, mi padre se acercó cariñoso, que me violenta mucho más que si me metiera una patada en la boca, me habló con un tono paternal muy de película (de película de El padrino) y me preguntó: «Hija, ¿qué estás haciendo con tu vida?». A lo que contesté con resignación: «Lo que puedo, papá, lo que puedo».

La fiesta continuó a mi pesar. Me terminé la copa en un rincón, observando el entorno mientras se me cerraban los párpados de cansancio. Al otro lado de la sala, vi la mirada que me dedicaba mi madre. Yo sabía que aquella mirada estaba preñada de compasión. Lo que mi madre no sabía es que yo también la miraba a ella con compasión. Reparé en mi hermana que, mientras se servía otra copa de champán, nos miraba a ambas, probablemente, con compasión. De hecho, yo también compadecía a mi hermana. Su marido debía de compadecer a toda la familia y mi padre tenía suficiente con compadecerse de sí mismo. Yo pienso que pobre familia, tan engañada por las apariencias, tan sometida al sistema en el que vivimos, tan involucrados en la sociedad, tan sumergidos en el espejismo del bienestar, en la vida lineal y sin sobresaltos. Pobre mi madre, casada con un hombre al que no ama. Pobre mi hermana, que va dando los pasos exigidos hasta llegar a donde está sin ni siquiera plantearse si eso es lo que quería hacer. Pobre mi padre, que cree que las noticias que no han salido en televisión, no han ocurrido. Y ellos piensan que pobre hija, sola, a su edad, sin trabajo, que se inventa que quiere ser escritora, que no la aguanta ningún novio, que no tiene hijos, que no tiene una casa en propiedad. Yo compadezco su falta de aventura. Ellos compadecen mi falta de estabilidad. Cada uno a lo suyo. Mi madre siempre remataba las conversaciones que giraban en torno a este tema con un sincero «a mí lo que me importa es que seas feliz». Lo malo es que en aquel momento no lo era. No era feliz. Y no tenía ni idea de cómo podía cambiarlo.

Y mientras mi hermana y su novio se metían la lengua hasta sus respectivas campanillas, reflexioné sobre si existiría alguien para mí o si me hicieron como un ser estrictamente individual. ¿Por qué no han hecho un hombre a mi medida? Y si lo han hecho, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué lo hacen y lo dejan tan lejos? Aunque pensándolo bien, pobre hombre, imagina que sacrifican a un ser humano sólo para hacerlo compatible conmigo. Eso sería casi una mutación. Pero ¿de qué depende encontrar a alguien con quien compartir tu vida? Y por otra parte, ¿qué pasa cuando, como en este caso, has decidido dejar de buscar? ¿Se puede encontrar sin buscar? ¿Se puede estar buscando aunque uno no sea consciente? ¿Se puede seguir haciendo preguntas como estas, a las que nadie está capacitado para contestar? Se puede. Es la única respuesta certera con la que cuento ahora mismo.

Evidentemente, esta última ruptura de pareja no había sido la primera. La anterior



me pilló de sorpresa y no terminé de saber qué había fallado. Vale que ya no estábamos enamorados, vale que no manteníamos relaciones sexuales y que yo huía ante la posibilidad de que se pudieran dar, vale que me acosté con su mejor amigo y vale que él se enteró... Pero ya os digo que no acabo de entender el porqué de la ruptura.

—Me voy —dijo él.

—Pues bájate la basura —dije yo.

—No, que me voy de casa, que te dejo.

Hice una pausa dramática tras escuchar esto.

—Pues bájate la basura —insistí.

Y desapareció. Y no bajó la basura porque los hombres no saben compaginar su vida con las tareas domésticas, eso lo sabe todo el mundo. Me quedé allí sentada sin saber muy bien si estaba a punto de hundirme o de servirme una copa de vino para preparar la cena y continuar con mi vida... Continuar con mi vida, borracha. No era la primera vez que experimentaba esta sensación de tener en mis manos el control de mi siguiente estado de ánimo. Contaba con un segundo para decidir si quería derrumbarme o aguantar estoicamente. O derrumbarme estoicamente que es una opción que me he inventado y que me funciona muy bien. Total, bajé la guardia y me derrumbé. Y acto seguido me deprimí. Pasé un tiempo en ese estado como de pausa, de paréntesis, en el que no sientes nada. La gente empezó a decirme eso de «pero tonta, ánimo». ¿Que me anime? Estoy deprimida, si pudiera animarme lo haría, ¿no te parece? Me daban ganas de contestarles: «Ah, ¡así que es eso! Pues mira, igual me animo. Muchas gracias por tu ayuda». Como cuando lloras porque te ha quedado fatal el corte de pelo y alguien te dice eso de «no te preocupes, el pelo crece». ¡Cuéntame algo que no sepa! Si ese argumento me sirviera no estaría aquí llorando. Ya sé que el pelo me volverá a crecer, no soy una *Barbie*.

Cuando te deprimes el mundo se reduce. Te comprimes. Te quedas en una esquinita en posición fetal, sin ocupar casi espacio, y evitando respirar para no empañar los cristales que te dejan ver el mundo. Ese mundo al que no quieres salir, pero que observas enredado en tu edredón. Y duermes mucho porque es el único momento en el que dejas de sufrir. Al despertar, descubres que sigues en el infierno, en este infierno, porque ya sabes que no hay otro y ya sabes que el diablo eres tú y por eso no puedes esconderte en ningún rincón del mundo. Él siempre te encuentra y conoce tus trampas, tus trucos, se cuela en tus sueños y en tus pensamientos, se cuela en tu intestino y tus pulmones, se infiltra en tus venas y se mezcla con las pocas células que conservaban la alegría de estar vivas. Y para acabar con él sientes que primero tienes que acabar contigo. Y eso haces, dejarte caer para que el diablo desaparezca, aunque te cueste la vida. Te entregas a esa sensación de que los días se funden sin la pasión del cambio de luz. Vives sin que el sol te toque, sin que la noche te cubra, como si estuvieras pasando de puntillas por tu propia existencia.

Pero volvamos a lo importante: mi ex no bajó la basura. Y la basura se quedó en

casa, que es una metáfora muy evidente pero es que la vida me lo pone a huevo. Estaba sola. Me sentía mayor. Era ese momento en el que ya me llamaban señora las personas de cualquier edad (excepto los bebés, que también deseaban hacerlo pero todavía no habían aprendido a hablar). En mi interior resonaba ese discurso optimista que me repetía «ya nadie me va a querer». Mónica intentaba animarme llevándome a tiendas de ropa, gran error. Ir de compras es una actividad que debería estar contraindicada en casos de depresión. Una vez en el probador, yo seguía repitiéndome «ya nadie me va a querer... con esta celulitis». «Ya nadie me va a querer... con esta cara». E iba añadiendo diversos defectos físicos para hacerme la vida un poco más dura y poder compadecerme con argumentos de peso, que es una cosa que a mí me gusta mucho. Acababa con la autoestima pisoteada ante los espejos. Sí, porque a veces no hay sólo uno, no, hay tres para que te veas desde todos los ángulos. Culo caído de espaldas, culo caído de perfil, y yo soy capaz de verme el culo caído incluso de frente.

Tras la boda de mi hermana, toqué fondo. Y lo bueno de tocar fondo es que descubres que, efectivamente, existe un fondo, al menos existe el tuyo, y no puedes seguir bajando. A veces tengo pensamientos optimistas como este. No era ni mucho menos la primera vez que tocaba fondo, pero en esta ocasión, mientras intentaba resucitar de la resaca con un segundo café, decidí que no podía seguir perdiendo el tiempo. Bueno, no fue exactamente así, más bien me echaban del piso en el que había convivido con mi ex, y ante la necesidad de moverme de allí, se me brindaba la oportunidad de empezar de cero. Llevaba toda la vida trabajando en lugares que odiaba y con personas que me caían mal. Llevaba toda la vida conformándome con relaciones que no estaban a la altura de lo que yo necesitaba. Con hombres con los que no encajaba y a veces con cualquiera que me quisiera por miedo a no encontrar a nadie más. Y por patético y triste que esto suene... Lo es. Sabía que había llegado el momento de hacer algo con mi vida. Es cierto que ese momento había llegado en el instante en que nací, una no puede estar esperando el momento ideal para hacer algo interesante, porque el momento ideal no existe. Pero no había sido tan consciente de esto hasta aquellos días. Tenía dinero ahorrado de la herencia de mi abuelo, y también había sacado algo para subsistir de mi último despido. Sé que una muerte y un despido no son las formas más dignas de conseguir dinero, pero era lo que había y ya era hora de aprovecharlo. Total, yo no maté a mi abuelo ni les obligué a que me despidieran.

Ante la idea de instalarme en casa de mis padres a la espera de conseguir un apartamento para alquilar, dediqué todos mis esfuerzos a la búsqueda. Dormir en casa de mis padres implicaba desayunar, comer y algunos días incluso cenar con ellos, mientras mi madre y yo acabamos hablando por señas por no competir con el volumen del televisor. Y no le pidas a mi padre que baje el volumen porque la respuesta siempre será la misma: «No está alto, está normal». Lo normal es lo que está dentro de la norma, así que por lo general este argumento es absolutamente

subjetivo, como todos por otra parte, porque para mis padres las normas son opuestas a las mías. A veces es casi mejor tener la tele encendida, así no tenemos que repetirnos las mismas cosas una y otra vez. Imagino que por eso lo hacen.

Pasé más de un mes sufriendo decepciones inmobiliarias y engaños evidentes. No sé por qué los comerciales se esfuerzan en mentir, da igual que me digan que la casa tiene techos altos si yo llego luego y me dejo la cabeza en una viga nada más entrar. Entiendo que para alguien muy bajito, efectivamente, sean techos altos, pero yo, incluso sin ser alta, tengo que agacharme para pasar a la cocina. Le llaman dúplex a un *zulito* con una escalera metálica que da a un acogedor retrete del año 1910. Y encima intentan convencerte para que te quedes con cualquier cosa: «Esto parece pequeño, pero es cuestión de acostumbrarse, quitas esto, pones esto otro...». Como si estuvieras comprándote una falda y te contaran cómo meterle el bajo o estrecharla un poco. Y por eso mismo insisten en que ponga espejos para que la casa parezca más amplia, pero, amigos, eso sería engañarme a mí misma e intentaba empezar a ser lo más honesta posible en aquella nueva etapa. Da igual que el espejo le dé profundidad al pasillo, yo sé que no hay más espacio. También visité un piso exterior muy mono, pero parecía interior porque cuando sacabas la cabeza por el balcón casi te metías en el salón de los vecinos de enfrente. Era una calle de esas muy estrechas en la que sólo faltaba que la cuerda de tender fuera de lado a lado. Y no era nada personal, parecía buena gente, pero había que entenderlo, yo buscaba un poco de intimidad.

Cuando estaba a punto de desistir, que es un poco mi línea habitual, pasé por un portal de la calle Jesús del Valle, del que salió una anciana muy pequeña y sonriente. Una de esas mujeres que parecen haber sido viejas desde siempre, y que cuando te hablan de su juventud piensas: «Venga, anda, que usted nació ya con ochenta años». Sin pensármelo dos veces, y puede que ni siquiera una, porque soy muy impulsiva, le pregunté si se alquilaba algún piso en el edificio. Se detuvo a pensar, me miró a los ojos, me dedicó una sonrisa cómplice y, finalmente, me contestó que sí. Era tal la emoción que estuve a punto de abrazarla con todas mis fuerzas como agradecimiento. Pero, pese a su buena disposición anímica, dudo que hubiera sobrevivido a mi entusiasmo. Y no puedo llegar de nuevas a un edificio y cargarme a una vecina nada más empezar, al menos debo esperar a llevar alquilada seis meses. Las reglas son las reglas. Todo aquello parecía una señal. Y eso que, como ya sabéis, soy bastante reacia a fiarme de ellas. Igual por eso he suspendido cuatro veces el examen teórico de conducir. Y no sé si a la quinta iré la vencida porque no pienso darles el gusto de volver a suspenderme.

Esa misma tarde, el hijo del dueño me enseñó el que estaba a punto de convertirse en mi nuevo hogar. Era un chico joven, con el pelo de punta engominado y un poco lento. De esos que parecen tener que pensar en cada palabra que van a pronunciar a continuación. Y yo, que soy muy impaciente, me dedicaba a terminarle las frases. Lo malo es que esto lo hago con más gente. Me resulta desesperante saber qué van a decir y dónde van a acabar la siguiente anécdota y tener que quedarme aun así a

escucharla, sintiendo que mi interlocutor no terminará jamás de relatarme el día. Es de las cosas más exasperantes del mundo. Por eso no puedo mantener una conversación relajada con mi madre. Es previsible y entra en bucle. Cuando empieza a hablar, yo ya sé qué va a contar y dónde va a terminar el relato. Es como leer la misma novela durante toda tu vida, pues sí, puedes seguir leyéndola, pero ya sabes dónde está el siguiente giro, se acabaron las sorpresas. Una tarde me contó que la gente que se repite mucho es porque tiene falta de riego. Lo decía por mi abuela, que por entonces empezaba a contarte lo mismo una y otra vez. Pero mi madre me repitió lo de la falta de riego por lo menos seis veces en el mismo día. Me quedó más claro que nunca.

La casa me conquistó en cuanto entré. Era preciosa, amplia, luminosa y tenía un ambiente especial, flotaba una sensación de familiaridad que no había experimentado nunca antes. Sí, recuerdo que sentí que ya había estado allí aun sabiendo que eso era imposible. El chico recitaba las cualidades del piso que llevaba escritas en sus notas, pero no hacía falta, yo estaba entregada y no me importaba que hubiera que pintarla, que hubiera que limpiarla, incluso que hubiera que apuntalarla, «no pasa nada porque esté al borde del derrumbe, no me voy a poner tiquismiquis tal y como está el tema inmobiliario. Me la quedo». No pude evitar preguntarme dónde estaba el truco. Me resultaba tan inquietante como cuando aquel tío bueno brasileño llamado Roy se obsesionó conmigo y juraba estar locamente loco por mí. Yo no entendía nada. Pensaba: «Un momento, no estoy buena, no tengo dinero, no soy influyente, ni siquiera soy muy simpática, creo que te equivocas de persona». Pero no, yo le gustaba muchísimo y creo que la relación no cuajó porque permanecí en el escepticismo y no acabé de creerme que un hombre como él pudiera estar interesado en mí. ¿Insegura yo? Pero como a veces aprendo de la experiencia, en esta ocasión decidí que me quedaba con la casa. Y en el fondo esperaba descubrir en pocos días que en el piso de encima había una fábrica clandestina de canicas, que eran arrojadas al suelo durante la noche para comprobar que se deslizaban adecuadamente. O que los vecinos mayores sufrían todos ellos el síndrome de Diógenes, y que el chico supuestamente amable que me había cruzado en la escalera era el típico asesino supereducado que vive con su madre muerta. Pero bueno, ¿no quería cambiar mi vida?

El piso tenía un pasillo estrecho que llevaba a lo que en su día era la zona de servicio. Según te adentrabas, la casa se iba oscureciendo. Si alguien tiene que vivir en penumbra, mejor que sean los del servicio, debieron de pensar. La cocina era antigua pero parecía tenerlo todo. Digo «parecía» porque no soy yo muy de cocinar y podría ponerme a freír un huevo sobre la lavadora sin ningún problema. El gran ventanal de la cocina daba al patio, en el que escuchaba a una chica sudamericana cantar canciones de su tierra. También se oían los pájaros enjaulados de la anciana del bajo, que a ratos les hablaba como si fueran sus hijos: «¿Qué coño te pasa ahora? ¿Por qué no cantas, eh, por qué?». Todo muy tierno. Un olor a suavizante y a leña

quemada inundaba el ambiente a media tarde. Y por las noches, el sonido de varios televisores luchaba por imponerse en el edificio. Desde mi dormitorio podía vislumbrar algunos tejados de la ciudad. Con sus antenas torcidas y las nubes haciendo formas sobre los gatos del barrio. Mi habitación era austera, como yo (austera en este caso es el eufemismo de cutre). Una cama sin somier sobre el suelo de madera y un armario de Ikea en el que convivía mi ropa de invierno, de verano y de entretiempo. Imagino que la convivencia no iba mal porque nunca se me quejó ningún jersey. Mi madre me había ofrecido que dejara en su casa la ropa que no fuera a utilizar, pero eso supondría tener que visitarles más a menudo de lo que lo hago ahora y no es cuestión de malacostumbrarlos. El salón estaba dividido en dos, podrían ser salón y comedor, pero yo tenía otros planes para aquellas estancias: una de ellas sería mi despacho. Sí, de esta vez no iba a pasar. Me iba a poner a escribir una novela. Una novela de superación personal, una novela de personajes desgarradores y tramas sufrientes, de giros inesperados y diálogos brillantes. Y claro, con esa presión cualquiera se pone a escribir una línea. Pero todo estaba a punto de cambiar.

Cuando el casero cerró la puerta tras de sí y me quedé por primera vez allí sola, me dediqué a recorrer las estancias minuciosamente. Estuve horas reconociendo el terreno con una sensación ambigua, que iba desde la excitación de estrenar un nuevo espacio y una nueva vida en soledad, al vértigo del cambio y lo desconocido. Cada paso era único, y eso es lo que pensaba mientras caminaba sobre la madera, que crujía como si se quejara por sufrir mis pies sobre su cuerpo. Qué extraña sensación aquella. Todo cambiaba a mi pesar, intuía que lo que me quedaba por vivir no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Y no me equivocaba. Pero ¿qué era eso que percibía entre aquellas paredes? Familiaridad, eso ya lo había identificado, pero ¿por qué? ¿Por qué no tuve la inquietud de dormir por primera vez allí? ¿Por qué a la mañana siguiente sentía como si hubiera amanecido millones de veces en el que realmente era un dormitorio nuevo para mí?

## 2. La huida

Me besó en la mejilla para despedirse, como todas las mañanas. Solía hacerlo mirando al infinito, sin cruzar sus ojos con los míos, quizá temiendo que deseara iniciar una conversación. Nada más lejos de la realidad. Hacía tiempo que no tenía fuerzas para intentar cambiar nuestra rutina. Pero esta vez me miró. Sentí que atravesaba mis pupilas con las suyas. Se dirigió hacia el pasillo despacio. Le vi detenerse un instante. Retomó la marcha y salió de casa. Me bastó un segundo para comprender que ya no iba a volver.

Tendría seis o siete años la primera vez que pensé que no pertenecía a este mundo. Lo recuerdo bien porque mis percepciones descorrieron los velos de una realidad que parecía una mera representación. La extrañeza con la que observé mi entorno me llevó a pensar que estaba muerta. Lejos de asustarme, me divertía la idea de que realmente no estaba aquí, yo era de otro lugar, mucho más cálido, más cercano y más alegre, al que podría volver cuando terminara mi intervención en este mundo. A ratos lo olvidaba y me sumergía en la rutina, pero cuando empezaba a dormirme, lo recordaba de nuevo. Y me entregaba al sueño sabiendo que durante las horas en las que la vigilia no miraba, podía viajar al lugar al que pertenecía. La noche se convertía en la comadrona de un instante mágico de cruces entre todos los mundos existentes donde las realidades se deshacían lentamente. Inventé que venía de una estrella a la que visitaba cada noche. Y cuando lo que veía en mi entorno no me gustaba, miraba por la ventana en busca de su luz. Era mi gran secreto.

Cuando Luis se marchó, volví a sentir que estaba muerta. Intenté recuperar el aliento tranquilizador de mi recuerdo infantil. Intenté entrar en el mundo que me esperaba más allá de los muros de la razón. Intenté escapar del momento que me atrapaba. Aquello no podía estar pasando. Durante las horas agónicas de espera, me agarré a aquella vivencia deseando que me visitara de nuevo. Así como me visita ahora, echando la vista atrás a una vida que dudo que sucediera tal cual la recuerdo. No sé cuántas de estas palabras responden a una realidad más o menos firme o si voy modificando el pasado a medida que desempolvo las vías de la memoria. Vivimos como si sólo hubiera sucedido lo que recordamos, pero deben de existir millones de pequeños momentos que han marcado nuestros caminos. Instantes, aparentemente, tan nimios que no han llegado a instalarse en nuestra frágil retentiva. Llegamos hasta donde llegamos movidos por corrientes invisibles que no sabemos reconocer.

Aquella mañana de septiembre, parte de mi vida se quedó allí, en el pasillo, con la mirada perdida entre las anárquicas formas que se dibujaban en la madera, haciendo esfuerzos para convencerme de que pronto todo volvería a la normalidad. Pasaron las horas y no podía moverme del sillón. Cada ruido parecía anunciar su vuelta, pero una intuición acurrucada en el estómago me sugería que eso podría no ocurrir nunca. No podía llorar. Mi respiración era corta y agitada. Notaba mi garganta árida, mi lengua acorchada y mi cuerpo tan inmóvil que, a ratos, parecía no pertenecerme. Me sentía

un huésped en mi propia piel y un manto de irrealidad se posó sobre mis hombros para no abandonarme. Una presión insoportable me oprimía el ombligo. Como si desde dentro alguien tirara con fuerza intentando hacerlo desaparecer. A veces mi latido se concentraba justo ahí, justo en ese punto que parece unir las dos mitades del cuerpo. Me dolían las piernas y mi piel se tornaba grisácea, del mismo color que las nubes que cubrían mis ojos y me impedían vislumbrar un pequeño rayo, un destello de armonía al que aferrarme para continuar respirando. Mi cotidianidad estaba encadenada a la tristeza. Y la tristeza desprende un sonido propio, un matiz metálico que envuelve el aire y las palabras.

El Jilguero llevaba días sin cantar por las mañanas, mimetizado con la oscuridad que desprendían mis agazapados movimientos. Gloria, mi hija mayor, le observaba con perplejidad. Intentaba descifrar por qué su canto no rompía el silencio del amanecer como lo había hecho siempre, por qué ahora cantaba sólo algunas tardes. Y lo hacía casi por inercia, como si no sintiera el impulso de cantar mientras nuestra casa siguiera siendo un cementerio de recuerdos.

—¿Elvira? Soy Lourdes. Te traigo un vestido para arreglar.

—Pase.

—Tutéame, si esto lo haces bien seré tu mejor clienta.

Lourdes se movía por la casa con soltura, como si hubiera estado allí cientos de veces. Me trataba con naturalidad, nada de formalidades. Era una mujer moderna, de las pocas que conocía mundo por entonces. Parecía bondadosa y en su rostro se podía apreciar la belleza que había poseído en la juventud. Era distinta, enigmática, y se reía a carcajadas cada vez que tenía ocasión. A mí incluso llegaba a violentarme, supongo que por la falta de costumbre. En mi casa siempre se había impuesto el silencio, y las escasas conversaciones que manteníamos en familia eran discretas, casi como un suave murmullo que se apagaba tras haber comunicado lo imprescindible.

Era muy joven cuando aprendía coser. Mi madre dedicó horas a instruirme hasta encontrar mi trabajo perfecto. En aquella época empecé a estudiar mecanografía, y en cuestión de meses me convertí en una alumna privilegiada. Estaba claro que mis manos poseían un don. También me gustaba pintar, pero lo hacía en la intimidad y jamás enseñaba mis obras. Mi empeño por conseguir el reconocimiento del entorno me empujó a perfeccionar todas mis tareas. Quizá buscaba una compensación por mi pierna maltrecha. Buscaba desviar la atención, y así evitar que las miradas se centraran en mi bastón y mi pierna izquierda arrastrándose un centímetro por detrás. Siempre a destiempo, siempre tan lenta, siempre desacompañada. Hubo días en los que hubiera preferido una amputación. Solíamos coser todas juntas. Las cuatro calladas. Las cuatro concentradas en nuestras labores sin emitir ningún sonido que distrajera los rezos de mi madre, que rezaba a todas horas aunque aparentemente se estuviera dedicando a sus tareas. Recordaré siempre ese susurro constante, su voz lineal, el rumor de sus oraciones ocupando todos los huecos de nuestra casa. Me preguntaba qué la llevaba a rezar durante casi todas las horas que ocupaban su

existencia. Lola desistió de entenderlo y se limitaba a rezar antes de dormir como lo hacíamos todas, pero ella me confesó que aprovechaba para pensar en sus cosas. Tenía ciertas dudas sobre la utilidad de las oraciones y pensaba que Dios no podía ser tan prosaico como para detenerse a escuchar nuestras plegarias.

Recogí a las niñas del colegio, preparé la merienda y actué con normalidad. Llegó la noche y me situé en la frontera de lo que podría ser mi vida a partir de entonces. Llevaba años sin escuchar el tictac del reloj de pared. Uno se acostumbra a los sonidos cotidianos; sin embargo, esa noche no podía escuchar otra cosa. Sonaba más alto que nunca y el segundero se acompañaba con mi respiración asustada. Estaba a punto de confirmar si mi intuición era real, si sus ojos aquella mañana se estaban despidiendo de los míos, si de verdad esta pesadilla que me susurraba que había sido abandonada tomaría forma y pasaría a marcar mi vida, esta vida que se quebraba un poquito más cada minuto.

Cada tarde, a las seis en punto, me arreglaba y salía a esperarle al rellano. Era un ritual que comencé tras nuestro viaje de novios. El primer día de convivencia, me vestí con una falda de color crudo y una camisa con encajes que estrenaba. Me pinté los labios y me recogí la melena. Cuando dieron las seis, me asomé al balcón y le vi bajar todo Jesús del Valle. Observé cada centímetro de su camino. Se movía como si sus hombros siguieran el ritmo de una música que sólo él escuchaba. Y cada paso parecía todavía más firme que el anterior. Cuando se disponía a entrar en el portal, salí al rellano a esperarle. Subió la escalera y me vio asomada con una sonrisa que no podía contener. Me miró obnubilado, sonrió y me abrazó apretándome fuerte contra su pecho. Me apartó un segundo para volver a mirarme y entramos juntos en casa. Mantuve esta rutina durante demasiado tiempo con la esperanza de que volviera. Deseaba con todas mis fuerzas verle bajar por nuestra empinada calle, con el sombrero gris y la camisa blanca. A veces, cerraba los ojos y me parecía estar viéndolo, e inmediatamente después, me estrellaba contra la realidad. La realidad de estar sola y abandonada por el único hombre al que había amado en mi vida. Los días se hicieron tediosamente largos, parecía que no fueran a acabar nunca. Yo sólo quería que llegara la noche para retomar la esperanza de su vuelta en el nuevo día.

No volvió. Mi marido no volvió a su casa. No bajó la calle que le llevaba hasta el portal. No subió las escaleras de madera hasta el tercer piso. No abrió la puerta. No se quitó el sombrero para colgarlo en el perchero de la entrada. No caminó sigiloso por el pasillo hacia el salón. No besó a su mujer en la mejilla. No arrojó a sus hijas antes de dormir. No se acostó en su lado de la cama. Mi marido nunca llegó.

Tic, tac. El reloj seguía desvelándome en las pocas horas en las que conseguía dormir. Tic, tac. Avanzaban los segundos hacia lo desconocido. Un terreno desértico me esperaba al despertar cada mañana. Posaba los pies sobre el suelo gélido y un escalofrío me devolvía al vaivén diario. Aquello estaba ocurriendo. Conseguí permanecer lo suficientemente anestesiada para que el sufrimiento no me rompiera del todo. Sólo perdía una esquinita cada día, como si fuera una galleta roída por un



pequeño ratón. Así me sentía, aguantando los mordiscos de mis nuevas circunstancias.

Tardé varios días en contárselo a mi familia. Luis solía viajar por motivos de trabajo y no fue difícil mantener la mentira. Y cada noche seguía esperándole en el sillón, en silencio, escuchando el rumor del viento entrando por los balcones y terminando mi jornada de vigilancia con el toque de campana de las doce de la noche. Amanecía rezando para descubrir que todo era mentira. Que había sido un mal sueño del que por fin estaba a punto de despertar. Y al girarme en la cama para comprobar que Luis no estaba, la angustia se apoderaba otra vez de mi débil estómago. El miedo me retorció las entrañas y me levantaba con náuseas hacia el cuarto de baño. Todas mis mañanas se abrían con este castigo que yo misma me había impuesto.

Mi familia me interrogó en el salón de mis padres. No podían creer lo que había sucedido y mi padre decidió acudir a la Guardia Civil para investigar su desaparición. No se me había pasado por la cabeza que le pudiera haber ocurrido algo. Sabía que me había abandonado, pero a nadie le cuadraban los porqués de su huida y llegaron hasta el final. Al cabo de varias semanas, lo dieron por perdido. No apareció en los hospitales, ni se habían registrado accidentes en los que estuviera implicado. Yo era la que estaba muerta, yo era la que estaba herida. Luis, simplemente, no estaba.

Tocaba rehacer mi historia y no era capaz de tomar decisiones. Vivía como si fuera a volver en cualquier momento. Sus cosas permanecían intactas en casa, sus prendas en el armario, su espuma de afeitar en el lavabo, incluso respetaba su espacio en la cama inconscientemente durante toda la noche. Pero no creo que de verdad pensara que iba a volver, sino que era tal el terror que tenía a reconstruir mi vida, que prefería agarrarme a la mentira que me ofrecía mi mente. Prefería quedarme allí quieta a sacar el valor para afrontar que estaba sola, que nada volvería a ser igual, pero que tenía que continuar, aunque no me gustaran las herramientas con las que debía edificar mi nuevo destino. La autocompasión se apoderó de mí. ¿Por qué me estaba ocurriendo aquello? ¿Por qué era tan desgraciada? ¿Cómo la decisión de un solo individuo puede derruir la vida entera de otro? ¿Cómo era posible que sus pasos arrastraran los míos hacia el Tártaro? ¿Y cómo era posible que yo estuviera tan paralizada como para no evitarlo? Si no hubiera sido por mis hijas, hoy todavía seguiría allí. Rendida en el sillón a la espera de su vuelta, y permitiendo que, como dice Góngora, las horas limaran los días.

Gloria y Encarna nunca me habían visto llorar y me interrogaban con la mirada mientras yo intentaba disimular mi tristeza en las tareas del hogar. Mi hermana me consolaba y aportaba la vitalidad que a mí me faltaba, la que yo iba derramando por las alcantarillas de mi pequeño infierno. Me pesaba más la incertidumbre del abandono que la certeza de mi soledad. Me descolocaba no saber qué había ocurrido, no saber cómo saldría de aquello. Todo se iba derrumbando sobre mi cabeza y yo me agachaba a recoger los escombros del amor de mi vida. Abandono, una palabra sombría que apresaba mi mente cada día. Abandono.

Mi madre estaba enferma y mi padre pasaba horas a los pies de su cama, leyendo en una mecedora sin dejarla sola un minuto. Aproveché una de mis visitas para hablar a solas conmigo. Yo me había convertido en un fantasma. Mis hijas pasaban más tiempo con mi hermana que conmigo, porque no era capaz de encargarme de nada. Lloraba a cada rato y no podía conciliar el sueño desde hacía meses. Mis ojos estaban enrojecidos y unas oscuras y profundas ojeras parecían haberme convertido en una anciana.

—¿A qué estás esperando?

—A que vuelva.

—No va a volver.

—No puedo vivir sin él.

Mi padre me soltó con expresión de decepción, se sentó de nuevo en su mecedora, cogió un libro y justo antes de ponerse las gafas, me dijo con gravedad:

—Lo que no puedes es vivir sin ti.

Esa noche tampoco dormí. La frase de mi padre se repetía en mi mente una y otra vez. Sabía que tenía razón, pero no sentía fuerzas para hacerlo mejor. Me di cuenta de que había perdido lo único que había deseado en mi vida. ¿Cómo podía mantenerse mi vida sobre una cuerda tan fina? Levanté la vista y vi a Gloria, que me miraba desde la puerta con los ojos muy abiertos. Llevaba mis zapatos. Yo ya lo sabía, la había escuchado acercarse arrastrando los pies por el pasillo desde hacía un rato. Me miraba en silencio, como solía hacer. Gloria valoraba extremadamente las palabras y sólo hablaba cuando tenía algo que decir. Se apoyó en el quicio, miró al suelo y volvió a mirarme. Parecía estar interrogándome acerca de mi próximo movimiento. En aquel momento no sabía cuál iba a ser. Lo que estaba claro es que tenía que haber uno.

### 3. El pasado

La primera noche me serví una copa de vino para celebrarme a mí misma. Celebraba que por fin iba dando pasos hacia algún sitio, aunque no supiera a dónde. Celebraba que empezaba un movimiento que había estado intentando escapar de mi cuerpo dormido, y ahora sí escuchaba mis huesos e intentaba descifrar qué tenía que decirme mi anatomía, secuestrada casi siempre por mis miedos. Mis películas favoritas son las de superación personal. Sé que no es un género, que no vas al videoclub y te encuentras con «estrenos, drama, comedia, *thriller* y superación personal». Pero disfruto de las historias que implican evolución, aprendizaje y valor. De alguna manera todos podríamos ser ese protagonista que se vence a sí mismo y sale del cascarón para demostrarle al mundo que con confianza, voluntad y algo de magia, todo puede conseguirse. Me da igual si el héroe es un gladiador venido de la nada que rehace su vida y no se deja dominar por las adversidades, o si se trata del patito feo del instituto convirtiéndose en un bellezón tras quitarse las gafas y la diadema. Sí, las transformaciones de las protagonistas de estas pelis son un poco básicas. Disfruto esas películas porque de alguna manera sirven como estímulo para deshacer mis temores, de los que en algunos momentos pienso que nunca podré desprenderme. Durante aquellos días esos temores empezaban a difuminarse, nunca del todo, pero al menos sentía que estaba haciendo algo para que eso sucediera, que estaba donde debía estar, que no me estaba con formando por miedo a lo que pudiera pasar, que estar sola no me situaba al borde del abismo, todo lo contrario, empezaba a disfrutarlo.

Salí de la cama animada, aunque me costó deshacerme del edredón y pisar un suelo glacial. Me puse mi chándal, un jersey y una chaqueta. Me puse los calentadores y no me puse guantes porque me disponía a lavarme la cara para despejarme. Con los calentadores me veía a mí misma bastante interesante, sentía que me daban un toque como de mujer autosuficiente, ya ves tú la gilipollez. Los radiadores de la casa no funcionaban y tenía que comprar unos eléctricos. El casero ya me lo había advertido, pero no le tomé en serio cuando me dijo que en esta época aquí hacía un frío helador. Pensé que exageraba. Había una chimenea pero no me atrevía a encenderla, además no sabía hacerlo, sé que no puede ser tan difícil, pero yo es que soy torpe. Y a mi torpeza se unía el temor de prenderle fuego al edificio intentando calentar el salón. No, ante aquel riesgo, prefería ponerme capas hasta parecer la mascota de Michelin. Calenté el baño con un calefactor pequeño y me preparé un café antes de darme una ducha. Había robado la cafetera cara, esa de los anuncios de George Clooney. Sabía que le pertenecía a mi exnovio pero pensaba que yo me la merecía más. Una escritora tiene que estar siempre tomando café y fumando, si no nadie te toma en serio.

Lo de ser escritora no era algo que naciera de un día para otro. Llevaba años diciendo que quería dedicarme a escribir, quería probar a enfrentarme a los folios y

ver qué salía de aquel experimento. Nadie se lo creía, puede que ni siquiera yo, porque ya me había dado por otras profesiones imposibles. Aquí donde me veis, yo iba destinada a convertirme en una bailarina de ballet profesional. Sí. El único problema es que no asistí a una sola clase, y eso, por lo visto, es un inconveniente. Todo vino porque en los años en los que mi madre trabajaba, teníamos una canguro muy joven que era bailarina de ballet. Me fascinaba verla practicar algunos pasos en el salón de casa y decidí, sin dudarlo, que sería bailarina. Mi madre me creyó entonces, porque yo era muy pequeña y no les había dado tiempo a desconfiar de mis arrebatos. Eran arrebatos, pero mi familia pensó que podría tratarse de una vocación. Fui a una escuela del barrio e invitaron a mi madre a que pasara conmigo a una de las clases para decidir si, finalmente, quería apuntarme. Aquello no se parecía en nada a lo que yo quería hacer. Se imponía sobre todo la disciplina, una palabra con la que no estaba acostumbrada a lidiar y que me resultó de lo más desagradable. La profesora era muy seca y las niñas repetían los mismos movimientos una y otra vez hasta conseguir acercarse a la perfección. Tras sólo unos minutos le susurré a mi madre que quería marcharme. Como me sentía algo frustrada, insistí aun así en que me compraran un vestido de ballet. Y me bastaba con poner un vinilo de Chaikovski en nuestro tocadiscos setentero, vestirme con mis leotardos favoritos y cruzar el salón haciendo pasos de baile inventados e imitando a Maia Plisiétskaia. Luego, debido a mi volubilidad, me dio por tragarme todas las películas de Marisol que reponían en las tardes de la Uno, y entonces me convencí de que quería dedicarme a la canción. Y para ello el primer paso, y nunca mejor dicho, sería calzarme unos zapatos de tacón de lunares. Lo de la voz ya llegaría, pero lo primero es lo primero. Los zapatos llegaron unas navidades y desde entonces me convertí en la perfecta imagen del bochorno para mi padre. Me agarraba a su mano por la calle, él iba muy serio, mirando al frente, como si no se atreviera a posar sus ojos sobre mí, y yo iba sonriente, ajena al mundo adulto y aburrido, y vestida con el tutú y los zapatos de tacón de gitana.

Esta vez se me habían acabado las excusas. No tenía trabajo, guardaba algo de dinero y el *shock* emocional de la ruptura ya había pasado, así que tenía tiempo y ánimo para pensar en qué quería escribir y qué quería hacer con mi vida. Deseaba que ambas cosas estuvieran relacionadas, pero no sabía si eso sería posible. Quizás al ponerme a escribir descubriera que mi yo escritor era un personaje inventado sin ningún futuro.

Llevaba años estancada, o al menos aparentemente estancada, y me había agotado de mí misma. En realidad, deben de estar sucediendo cosas siempre, por mucho que uno no quiera darse cuenta. Había llegado a pensar que mi cuerpo permanecía inalterable. Una aparente linealidad arropaba mis días desde hacía años. Sabía que la felicidad no estaba ni cerca de esa sensación estática con la que convivía. Y cuando por fin quité la primera piedra del muro que me impedía ver el mundo, todo se desmoronó sin dilación. Como cuando quitas una naranja de una torre expuesta en la

frutería y es justo la que hace que se derrumben todas las demás. Eso era lo que me había sucedido, y no podía ser casual encontrarme en el vacío absoluto de la inestabilidad. Nada estaba siendo como me había imaginado. Lo que por entonces no sabía era que lo realmente inquietante es que las cosas salgan como hemos planeado. Eso significaría que hemos vivido en un paréntesis existencial en el que hemos dejado pasar las posibles transformaciones y sorpresas para terminar en el punto que nos habíamos marcado. ¿Cuántas cosas me habría perdido durante todos esos años dirigidos a una meta inamovible?

Nunca había vivido sola antes. Cuando abandoné la casa familiar, o sea, cuando dejé atrás el infierno de mi madre pasiva agresiva, mi hermana pasiva y mi padre agresivo, entonces me fui a vivir con una amiga. La amiga resultó ser una demente porque yo poseo un imán que los atrae como moscas. Aunque supongo que ella diría lo mismo de mí si tuviera ocasión. Y no la tiene porque yo no se la doy. La idea de no tener que relacionarme con nadie me parecía el paraíso. No dar explicaciones, no dar conversación, no ver a nadie, no tener nada en la nevera porque sólo yo puedo hacer la compra... Bien, hay cosas que no son tan positivas.

Di un sorbo al café de Clooney. Abrí el documento. Escribí: «Novela». Me detuve. Estas cosas necesitan tiempo, vosotros no lo entendéis porque no sois escritores como yo, pero uno no puede ponerse ahí a lo loco. Observé con cara de concentración aquella palabra delgada y solitaria sobre el luminoso y desnudo fondo blanco. Cogí fuerzas y acto seguido seleccioné la palabra «novela» y la subrayé. Sí. Eso hice. Me separé unos centímetros más de la pantalla para admirar mi obra con perspectiva. Luego ya fui un poco más allá y cambié el tamaño de «novela» de 14 a 18. Mucho mejor, ahora tiene cuerpo, ahora sí transmite algo, ¡dónde va a parar! Y tras este duelo creativo conmigo misma, porque aquí claramente las musas no intervinieron en ningún momento, ya encontré una excusa para levantarme de la silla: organizar la habitación de invitados. De repente, se había convertido en una tarea esencial, aunque no tuviera intención alguna de invitar a nadie. Pero me inventé que debía hacerlo y que debía hacerlo ahora mismo. No voy a ponerme a escribir teniendo una habitación patas arriba, ¿no? Y al preguntarme a mí misma, me contesté lo que quería oír: pues no. Total, que para allá que fui.

Todos los dormitorios de la casa eran amplios y oscuros. Todos daban al interior y estaban muy descuidados, pero la habitación de invitados me llamaba mucho la atención. De hecho, decidí que sería la de invitados porque la encontraba demasiado compleja para convertirse en mi dormitorio. Sentía cierto desasosiego allí dentro sin que esto tuviera ninguna razón aparente. Era un espacio asimétrico, aunque de entrada pareciera un rectángulo. Y un armario empotrado en color, intuyo que en su día blanco, ocupaba la pared. El techo era alto, como en toda la casa, pero estaba desconchado por las esquinas, y yo no podría dormir pensando que se me iba a caer un trozo de techo en la cabeza. Vamos, ni yo ni nadie. Empezaba a descubrir por qué un piso tan grande me costaba tan barato. Llevaba una semana viviendo allí y me

había ido encargando poco a poco de la cocina, el salón, mi estudio y hasta había limpiado a fondo el cuarto de baño, más que nada porque soy muy escrupulosa. Si por mí fuera, le pegaría fuego y luego volvería a instalar el mobiliario. Pero ya desde cero y sin gérmenes por allí buscando víctimas indefensas y solitarias como yo. Tenía pendiente adecentar este espacio, aunque sólo fuera por demostrarme que era capaz de cuidar de mi nuevo hogar sin dejar mis obligaciones a medias. Pero para empezar, si quería hacer algo digno con la habitación, debía arrancar el empapelado de margaritas verdes que podían sumergirte en un ataque de ansiedad si permanecías dentro más de media hora. Fui al salón para escoger algo de música y ponerme a trabajar. Había colocado todos mis discos en una estantería hecha a medida en el salón y me sentía muy orgullosa porque estaban ordenados alfabéticamente, y esas cosas sólo las hacen las personas responsables. Busqué un directo en la M de Morrison, de Van Morrison, que no encontré a la primera porque por error lo había puesto en la V de Van (empecé a recordar por qué no me gusta ordenarlos alfabéticamente). Era «A Night in San Francisco». Me puse ropa de batalla, es decir, cogí un par de prendas al azar porque toda mi ropa está en perfectas condiciones para ser destrozada, y me lancé a despellejar las paredes con todas mis fuerzas mientras sonaba el primer tema del CD: «Did Ye Get Healed?».

Arranqué el empapelado de la habitación como si no hubiera un mañana, con toda mi energía y mis ganas, ahí estaba yo, ¡dándolo todo! Y con las manos llenas de jirones de papel, empecé a experimentar una sensación de libertad desconocida. Me habían sucedido cosas similares, pero nunca así, o al menos nunca tan conscientemente. Estaba tan dedicada y atenta a mi tarea, que mi mente permanecía tranquila, sin especulaciones. Estaba viviendo sólo aquel momento, como si hubiera entrado en una fase de meditación involuntaria que me llevara a conectar con una parte desconocida de mí misma. Sí, todo esto sólo a partir de arrancar un papel rancio de margaritas. Ni flores de loto ni leches: margaritas. Bajo el papel, empezaba a asomar otro papel todavía peor. Una especie de dibujo floral con circulitos blancos y rosas emulando un encaje. Aquello empezaba a recordarme a las muñecas rusas, que se guardan unas dentro de otras y parecen no terminar nunca. ¿Cuántos papeles habría debajo de aquel papel? ¿Y si en realidad no había un muro, sino un conglomerado de papeles sustituyendo al tabique original? Y si seguía arrancándolo, ¿acabaría llegando a la habitación de al lado?

El disco ya había terminado y a mí todavía me quedaban unas horas para concluir la tarea. Me acerqué a la cocina a por una cerveza fría que me apetecía un montón. Entonces recordé que las había dejado fuera de la nevera, en la bolsa, pero pronto comprobé que en mi casa la temperatura rondaba un par de grados menos que en la nevera. Abrí la cerveza y unas aceitunas y me apoyé en la ventana de la cocina para cotillear por las ventanas de mis vecinos. Confié en que ellos no hicieran lo mismo conmigo, sobre todo por evitarles una gran decepción. La señora diminuta del segundo era la sonriente mujer que me habló de esta casa. Yo ya no sabía si poseía

una felicidad permanente o si sufría una parálisis facial, porque sonreía alregar las plantas, al limpiar el polvo del alféizar e incluso al ver la televisión. Y esto último es lo que me resultaba escalofriante. En el segundo izquierda vivía un chico solo con poco pelo. No es que estos dos factores vayan unidos, uno no tiene por qué estar solo por carecer de pelo. No, este está solo porque mató a su madre. Estoy convencida de ello por mucho que intente aparentar que es un hombre normal. Sabía que se llamaba Jorge porque le escuché presentarse una vez por teléfono. No solía recibir visitas y me lo cruzaba con la compra en la escalera. Yo subía los tres pisos andando porque era una valiente. Y porque el ascensor estaba estropeado, pero esto es un detalle sin importancia. En el primero vivía una mujer colombiana con sus dos hijas. Una de unos veinte años con ataques de ira y otra más joven que no se pronunciaba demasiado, excepto cuando hablaba por el móvil en la ventana y nos invitaba a todos a escuchar sus intimidades adolescentes. En el bajo vivía una pareja mayor con un perro muy feo y muchos pájaros. Ella era brusca hasta en su forma de caminar y él no saludaba cuando nos veíamos en el portal ni que le mataran. Encendí un cigarro porque me lo merecía. Me lo había ganado por todo el trabajo que estaba haciendo. Es cierto que los diez anteriores no me los había ganado por nada en particular, pero este sí. Terminé la cerveza de un trago y me senté un momento. Era la primera vez que me encontraba contenta en mucho tiempo. Recuerdo que sonreí, y casi sin darme cuenta solté una carcajada inesperada que incluso me sobresaltó. Al callarme, me pareció escuchar una prolongación de mi risa. Era como si el eco de una risa ajena solapara la mía propia. Me quedé escuchando, pero ya no oí nada más. Un escalofrío irrumpió en mi columna vertebral.

Eran casi las ocho de la tarde y yo seguía inmersa en la odisea del cuarto de invitados. Con lo que me estaba costando, tenía la tentación de ponerme a invitar a todo dios para darle salida a aquella estancia. Con las uñas destrozadas y en una especie de enajenación que me impedía detenerme por muy cansada que estuviera, comencé a entrever el fin del empapelado. Me moría de curiosidad por saber qué color había pintado en su origen, qué había debajo de las capas de papel desvaído que decoraban las paredes desde hacía unos mil años. Continué mi tarea con cierta ansiedad y obtuve mi recompensa. Una emoción desproporcionada se disparó al ver aquello. Unas letras pintadas en la pared y muy deterioradas asomaron discretas de repente. Quitó el resto de papel nerviosísima, sólo quería descubrir qué había allí escrito y entonces lo vi.

Lo que acababa de encontrar tenía que compartirlo con alguien.

—Tienes que venir a mi casa, quiero enseñarte algo.

Mónica adoptó un tono de pretendida dignidad.

—¿Llevas dos días sin dar señales de vida y ahora me pides que vaya a verte?

—Sí.

—Vale —dijo abandonando su pose casi sin darse cuenta.

Unas preciosas y cuidadas letras negras rezaban en aquella pared: «Escuela

Carmen Abril». Las observamos durante horas. No llegamos a grandes conclusiones pero yo estaba tan fascinada que durante la noche no pude dormir. Estaba agotada, pero no pude dormir. ¿Quién era Carmen Abril? ¿Cuándo había sido aquella casa una escuela? Necesitaba saber algo. Me levantaba y encendía la luz para acercarme de nuevo a la pared y leer una y otra vez aquellas letras. Mónica se había mostrado interesada por mi descubrimiento, pero tenía muchas ganas de contarme que había conocido a un chico que por lo visto le había tirado los tejos, que por su «ya nos veremos» parecía que la cosa podría funcionar y que no sabía si debía conseguir su teléfono o dejar que el destino decidiera. Y tras aquella última frase, el destino lo decidió ella, llamó a una amiga común, consiguió el teléfono y unos días después le llamó fingiendo haberse equivocado de teléfono al intentar llamar a otro chico con el mismo nombre. Nunca supimos si coló porque aquel hombre no volvió a aparecer en la vida de Mónica, y como consecuencia, en la mía. Mientras me contaba su «enamoramiento», yo pretendía escucharla, pero no podía, no hacía más que imaginar qué habría ocurrido en mi casa y me sentía feliz por convivir con fragmentos del pasado. ¿Se puede no convivir con fragmentos del pasado?



## 4. Superación

Transcurrió un invierno inmisericorde, de frío afilado y seco. Soplaban ráfagas de cuchillas que parecían querer atravesar mis huesos. Un invierno lluvioso y oscuro, de atardeceres fugaces y vientos enfurecidos. Fue el invierno más duro que recuerdo. La vida siguió su curso, aunque yo respiraba con la resignación de una anciana al filo del tiempo, que ve pasar los días a la espera de una inminente despedida. Así sobreviví al invierno, resignada. Como si ya no hubiera nada que hacer. Como si se me hubiera castigado a arrastrar los pies por esta inhóspita tierra. Algunos días, cuando llegaba a casa, alzaba la mirada hacia el balcón para confirmar que no había luz. Era tal la desazón en la que me sumergía la oscuridad, que decidí dejar las luces encendidas para encontrar la casa iluminada al llegar entrada la noche.

Comí en casa de mis padres con las niñas y mientras mis hermanas ponían la mesa, no podía dejar de mirar hacia la silla vacía que Luis solía ocupar. Y su espacio parecía espolear mi desaliento. Vivía como si una especie de provocación divina me estuviera persiguiendo. Probablemente, fuera sólo sugestión, pero de repente encontraba un libro suyo marcado en una sospechosa página, en la que si decidía entrar en el juego del desciframiento, podría encontrar mensajes subliminales entre sus líneas. O escuchaba su canción favorita nada más encender la radio. O, de repente, alguien pronunciaba su nombre en la calle justo cuando yo pasaba por allí. Una fuerza extraña no me dejaba acercarme al olvido, aunque fuera un olvido pasajero, por descansar mi mente y mi cuerpo, que vivían rendidos a la extenuación desde hacía meses. Mi hermana Lola depositó una fuente humeante sobre la mesa y me observó un momento. Cuando quise darme cuenta, se había sentado en el lugar de Luis. De alguna forma me estaba animando a cambiar las cosas y seguir adelante.

Las niñas dormían y me senté en el sofá unos minutos. Sonaba, como siempre, el tictac del reloj. Ese sonido que parece anunciar algo, que parece ser el prólogo de una historia todavía sin escribir. Escuché el silencio del barrio y la calle desierta, el pasillo aguardaba a oscuras, sólo entraba la luz de las farolas. Comencé a caminar hacia mi dormitorio, pero no quise encender la luz. Caminar a tientas me producía una excitación casi infantil. Como si en cualquier momento alguien fuera a salir de una esquina para darme un susto de muerte y desatar mi adrenalina. Calculé cada paso, escuchaba el crujir de la madera del suelo, me detenía, miraba hacia la cocina, de donde escapaba una luz tenue, casi imperceptible. Me apoyé en la pared. Agudizaba todos mis sentidos para vivir esta extraña experiencia con intensidad. No sabía qué estaba buscando, pero en cada respiración percibía el germen de algo imprevisible. Estaba invocando a la magia, necesitaba magia en mi vida. Necesitaba que siguieran derrumbándose los cimientos de mi estrecha mente, necesitaba que en este silencio y oscuridad apareciera la luz infinita de mi estrella, y que me llevara a descubrir todo lo que no era capaz de ver. Necesitaba darle forma a esa palabra que tantas veces había escuchado en mi familia y en la misa del domingo: fe. Necesitaba

que la fe me invitara a posar mis huellas sin miedo, sin escudos de protección. Caminar con la ligereza de la desnudez, asumiendo el vértigo a la transparencia. Cuando hube llegado a mi dormitorio, empezó a llover. Me senté sobre la cama escuchando la lluvia en el cristal. Me tumbé sobre la colcha, seguía necesitando alterar mi rutina, buscaba cambiar el orden de las cosas. En aquel momento, me bastaba con no desnudarme y meterme entre las sábanas. Sentía el frío en el cuerpo pero quería seguir así, sobre la cama, como si no tuviera intención alguna de dormir. Y finalmente, me dormí.

A veces el despertar es un choque frontal contra la realidad. No hay transiciones, no hay preliminares, simplemente despierto y siento como si acabara de recibir un fuerte golpe en la cabeza. Hay quien vuela en los sueños, yo camino con normalidad y sobre todo corro. Y cuando despierto y siento el peso muerto de mi pierna izquierda, me doy cuenta de que he vuelto a la vida real. Y en la vida real hace ya muchos años que no puedo correr ni caminar sin bastón. Mis despertares son agrios. Ojalá pudiera vivir sin vigilia, vivir inmersa en la profundidad de mis sueños sin necesidad de asomar la cabeza a este mundo que no acabo de entender.

Recuerdo los gestos de decepción de los chicos en el salón de baile. Se acercaban a mí, me tendían su mano para invitarme a la pista, y cuando me veían levantarme con el bastón, sus ojos se apagaban de golpe, se disculpaban y probaban con otra de mis hermanas. Vi esa actitud tantas veces durante la adolescencia que ya casi había llegado a no afectarme. Los otros jóvenes saltaban y corrían por la plaza mientras yo les observaba sentada en un banco. Estaba segura de que nadie me querría nunca. Segura de que ningún chico se interesaría por una lisiada. Vivía despacio mientras el rumbo de los demás les impulsaba con velocidad a las siguientes etapas de su vida. Yo estaba atada a una vida de la que hubiera deseado salir corriendo hacia mi estrella. Sabía que allí podría mover mi pierna sin dificultad, que en el mundo del que yo había venido no existían las limitaciones del cuerpo. Pero apresada en el momento, no podía correr. Y nunca podría correr.

Nació Gloria, y todavía inmersa en la soledad de mi matrimonio, vino al mundo Encarna. Mi vida se reducía a criar a mis hijas, y no utilizaría el verbo «reducir» si no fuera porque me encontraba completamente sola. Luis trabajaba todo el día y desde el nacimiento de Gloria parecía vivir sumido en una decepción permanente. Quizá la vida que llevábamos sólo se ajustaba a lo que yo había deseado. Pero nunca supe qué deseaba él, por qué en el día a día se movía con esa pesadez, esa especie de castigo con el que se veía obligado a convivir. Su carácter alegre se tornó en dureza y distancia. Estaba ausente incluso las noches que se dignaba a cenar en familia. Muchas veces llegaba de madrugada sin dar ninguna explicación y yo tardé un tiempo en cuestionar sus ausencias. Le observaba mientras dormía intentando reconocer al hombre del que me había enamorado, pero él ya no habitaba su cuerpo, había huido, se encontraba lejos, en alguna parte que no podía siquiera imaginar. Luis se había escapado de nuestra vida y no estaba dispuesto a buscarse. Yo lo hacía día a

día, pero terminaba enfangada en la frustración que culminaba mis intentos. Me engañaba pensando que todo estaba bien. El matrimonio es esto, pensaba, les pasa a todos los demás, algún día volverá a ser el que era. Y eso es imposible. Nadie vuelve a ser el que era. Somos nuevos cada instante. Nadie vuelve atrás.

Escuchaba un mensaje críptico y difuso desde muy pequeña. Palabras cubiertas de niebla que empecé a descifrar a raíz de la marcha de Luis. Los impulsos de mi interior se fueron transformando en preguntas. Lo que mi espíritu tuviera que decirme comenzaba a esculpirse ante mis ojos. Y cuanto más certeras eran mis preguntas, más cerca me encontraba de las respuestas de mi destino.

Había sido una niña asustadiza; con temores que nacían de mi propio entorno. El infierno estaba presente en nuestra casa y las tinieblas que acompañaban el discurso de mi padre se infiltraban en mis pulmones poco a poco, alterando incluso mi respiración infantil, movida por el desasosiego. Dedicábamos la vida a evitar el camino al infierno. Todos nuestros actos iban destinados a ganar nuestro espacio en el cielo. La caridad, los rezos, el cuidado de la familia, todas las tareas que ocupaban nuestros días no parecían nacer de la entrega, sino del miedo. El miedo era el eje de nuestra estructura familiar.

Cuando cumplí cinco años, vi a una niña con una hermosa muñeca de porcelana entre sus brazos. Recuerdo la fascinación que sentí al ver aquella maravilla de tirabuzones rubios, con un lazo blanco en el pelo y un vestido color salmón que casi le cubría sus diminutos pies. Tenía los ojos azules y unas pestañas larguísimas. Era lo más bonito que había visto en mi vida. No me quité la muñeca de la cabeza durante meses y cuando llegaron las navidades tuve la oportunidad de pedírsela a los reyes. Se lo comuniqué a mis padres, les hablaba de ella a todas horas e incluso la dibujé para que no hubiera dudas de cuál debía ser mi regalo. No podía ser una muñeca cualquiera, debía ser aquella que me había robado el corazón y cuya imagen alteraba mi mente y mi cuerpo por las noches. Llevaba el dibujo conmigo para no olvidar su cara, su vestido, sus ojos, su piel... Fue un flechazo.

Llegó la noche de reyes y no pude dormir. Evocaba imágenes de mí misma palpando la porcelana de la muñeca, rozando los tirabuzones con cuidado y abrazando su pequeño cuerpo contra el mío. Me había portado bien durante el año y esa era la única condición para merecer el regalo. Había puesto todos mis esfuerzos en convertirme en una niña modelo para mi familia y ahora los reyes magos y Dios debían compensarme. Me levanté rápidamente en cuanto el cielo comenzó a clarear, corrí al salón y busqué ansiosa el paquete con mi nombre. Me faltaba el aire y me sudaban las manos. Me movía en una atmósfera onírica provocada por la enajenación de mi deseo. Mi madre estaba levantada preparando un chocolate para recibir este día especial de navidad. Me miró divertida y me pidió tranquilidad.

—Los regalos no se van a ir a ninguna parte. Tranquila.

Abrí el paquete con excitación, se me nublaba la vista del nerviosismo, y cuando terminé de arrancar violentamente el papel, me derrumbé. Una chaqueta blanca con

bordes en azul marino resultó ser la mayor decepción de mi corta existencia. Miré a mi madre con los ojos a punto de estallar en lágrimas. Me miró asombrada.

—¿No es bonita?

—¿Y la muñeca?

—La muñeca ya vendrá, hay que conformarse con lo que uno tiene. No seas caprichosa. —Y continuó con sus tareas pasando por alto mi inabarcable tristeza.

Fueron las peores navidades de mi vida. Me sentí estafada, sentí que mis propios padres me habían engañado, que habían utilizado mis ilusiones diciéndome que si era buena los reyes magos me traerían la muñeca. Empecé a odiar a los reyes magos, empecé a odiar a Dios por haberme fallado, y dedicaba mi ira cada noche a hacérselo saber.

—Yo no creo en ti.

El enfado me duró meses y evité vestirme con la chaqueta que me habían regalado siempre que pude. Y al cabo del tiempo, me asusté. Me asustó haber blasfemado. Me asustó el riesgo de ser castigada por no haber creído en Dios.

Comencé a enfermar a finales de ese mismo año. Para mí todo tenía sentido. Estaba siendo castigada por haberme desviado del camino hacia el cielo. Ahora merecía caer en la fosa del infierno y bajaba rápidamente los primeros escalones. Estuve más de un año enferma y aquello dejó secuelas en mi pierna izquierda, que empezó a paralizarse poco a poco para terminar acorchada e inútil de forma irreversible. Pedí perdón todos los días, rezaba en silencio cada minuto para que me diera otra oportunidad. Pero ya era tarde. Mi cojera me recordaría toda la vida que a los cinco años, yo, había insultado a Dios.

Crucé por delante del espejo para dirigirme a mi dormitorio, apagaba las luces a mi paso y echaba las cortinas de los balcones. De repente, volví atrás y me quedé frente a él. Era un espejo enorme que utilizaba para trabajar. Tenía un marco dorado muy envejecido. Había pertenecido a mi madre, aunque ella hacía ya muchos años que no se enfrentaba a su imagen. Mi madre vestía de negro desde que yo tenía uso de razón. Nunca la vi con una prenda de color, su cabello era blanco desde muy joven, y no se maquillaba jamás. Hubo un momento de su vida en el que se convirtió en una anciana prematura, pero nunca supe por qué, y por supuesto, no tenía a quién preguntar. Por eso se deshizo del espejo sin problema, quedando la casa familiar con un espejito pequeño en el lavabo que sólo utilizaba mi hermana. Lola tenía una melena oscura y espesa que intentaba domesticar todas las mañanas. Soñaba con enamorarse, con encontrar a un hombre con el que marcharse de casa, alguien que la liberara de la opacidad que se respiraba entre aquellas paredes opresivas. Mis padres hacían lo que podían, pero el ambiente nunca fue alegre, nunca ligero, nunca luminoso. Mi madre era cariñosa casi por descuido. Cuando mi padre no miraba se escapaba de ella una mujer bondadosa que permanecía oculta y disfrazada de matriarca autoritaria el resto de los días. Mi padre nunca supe quién era, mi padre quizá tampoco supo quién era yo. Creo que nunca le interesó. El espejo había

llamado mi atención, llevaba meses sin observarme. Me miré un rato, me crucé la bata y me acerqué a redescubrir mis facciones. Tenía veintitrés años, pero mi tristeza me acercaba a la ancianidad, como mi madre. ¿De dónde vendría su tristeza? Yo no quería ser como ella. Meforcé a sonreír, me coloqué un tupé, erguí mi cuerpo y no me quité los ojos de encima hasta que liberé el rastro de una mujer joven, una mujer que tenía a su alcance transformar su desdicha. De nuevo pensé en mi madre, que se quedó en el camino sin dar un paso más y convivió eternamente con la melancolía. Y consiguió que, inevitablemente, la melancolía conviviera con todos nosotros. Yo no quería someter a mis hijas a mis circunstancias. Y tampoco quería someterme a mí misma.

A la mañana siguiente, empaqueté todas las pertenencias de Luis y las subí al trastero. Me ayudó mi hermana Lola, que insistía en donar sus prendas e incluso algunos libros o discos. Me negué. Deshacerme de sus cosas suponía perder la esperanza del todo, y pese a que estaba dispuesta a asumir mi nueva situación, no me sentía preparada para un cambio tan drástico. No volví a repasar fotos de nuestros momentos felices, no volví a hablar de él en mucho tiempo. Pero dentro de mí, latía todavía un suspiro de ilusión adolescente, como si necesitara proteger un recoveco de ingenuidad en mi interior.

Gracias a Lourdes, cada vez eran más las mujeres del barrio que traían a casa sus vestidos para que yo los arreglara. Había aparecido casi por arte de magia en mi vida y parecía dispuesta a ayudarme corriendo la voz de mis cualidades como costurera. Me gustaba mi trabajo, era una tarea hipnótica que me alejaba de todo pensamiento. Me centraba en el movimiento de la aguja y el hilo, en el sonido de la máquina de coser, toda mi concentración puesta al servicio del presente. Era casi mágico.

Las campanadas de la iglesia comenzaron a marcar las seis de la tarde. Me quedé quieta. Esperé a conocer mis impulsos. Las campanadas se apagaron, y con ellas se apagó la ansiedad que navegaba por mis venas, mi sangre se oxigenó, mis órganos descansaron y mis manos volvieron a la costura. Era la primera vez en meses que no me asomaba al rellano a las seis de la tarde para esperar a Luis.

Dejé a las niñas en el colegio y volví hacia casa. Pero, por alguna razón, decidí cambiar mi rutina y subí por la calle del Barco, en vez de pasar por la calle del Pez. Lourdes no llegaba hasta las diez a casa, así que no tenía prisa por volver. Para bien o para mal, nadie me esperaba allí. Al llegar a la calle Colón, se me cerró el estómago de golpe, se encogió en cuestión de segundos, como si fuera una ostra estremecida tras ser rociada con unas gotas de limón. Hacía meses que mi cuerpo no me castigaba y me resultó sorprendente que lo hiciera ahora. Encontré el motivo de mi angustia en la cafetería «Sidi». Era el café preferido de Luis. Allí solía pasar las horas tomando cafés y leyendo el periódico. Yo le acompañaba algunos sábados por la mañana y no había vuelto desde su marcha. Dentro había varios hombres de negocios, bien vestidos, con el abrigo puesto para combatir las corrientes que entraban desde la calle. Observé también a dos mujeres mayores, mojando sus porras en tazas grandes

de café. Una nube de humo cubría el local y sentí el impulso de entrar. Entrar allí suponía un reto para mí. Miré a mi alrededor como si necesitara confirmar que nadie me veía, como si se tratara de una actividad clandestina que debía ocultar. Disimulé mirando un escaparate mientras pensaba en por qué quería entrar. «¿Qué buscas? ¿Le estás buscando a él? ¿De verdad entrar puede ayudarte a superarlo? ¿Por qué no te marchas a casa y te olvidas de todo esto?». Pero de alguna forma me sentía preparada y quería demostrarme si realmente lo estaba. «Luis no se encontrará dentro, probablemente no vuelva por aquí jamás. Entra y disfruta de tu libertad, entra y demuéstrate que has salido del pozo de la nostalgia». La armónica del afilador del barrio acarició mis oídos, convirtiéndose en la sintonía de un nuevo comienzo.

Atravesé la frontera del miedo, empujé la puerta de cristal y la escuché cerrarse tras de mí y golpear contra el cierre. El sonido fue tan fuerte que los clientes dirigieron sus ojos hacia donde yo estaba. Me sentí insegura. Pero pronto todos volvieron a sus conversaciones y a sus desayunos. Yo no era tan importante para nadie y eso ahora me tranquilizaba. Me acerqué a la barra. Dos hombres me dedicaron una mirada y les di la espalda, casi como un acto reflejo de protección. Pedí un café con leche en vaso, me sirvieron y me desplacé hasta el ventanal, donde había una mesa alta y un taburete. Miré hacia fuera, a la calle, fijándome en los vecinos que se dirigían a sus puestos de trabajo, o en las mujeres que ocupaban las aceras con las bolsas de la compra. Me hice con el espacio y comencé a respirar por fin. Me quité el abrigo, dejé el bolso sobre la mesa y apoyé el bastón contra la ventana. Me coloqué el pelo sin perder de vista el ritmo tranquilo del barrio. Me sentí libre.

Lourdes llegó puntual, como siempre. Me trajo una falda negra que debía ajustar. Estaba perdiendo peso y toda la ropa le bailaba. Y de pronto sacó una capa roja de la bolsa. Me la entregó.

—¿Qué tengo que hacer con esto?

—Quedártela.

—¿Es un regalo?

—Tengo otras dos capas y he pensado que esta es perfecta para ti.

—Es roja... Demasiado llamativa, yo nunca llevo prendas de este color.

—Pues ya es hora de que coloreaes tu vida un poco, quédatela, no me hagas el feo de negarte.

Me quedé la capa. Estaba hecha de fieltro y era de un rojo intenso, un rojo que parecía desvaír todos los colores que se encontraran cerca. No me atrevía a llevar algo así, pero en este pensamiento volví a recordar a mi madre y su luto eterno. Pensé que nunca llevaría una capa roja, pero quizás una falda podría serme útil algún día. Al marcharse Lourdes calculé las horas que tenía hasta volver a recoger a las niñas del colegio y me puse manos a la obra para transformar la capa en una falda que podría marcar mi nuevo estilo. Un estilo que sugiriera libertad, que sugiriera que no tenía por qué esconderme, ni pasar desapercibida, ni guardar el luto soterrado que

desprendía mi ropa.

De alguna manera acabé viendo la vida a través de mi costura, podía intuir los tejidos de los que me rodeaban, percibía sus pliegues y admiraba sus formas. Cada persona tenía su propio color. Imagino que los oficios están impregnados de sensaciones relacionadas con la tarea que implican. Los músicos caminan quizás escuchando melodías en el rumor de las calles, los pintores observan trazos en los gestos de los transeúntes y los poetas encuentran sus versos en las palabras de otros.

Al día siguiente, la falda estaba terminada. Me la probé, me miré en el espejo. Me gusté. Me vi guapa por primera vez en años. El fieltro rojo me hizo olvidar mi pierna izquierda. Me hizo olvidarlo todo durante un rato. Sonó el timbre y abrí a Lourdes, que se alejó unos pasos para admirar mi obra.

—Gran idea, Elvira, estás guapísima.

—Gracias.

—Ahora necesitas un hombre para estrenarla.

—No estoy para eso...

—¿No quieres volver a enamorarte?

—No.

—Sentir el latido del enamoramiento debe de ser maravilloso.

—¿Tú no estás enamorada?

Lourdes calló. Sentí que había sobrepasado la barrera de la confianza; al fin y al cabo, no era mi amiga sino una cuenta. Me arrepentí de inmediato pero ya no podía volver atrás. Miró al suelo, respiró y cambió de tema rápidamente, como si alguien le hubiera dado un codazo para hacerla reaccionar.

—¿Tienes ya mi falda? —dijo entrando en el salón.

## 5. «La niña de los pendientes»

La casa poseía fuerza y magnetismo. Había algo casi palpable en el ambiente. Fuera lo que fuera que hubiera ocurrido allí, debía de tener una intensidad que todavía podía respirarse. A veces las paredes atrapan parte de las vidas de sus inquilinos. En casa de mis padres, por ejemplo, terminaba siempre con dolor de cabeza. No tenía siquiera que ser tras una discusión o una situación tensa, no, simplemente estar allí unas horas me enfermaba. Nunca lo mencioné porque mi madre habría dado por hecho que si me dolía la cabeza era porque tenía un tumor cerebral. Y luego hay hogares ligeros, espacios armónicos que te ayudan en tu estado de ánimo. Otros te atrapan entre las sábanas durante la noche y cuando amanece no quieres salir de la cama porque tu cuerpo pesa más que nunca. Por eso yo, sin ser una fundamentalista del misticismo, intuía el poder de las energías. Recordaba a aquel amante argentino con el que necesitaba dormir doce horas del agotamiento anímico que me transmitía. Siempre estaba cansada cuando dormía con él, como si me hubiera tomado unas diez *Dormidinas* la noche anterior y necesitara el resto del mes para recuperarme. No relacioné mi cansancio con él hasta que empezó a cansarme en todos los demás aspectos. Era un vampiro energético y durante la noche me succionaba la vitalidad. Ahora que lo pienso, quizás él sintiera lo mismo conmigo. Uno no sabe hasta qué punto puede estar limitando al que tiene al lado. Generalmente, pensamos que hacemos las cosas bastante bien y que el resto no hace más que cagarla, pero debemos de estar dejando cadáveres anímicos a nuestro paso sin siquiera reparar en ello. Puedo haber asesinado impulsos, y haber torturado estímulos, puedo haber secuestrado palabras que otros querrían haber pronunciado, puedo incluso haber asfixiado risas, rumbos y alicientes. ¡Puedo ser una delincuente emocional sin saberlo! (Esto queda entre nosotros, que no salga de aquí). Pero desde mi experiencia con el argentino, me pensaba mucho con quién irme a la cama. Que no es que tuviera multitud de ofertas y yo las fuera rechazando basándome en mis percepciones energéticas, no. Aunque deduje que el aliento o la anestesia que se produce con otro ser humano no debe tomarse a la ligera. De todas maneras, durante aquellos días no existía gran riesgo de meter la pata en mi elección de aventuras amorosas. No me gustaba nadie y, muy fuerte, ¡yo no le interesaba tampoco a nadie!

La búsqueda de pareja resulta extenuante. Yo no andaba muy interesada en emparejarme, pese a que el entorno me empujaba a ello y, sin embargo, parecía que cada paso que daba iba dirigido a encontrar a alguien. Como si hasta que lo encontrara mi vida estuviera a medias, como si me faltara un miembro indispensable para caminar por el mundo. No sabía hasta qué punto se trataba de la naturaleza humana o si sólo respondía a un mensaje social incrustado en el cerebro desde que somos muy pequeños. ¿Existe un final feliz sin enamorarte? ¿Se puede vivir sin el amor de una pareja? En el fondo me daba terror que llegara el día de asumir que estaría sola para siempre. Pero también me daba miedo dedicar mi vida a buscar al



otro, a buscar al hombre que le daría sentido a una existencia que sin un compañero incondicional parece desvanecerse. Tiene que haber otras formas de vivir. No sabía si había estado enamorada, hacía tiempo que desconocía el significado de la palabra amor y sin tener excesiva intención en descubrirlo por el momento, la inquietud afectiva aparecía algunas veces dando por saco, recordándome que esa parcela también estaba vacía. Como esa gente que para llamar tu atención te da toquecitos cortos en el hombro hasta que por fin te giras a escucharles con resignación. Así de irritante me resultaba ese mensaje que parece estar diciendo «la vida no está completa hasta que encuentras a tu media naranja». Pues no, la vida no está completa nunca porque si lo estuviera ya podríamos morirnos. ¿Y por qué seguimos vivos? A mí me da por pensar en estas cosas. Me gusta la filosofía, aunque tenga que releer el mismo capítulo de Kant unas diez veces para acercarme a entender mínimamente de qué leches está hablando. Pero me interesa la humanidad, me interesan las claves y los porqués de todo. Me gusta reflexionar sobre el sentido de nuestro paso por la tierra, sobre la misión de cada individuo, sobre el azar y el destino. He dedicado muchas horas a investigar sobre esto. Si fuera más lista, a estas alturas sería una erudita, pero como no es el caso, a estas alturas sigo siendo una ignorante. Al menos soy consciente de mi ignorancia y me acerco a abarcar lo que desconozco. Eso me salva para no caer en la pereza vital, esa desidia que provoca dedicarte a la trivialidad de vivir sin plantearte nada. No puedo creer que haya gente que no se pregunte, al menos una vez en la vida, qué hace en este mundo. Puede que algunos lo pongamos en palabras y elijamos los verbos para hacernos preguntas, pero estoy segura de que todo ser humano tiene esa duda rondando por los laberintos de su cerebro.

Mi inquietud filosófica, y casi metafísica, me apartaba violentamente de la realidad. Me costaba muchísimo esfuerzo llevar una vida normal y compaginarla con mis intereses. Todo resultaba irrelevante, por eso no me había esforzado demasiado en conseguir una estabilidad, en trabajar en algo que me acercara a la felicidad o que, simplemente, no me alejara de ella. Por eso no había pensado en qué quería hacer con mi vida, iba más o menos sobreviviendo al *tsunami* del trabajo temporal y resguardándome del huracán diario de la supervivencia.

Había trabajado en todo tipo de cosas. Fui camarera, como todo el mundo, sólo que renuncié por incapacidad. Fui azafata en una feria de calzado, azafata en una feria textil; menos azafata de aire y congresos, donde tienes que ser mona y tener cierta altura, fui azafata de todo tipo. Y uno de mis últimos trabajos fue de dependienta en una tienda de arte multiétnico en la que todo estaba a un precio superior a los doscientos euros. Mi jefe me advirtió de que al estar allí sola podrían entrar a robar. Esto me dejó de lo más relajada para afrontar mi primer día. Pero antes de irse, me dijo que ellos tenían algo para defenderse de los ladrones. Algún sistema de seguridad, pensé. Entonces el tipo sacó un bate de béisbol de debajo del mostrador y me dijo:

—Para cualquier problema, esto lo tienes aquí guardado.

Me quedo mucho más tranquila, claro, si viene un ladrón yo saco el bate y le abro la cabeza. Sí, sin duda, eso haré, váyase tranquilo, jefe.

Pero yo no quería estos trabajos, yo quería un oficio, que no tiene nada que ver con un empleo. Desde siempre tuve claro que quería escribir, pero sentía que no había nada que contar, nada en mi vida era lo suficientemente interesante como para que a otro le interesara leerlo. Y mi imaginación aguardaba perezosa en algún escondite de mi morfología.

Llevaba semanas recurriendo a la misma pregunta cada día: ¿qué voy a hacer? No tenía nada, no tenía pareja, no tenía trabajo y no tenía ganas de enfrentarme a todas estas preocupaciones. Y sin embargo, todo mi cerebro estaba dedicado en exclusiva a resolver mis incógnitas sobre la subsistencia. Cuando te obsesionas con algo todo lo demás desaparece. El mundo exterior pasa a formar parte de tu problema, todo lo que te viene de fuera alimenta lo que estás maquinando desde dentro, la vida está dedicada a resolver tus dificultades, y las percepciones no pueden traspasar los circuitos neuronales porque están ocupados con el mismo pensamiento cada minuto. Me había quedado atrapada en mí misma sin poder descender el velo para confirmar que hay más vida ahí fuera, que bastaría con detener el pensamiento obsesivo unos minutos para comprobar que a veces los problemas sólo existen si tú les dejas. Debía dejar morir por inanición a ese gran problema en vez de nutrirlo con esmero cada día. Es algo que fui aprendiendo, aunque a ratos lo olvide y repita el esquema. Me hostigaba tumbada en la cama con todo lo que ya no tenía remedio, con historias pasadas que rasgaban mi mente hasta bloquear todas mis células y dejarme enfangada en el tedio. Había salido de aquello poco a poco, no sabía muy bien cómo, quizá movida por un destello de intuición que me animaba discreto a resucitar de mi apatía.

Echaba de menos la infancia, no porque hubiera sido especialmente feliz en mi entorno familiar, sino por la ligereza de los años en los que vives al día, esos años en los que todo puede resultar mágico y cualquier detalle mundano se convierte sin esfuerzo en un acontecimiento extraordinario. Yo quería convertir mis días en acontecimientos extraordinarios, quería sentir que el solo hecho de estar vivo era demasiado misterioso como para dejarlo naufragar en los océanos de la intrascendencia, en donde las olas te tumban cada vez que consigues asomar la cabeza.

Empezó a llover, y con la lluvia me pongo contentísima. Odio el verano. El frío y la lluvia me sumergen en una intimidad maravillosa. Soy feliz cuando llueve, no sé si os ha quedado claro. Veía las gotas fundirse en una cascada Jesús del Valle abajo, primero unas pocas y minutos después parecían unirse animadas las demás, creando un sonido magnético, estrellándose contra el cristal del balcón. El cielo pasó del gris al negro y algunas nubes violeta asomaban al fondo. Estaba anocheciendo y la gente corría despavorida a refugiarse en los portales. Caminé hacia mi dormitorio escuchando la lluvia y la madera a cada paso. La madera del suelo estaba oscurecida por el paso del tiempo y tenía manchas en forma de espirales; unos círculos dentro de

otros e infinitas líneas que se iban entrelazando. Pero resultaba turbador escucharla crujir cuando estaba sentada en el sofá y no había nadie más en la casa. Las primeras noches me despertaba alterada por el sonido, luego ya me acostumbré hasta el punto de que podría haber entrado una banda de atracadores taconeando y yo lo habría atribuido a la antigüedad de la tarima.

Me metí en la cama con el portátil. Era pronto para dormir, pero al menos dentro de la cama podía permanecer más de media hora sin sentir que los miembros se me iban congelando y que pronto se descolgarían del cuerpo. Miré mi correo, comprobé que no me había escrito nadie. Le di a actualizar por si en esa fracción de segundo me había escrito ya alguien. Tampoco. Releí las pocas líneas que había escrito de mi novela y cuando estaba a punto de apagar el ordenador, confiando en que a la mañana siguiente me visitara la inspiración, tuve una idea. Abrí *Google* y entrecomillé el nombre de la inquilina que había aparecido en la pared: «Carmen Abril». La idea de indagar en la vida de una desconocida me resultaba apasionante. Sentí que protagonizaba una de esas secuencias de los *thrillers*, una de esas donde la protagonista investiga un peligroso y complicado caso en la hemeroteca mientras los malos están a punto de pillarla. Normalmente, en estas pelis hay un compañero negro que luego muere, o un compañero blanco con el que mantiene una tensión sexual. Yo trabajaba sola porque era supervaliente... Y porque estaba supersola, eso también.

«Carmen Abril, conocida como “La Niña de los Pendientes”, nace el 15 de agosto de 1925 en Córdoba. Se queda huérfana a los trece años y se marcha a vivir con su abuela. Comienza a bailar para mantenerse económicamente hasta que encuentra un representante que le consigue un trabajo en un local de Madrid. Carmen marcha a la capital con dieciocho años y va enlazando trabajos de baile hasta los veintitrés, cuando empieza a cantar como apoyo de algunas grandes artistas».

Encontré su discografía y algunos datos más sobre su vida, pero no se mencionaban detalles que pudiera hilar con mi casa; de hecho, no aparecía que hubiera sido profesora en Madrid, como se podía deducir por las letras dibujadas en la pared. Junto a su breve biografía había una foto. Era en blanco y negro y apenas se le veía el rostro. Era pequeña y tenía una espesa melena. Llevaba los ojos muy maquillados, y unos enormes pendientes sobresalían entre los mechones que le caían por los hombros. Me quedé mirando la foto un rato, intentando averiguar a través de su mirada quién era esa mujer.

Necesitaba saber qué había ocurrido en mi casa, si Carmen se paseaba por las habitaciones, y si yo respiraba un aire impregnado por su historia. Tuve una gran idea, porque esto a veces me pasa. ¿Por qué no escribir mi novela basándome en el pasado de aquella casa? No sabía nada de lo que había sucedido allí, pero había encontrado unas letras, un nombre, una posible historia que estaba a mi alcance casi por arte de magia, porque un día me dio por tirar del papel que escondía retazos de otra época. ¿No era suficientemente interesante como para hablar de ello? Para responderme a esta pregunta, al menos tenía que intentar averiguarlo.

## 6. Primer amor

Volvíamos de misa un domingo de octubre y nos dirigimos, como siempre, a la churrería de Jesús del Valle, la calle que desembocaba cerca de nuestro portal de la calle del Pez. Lola me advirtió de la presencia de un hombre al que nunca antes habíamos visto. El resto de la familia también reparó en el desconocido. Nuestro barrio era como un pequeño pueblo y resultaba casi imposible que un nuevo visitante pasara inadvertido. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida, si bien es cierto que no había visto a tantos. Tenía poco pelo, pero no parecía muy mayor. Ojos color miel, espeso bigote, espalda ancha y una elegancia única. Recuerdo que miró hacia donde estábamos y sentí que se me paraba el corazón. Cruzamos la mirada un instante y desde ese momento yo sólo podía escuchar el sonido de mi bastón tocando en los adoquines de Jesús del Valle. No existía nada más que la mirada de aquel hombre y el eco de mi bastón, cada vez más fuerte, retumbando en mis huesos a cada paso. Nos situamos en la cola, justo detrás de él y de las dos mujeres mayores a las que acompañaba. Mi padre nos contó que era el sobrino de Josefina, una vecina soltera muy vieja que vivía en el número 28 de Jesús del Valle. Por lo visto, había venido a Madrid para montar un negocio y se hospedaba en casa de su tía durante su estancia. Observé disimuladamente su espalda, las formas que hacían los pliegues de su gabardina, su mano sujetando el sombrero. Una mano oscura, con unas prominentes venas que parecían querer escaparse de la piel. Su nuca afeitada, su cuello largo. Y mientras vigilaba todos los detalles pretendiendo estar atenta al discurso de mi hermana, el hombre se dio la vuelta y se detuvo a mirarme. Parecía estar escuchando la ruta que seguían mis ojos. Me miró como si me reconociera, con los labios sonrientes y sin pestañear. Durante esos momentos se me olvidó el bastón, se me olvidó el miedo que tenía a la decepción de los hombres, a que repararan en mi cojera y dieran media vuelta. Aquella firme y sonriente mirada me hizo sentirme especial por primera vez. Salimos de la churrería con nuestros cucuruchos llenos y nos dirigimos hacia casa mientras nos los íbamos comiendo. Yo miré hacia atrás para despedirme de él con el pensamiento, pero ya no le vi. Entramos y me tumbé derrotada en la cama. Sentí el agotamiento de las emociones, el cuerpo cansado por la tensión del encuentro, mi pierna más acorchada que nunca, y sin embargo, podría decir que en ese instante fui feliz.

No hubo un solo día desde mi encuentro con el desconocido en el que no me asomara al balcón a buscarlo. Llegaron más domingos, más mañanas en la churrería, pero no volvió a aparecer. Era casi un espejismo para mí, el invento del que podría ser el hombre de mi vida, el hombre que me querría tal como soy, que me intuiría más allá de quien parezco ser, más allá de mis bastones o muletas, más allá de mi enfermiza timidez, de mi ignorancia, mis miedos, mis complejos y demonios. Quizás, incluso, más allá de mí. Una inquietud adolescente marcaba mis días desde entonces. No podía pensar en otra cosa. No quería pensar en otra cosa. Cogí mi cuaderno de

dibujo y traje a mi mente su imagen. Comencé a retratar al desconocido, y según iba afinando sus rasgos, parecía tomar forma humana. Dibujé el brillo de sus ojos y las pupilas mirándome. No quise colorearlo. Dejé el retrato a lápiz y decidí que le añadiría un color cada vez que volviera a verle. El color que me sugiriera cada encuentro. Mi madre entró en la habitación para requerir mi ayuda en la cocina y escondí el cuaderno tras de mí. Me miró como si me hubiera pillado en algo. La reté con la mirada pidiéndole que respetara mi soledad, mi enamoramiento y mis dibujos, que me ayudaban a evadirme de un mundo angosto que nos acechaba a todos. Mi madre dejó claro que me necesitaba y que no tardara en acudir. Miré una última vez a mi desconocido y guardé el cuaderno debajo del colchón, era el escondite que alejaba a mi familia de la intimidad de mi universo.

Luis llegó una tarde con un Jilguero. Llevaba cubierta la jaula para dilatar la sorpresa, pero mis hijas supieron enseguida de qué se trataba. En cuanto retiraron el pañuelo que cubría la jaula, el pájaro comenzó a cantar. Nunca habíamos tenido animales en casa y aquello me resultó extraordinario. Gloria y Encarna lo bautizaron tras discutir durante horas el nombre. Finalmente, acabaron llamándolo Esteban. Me sobrecogió escuchar ese nombre porque en mi casa no podía pronunciarse. Quizá se nos escapara alguna vez y mis hijas lo recogieran ahora. Luis rio la ocurrencia sin caer en que Esteban era el nombre de mi difunto hermano. Le buscamos un sitio a la jaula en el salón y se convirtió en el aliciente principal para mis hijas, que se levantaban temprano para comprobar si el pájaro cantaba o no cantaba. Gloria insistía en liberarlo pero su padre se negaba. Cuando Luis no estaba, lo soltábamos para que volara por el salón y luego lo volvíamos a meter en la jaula sin decírselo a nadie.

Lola se encaprichó con el chico de la pastelería. Bajaba a comprar a todas horas y yo la veía ganar peso sumida en un estado de enajenación emocional desconocido. Se ofrecía a mi madre para ir a la compra y tener la oportunidad de observarle desde el final de la cola. Mi madre le asignaba la tarea sin problemas, y sin imaginar las intenciones ocultas de mi hermana, que nada tenían que ver con ayudar en casa. Lola y Cristóbal se sonreían y se ponían nerviosos, manteniendo conversaciones abruptas y confusas. Cada noche, nos acostábamos hablando de nuestros enamorados. Lola y yo reíamos hasta que mi madre entraba y decidía que se había acabado la cháchara por hoy. Apagaba la luz creyendo que eso iba a detenernos, pero encendíamos una vela y seguíamos imaginando cómo serían nuestras vidas con estos dos hombres que nos habían secuestrado el alma. Y finalmente, era mi hermana Pilar la que censuraba nuestras fantasías. Pilar era como una extensión de mi madre. Oscura, prematuramente mayor, y distante. Sólo la vi sonreír el día que mi padre volvió de un viaje de negocios que le había mantenido apartado durante casi un mes. Se arrojó a sus brazos al verle cruzar el umbral de la entrada y mi padre mantuvo el gesto de serenidad, haciéndole ver que agradecía su entusiasmo, pero sin demostrar una excesiva emoción por el cariño de su hija. Sentía absoluta devoción por él y probablemente no estuviera dispuesta a introducir a ningún otro hombre en su vida.

Así fue. Pilar no se enamoró jamás. O al menos, eso creímos.

Pasaron casi seis meses y yo empezaba a olvidarme de aquel hombre. Guardaba su retrato en blanco y negro bajo la cama. A veces lo liberaba de los muelles del somier y le ofrecía el oxígeno de mi dormitorio, siempre y cuando no se encontrara nadie cerca. Veía cómo las líneas de su rostro empezaban a difuminarse por el tiempo y lo tomé como una metáfora. Intenté reprimir mis deseos y convencerme de que no era el hombre del que debía enamorarme. Incluso llegué a creer que nuestro singular encuentro había sido una invención de mi mente, tan necesitada de estímulos y tan encorsetada por mi entorno.

Me encontraba recogiendo la casa junto a mi madre, cuando escuché abrirse la puerta de forma ruidosa. Lola entró violentamente en el salón y cuando parecía que iba a empezar a hablar, reparó en la presencia de mi madre, que la miró inquisidora.

—¿Qué? —preguntó mi madre intuyendo que algo sucedía.

—Nada —disimuló Lola con maestría.

Mi madre se marchó a la cocina y Lola me cogió del brazo llevándome a un aparte y buscando intimidad.

—Está en la pastelería, lo acabo de ver.

No necesité preguntarle sobre a quién se refería porque sabía que era él. Lola cogió mi abrigo y sigilosas nos dirigimos hacia la puerta y nos marchamos. Creo que es lo único que hasta el momento había hecho a espaldas de mi madre. El corazón latía fuera de mi cuerpo y estaba segura de que todos lo escuchaban, me sudaban las manos y la frente, me temblaba la pierna y empecé a sentir verdadero pánico. Hice un amago de huida en un par de ocasiones pero Lola no me soltó el brazo hasta que entramos en la pastelería. Era su turno y llegamos justo a tiempo para escuchar su voz. De repente, supe que asistía al comienzo de mi siguiente etapa. Sabía que escucharía esa voz cada día a mi lado. Cuando se dio la vuelta y me vio allí, me miró de lleno. El murmullo de la tienda iba desapareciendo a medida que avanzaba hacia mí. Se quitó el sombrero y tomó mi mano.

—Luis.

No sé el tiempo que duró el momento en el que pronunció su nombre. No sé el tiempo que tardé en reaccionar, pero debió de ser excesivo, ya que ante mi colapso fue Lola quien contestó en mi lugar.

—Ella es Elvira.

Lo que pasó justo después soy incapaz de recordarlo. Mi memoria sólo alcanza a rememorar unas horas más allá. Lo que pasó justo después se encuentra en las lagunas en las que naufragas cuando la emoción es tan fuerte que casi no puedes soportarlo. Y por mucho que intente acordarme de cómo nos despedimos, de cómo llegué a casa o de qué inventamos cuando nos encontramos con mi madre, mis conexiones neuronales no me permiten hacerlo. Un cortocircuito calcinó los minutos siguientes a escuchar la voz de Luis.

Recuperé su retrato y me enfrenté a su imagen con todos los colores a mi alcance.

Lo miré y me sorprendió la capacidad con la que había captado sus rasgos y su gesto. No podía decir que fuera un retrato perfecto; sin embargo, sus ojos y sus labios estaban en ese punto justo entre la alegría y la serenidad que tanto me había atraído desde que apareció. Había decidido añadirle un color en cada encuentro, pero no podía esperar. Abrí mi estuche de acuarelas y me bloqueé ante la libertad de poder elegir cualquiera de los colores que esperaban allí, cada uno en su pequeño espacio, ofreciéndome la posibilidad de teñir sus ojos, su piel, su barbilla, su cuello, sus labios... Casi como si lo decidiera el destino, mis manos se desplazaron y mi pincel se hundió en el añil. Perfilé sus ojos, las líneas de la mandíbula, las cejas y las comisuras. Lo dejé secar antes de devolverlo a su escondite. Aparté ligeramente la mesilla de noche y lo pegué al dorso, contra la pared. Junté un poco la mesilla para que mi madre no se diera cuenta de que la había movido y volví a meterme en la cama mientras Lola y Pilar discutían en el cuarto de baño. Pilar acusaba a Lola de haberle robado un pasador y Lola lo negaba con gran indignación sin darse cuenta de que lo llevaba puesto. No dije nada. Escuché sus gritos sin inmutarme.

Durante aquellos días vivía sumida en una intensa alteración de la realidad. Lo cotidiano perdía importancia y mis emociones se disparaban con facilidad. Casi cualquier cosa que leyera o escuchara conseguía conmover mi pequeño cuerpo. Me gustaba leer y lo hacía de noche, mientras mi madre recogía la mesa después de cenar y mis hermanas se enzarzaban en sus discusiones habituales. A cierta hora me obligaban a apagar la luz y abandonar la lectura, y a veces era justo en la parte más interesante de la novela, y la curiosidad por saber cómo terminaba el párrafo que acababan de interrumpirme me impedía dormir. Entonces me levantaba sigilosa y me metía en el cuarto de baño con mi libro, unas veces dentro de la bañera, otras sobre la taza del retrete, otras en el suelo sobre la alfombrilla. Mi madre veía la luz encendida por debajo de la puerta y me llevaba de vuelta a la cama confiscando mi lectura hasta el día siguiente. Las restricciones familiares agudizaron mi ingenio e inventé un truco para poder leer hasta la hora que me diera la gana, hasta ese momento en el que ya tienes que volver de nuevo al párrafo anterior porque llevas un rato sin enterarte de nada. Para evitar que mi madre supiera que estaba leyendo en el cuarto de baño, ponía una toalla en la rendija entre la puerta y el suelo. Desde fuera mi madre sólo veía oscuridad y no podía imaginar que a mí todavía me quedaban horas de lectura hasta que decidiera dormir.

Luis vino una mañana a casa a conocer a mis padres y exponer sus intenciones conmigo. Comimos todos juntos, pero en la mesa sólo hablaron los hombres. Las mujeres íbamos y veníamos a la cocina y mi hermana Lola aprovechaba para cotillear sobre el que estaba destinado a convertirse en mi marido. Luis se movía con tranquilidad. Estaba seguro de sí mismo, sabía qué se esperaba de él y sabía cómo ofrecer su lado más amable, serio, respetuoso y casi elitista, para que mi padre accediera a nuestro compromiso. Tenía un gesto que no había visto antes en nadie, era como si estuviera siempre a punto de estallar en carcajadas. Las comisuras de sus

labios se curvaban hacia arriba y aunque estuviera hablando de los temas más serios, sus ojos parecían sonreír. Me buscaba con la mirada mientras contestaba al exhaustivo examen al que mi padre le estaba sometiendo.

Durante mucho tiempo pensé que aquel fue el instante más feliz de mi vida. Es curioso cómo con los años vas deshaciendo afirmaciones tan superficiales. No puede existir un instante de felicidad por encima de todos los que has vivido. No puedes hacer una lista puntuando de cero a diez cuando hablas de felicidad. Sobre todo, porque algunos de los momentos en los que la armonía te envuelve puede que ni siquiera seamos conscientes de que se trate de un instante feliz.

Lola no podía dejar de llorar. No sólo de emoción, sino de soledad. La perspectiva de quedarse sola con mi hermana Pilar y mis padres la aterraba. Le prometí que viviríamos muy cerca y que quedaríamos para merendar todas las tardes. Y así fue. Después de la boda Luis y yo alquilamos una casa en la calle Jesús del Valle. La conseguimos a través de su familia, que vivía una manzana más arriba. Era el tercer piso del número doce. Una casa amplia, como en la que había vivido toda la vida, con tres dormitorios y dos luminosos balcones. Tenía una cocina preciosa, con todo recién puesto. Luis se desentendió de la decoración, de los muebles y de todas las tareas del hogar. Estaba claro que esa parte me correspondía a mí y la asumí con ilusión y madurez a pesar de mis diecinueve años.



## 7. El hombre canoso

Bebí otro sorbo del café, que ya se había quedado frío, mientras caminaba despacio por la casa en busca de una tarea con la que pasar la mañana del sábado. Recordé que regalaban *Hannah y sus hermanas* con un periódico y me apresuré a bajar al quiosco. Era una de mis películas favoritas y mi ex se la había quedado en la separación de bienes.

Al llegar, el quiosquero, un hombre de unos sesenta años con la piel color jamón de York, atendía a un señor canoso.

—En este viene la película, ¿verdad? —dijo el canoso.

—Sí, se lleva la última.

—No jodas —me salió del alma. Si es que una expresión así puede salir de un lugar tan complejo.

—¿La quieres tú? Llévatela —me dijo amablemente el señor canoso.

—No, no... —dije, que escondía un «sí, sí».

—Si esta película la regalan una vez al año por lo menos.

—¿En serio no te importa? —insistí con mis manos ya rozando el ansiado tesoro.

—En serio.

Y mientras me ofrecía la película, se quedó mirándome un instante, yo me quedé mirándole un instante. El quiosquero rompió tan mágica escena.

—¿Entonces?

¡Entonces este hombre y yo estamos teniendo un momento de tensión sexual, así que no interrumpas! Pero era tarde. El hombre canoso se despidió dedicándome una sonrisa y le vi alejarse por la calle del Pez con melancolía. Ya, ya sé que sólo le había visto cinco minutos y no había pasado nada, pero para mí sí había ocurrido algo especial. ¿Podía estar inventándomelo? Pues sí, claro, siempre cabe esa posibilidad. Volví a casa con síntomas de enamoramiento: felicidad, nerviosismo y ausencia total de apetito. Agradecí al cielo esto último porque en mi nevera sólo convivían triste y discretamente una pera y dos yogures griegos de esos que tienes que comerte siempre con una botella de agua cerca, porque corres el riesgo de que su densidad invada toda tu garganta impidiendo el paso del aire, y esto te lleve a una muerte lenta y estúpida. Y yo pretendía ser una famosa novelista, y una famosa novelista no puede morir de una forma tan indigna. Y sobre todo, una famosa novelista no puede morir antes de ser una famosa novelista porque entonces, ¿para qué engañarnos?, no es una famosa novelista. Misión prioritaria en aquel momento: mantenerme viva. Luego ya se iría viendo.

Dediqué todo mi tiempo, que era literalmente todo mi tiempo porque no tenía otra cosa que hacer durante el mes entero, a recabar información sobre la casa en la que vivía. Buscaba quiénes habían sido los dueños o datos sobre los inquilinos que por allí habían ido pasando; cualquier cosa podía servirme para espolear mi instinto novelesco.

—Podemos investigar sobre los orígenes del edificio —le dije a Mónica mientras le robaba un trago de su cerveza.

—Y sobre los inquilinos de esta casa —me apoyó con entusiasmo.

—Eso sería perfecto.

—Claro, quién ha vivido aquí y qué ha pasado...

—Sí, podemos incluso ir al registro de la propiedad y encontrar el nombre del dueño.

—¡Sí, eso haremos!

Nos sentíamos importantes, listas, de nuevo como las chicas que investigan en los *thrillers* americanos.

—Un momento —dije—. El nombre del dueño de esta casa es el que está en mi contrato de alquiler.

—Ah, claro. Para eso no hay que ir al registro.

—Pues no. Es mi casero y tengo que llamarle para que me arregle la cisterna.

—Ya.

Nuestro espíritu de detectives murió tras esa conversación.

Desde mi encuentro con el hombre canoso, al que a partir de ahora pasaré a llamar «el hombre canoso», más que nada porque era un hombre canoso y más que nada porque no conocía su nombre, empecé a sentir unas ganas locas de hacer todo tipo de compras y recados por el barrio. Buscaba una excusa para propiciar un encuentro casual. Estaba premeditando un encuentro casual. Y nos encontráramos cuando nos encontráramos yo sabía que nunca podría ser casual porque yo lo estaba buscando, pero eso él no tenía por qué saberlo. Gracias al amor (o a las hormonas), llené tanto la despensa que si un meteorito hubiera amenazado con destrozar todos los supermercados del mundo, yo habría podido sobrevivir por lo menos diez o quince años con lo que allí se encontraba. Y de darse el caso del meteorito, que, oye, cosas más raras se han visto (no sé dónde, la verdad), era tal mi intensidad y mi enamoramiento, que estaba incluso dispuesta a compartir mis víveres con el hombre canoso. Siempre y cuando mi amor fuera correspondido. «Si no me quieres no puedo alimentarte, cariño, lo siento. He de dejarte morir».

Pasaron unos días y el destino no quiso unirnos. Pasaron unos días y a mí ya no me quedaban excusas para seguir paseándome por el barrio a la hora aproximada a la que se había producido el primer y único encuentro. No puedo decir que me olvidara del tema, pero sí que el arrebató hormonal, al menos, se iba calmando. Cuando esto pasa es, inevitablemente, cuando se produce el segundo encuentro. Y lo mejor de todo es que, ahora sí, se trataba de un encuentro casual.

Le vi en la ferretería, donde yo lo miro todo como si acabara de llegar a Marte y estuviera intentando reconocer el terreno. Me toca decir frases como «tengo un agujero grande que quiero cubrir» o mejor «hola, buenos días, ¿tiene usted cola?» y cosas así, bastante indignas. Entré y le vi en el mostrador, depositando tablas y herramientas mientras hablaba con el dependiente. Sí, hacía dos cosas a la vez porque

era un tío superlisto y superhábil. Me detuve a observarle antes de avanzar. Estaba demasiado nerviosa y no quería que nada saliera mal. Permanecí quieta sin saber muy bien a qué esperaba. Pero él, al cabo de unos segundos, se giró. Me miró.

—¿Qué tal *Hannah y sus hermanas*? —dijo risueño mientras sacaba la tarjeta de crédito de su cartera.

—Ah, bien.

—¿«Bien»? Te sabes los diálogos de toda la película y eres una mujer con cierta gracia, podrías haber hecho un chiste privado de fans de Woody Allen, hay muchas cosas que podrías haber hecho, pues no, bloqueo total. Mejor eso a lo que había hecho otras veces, sobre todo en mensajes de móvil, de escribirle al otro una broma privada, tan privada, tan privada, que al final sólo la entendía yo. Sí, mejor sobriedad que me la estaba jugando.

Y mientras pensaba todo esto, volvió a ocurrir. De repente, mi biología se aceleraba. Sentía como si todo mi funcionamiento hubiera aumentado de velocidad en pocos segundos. Mis labios iban cambiando su expresión sin yo quererlo; una sonrisa estúpida se imponía en mi rostro y él parecía intentar evitar que le sucediera lo mismo, sin éxito. Se marchó diciendo que tenía que montar una estantería y le deseé suerte porque no se me ocurrió nada más brillante para despedirme. Al salir se volvió un instante y me pilló mirándole. El dependiente me preguntó si me llevaba el martillo que tenía entre mis manos y volví a la realidad con un mazazo, valga la metáfora.

Su imagen se aparecía en mi mente casi en cualquier momento. ¿Podía estar enamorada de alguien con quien sólo había hablado dos veces?

—Yo he estado enamorada incluso con menos —dijo Mónica sin avergonzarse en absoluto.

Y era cierto, ella no necesitaba ni siquiera hablar. Claro que también le llamaba enamoramiento a cualquier cosa.

—No es verdad, lo que pasa es que soy muy enamoradiza.

—Lo que pasa es que tienes tal necesidad de sentir eso que acabas inventándotelo.

—¿Y cómo sabes que eso no es lo que te está pasando a ti? —dijo dándome donde más me dolía.

—Lo sé, créeme.

Y fue tal mi seguridad, que no se atrevió a replicar.

Cuando estás en ese estado todo te inspira. Es como si entendieras algo hasta ahora desconocido. Se abre una parte de ti que permanecía dormida y esto te desata los sentidos, las emociones se desperezan, los colores son más intensos, el cielo es más azul, los transeúntes más guapos, mis padres más listos, mi hermana más alta, yo estoy superbuena, la vida es maravillosa, ¡y era tan feliz!

## 8. La inquilina

Conocí a Carmen el día que vino para quedarse. Era muy menuda, con los ojos oscuros, el pelo largo y descuidado y unos llamativos pendientes. Vestía humildemente, aunque intentaba aparentar un nivel económico más elevado. No sabía qué edad podría tener, quizá la mía, quizá menos. Una evidente fragilidad delataba su reciente sufrimiento. Era muy guapa, aunque parecía desnutrida. Nos saludamos con timidez, como si no nos atreviéramos a conversar sobre nuestros respectivos dramas. Llevaba a su niño en brazos y lo sujetaba con fuerza, desatando en sus manos pequeñas la tensión del encuentro. El niño dormía tranquilo, ajeno a las dificultades que su madre atravesaba. Gloria salió a recibirles y extendió los brazos para pedirle a Carmen que le cediera al bebé. Carmen me miró buscando respuesta y yo asentí. Gloria cogió al bebé y lo llevó hacia el salón meciéndolo enternecida. Entendí que yo no era la única que necesitaba compañía. Encarna nos observaba desde el quicio de la puerta y decidió no dirigirle la palabra a la desconocida. Le enseñé su dormitorio y el funcionamiento de la casa, mientras ella tomaba nota mentalmente como si se estuviera preparando para un examen.

Mientras organizaba su equipaje, entré en la cocina a preparar algo de cenar. Me seguía Gloria, que todavía llevaba en brazos al bebé. No contaba con demasiados alimentos, pero el hecho de tener una compañera de penuria, de alguna manera estimulaba mi creatividad. Nos sentamos todas a cenar, junto al ventanal que daba al patio, abrigadas con chaquetas gordas de lana e intentando resultar agradables y armonizar el ambiente. Cenamos casi en silencio, levantando la mirada para sonreírnos entre plato y plato. Asustadas. Emocionadas. Y por primera vez para ambas, yo diría que esperanzadas. Tras una cena austera pero suficiente para no acostarnos con hambre, recogimos los platos y comenzamos a hablar. Al cabo de unos minutos, ni siquiera recuerdo por qué razón, las dos rompimos a reír. Reímos durante un rato, prolongando conscientemente el repentino instante de felicidad, transformando nuestras angustias en agudas carcajadas, olvidando que éramos dos desconocidas en circunstancias difíciles. Reímos alto, sin ocultarnos, sin temor, llenando la cocina de aquel sonido entero y liberador. Y entonces descubrí a Carmen. La descubrí en su risa. Era una mujer mucho más joven de lo que parecía, su voz sonaba ahora casi infantil y sus ojos se humedecían en cada carcajada. Perdía el control de su cuerpo y se doblaba sobre sí misma, apoyando una mano sobre la mesa y sujetándose el estómago con la otra. Gloria y Encarna me observaban con perplejidad. Llevaban meses sin verme reír.

Carmen cantaba a todas horas y mis hijas parecían haberse acostumbrado a escucharla. A mí nunca me interesó la música, excepto las tardes que Luis tocaba el piano del comedor, insistiendo aun así en que carecía de talento. También escuchaba sus discos favoritos mientras los colocaba una y otra vez en la librería del salón. Era de las pocas imágenes que permanecían nítidas en mi memoria, aunque su rostro iba

cambiando cuando cerraba los ojos. La única razón por la que podría haberle identificado si le hubiera visto, era porque conservaba el retrato que dibujé al conocerlo. Y lo observaba algunas noches, interrogando sus expresivos ojos en silencio: «¿Qué ha sido de ti? ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no has vuelto?». Si no insistía más en estas incógnitas, era por supervivencia. Necesitaba mantener la cordura y la fuerza necesaria para afrontar mis circunstancias. Y aunque algo en mi interior me decía que Luis no volvería jamás, a veces me saltaba el corazón al escuchar el ruido de la puerta abriéndose. Era Carmen, pero por un instante mi cuerpo esperaba verle entrar por fin.

A las cinco de la tarde solíamos sentarnos juntas en el salón para escuchar la radio. Mientras yo cosía, Carmen acunaba a su niño con una expresión casi de perplejidad. Le miraba interrogante, como si le estuviera preguntando con los ojos que quién era. Lo recuerdo porque una de aquellas veces me confesó que no se había acostumbrado a ser madre. Que todavía no entendía cómo una criatura podía haberse formado en su vientre. Y entonces le miraba como si acabara de nacer en ese momento. Era emocionante descubrir a Carmen, sorprenderme con sus gestos, sus palabras o sus actos. No dar por hecho nada sino entregarme al desciframiento de sus ojos o la frecuencia de su voz. Las personas que nos rodean creen que nos conocen y nosotros creemos conocerlas a ellas. Y así limitamos muchas veces sus impulsos de ser de otra manera, o de estar de otra manera, ya que todos nos sometemos al juicio del entorno y al nuestro propio. Intenté liberar a Carmen de mis ideas preconcebidas, de mis prejuicios sobre su situación social, sobre su ignorancia o su tendencia política. Representaba todo lo que mi familia me había enseñado a rechazar y, sin embargo, había conseguido colarse por las rendijas de mi mente para enfrentarme a un espejo en el que nunca antes me había visto reflejada. Los desconocidos a veces llegan para mostrarte que también eres esa, esa que ni habías intuido hasta entonces.

Tenía el salón lleno con mis herramientas de trabajo, y era habitual ver a Carmen tantear el terreno antes de sentarse en el sofá para evitar clavarse un alfiler. Ella había asumido casi todas las tareas domésticas para compensar su estancia en casa. Iba a la compra, cocinaba, limpiaba y llevaba a mis hijas al colegio muchas mañanas. También dedicaba su tiempo a buscar trabajo, pero por el momento la suerte no la acompañaba. Carmen tenía talento, y por eso fue capaz de aprender a tocar el piano por su cuenta. Escuchaba sus intentos desde el salón, pero al cabo de los días aquello sonaba afinado y armónico y la casa se llenaba de música. Por momentos me parecía estar escuchando a Luis al piano. Solía sentarme a su lado y observaba sus manos moviéndose rápidamente por las teclas. Le miraba con fascinación y él lo sabía. Levantaba la vista para sonreírme y, finalmente, me abrazaba abandonando el piano. Ahora creo que parte de mi fascinación y, sobre todo, mi necesidad con Luis, venía del agradecimiento. Sólo el hecho de que un hombre como él se hubiera fijado en mí, me llevaba a darle las gracias por quererme. A veces nos movemos así por la vida, casi suplicando un cariño que en el fondo creemos no merecer. Intentando que brote

un impulso de compasión en el otro y así saber que no estaremos solos. Aunque la soledad más intensa es esa en la que tu cuerpo y tu espíritu parecen distanciarse sin encontrar un rincón en el que reconciliarse.

Todavía no conocía las circunstancias de Carmen ni cuál era su historia, pero más adelante descubrí que ambas teníamos mucho en común. Quizá fue eso lo que animó a Lourdes a hablarme de ella y a ella a hablarle de mí. Puede que quisiera juntarnos para demostrarnos que no estábamos solas, que hay muchas mujeres que lo han perdido casi todo y están dispuestas a seguir avanzando.

## 9. Elvira

Llamé a mi casero con el pretexto de arreglar la cisterna, pero en realidad lo que quería era encontrar información sobre lo que había ocurrido en mi casa. Me contó que Gertrudis llevaba toda la vida viviendo en el edificio y quizá recordara algo. Gertrudis era la mujer que me habló de esta casa, esa ancianita amable y sonriente gracias a la cual estoy contando esta historia a día de hoy. Como protagonista del *thriller* de la chica que investiga con un hombre negro a su lado, debía acudir al encuentro de esta buena mujer quisiera o no. Quisiera ella o no, digo, yo quería y así lo hice.

Las casas del segundo piso eran mucho más oscuras. Esta conservaba el *hall*, que es un espacio que nunca he entendido, pero que a mi madre le encanta. Una de las últimas veces que estuve en su casa, me quité el abrigo, dejé el bolso, y observé su expresión de decepción.

—¿Qué pasa? —dije sin entender.

—No me has dicho nada.

—Te has cortado el pelo?

—No, he cambiado el espejo del *hall*.

¿El *hall*? ¿A quién le importa el *hall*? Pero ella tunea este espacio de vez en cuando porque se aburre y es su pequeño refugio. Un rincón que sólo le importa a ella, donde no tiene que consultar con nadie sus decisiones decorativas.

Me fijé en las baldosas marrones y amarillas del segundo derecha, las paredes de gotelé, las cortinas echadas como para preservar una intimidad compleja y las fotos de la familia. Aparecía en varias de ellas con un hombre vestido de uniforme con pinta de americano. Gertrudis no parecía sentirse incómoda con mi presencia, todo lo contrario. Me hablaba con cariño y me ofrecía cosas de comer a cada rato. Al final accedí a unas galletas y un té. Gracias al té estoy ahora contando esto porque una galleta de ese espesor sin algo de líquido te mata sin dilación. Gertru llegó a este edificio con veinte años. Vivía con su marido y luego se trajo a sus padres cuando ya eran muy mayores y necesitaban ayuda. Gertrudis era hija única y en ella recaía toda la responsabilidad familiar. No sé cuánto tiempo llevaría viuda, pero parecía acostumbrada a su soledad. Al preguntarle sobre la historia de mi casa, sonrió: «La casa de las madres», la llamaba. Eran mujeres que se protegían entre ellas, me contaba. Al principio sólo vivían doña Elvira y don Luis con las dos niñas, pero él se marchó un día y nunca más volvió. Elvira parecía un fantasma. Estaba siempre pálida y llorosa. Pero luego llegó la cupletista y le cambió la vida.

—¿Carmen Abril?

—Sí, «La Niña de los Pendientes».

Se me erizó el vello al escuchar a Gertrudis. Estaba sucediendo, realmente lo que había encontrado en mi casa tenía sentido, esta mujer había vivido allí y me resultaba mágico estar tan cerca de alguien que la había conocido. Y otros personajes pasaban a

formar parte de la historia que quería contar. Elvira y el hombre que la abandonó o las mujeres que por lo visto se protegían las unas a las otras entre las paredes que me habían acogido tan rápidamente. La escuchaba como si fuera una niña a la que relatan un cuento antes de dormir.

—Luego Carmencita se hizo muy famosa, pero de no haber sido por Elvira no habría podido serlo.

—¿Por qué?

—Carmencita era madre soltera y estaba muy sola en Madrid. Pero Elvira la acogió y entre las dos salieron adelante.

—¿Montó una escuela en mi casa?

—Más que una escuela eran clases particulares de canto y a veces de baile. Había por allí niñas entrando y saliendo todo el día. Era una casa muy alegre, yo le llevaba mi ropa a Elvira para hacerme los arreglos, tenía manos de oro. Lo decía todo el mundo. ¿Quieres más galletas?

—No, gracias, ¿no tendrá usted fotos?

—¿Por qué?

—Por verlas...

—¿Por qué no quieres más galletas?

—Porque no tengo hambre, las fotos...

—Te las guardo.

—Si pudiera verlas ahora casi mejor.

—Que te guardo las galletas para otro día.

Dios, qué manía con las galletas, empecé a pensar que estaban envenenadas y quería acabar conmigo para quedarse con mi... Con mi nada, de repente resultaba tranquilizador no tener nada.

—¿Tiene fotos o no tiene fotos?

—Uf, supongo que en los trasteros están todas las maletas con fotos y cosas así.

—¿Qué trasteros? ¿Hay trasteros?

Había trasteros, y a mí me correspondía uno de ellos, de lo que el propietario de la casa jamás me informó. Obligué a Gertrudis a subir a su trastero, esto ya era despotismo puro. La pobre mujer subiendo a pie sólo porque yo me había empeñado en ponerle cara a las antiguas inquilinas. Sentía un nerviosismo maravilloso con cada peldaño que avanzábamos. Como si al final de la escalera me esperaran los rostros y los rastros de aquellos con quienes convivía. Gertrudis no alcanzaba a meter la llave en la cerradura. Era una cerradura antigua y una llave dorada con aspecto de herramienta. Probé yo durante un rato y conseguí abrir. El trastero estaba en las últimas. Había que agacharse para entrar, las paredes estaban llenas de desconchones y el techo parecía poder derrumbarse en cualquier momento. Gertrudis me iba indicando desde la entrada cuáles eran las maletas que debía coger.

Con dos maletas de cuero marrón, bajamos hasta su casa de nuevo, y como si hubiéramos entrado en un bucle temporal, nada más entrar, me ofreció un té y unas



galletas. Le dije que sí a todo para tenerla entretenida mientras yo esparcía el contenido de las maletas sobre la alfombra. Hacía tiempo que no estaba tan ilusionada. Fotos viejas en blanco y negro de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Fotos de comuniones, de mujeres rodeadas de niños, fotos de bodas y retratos familiares. Pero ninguna de lo que estaba buscando. Aun así, en la maleta de Gertrudis había un retrato suyo de cuando era joven. Estaba dibujado a lápiz y matizado con acuarela azul. Tenía magnetismo, era distinto. Lo firmaba un tal E, que como me contó esa misma tarde, era Elvira.

Ahora ya tenía dos mujeres que habían vivido en mi casa. Tenía dos nombres, aunque me faltaba el rostro de una de ellas y parte de su historia. Entendía que para Carmen esta casa había resultado decisiva, fue su trampolín vital, tanto para salir adelante y deshacerse de su soledad como para terminar dedicándose a la música, que era lo que vino buscando a Madrid. Nada de esto se mencionaba en la información que había encontrado en Internet. Ahora, cuando me acostaba y me tapaba con el edredón, ya no sólo pensaba en Carmen, también pensaba en Elvira. Ahora eran ambas el objeto de mi curiosidad, y quizá fueran ambas las protagonistas de la historia que estaba dispuesta a escribir.

## 10. El afilador

Era temprano, acababa de llegar la primavera y me senté a olisquear la tierra mojada de la plaza con los ojos entornados. Tenía nueve años. Mis hermanas jugaban a perseguirse con otra de las niñas de la pandilla y yo las animaba con risas y gritos. Miré a mi izquierda. Un niño algo mayor que yo pasó por delante y nos quedamos mirándonos. Era un crío muy rubio, de ojos azules, que cojeaba de una pierna. Me sobrecogió. Manejaba sus muletas con soltura, como si llevara mucho tiempo moviéndose con ellas. Se fijó en mi bastón y aminoró su marcha. No llegó a detenerse pero me sonrió con la mirada. Nuestros ojos no expresaban la compasión a la que estábamos acostumbrados, sino reconocimiento. Una mirada conmovedora de comprensión que posiblemente sólo durara unos segundos y que yo he llevado conmigo hasta el día de hoy. Durante los meses en los que tenía el alma emparedada en los muros de mi infierno, recordé la mirada de ese niño rubio. La recordé porque no percibí sufrimiento en sus ojos, y por entonces, su entereza me animó a seguir luchando para tener una vida normal y, a ratos, hasta feliz. Y esas eran mis intenciones en aquellos días, tener una vida normal y, a ratos, hasta feliz.

Mi familia no mostró un gran interés en conocer a mi nueva inquilina y aquella indiferencia me distanció inevitablemente de ellos. No llegué a saber si su rechazo provenía de su conocimiento sobre la posición social y política de Carmen o si, simplemente, no les interesaba traspasar los lazos familiares y ofrecer su afecto a quien no hubiera nacido en nuestro seno. Me preguntaba dónde se encontraba ahora ese discurso de compasión y hermandad con otros seres humanos que mi madre tanto predicaba en nuestra casa. Y recordé de pronto a unos tíos a los que no habíamos vuelto a ver. Lola y yo especulamos mucho tiempo sobre la distancia con esta parte de la familia que tanto nos gustaba, y llegamos a la conclusión de que la relación con mi padre pudo ser el detonante de la ruptura. Mi padre no era fácil para nadie. Mis tíos eran distintos, no sólo por su alegría, sino porque parecían vivir al margen de la sociedad que impregnaba aquellos años. Se movían por España en busca de trabajo y nuestros primos habían aprendido a adaptarse a casi cualquier situación. Mi tío era escritor y poeta, aunque mi padre le desacreditaba en cuanto se daba la vuelta para asegurar que eso no era una profesión. Yo, que adoraba la poesía, sobre todo las Soledades de Góngora, cuyos primeros versos conseguí memorizar hasta el día de hoy, intentaba no escuchar sus infamias. Nos contaba mi madre que mis tíos vivían al día, como todos, pero con mucho más valor. Cubrían sus necesidades básicas y lo que sobraba lo donaban a los pobres. No guardaban dinero para el día siguiente incluso teniendo cuatro hijos a los que alimentar. Confiaban en que la vida les traería lo necesario para seguir subsistiendo. No acumulaban ganancias por miedo al futuro, sino que se deshacían de todo lo que no fuera imprescindible en el presente. Era la única parte de la familia a la que habíamos vuelto a ver desde que vinimos del pueblo y, a raíz del problema que fuera que todavía no había llegado a conocer, no supimos

de ellos nunca más. Mis padres nos habían apartado de cualquier cercanía con nuestra familia y no parecían dispuestos a cambiar la situación.

Por eso pensé que no era la primera vez que mi familia me decepcionaba y decidí no tomárselo en cuenta. Simplemente, iba reduciendo mis visitas y sólo pasaba para ver a mi madre que, postrada en una cama, parecía rendirse para por fin abandonar este mundo. Mi padre vivía con la esperanza de su recuperación, pero ella quería irse. Si hubiera estado en su mano, quizás habría muerto hace ya muchos años. Nunca fue feliz, quizás en el pasado, antes de que nacióramos nosotras, pero alguien que se ha sometido a una tristeza inamovible es difícil que encuentre razones para quedarse.

Desde que Carmen entró en mi vida, incluso mi voz sonaba de otra manera. Vivía con una ilusión aparentemente incomprensible. Pero la vida me había traído un regalo que abría cada mañana. Era la chispa que necesitaba para volver a sonreír. Ella parecía vivir la experiencia de una manera similar. Hablábamos hasta desfallecer. Me recordaba a las noches con mi hermana Lola, sólo que esta vez no aparecía ninguna figura autoritaria para ordenarnos callar. Me habló de su infancia, de lo mucho que quería a su madre, que había muerto cuando ella era muy pequeña. De sus amores infantiles en el barrio y de la primera vez que supo que quería cantar. Su inspiración se llamaba Raquel Meller y llevaba una foto suya en la cartera desde entonces.

—Si Dios existe, algún día la conoceré.

Escuché el sonido del afilador y decidí llevarle los cuchillos y las tijeras de coser. Según comencé a bajar la calle, me di cuenta de que no era el hombre de siempre, era alguien mucho más joven que debía de estrenarse ese mismo día como afilador del barrio. Me fijé en su silueta. Era alto, con grandes espaldas, e iba en mangas de camisa pese al frío que traía el mes de noviembre. Me acerqué por detrás y antes de que pronunciara una palabra se giró a mirarme. Era casi como si me hubiera sentido, o quizá no, pero estaba dispuesta a encontrar esa magia que anhelaba en cualquier detalle mundano. Ni siquiera saludó, sólo se limitó a sonreír. Me fijé en sus ojos oscuros, con largas pestañas. Sus pupilas parecían ocupar todo el iris, era imposible no sumergirse en su mirada. Y entonces juraría que me ruboricé. Poseía un magnetismo inabarcable. Era la primera vez que sentía algo así desde que conocí a mi marido. Ese calor interno, esa especie de encuentro con una parte de ti que hasta ahora desconocías. Como si el pecho se abriera de par en par para dejar entrar una luz nueva e inspiradora. Saludó brevemente y se puso a trabajar con los cuchillos y las tijeras. Conseguí dejar de mirarlo, fingí estar atenta al escaparate y saludaba con la mano a algún vecino que subía con la compra por Jesús del Valle. Y fue en uno de estos momentos cuando escuché cómo detenía su tarea. Escuché esa pausa repentina y le miré para confirmar que ya había terminado. Pero no, sólo se había detenido para mirarme. Volví a encajar esa mirada que me lanzó Luis al conocernos, esos ojos que parecen estar diciendo «eres tú», como si reconocieras al otro de repente. Y ese instante me resultó aterrador, venía lleno de recuerdos, fantasmas, y la sensación de sufrir una patada en el estómago que te obliga a doblarte. El miedo se plantó entre

nosotros con toda su oscuridad y una guadaña afilada para la ocasión. Me devolvió los cuchillos y antes de que pudiera despedirse yo ya había echado a caminar apresuradamente calle arriba hasta llegar a mi portal. La llave no entraba y yo actuaba como si alguien me estuviera persiguiendo para asaltarme. Entré por fin y me refugié en la pared. Respiré. ¿Qué me estaba sucediendo?

## 11. La decepción

Hablé con el dueño y le pedí las llaves del trastero. Me dijo que llevaba por lo menos veinte años sin abrirse y que no sabía qué habría allí. Después de hablar con él no podía pensar en otra cosa, «el trastero, ¿qué habrá en el trastero? Trastero, trastero». Sí, soy un poco obsesiva. Vino a casa a traerme las llaves y al verle no le vi, sólo seguía sonando en mi cabeza «trastero» y así me salió.

—Buenas... —dijo con la lengua fuera por los tres pisos sin ascensor.

—¿Las llaves del trastero? —ataqué sin darle tiempo a respirar.

El buen hombre empezó por comprobar que, efectivamente, la cisterna no funcionaba. Ya ves tú el interés que podía tener en mentirle en una cosa así. Le pregunté si recordaba algo de la casa, para completar las historias que me había contado Gertrudis, pero él nunca llegó a vivir aquí y la casa estaba vacía desde hacía muchos años.

El casero me dijo que iba a bajar a la ferretería para hacerme unos arreglos en las bisagras y otras cosas que no recuerdo. Me apunté al plan. No porque tuviera un gran interés en hablar con este hombre, que parecía expresarse en un idioma diferente al mío, y diferente al de cualquiera, incluso a veces emitía sonidos que él pensaba que eran palabras pero no lo eran, sino porque la ferretería era el lugar de mi último encuentro con el hombre canoso y no quería perder la oportunidad. Así que bajaríamos los dos. Yo me puse un fular y un abrigo bastante monos y me pinté los labios. Tardé dos minutos y cuando volví a la puerta el casero me miró algo sorprendido, como diciendo: «¿A santo de qué esta mujer se pinta los labios para bajar a la ferretería?».

Mientras caminábamos calle abajo, yo iba derramando toda mi condescendencia y conecté lo que llamo el «taxista *mode*». Se trata de no escuchar nada de lo que el otro dice y contestar siguiendo la corriente, como si te interesara pero sin dejar de pensar en tus cosas. Las frases estrella del «taxista *mode*» son «claro que sí, diga usted que sí, así se habla y bien dicho». Da igual de lo que esté hablando el otro porque tú has decidido que no vas a escucharle. Ya te puede estar diciendo «pues estaba pensando en cometer un atentado terrorista en los próximos días», que ahí estaría yo al otro lado diciendo «diga usted que sí, así se habla, bien dicho».

Le vi en cuanto entré en la ferretería. Y no tuve ni que buscarle con la mirada, porque era tal la luz que desprendía que casi me cegaba su presencia. Sí, esto es producto de mi imaginación, pero es mi historia y la exagero lo que quiero. El hombre canoso estaba concentrado mirando algunas cosas. Me emocioné tanto que el casero debió de flipar, «hay que ver la pasión que tiene esta chica por el bricolaje». Me puse nerviosa, hablaba sin parar y me mostraba muy interesada en los detalles sobre cómo se arregla una cisterna o en los misterios del funcionamiento de la bisagra. Miraba de reojo a ese hombre, tan guapo, con una chaqueta negra y una bufanda, con esa expresión infantil en el gesto, con sus enormes ojos color miel, con

sus largas pestañas, con el pelo despeinado, con una mujer a su lado que parecía ser su esposa y un chico adolescente que parecía ser su hijo. ¡Noooooooo! Él me vio y se descompuso durante un instante para acto seguido reaccionar con naturalidad y hacer, directamente, como que no me veía. Me saludó con los ojos y siguió con su vida, sus escarpas, sus destornilladores, sus martillos, su mujer, su hijo que me sacaba una cabeza... Me quedé casi sin aire, con la decepción atravesada en la garganta y un principio de arcada provocado por la sequedad del paladar. Me despedí del casero y subí corriendo a casa.

Me senté en el sofá, cogí aire y conseguí encontrarme mejor. Pensándolo bien, ¿cuántas posibilidades existían de que ese hombre no tuviera una pareja? ¿Cómo funciona esto? Me asombra la ligereza con la que algunas personas te animan tras una ruptura diciéndote que hay muchos más hombres. No, no es cierto. Tienen que darse una serie de conjunciones casi imposibles. Primero encontrarnos, coincidir en espacio y en tiempo. Luego estar ambos en caminos similares para que el desencuentro no sea inmediato, luego, además, conectar el uno con el otro, química, espiritual e intelectualmente, y encima que ninguno de los dos esté ya unido a otra persona. ¡Anda ya! Es lo más complicado del mundo. Por eso en el fondo pensé que esto iba como debía ir. Él tenía una vida con otra mujer y yo no podía hacer nada. Pero ¿hasta qué punto su modelo familiar invalidaba nuestro encuentro? ¿Realmente se diluían los sentimientos así? ¿De verdad era tan importante que él viviera con otra mujer, tuviera un hijo y veranearan todos juntos en casas rurales entregándose su amor los unos a los otros? ¿De verdad era tan importante que pasearan abrazados, riendo por el campo buscando setas y probablemente encontrándolas? ¿Tanto me importaba que se acostara junto a otra mujer, despertaran rozándose cada mañana, se besaran para recibir el nuevo día y pasaran las navidades con sus alegres familias? El caso es que sí. ¡Me importaba! Vale que la perspectiva de mi vida estaba cambiando a marchas forzadas desde que me mudé a esta casa, pero de ahí a convertirme en un maestro zen capaz de asumir un encuentro más allá del modelo social, eso ya era un paso que no estaba preparada para dar. Pero era una buena oportunidad para no tratar de cazar a mi presa. No convertir al otro en una víctima de mi soledad, de mi miedo.

Mónica dio con una clave cuando le conté todo esto.

—¿Por qué no te saludó?

Me quedé pensando en ello. ¿Por qué no podía haberme dicho hola?

—Porque estaba su mujer delante.

—Eso significa que le gustas, si no, podría haberte saludado como una vecina sin más, pero no lo hace porque siente que tiene algo que ocultar.

Y tenía razón. Así que lejos de entristecerme, empecé a sentir que había algo entre nosotros, no era un invento mío. El que no se consuela es porque no quiere.

## 12. Juana

Carmen y yo estábamos a la espera de la llegada de una nueva inquilina, Juana. Una mujer de veintitantos años que salía huyendo de la casa en la que había servido en los últimos años. Llegaba asustada y vulnerable, desubicada y escéptica, por circunstancias que en un primer momento no quiso contarnos.

Era una mujer robusta, alta y con unos kilos de más, sobre todo si la comparabas con la delgadez extrema de Carmen. Su historia estaba llena de misterio, hablaba a medias, sin terminar las frases, como si quisiera sincerarse con nosotras pero un impulso interior se lo impidiera. Le ofrecimos algo de comer y Juana miró a su alrededor cuando caminábamos hacia la cocina. Le gustaba la casa. Organizamos los dormitorios entre las tres mientras las niñas saltaban sobre las camas cada vez que nos disponíamos a cambiar las sábanas o estirar las colchas. Dispusimos una de las estancias para los niños, otra para Juana y un dormitorio para Carmen y para mí.

Juana tenía once hermanos, aunque sólo se mantenía en contacto con uno de ellos, pero vivía fuera de España y apenas hablaban. Se marchó de su pueblo para buscar trabajo y terminó de interna en una casa de Madrid. A los dos años, tuvo que marcharse. ¿Por qué tuvo que marcharse? Por el momento, no parecía dispuesta a hablar de ello.

Me resultaba curioso cómo todas nosotras, con nuestros dramas y nuestras tristezas, nos encontrábamos en este espacio intentando rehacer lo que podría haber sido un infierno. No podía decir que fuera una casualidad, no podía decirlo porque no creía en esas cosas, simplemente algo nos había movido para encontrarnos. Sin el pasado, que se llenaba de niebla a medida que avanzábamos, jamás nos habríamos conocido. A veces la vida te arroja al precipicio, pero si consigues salir, siempre puedes elegir un camino nuevo, sin indicaciones, un camino arenoso que a cada pisada va tornándose firme y te guía hasta donde tengas que llegar. ¿Debíamos llegar todas hasta aquí? Imagino que sí. Puede que nos esperaran otros destinos al final de otros caminos pero, por alguna razón, nos encontrábamos en este.

Carmen había conseguido un trabajo como asistente en un local de actuaciones. Su labor estaba muy por debajo de lo que merecía, pero nos ayudaba a salir adelante a las tres y a nuestros hijos. Se dedicaba a preparar el vestuario, ayudaba a las artistas a peinarse y maquillarse, y mantenía los camerinos ordenados entre cada función. Al menos era un trabajo relacionado con la música y estaba contenta. Juana se ocupaba de las tareas de la casa y cuidaba a los niños si yo tenía prendas que arreglar. Nos complementábamos, nos ayudábamos, nos cuidábamos cuando estábamos enfermas y, poco a poco, sentimos que aquella era nuestra familia.

Una mañana mandé a Juana al mercado de San Ildefonso. Le di una lista con los alimentos que debía comprar y percibí el terror en sus ojos por primera vez. Juana no sabía leer. Intentó disimularlo durante unos minutos pero me di cuenta enseguida. Decidimos que lo aprendiera de memoria y lo fue consiguiendo hasta que una

mañana me pidió que la enseñara a leer. Gloria estaba en la cocina escuchando la conversación y se sorprendió con la noticia.

—¿No sabes leer? —preguntó con asombro.

—No —contestó Juana tímidamente.

Gloria dejó su vaso en la pila, se limpió las manos con el paño de cocina y la miró con un gesto de madurez que yo no había visto antes.

—Yo te enseño —concluyó resolutiva.

Y así fue. Gloria dedicaba un par de horas cada tarde a enseñar a leer a Juana. Las escuchaba recitar párrafos enteros de El Quijote, un libro que mi hija leía con soltura sin entender muy bien de qué se trataba. Yo reía a carcajadas al escuchar algunos pasajes, y Cervantes navegaba por las estancias de nuestra casa mientras cosía sobre mi mesa de trabajo y escuchaba la voz, cada vez más entera, de Juana.

Juana no fue la única que pasó por allí durante aquellos años. Fueron muchas mujeres las que entraban y salían buscando un refugio. Pasaban largas temporadas y luego continuaban su rumbo, fuera cual fuera. Nuestra casa se había convertido en una residencia femenina de acogida. Yo seguía con mis labores de costura, Juana trabajaba por las tardes ocupándose de las tareas del hogar, tanto en el nuestro como en otros donde la contrataban. Y Carmen alternaba su trabajo como asistente con las clases de baile y de canto que comenzó a impartir en uno de los dormitorios, convertido en una acogedora aula con dos butacones granates y el piano de mi marido. Escribí unas letras en la pared de la habitación: «Escuela Carmen Abril». Cuando terminé mi obra, Juana agregó: «La Niña de los Pendientes». Las tres reímos la ocurrencia, pero para nosotras, desde ese momento, el apodo de Carmen sería «La Niña de los Pendientes».

Lourdes se convirtió en mi mejor clienta. Fascinada por el ambiente alegre y femenino que se respiraba en nuestra casa, acudía con todo tipo de excusas para pasar un rato con nosotras. Algunas veces hablaba sin parar, mientras yo le tomaba las medidas y Carmen tocaba el piano apoyando las clases de canto de alguna alumna. La relación entre Lourdes y yo era fluida, aunque a ratos la sorprendía mirándome fijamente, como si vigilara mis movimientos esperando encontrar algo. Aquello me incomodaba, me recordaba a una niña del barrio que siempre me miraba así. Lo atribuí a mis muletas, cuando todavía no había empezado a llevar bastón. Nunca me habló, sólo me observaba. Me clavaba los ojos en cada tramo de mi cuerpo y no apartaba la mirada aunque yo la retara con un gesto de censura pidiéndole que dejara de examinarme. Hay miradas que atacan, que llegan a ti casi en forma de violencia física. Miradas, aparentemente, inofensivas mucho más dañinas que una bofetada rabiosa. Mi minusvalía me había llevado a percibirlo con claridad y me cuidaba mucho de cómo miraba a los demás. Pero, por lo visto, el resto no era consciente de hasta qué punto unos ojos pueden lastrar a su víctima.



## 13. El pez

En un arrebato de sinceridad le conté a mi hermana que me sentía sola y entré en una profundidad y franqueza que pareció casi violentarla. No estaba acostumbrada a que me apoyara en ella, pero recuerdo que salió sin planearlo. Así que unos días después de escuchar mi relato solitario, decidió regalarme una mascota para que me hiciera compañía. ¿Un dulce y tierno gatito? ¿Un dulce y tierno perrito? No, un esmirriado y perplejo pececito. Mi hermana me regaló una pecera con un pez naranja dentro porque decía que «los peces hacen mucha compañía». Pues será entre ellos, pensé, porque lo que es a mí...

Mi hermana se marchó y me quedé mirando el pez. Él no parecía verme a mí; de hecho, no parecía ver nada, se movía rápidamente por la pecera sin detenerse en ningún detalle, casi como un niño hiperactivo para el que nada es suficientemente interesante para merecer una pausa. Me hacía preguntas absolutamente ignorantes: «¿Cómo duerme un pez? ¿Cierran los ojos los peces? ¿Se sentirá solo el pez?». Esto último me preocupó. Imagino que movida por la educación en la que nos encontramos todos, en la que parece que si no tienes a alguien eres un infeliz. Y eso de lo que yo pretendía huir se lo trasladaba ahora al pececito naranja.

Me acuerdo mucho de los viajes en coche con mi familia todos los veranos al mismo sitio, a hacer lo mismo, con las mismas personas, tomar el mismo aperitivo manteniendo la misma conversación. Me acuerdo mucho inevitablemente porque al repetir lo mismo durante quince años es difícil olvidarlo. Me gustaba mirar por el parabrisas trasero cuando mi padre conducía durante la noche. Volvíamos del pueblo y observaba cómo íbamos abandonando el paisaje a nuestro paso. Los faros iluminaban el camino, pero lo que dejábamos atrás era oscuro, con las siluetas de los árboles y las montañas, y me encantaba perder mis ojos en esa oscuridad desde la protección familiar de nuestro coche. Me daba miedo, pero era un miedo estimulante porque sabía que no podía pasarme nada. Aunque jugaba a imaginar qué ocurriría si tuviera que quedarme allí entre la maleza en mitad de la noche, cubierta por un cielo negro y rodeada de animales salvajes. Sólo de pensarlo me estremecía y volvía a mi almohada, a pelearme con mi hermana por conseguir algo más de espacio y seguir durmiendo. Igual jugaba a ponerme en lo peor para que el contraste con mi familia me resultara positivo. ¿Es mejor quedarte sola en plena noche en mitad del campo o seguir conviviendo con estos tres individuos? Pues claro, visto así...

Pero ya de niña me ocurría lo mismo que me estaba pasando con el pez: el temor a su sentimiento de soledad. Veía a los animales pastando desde la ventana de nuestro coche y buscaba a sus parejas en el horizonte. Si una vaca se encontraba sola, me daba una pena horrorosa. Si un toro se encontraba solo intentaba buscarle una novia en el paisaje antes de abandonar el tramo con la mirada. Ya me daba pena que los animalitos estuvieran solos, quizá porque en mi casa la compañía era esencial. Nadie sabía estar solo, ni mi madre, que nos necesitaba a mi hermana y a mí, ni mi padre,

que necesitaba a mi madre o un televisor, ni mi hermana, que siempre estaba con su mejor amiga o con su mejor novio o acompañando a mi madre a todos lados. Y esos detalles terminan marcando un rumbo que ahora mismo siento que no me pertenece. Aun así, ante la duda de si un pez podía sentirse solo o no, lo que hacía era llevarme la pecera por la casa para hacerle compañía. Ya ves tú la estupidez. Lo único que conseguí fue desubicarlo del todo.

Lo deposité en la mesilla de noche, que no era una mesilla, para ser sinceros era una silla con un montón de libros y una lamparita. Leí un rato, le di las buenas noches porque yo soy muy educada, él no contestó (los peces son reservados) y apagué la luz. Me sumergí en el edredón blandito y en las tropecientas almohadas con las que suelo dormir. Cerré los ojos y caí en las profundidades del sueño. Unas horas después, empecé a removerme de un lado para otro sin encontrar la posición. Al darme la vuelta hacia la pecera, entreabrí los ojos y me pareció ver una sombra a los pies de mi cama. Se me encogió el estómago y mi respiración se detuvo un instante. Enfoqué la vista para comprobar si eran imaginaciones mías o incluso si estaba soñando, pero entonces la sombra desapareció. Encendí la luz. Y el pez, en vez de encontrarse resguardado tras la isla de plástico en la que le dejé al dormirme, estaba histérico dando vueltas en la pecera y chocándose contra el cristal. Me quedé incorporada en la cama, intentando entender qué había pasado. Recordaba con nitidez que era una figura sentada sobre el colchón. Sabía que podía tratarse de cualquier cosa, pero la reacción del pez me reafirmó en que no me lo había inventado. ¿Por qué su inquietud repentina? Algo se había movido en mi casa, algo nos había visitado esa noche. Algo se respiraba en mi dormitorio que no identificaba pero que se colaba en mis pulmones. Era una emoción magnética, pero no puedo decir que no sintiera miedo. Así que no lo diré.

## 14. Lourdes

Claramente, Lourdes estaba interesada en mí. No sabía muy bien por qué, pero su mirada delataba que le llamaba la atención. Algunas veces, cuando estábamos solas, me hablaba como si quisiera contarme algo, como si quisiera iniciar una amistad más allá de nuestro vínculo de clienta y costurera. Gracias a ella podía mantenerme de mi trabajo. Y gracias a ella Carmen había llegado a mi vida. Me conmovía su altruismo, pero cuando intentaba agradecerse, me cortaba casi bruscamente, como si no quisiera darse importancia o entrar en los detalles de sus actos compasivos.

Era una mujer carismática, de esas que consiguen que todas las miradas se centren en sus movimientos. Era seductora con hombres y mujeres; su voz grave, su risa y la comodidad que mostraba con su cuerpo hacían que la gente quisiera acercarse. Lourdes era consciente de esto. Sus ojos verdes, casi transparentes, observaban mis manos mientras le tomaba las medidas de sus prendas. Por su ropa intuía la intensidad de su vida social, pese a que ella apenas lo mencionara. Era curioso adentrarme en sus secretos a través de los vestidos. Jugaba a imaginar con quién saldría por las noches y a dónde acudiría. ¿Serían sus amantes, sus familiares o sus amigos? ¿Cómo sería su casa, su vajilla o sus despertares? ¿Se puede llegar a conocer a alguien que no quiere ser descubierto?

Lourdes no hablaba de su vida, no llevaba anillo de casada y supuse que no tendría hijos. Mientras Carmen y yo conversábamos ella, simplemente, escuchaba. Escuchaba nuestras historias como si oyera el serial de la radio, pero jamás se decidió a contarnos de dónde venía o a dónde se dirigían sus pasos. Me hubiera gustado retratarla. Tenerla frente a mí sin más protección que su propio cuerpo. Tenerla quieta a sólo unos centímetros del lienzo para desentrañar su magnetismo. Pero nunca accedió a ser dibujada. Puede que sospechara que, tras el ritual del retrato, llegaría hasta mí una parte de ella, una respuesta a algunas de mis preguntas, un destello de lo que navegaba en su interior y que guardaba en la intimidad de su silencio. Lourdes era un misterio que no me sentía capaz de descifrar.

Desde los ventanales de la cafetería «Sidi», podía observar la plaza de San Ildefonso y parte de la calle Colón. Siempre me sentaba a la mesa que me permitía abarcar toda esa zona, sin perder detalle de lo que ocurría a aquellas horas de la mañana en el barrio. Era un poco más temprano de lo habitual y la clientela por primera vez era distinta a la de otros días. Removía mi café lentamente, recreándome en el contacto de la cuchara con el fondo de la taza y observando la espuma diluirse, cuando me pareció ver a Lourdes a lo lejos. Nunca antes la había visto fuera de casa y me resultó distinta. Me resultó distinta simplemente porque eso es lo que sucede cuando sacas a las personas del contexto habitual. Se detuvo frente a la entrada de la iglesia. Hombres y mujeres entraban a pocos minutos de que comenzara la misa. Lourdes no se movía, era como si sus pies se hubieran incrustado en el primer escalón y no pudiera desplazarlos para subir hasta la iglesia. ¿Por qué no entraba?

¿Qué la detenía allí? Los parroquianos desaparecieron adentrándose en el enorme portalón de madera. Las campanas dejaron de sonar. La misa comenzó. Y Lourdes se quedó fuera. Prosiguió su ruta. Llevaba un ritmo lento, nada que ver con la energía que emanaba cuando estaba con nosotras. De repente, la vi muy sola. Con los ojos buscando dónde posarse, caminando despacio, como si eligiera el rumbo de forma aleatoria, como si no tuviera un destino determinado. ¿Quién era realmente esa mujer?

## 15. El espejo

Tenía las llaves del trastero en mi poder y las miraba con fascinación. Eran las llaves que abrirían las puertas de mi destino, las llaves que abrirían el arca de los recuerdos, las llaves de la eternidad, las llaves del misterio, las llaves de la redundancia en la que me estoy metiendo... Abrí el trastero y en mi cabeza sonaba la banda sonora de Rocky. ¿Qué habría allí? ¿Qué restos de las vidas de Elvira o Carmen me esperarían en aquel polvoriento recoveco? Un espejo de cuerpo entero. Eso era todo. Un espejo. Bonito, sí. Grande. Sí. ¡Pero yo quería que fuera como en las películas! Esa secuencia en la que sin venir a cuento encuentras rollos de película de los años cuarenta y tú, que casualmente tienes un proyector compatible, echas las cortinas del salón y te dispones a descubrir los secretos que encerraron aquellos días. Pues no. Un espejo.

—Sería el que Elvira tenía puesto en el salón para trabajar. Hemos pasado todas por ese espejo. Cuídalo —dijo Gertru muy seria.

¿Cómo se cuida un espejo?

Desempolvé el gran espejo y lo coloqué en el salón, frente al sofá. Ahí, según mi padre, debía ir la televisión. Porque para él es primordial tener televisión. Podía llegar a entender que no tuviera novio, que no tuviera trabajo, que no tuviera demasiados amigos, pero que no tuviera televisión me convertía en una extraterrestre. Cuando mis padres vinieron a ver la casa, él iba inspeccionando todos los rincones con expresión de censor. Le habría faltado una campanita para alertarme de todo lo que debía hacer desaparecer de mi hogar. «Mi hogar, mío, papá, es mi casa y la tengo como me da la gana. Tú verás lo que quieres hacer con tu vida. Pues mira, sí, igual eres tú el que no llega a verlo». Mi madre encontró la casa muy alegre pero demasiado vieja. Y mi hermana, que es optimista hasta el surrealismo, le veía ventajas incluso a las baldosas levantadas que cubrían el suelo de la cocina. «Le da un toque decadente medio retro, me gusta». Y concluyó con un inquietante «es muy tu rollo». No quise indagar.

A veces pasaba por delante del espejo y me detenía a mirarme, que es exactamente para lo que están pensados los espejos. Pero era curioso porque el espejo emitía una llamada cada vez que me encontraba cerca, y a mí no me gusta mirarme. No es que no sea vanidosa, todo lo contrario, lo soy. Por eso, comprobar en mi imagen que no soy Elsa Pataky me frustra tanto que prefiero pasar de largo. Dios mío, si yo fuera Gisele Bündchen o una de esas tops, no me separaría del espejo jamás. Acabaría perdiendo mi trabajo como modelo porque no podría hacer otra cosa que mirarme. «Gisele, tienes un desfile en Milán». «Lo siento, no puedo moverme, estoy atrapada en mi propia imagen, llamad a otra».

Había leído sobre el mito de Narciso varias veces y siempre me pareció estúpida la interpretación de que se cae mirando su propio reflejo. Incluso observando en un libro una reproducción del cuadro de Narciso de Caravaggio, estaba segura de que no

cae al agua, en todo caso se arroja buscando algo, creyendo que ve algo al otro lado o incluso sabiendo que ve algo al otro lado, pero seamos realistas, ¿qué podía cruzarle la mente en el momento de caer al agua? «¡A ver si puedo abrazarme a mí!». No se puede ser tan tonto. Deben de existir otras claves en el mito que ni siquiera imaginamos. Eso lo pensé también al leer *El hombre y sus símbolos* de Carl G. Jung, donde decía: «La imagen del héroe evoluciona de una manera que refleja cada etapa de la evolución de la personalidad humana». ¿Os queda claro? ¿No? Pues a mí tampoco.

## 16. La madre

Observé a mi madre como una desconocida. Su tez amarillenta, sus huesos más marcados que nunca, los ojos entreabiertos y su respiración pausada que amenazaba con detenerse en cualquier instante. Su piel estaba fría, sobre todo el rostro helado en el que derramé todos mis besos nada más verla. A ratos parecía abrir un poco más los ojos, parecía mirarme, pero luego me daba cuenta de que miraba más allá. Como si detrás de mi cabeza hubiera alguien esperándola, alentándola o animándola a que abandonara este mundo. Le acaricié el pelo con suavidad. Estaba tan frágil y tan deteriorada que la congoja penetró en mí sin dejar libre una sola esquina de mi cuerpo. Me senté a su lado, le cogí su mano diminuta y me quedé escuchando su respiración. Cada inspiración parecía ser la última. Cada expiración soltaba un halo de despedida. Le costaba respirar cada vez más. Sabíamos que no pasaría de aquella noche. Se apagaba, y mientras se apagaba el ambiente parecía llenarse de esa luz que ella dejaba salir. «Mamá, estamos todos aquí, estamos contigo. Nunca estarás sola. Vete tranquila. Te quiero, Isabel». Apretaba su mano y percibía que era consciente de mi presencia, de la presencia de todos. Y en mi cabeza sonaba el eco de su voz, apretándome contra ella y diciendo «mi Elvira». Su respiración se aceleró unos minutos para detenerse definitivamente a las cuatro de la mañana. Murió escuchando nuestras voces y rozando nuestros dedos. Murió en compañía aunque el camino que emprendía lo afrontara sola. Mi padre no pudo acercarse en su final, y tardó varios meses en asimilar que mi madre ya no estaba.

Tenía siete años cuando murió un niño del barrio. Prácticamente no lo conocía, sabía quién era pero no había hablado nunca con él. Vi a mi madre asomarse a la ventana y la escuché sollozar, intentando ahogar el sonido en un pañuelo para que no la escucháramos. Bajó a la calle y nos dejó a las tres hermanas solas durante unos minutos. Me acerqué hasta la ventana y Pilar me advirtió que no mirara, que mamá le había ordenado que no nos asomáramos. Pero eso no me detuvo y me subí a la butaca para alcanzar mi objetivo. Entonces miré hacia fuera y lo vi. Había varios vecinos, incluida mi madre, todos vestidos de negro, con los ojos empapados en lágrimas, que acompañaban un ataúd diminuto por las calles del barrio. La imagen me impresionó tanto que, tras la experiencia, mi mente la recuperaba en los momentos más insospechados. Mi hermana Lola tiró de mí pidiéndome que bajara para poder subir ella a mirar. Bajé sobrecogida. Lola no pareció alarmarse tanto.

—Es muy pequeño.

Eso era lo que tanto me alteraba, el tamaño del ataúd. Saber que no sólo mueren los ancianos, también pueden morir los niños y además existen ataúdes para ellos.

Quizá me hubiera tomado la muerte de otra manera, si no fuera porque mis padres no hablaban de ello. Y el silencio cubría de bruma lo que luego entendí como una parte de la vida. Una misteriosa transformación de la que no sabemos nada. Lola me contó unos años después que tuvimos un hermano que murió a las pocas horas de

nacer. Y aunque yo lo supiera y todos lo supiéramos, en casa se nos prohibió mencionarlo. Me resultó muy injusto que mi hermano no tuviera la posibilidad de ser traído a la vida un instante, aunque fuera pronunciando su nombre.

Tras la muerte de mi madre, Pilar y mi padre se quedaron solos. La casa se convirtió en un espacio todavía más lúgubre, con las cortinas echadas a todas horas y un olor a cerrado que espesaba el aire. Parecían dos muertos conviviendo con el pasado más oscuro.

Mis hermanas y yo nacimos en un pueblo al que no habíamos vuelto desde nuestra llegada a Madrid. Mis padres también habían nacido allí y sabíamos que parte de la familia continuaba viviendo incluso en las mismas casas que conocimos entonces. Mi madre se negó a volver durante aquellos años, pero mi padre sintió la necesidad de recuperar sus raíces, de encontrarse con su familia y descansar junto a los recuerdos de su infancia y adolescencia. Hubo temporadas en las que llegó a alarmarme que en casa jamás se hablara del pasado, del pueblo, o de por qué vivíamos segados del resto de la familia. Entendí que la marcha había sido dolorosa y mirar sólo hacia adelante formaba parte de un intento de supervivencia. Yo sabía lo duro que era convivir con el recuerdo y la nostalgia. Cuando mi padre decidió volver al pueblo, mi hermana Pilar, que había dedicado su vida a la familia, quiso irse con él. Nada la ataba ya a esta ciudad y ni siquiera sus hermanas contábamos como aliciente para iniciar una nueva vida, una vida propia, con un destino individual que mi hermana parecía temer por encima de todas las cosas. Ambos se marcharon.



## 17. La vida real

La tranquilidad y la pasión por mi nueva vida se vieron interrumpidas por una realidad conocida como... ¡INEM! La vida real es de muy mal gusto. Me llamaron para hacer cursos absurdos y también para presentarme a entrevistas de trabajo. Otras veces quizá me lo habría tomado más en serio, pero al tener un interés tan claro por otras cosas, al haber colocado en segundo, tercero o último lugar la importancia del mundo laboral, me sentí en una especie de *show* de Truman que me hacía bastante gracia. Claramente los cursos no me servían para nada y las entrevistas tampoco. Pero era una forma social para mantenerme entretenida, como si me estuvieran diciendo: «Haz como que haces algo y así el sistema puede seguir donde estaba». Eso era para mí el trabajo hasta el momento, supervivencia por un lado, sí, pero por otro una simple farsa social, un invento para tenerlo todo controlado, que te sientas útil, que pienses que de verdad la sociedad te debe algo por pasar diez horas frente a un ordenador. Y eso era lo primordial en la vida. Incluso las madres se sentían desplazadas socialmente cuando se dedicaban a sus hijos durante un año entero, como si las hubieran dejado en la cuneta mientras el resto conducía a toda velocidad frente a sus desconcertados ojos. Hasta ese punto había llegado la gilipollez. Es más importante que estés en tu puesto de trabajo a que estés criando a tus hijos. Yo no encontraba la lógica a esto, pero claramente era un disfraz. Disfrazamos de autosuficiencia y libertad la estupidez de formar parte de una empresa y dedicarle el máximo de horas posible. Y si no es así, entonces eres un inútil. Lo malo es que todo empezaba a parecerme un invento de manipulación con pretensiones claras de rebajar nuestros impulsos. La inquietud humana, la búsqueda de otras cosas, el conocimiento de uno mismo y de los otros, indagar en la literatura, el arte, la poesía, la filosofía, para descubrir el papel del hombre en la tierra, para vislumbrar las claves de la existencia humana. Por entonces pensé que no había nada más importante, pero vivíamos mirando contra la pared, mientras tras nuestras cabezas sucedían infinidad de cosas que nadie nos dejaba ver.

Mi vida había sido una farsa, como la de tanta gente. Y quizá debía seguir así, sólo que esta vez lo sabía, y eso me ayudaba a relativizar. Es terrible cuando escucho las conversaciones de pausa del café a los empleados de las oficinas cercanas. Hablan de sus compañeros, de sus jefes, de los informes, de todo esto con una pasión que parece que se les va la vida en ello, y me temo que acabará siendo así. Como si uno naciera, que ya es suficientemente mágico, para terminar hablando durante horas de un archivador. Joder, informes y archivadores, ¿estamos locos? Encima, en el tiempo libre seguimos con los informes y los archivadores. Es un triunfo para quienes hayan pensado en todo esto, y ya llego yo con mi teoría de la conspiración, pero en serio, ¿qué es más peligroso a la hora de intentar mantener un sistema? ¿Que los individuos se planteen qué hacen en este inundo y cuestionen lo que les rodea con una actitud más o menos filosófica, o que crean que lo más importante de su vida es grapar un

dossier y entregarlo a tiempo? Nos la han colado pero bien. Es como si se estuviera proyectando una película maravillosa con la mejor definición que existe, pero alguien nos hubiera convencido de que debemos sentarnos de espaldas a la pantalla. Y así vivimos, de espaldas a la pantalla.

Conseguí el trabajo con el que siempre había soñado: teleoperadora de gas natural zona sur. La ilusión de mi vida, como podéis imaginar. Controlar que las instalaciones se llevaban a cabo, atender las quejas de los clientes, escuchar a mis compañeras comentarlo todo, todo el rato... Y cómo no, cuando llegaba el descanso del café, resulta que hablábamos ¡del gas natural! Pero vamos a ver, ¿qué tema es ese? ¿Realmente se puede decir algo del gas natural? «Estoy completamente a favor del gas natural. ¿Ah, sí? Pues yo estoy en contra, soy más de butano. Bueno, bueno, aquí se va a liar una...». Pues sí. Se podía. Quince minutos hablando del tema como si no hubiera nada más en la vida porque para ellos no había nada más en la vida y yo estaba aterrada y empezaba a deprimirme. Lo vi claro. Lo malo del trabajo es que te quita tiempo para vivir. Sólo deberían trabajar aquellos que no tengan otra cosa mejor que hacer. El resto deberíamos trabajar en los ratos libres que nos dejen nuestras pasiones. Y sí, ha sonado muy elitista, pero estas son mis reflexiones personales, no creo que las vaya a leer nadie nunca.

Es difícil no olvidar que estás metido en algo irrelevante. Me refiero a que pasados dos días me encontré a mí misma poniendo el grito en el cielo porque mi jefe no me había pasado una información que yo necesitaba a su vez para entregar un informe a una chica que debía ponerse en contacto con el instalador del gas de una casa cuyo inquilino había puesto una reclamación en nuestra oficina que llegaba directamente a mí. Dedicué los quince minutos del café a relatar esto mismo unas cuantas veces, un sinfín de quejas y frases como «es que es indignante», ante las que mis compañeros asentían conmovidos por mi terrible historia. Ya está, ya me había convertido en uno de ellos, ya se había abierto la vaina que llevaba a mi otro yo, mi yo dócil preocupado por gilipolleces en estas horas irrepetibles, este yo que había conseguido anestesiar durante días y que ahora llegaba con fuerza intentando instalarse en el refugio de ser uno más, de ser un ciudadano neutro que no da problemas y que cree fervientemente que lo que hace es importante.

Lo bueno era que al llegar a casa y recuperar mi vida, tomaba de nuevo conciencia del engaño. Releía las páginas de mi no vela, que al ser sólo cinco podía releerlas unas cien veces cada día, y paseaba por las habitaciones evocando las imágenes que volaron por allí. De repente, contar con infinidad de opciones no se parecía en nada a la libertad, todo lo contrario, pensaba que la libertad se basaba en encontrar la opción real, el camino que te lleva a donde tienes que ir. No sé si me explico. O sea, yo me explico, lo que no sé es si alguien me entiende.

## 18. Fascinación

Llegué de hacer recados una tarde y encontré a Carmen ensayando unos pasos de baile frente al espejo. Juana la observaba sentada en el sofá mientras daba de merendar a los niños. Ya había sido testigo de imágenes como esta, pero algo me llamó especialmente la atención. Había algo diferente en la estampa de ese día. Me detuve al final del pasillo y me fijé en la expresión de Juana. Miraba a Carmen con absoluta fascinación. De repente, era como una niña observando los gestos de los adultos. Me recordaba a cuando Encarna me miraba sin pestañear porque encontraba mis tareas deslumbrantes, aunque sólo se tratara de preparar la comida o arroparla antes de dormir. Una especie de enamoramiento repentino que me conmovía y que ahora reconocía en la mirada vidriosa e intensa de Juana hacia Carmen. Pero esto iba más lejos. Yo conocía esa mirada. Para mí, no había dudas. No hablé de ello con Juana, ni mucho menos con Carmen. Era el secreto que compartíamos sin saberlo y yo no rompería mi silencio a no ser que ella se acercara a contármelo. Pero no lo haría.

Juana me vio y se acercó a mí con una actitud que parecía no pertenecerle, se detuvo antes de continuar su camino a la cocina y me habló como si de pronto una revelación se hubiera apoderado de ella.

—Me he pasado la vida sobreviviendo.

No dijo más. No sonrió. No se explicó. Me dejó helada. ¿Por qué me decía aquello?

Acabábamos de cenar y los niños se resistían a dormirse. Era uno de nuestros momentos favoritos del día, dormir a nuestros hijos y charlar las tres en el sofá. Pero esa noche Encarna y Gloria no tenían sueño y se perseguían por la casa, subían y bajaban del butacón jugando a trepar como si fuera una montaña. Ambas reclamaban mi atención y yo estaba agotada. Juana pelaba una naranja y se iba comiendo los gajos, bañando el aire con un intenso aroma ácido. Carmen tenía la cabeza apoyada en mi hombro y, a ratos, acunaba a su niño para ayudarlo a conciliar el sueño. Estábamos las tres hablando, no recuerdo de qué, cuando algo ocurrió. Una nota de piano proveniente del dormitorio irrumpió en el salón. Callamos. Juana, Carmen y yo reaccionamos de la misma forma. Miramos a nuestro alrededor para comprobar que todos los habitantes de la casa nos encontrábamos allí en aquel momento. Juana tragó saliva asustada y Carmen, como acto reflejo, sacó a su hijo de la cuna para cogerlo en brazos. Encarna y Gloria se asustaron también, pero sobre todo lo hicieron al detectar nuestros movimientos de inquietud. Las niñas se pusieron detrás de mí. Me levanté con intención de dirigirme a la habitación del piano, pero Carmen tiró de mi falda invitándome a que volviera a sentarme. Juana apoyó a Carmen con un gesto. Ninguna de las dos quería indagar en lo que acababa de pasar. Me senté de nuevo. Permanecimos en tenso silencio durante un tiempo indefinido, y luego volvimos a nuestra charla intentando olvidar el inexplicable suceso. Aquella noche, nadie durmió

en el dormitorio del piano.

## 19. La niña

Soy incapaz de recordar cómo Mónica me convenció de que acudiera a una cita a ciegas con, según sus palabras, «un hombre interesante». Definamos hombre interesante: que le interese algo. Es todo lo que pedimos a estas alturas. No quiero más hombres de esos que parecen pasar por la vida como si la cosa no fuera con ellos. Que recitan sus anécdotas sin importar mucho a quién tienen al otro lado. Necesitan un interlocutor para reafirmarse y te convierten en la pared de un frontón individual en el que sólo recibes pelotazos en la cara pero no puedes defenderte. Pero no se trata sólo de una actitud masculina, es más bien general. Hay demasiada gente que me aburre. Y me aburren porque se aburren. Yo sólo quiero a alguien que quiera aprender conmigo. Dos personas dispuestas a impulsarse la una a la otra hacia el excitante infinito. Un sentimiento que trascienda la materia, una corriente que arrastre la esencia de ambos sin necesidad de conocer sus formas, de definir sus estados, de ponerle nombre a las vibraciones que nos mueven...

—Y otra cosa no, pero está superbueno —dijo Mónica.

Y efectivamente, otra cosa no.

La cita a ciegas es la forma más indigna de conocer a alguien. El otro se pasa toda la velada intentando descubrir cuál es la tara que te ha llevado a relacionarte con un desconocido y tú haces exactamente lo mismo.

El consejo de mi madre cada vez que atravesaba una crisis de pareja era «aguanta, no te precipites, aguanta». ¿Aguanta qué? ¿Por qué? Sé que en el fondo teme que no encuentre a nadie nunca más. Es eso tan condescendiente que sentimos cuando dos personas a las que encontramos tremendamente feas deciden separarse y piensas: «No os separéis, nadie más os va a querer, es mejor que estéis juntos infelices a que estéis solos».

Estuve paseando por El Rastro con mi cita a ciegas. La idea era tomar una caña y conocernos, pero aquello no acababa de funcionar, incluso cuando yo hablaba él bostezaba, y como soy muy perspicaz, intuí que le aburría. Así que, en vez de mandarle a la mierda, le propuse dar un paseo y así al menos surgiría hablar de algo o comentar los puestos. Entramos en una de esas tiendas de infinitos pasillos repletos de antigüedades, muebles, cuadros, espejos, candelabros, sillas... Y poco a poco cada uno fue observando un pasillo distinto al del otro y nos bifurcamos. Esto era claramente una metáfora de nuestro inminente fracaso. De repente, vi al fondo un pequeño cuadro enmarcado hace lo menos mil años, muy deteriorado, en el que una niña miraba de frente con unos ojos enormes. Pero lo curioso era que estaba dibujado a lápiz y matizado con acuarela azul, como el retrato de Gertrudis. Me acerqué a comprobar que, efectivamente, estaba firmado por Elvira. Me quedé fascinada. Le pregunté al que resultó ser el dueño del local, por si podía estar equivocada en la procedencia del cuadro. Era un hombre gitano muy viejo, guapo, con sombrero y bastón, y llevaba un abrigo de piel largo como si estuviéramos en Siberia.

—¿Y este cuadro?

—Este cuadro es una maravilla —dijo con expresión clara de no saber de qué estaba hablando. Apuesto a que era la primera vez que se fijaba en él.

—¿Sabe cómo llegó aquí?

—En barco.

—A Madrid está complicado...

—Bueno, sí, pero también dicen que el pescado más fresco de España está en Madrid. Todo el mundo lo sabe.

—Pero nadie lo entiende.

—El cuadro llegó en barco a un puerto del norte, lo llevaba una joven que había naufragado en una isla muy lejana con toda su familia. Pero todos murieron y ella pasó casi toda su vida sola en la isla con el único aliciente de emular a su padre, que había sido un pintor muy conocido en la época. Recuperó las pinturas y los lienzos del barco, lo dejó todo secar al sol y desde entonces pintaba hasta que la noche caía sobre ella. Así pasó los años, sola, en la isla, comiendo lo que encontraba y bebiendo agua de los cocos. La muchacha fue rescatada cuando ya era una adolescente. Luego por su historia se convirtió en una artista muy reconocida y vendió todos sus cuadros a la aristocracia de entonces. Pero se enamoró de un muchacho y le regaló este cuadro, que costaba millones, claro. Unos días después él cayó muy enfermo y ella le cuidó durante meses hasta que el muchacho murió. Fue el único amor de su vida. Decidió que aquel cuadro estaba maldito. Su amado había enfermado tras haberlo aceptado como regalo, así que, llena de ira, lo tiró a la basura. Lo recogió un hombre y luego fue pasando por varias manos hasta que un vecino lo trajo aquí porque ya le estorbaba en casa.

Callamos los dos. Me observó muy serio. Suspiró como agotado por el relato.

—¿Me está tomando el pelo?

El hombre soltó una carcajada tan sonora que incluso llamó la atención de los que caminaban por la calle. Yo reí con él. Este cachondo se había quedado conmigo.

—Mujer, y yo qué sé cómo llegó aquí. Si tuviera que acordarme de eso con cada cosa...

—¿Cuánto cuesta?

Puso cara de esfuerzo, captó mi expresión de imbécil y dijo:

—Veinte euros.

—No, hombre, no, eso es mucho.

—Mire, me ha caído bien —un clásico—, se lo dejo por dieciocho.

—Ande, que le llego a caer mal... Le doy quince, pero sobre todo por la historia del barco, que se la ha currado.

—Bueno, pero se lleva una joya.

Él no sabía que, efectivamente, para mí este hallazgo era una auténtica joya. Le di mi tarjeta (era lo único bueno de mi nuevo trabajo, que tenía una tarjeta con mi nombre y mi móvil) y le dije que me llamara si aparecían más cuadros de esta misma

autora.

Encontré a mi cita en el mostrador mientras pagaba, le enseñé mi adquisición y arqueó las cejas sin saber muy bien qué decir. Y así pasó el resto de la mañana, sin saber qué decir. Yo me cansé de darle temas de conversación y nos despedimos cordialmente con toda la frialdad del mundo y ese típico «bueno, ya hablamos» que esconde un «bueno, ya hablamos con otras personas, porque entre nosotros no hay mucho más que decir».

## 20. Navidad

Se acercaba la navidad y con ella mis miedos y mis recuerdos. Sin embargo, en casa se respiraba un ambiente de excitación. Los niños escribían sus cartas a los reyes magos y nosotras nos juntábamos por las noches en la cocina para planear e inventar regalos para ellos. Como no había dinero para comprar casi nada, decidimos hacer la colección de cromos que venían en cada tableta de «Elgorriaga». Una vez completado el equipo de fútbol, había que enviarlo a un apartado de correos y a cambio te regalaban una muñeca. Ese sería uno de los regalos, aunque nos vimos obligadas a comer chocolate a todas horas mientras duró la colección. Cuando mi padre y mi hermana abandonaron la casa familiar, recuperé algunos recuerdos de infancia. Entre ellos se encontraba uno de mis muñecos favoritos, estaba muy viejo y la cabeza casi no se le mantenía sobre el cuello, pero decidí restaurarlo y conseguir así que Gloria y Encarna tuvieran los muñecos que habían pedido a los reyes. Todavía tenía presente mi decepción al recibir una chaqueta marinera en vez de la muñeca con la que tanto había soñado. No quería que mis hijas sufrieran desilusiones, no si podía evitarlo. Le lavé la cara, le coloreé el pelo y conseguí que pareciera nuevo pese a su antigüedad. La noche de reyes, dejamos paja para los camellos sobre la tapa del cubo de la basura, junto a la ventana de la cocina. Recuerdo que la tapa se movía con el viento haciendo todavía más real la sensación de que los reyes y sus camellos se encontraban en nuestra casa. Gloria y Encarna, que esa noche dormían conmigo, apretaban los ojos sin poder dormir. Gloria me miraba nerviosa con el sonido de la tapa y el viento, y volvía a intentar dormir. Había momentos en los que yo casi dudaba de la presencia de los reyes magos en la cocina.

Durante aquellos días, cantamos villancicos acompañadas por Carmen al piano, bailamos y celebramos el año nuevo todas juntas. Todavía resultaba extraño pasar las navidades sin Luis, pero me sentía entera, como si estuviera retando a la vida al inventar una nueva forma de vivirla.

La mañana de reyes las niñas madrugaron más que nunca para recoger sus regalos. Se juntaron en pijama en el salón y fueron desenvolviendo los paquetes que llevaban su nombre. Quizás en alguno no encontraran lo que habían pedido en sus cartas, pero lo habían olvidado. Era tan apasionante que los reyes magos hubieran pasado por allí, que sus deseos iniciales se desvanecieron rápidamente. No me di cuenta en un primer momento, aunque me había fijado en las miradas cómplices que Carmen y Juana se cruzaban desde que nos levantamos esa mañana, pero, de repente, un paquete con mi nombre me llamó la atención. Rieron y me animaron a que lo abriera. Yo no había comprado nada para ellas, ese había sido el pacto para esta primera navidad juntas, los regalos serían sólo para los niños. Pero no me hicieron caso. Abrí el paquete con emoción y encontré varios lienzos y un estuche de acuarelas. No tenía excusa. Había llegado el momento de volver a pintar.

Yo no pensaba todas esas cosas que mi familia me inculcaba, y sin embargo no



era capaz de expresarlo. No podía poner en palabras mis contradicciones, no podía cuestionar razonablemente por qué no me cuadraba lo que veía en mi casa, pero sabía que yo era diferente. Y lejos de enorgullecerme, me daba terror. La sensación de desentonar, de que mi voz sonara distinta a las del resto, me sumía en el miedo al rechazo. Todavía hoy algo queda de aquellos temores. Por eso yo no hablaba de política, ni de las estructuras que se iban apuntalando con los años, ni del modelo social impuesto, no hablaba de nada que pudiera provocar una mirada de desprecio. No me pronunciaba, no me definía, no movía una coma de los discursos predominantes. Por eso al cabo de los años, el poder de las palabras se iba difuminando a través de los hechos. Quizá no me sublevé en su día, no tomé las riendas de una revolución por discreta que esta pudiera ser, pero mis decisiones y mi rumbo me habían convertido en instigadora de algo diferente; de una revolución silenciosa basada en el afecto a los seres humanos, al margen de sus creencias y su pasado. Era ya consciente de que esa era la forma de cambiar el mundo. Esbozar un mundo nuevo en mi pequeño entorno y que, poco a poco, la fragancia de esta nueva semilla de cambio fuera filtrándose más allá de estas paredes.

Carmen buscaba trabajo todos los días. Hacía tiempo que no la llamaban para ninguna actuación, y caminaba durante horas por la ciudad llevando sus fotos por los locales y pidiendo una prueba para demostrar su talento. Y tenía talento. Tenía algo que yo no había visto nunca, se transformaba al actuar. Cantaba con el alma, movía el aire con las manos y conocía los tiempos como nadie. Iba soltando el aire de sus labios con absoluta maestría, deteniéndose sin llegar a ahogarse, como si no le costara ningún esfuerzo crear esa armonía en el ambiente. Era capaz de estremecernos con su voz y con su cuerpo. Hacía trenzas invisibles en el aire. Sus manos no pesaban nada. Una mujer tan frágil y casi insignificante que llenaba toda la sala cuando se arrancaba a cantar. Carmen era bellísima, pero había que fijarse bien en ella. Practicaba sus pruebas delante de nosotras, nos sentábamos en el sofá, pedíamos silencio a las niñas y comenzaba la función. Entraba en el salón ya metida en su personaje, nada de bromas, nada de distracciones, entraba en el salón siendo «La Niña de los Pendientes», Carmen Abril había sido engullida minutos antes de comenzar la representación.

Pasábamos las horas juntas mientras yo le confeccionaba sus vestidos para las pruebas o para algunas suplencias que iba encontrando.

—Yo no quiero ya suplir a nadie, quiero ocupar mi espacio.

Pero cualquier espacio por el que Carmen pasara cantando acababa por hacerlo suyo.

## 21. El biólogo

Llegué a casa dispuesta a colgar el cuadro y para ello debía volver a mi lugar favorito desde hacía unos días: la ferretería. Esta vez el hombre canoso no estaba allí, pero a mí me parecía estar viéndolo en cada rincón. Es curioso el poder que tienen los momentos importantes. Cómo un aroma, un lugar o una canción pueden recordarte tanto a una persona.

Le echaba de menos. No formaba parte activa de mi vida, pero le echaba de menos. Evocaba su imagen, su voz, sus gestos, los movimientos de sus manos y su forma de caminar y de moverse, y esa sensación peregrinaba por mi espalda muy despacito, para culminar en el cuello a la altura de la nuca. Quería tenerle en mi cama mirándome a los ojos mientras hacíamos el amor, no era pedir tanto, ¿no? Pero bueno, afortunadamente, tenía otras pasiones y me había propuesto colgar el cuadro de Elvira en el dormitorio y nadie iba a detenerme. Claro, ¿qué interés podría tener cualquiera en detener una acción tan inofensiva? Iba yo calle arriba tan contenta con mis escarpas (Dios, cada vez me conformo con menos, no sé si esto empieza a asustarme) cuando de repente el hombre canoso salió del que resultó ser su portal, casi frente al mío. Él me había visto primero y ya se le había dibujado una sonrisa en la cara, que es donde se dibujan las sonrisas. Igual puedes dibujar una sonrisa en el culo, pero yo todavía no lo he visto, así que me permito el escepticismo en este caso particular. Él bajó, yo subí y por fin llegamos al mismo punto, al menos literalmente, no tengo que recordaros que él está casado con otra.

—Hola —dije nerviosa.

—Hola —dijo nervioso.

—¿Y vienes mucho por aquí? —me hice la graciosa. Río.

—A diario.

Silencio de enamorados tensos. O de enamorada tensa. Me envalentoné.

—¿Quieres tomar un café?

Dudó, miró hacia el infinito.

—Pues...

Yo, aterrorizada ante un posible rechazo, reaccioné.

—Si no puedes no pasa nada, yo también tengo cosas que hacer, da igual, en serio.

Que sólo me faltó pasarme de rosca y acabar diciendo: «Que ni siquiera me apetece, ¿eh?, lo he dicho por hablar de algo... Vamos, que tengo a mil como tú».

—Sí.

Me sorprendí en exceso.

—¿Dónde? Los lunes cierran el café de la esquina y...

—Podemos subir a mi casa, sin que esto signifique nada.

Río de nuevo, esta vez algo nervioso.

—Vale.

Me sorprendí en exceso de nuevo.

—Sí, no eres ninguna loca, ¿no?

—Si lo fuera no te lo diría.

—Habrás que descubrirlo.

—Eres un valiente.

—O un inconsciente.

—Viene a ser lo mismo.

Y subimos a mi casa. Muy fuerte. Subimos el hombre de mi vida, aunque quizás él no lo supiera, y mucho menos su mujer, y yo, la mujer de su vida. Ambos escaleras arriba, comentando la escalera, los rellanos, de qué año data el edificio y temas así de livianos para romper un hielo que no era más que una fina capa a estas alturas (a la altura del tercero, concretamente, que era donde vivía). Entramos en casa y él lo observó todo, lo cual me daba una idea de que yo también le interesaba a él. Bueno, estaba claro, había subido a casa de una semidesconocida con la que había cruzado cuatro frases en la ferretería, algo debía de ver en mí. Mientras preparaba un café, paseaba despacio por el salón y el estudio y me iba haciendo preguntas a gritos.

—¿Trabajas en casa?

—Más o menos.

—Como veo que tienes una zona de trabajo...

—Sí, es que estoy escribiendo una novela. —Pero ¿cómo podía tener tanto morro? Llevaba cinco folios, ¡sólo cinco folios!

Apareció interesado en la cocina. Que era un poco la idea, ya que yo estaba haciéndome la interesante.

—¿En serio?

—No del todo.

Rio. Este chico me reía las gracias que es un requisito indispensable para estar conmigo. No como aquel con el que estuve unos meses que no me pillaba una y yo no le pillaba una a él. De hecho, nos pasábamos la vida teniendo diálogos de besugos:

—¿Qué has dicho?

—No, nada.

—Algo has dicho.

—Era una broma.

—Ah, no la he entendido.

—Ya lo veo.

—Si me lo cuentas otra vez igual lo entiendo.

—No, los chistes no se cuentan dos veces.

—¿Eso quién lo dice?

—Pues alguien, no lo sé, pero vamos, cambiemos de tema.

—Es que igual era algo muy gracioso y me lo he perdido.

—O igual no.

—Ah, como decías que era un chiste...

—Ya, pero también hay chistes malos.

—Eso es verdad, yo me sé uno malísimo. ¿Te lo cuento?

Pero el hombre canoso y yo nos encontrábamos en ese espacio tan importante, el espacio de la risa. La risa produce una felicidad instantánea. Es como si chocaran los dos hemisferios del cerebro para crear una chispa. De ahí debe de venir lo de tener o no tener chispa, la capacidad de generar un impulso que te saca de donde estás, aunque sea durante unos segundos. La risa es maravillosa y yo a lo largo de mi vida me había reído bastante menos de lo que debía. Tenía acumuladas un montón de horas de risa que no habían sido utilizadas, por eso a veces me reía sola por la casa, no vaya a ser que vengan épocas malas y se me acumule toda la risa para mi muerte. No es plan usar la risa guardada en mi lecho de muerte. O sí, o quizá sea el lugar perfecto para reír todo lo que me queda por reír.

Le conté que estaba trabajando temporalmente en una empresa de gas natural y el pobre mostró cierto interés por entender en qué consistía mi trabajo, pero es que yo misma no acababa de saberlo muy bien. Insistí en que estaba allí temporalmente, creo que utilicé el adverbio «temporalmente» unas seis veces en dos líneas. Luego le dije que era un trabajo transitorio por aportar algún sinónimo a la conversación, hasta que encontrara algo más de lo mío. Y ahí le pedí al cielo que no me preguntara qué era «lo mío» porque no habría podido responder. Pero él sobreentendió.

—Lo tuyo es escribir, claro.

—Sí —respondí mintiendo.

No mentía, pero tampoco sabía si lo mío era escribir o si lo mío era querer escribir, que son cosas muy distintas. Puede que no tuviera ningún talento y esto fuera un capricho más, como cuando decidí que quería ser violinista y traductora de japonés. Evidentemente, no soy ninguna de esas dos cosas. De hecho, no soy nada. Dios, qué depresión.

El café ya estaba hecho y llevé una bandeja al salón. Nos sentamos cada uno en un extremo, como suele pasar. Le preparé el café con una nube de leche y sin azúcar. Sin azúcar, qué tío. Este sí que era un hombre, hombre, que toma las cosas sin edulcorar, un tipo duro, claro que sí, como me gustan a mí. Porque yo, pese a este lado espiritual del que tanto presumo, en el fondo soy muy básica. Me gustan los tíos haciendo cosas de tíos. Desde el bricolaje, a conducir camiones, coches y motos. Y encima con cierto paternalismo, porque me gustan los hombres que dicen cosas como «yo me encargo, paso a buscarte, no te preocupes por nada». Vergüenza me doy. Y una cosa incomprensible, me gustan los tíos conduciendo marcha atrás (a ser posible que no sea en mitad de una autopista). Pero imagino que lo que me atrae es ese gesto como despreocupado de controlar la situación sin demasiado esfuerzo, mirar atrás por encima de su hombro... Podría llevar más lejos esta estupidez y decidir que me gustan los tíos conduciendo un camión marcha atrás mientras dicen «tranquila, yo me encargo». «Pues oye, más te vale porque con un trasto de estas dimensiones marcha atrás yo desde luego no me voy a encargar». Quizás estas cosas me ocurran porque

mi padre, más allá de instalar televisores y dirigir barbacoas (no hacerlas, dirigirlas), nunca me ha dicho «no te preocupes por nada», no, todo lo contrario. Ante cualquier problema, mi padre se paraliza. «Papá, que tengo fiebre». «Eso a tu madre». Y entonces mi madre con toda su ignorancia me metía en la cama tapada hasta asfixiarme para que la fiebre brotara. Y brotaba, sí, pero lo suyo era que bajara, no que llegara a los cincuenta grados.

—¿Y lo tuyo qué es? —le pregunté para cambiar de tema.

—Soy biólogo —contestó apoyando un brazo en el respaldo y echando un vistazo a su alrededor justo antes de dar un trago a su amargo y masculino café.

Biólogo era perfecto, aunque no tuviera ni puñetera idea de en qué consistía su trabajo. Pero podía verlo, sí, lo veía. Veía al hombre canoso explicándoles a nuestros hijos los secretos de la vegetación, o de los insectos, o de los mamíferos... (¿veis como no tengo ni idea de qué hacen los biólogos?). Y corriendo por el campo todos juntos, persiguiendo a las frágiles y graciosas mariposas mientras los pájaros entonan armónicas melodías y el viento mece los árboles con un suave murmullo primaveral... Creo que tengo el campo idealizado. Creo que tengo a los biólogos idealizados. Creo que tengo al hombre canoso idealizado.

Hablamos de mi novela, de su trabajo, de la vida, de música. Se levantó a mirar mis discos, mis libros; claramente, estaba buscando afinidades, lugares comunes, lazos que le unieran un poco más a esta mujer que le miraba absorta de arriba abajo sin poder concentrarse en nada más que en todos los miembros de su cuerpo. Me levanté a poner un disco de los que le habían llamado la atención. Era Grace de Jeff Buckley, sintonía perfecta para un encuentro entre desconocidos. Nos quedamos uno junto al otro mirándonos en silencio. Él lo rompió con su tono suave.

—Esto es una locura. Vivo en el portal de enfrente.

—Sería una locura si vivieras en Valdebernardo.

Rio.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí.

Nos miramos las bocas, nos buscamos las pupilas, estábamos paralizados y estremecidos. Tomó mi mano y sentí como si me acariciara por dentro, como si palpara mis pulmones y tanteara mi estómago con las yemas de sus dedos.

—Me voy a ir.

Golpe en la cara. Se paró todo. La música seguía sonando pero yo ya no la escuchaba.

—Como quieras... —Intenté disimular mi enorme decepción.

Cogió su chaqueta, se puso la bufanda. Le acompañé hasta la puerta y antes de salir me dio un breve beso en la boca, como si sus labios rozaran los míos de puntillas por miedo a no poder despegarse. Cerré la puerta. Me quería morir.

## 22. El encuentro

Me desperté con el sonido del afilador y mi piel se estremeció todavía dormida. Estaba amaneciendo y una luz turquesa se filtraba por las ventanas, conquistando los rincones de todas las estancias. Me asomé al balcón con la bata puesta, hacía mucho frío y nadie se había levantado. Vi al afilador a unos metros de mi edificio, le observé, y como ya me había sucedido con Luis el día que nos conocimos, pareció escuchar el sonido de mis ojos y alzó la vista para mirar hacia el balcón. Me ruboricé una vez más y entré en casa.

Me gustaba llevar a mis hijas al colegio. Me gustaba salir con ellas a la calle, iban cogidas de la mano por las aceras estrechas, mirándolo todo, con sus carteras diminutas que parecían vencer sus espaldas. Me despedía en la puerta y me agachaba para recibir sus abrazos. Gloria me echaba los brazos al cuello y daba un beso al aire para salir corriendo hacia su clase y no quedarse atrás. Encarna siempre llegaba llorando y Gloria le cogía del abrigo y la arrastraba escaleras arriba. Alzaba mi mano desde la entrada y las perdía de vista hasta la tarde.

Volví por la calle del Barco para comprar algunas cosas en la mercería. De nuevo me encontré frente a la cafetería «Sidi», y esta vez, sin dudarlo, entré para tomarme mi cortado. Me gustaba entrar allí sola. Necesitaba un espacio sólo para mí. Necesitaba edificar en mi propio terreno un pequeño mundo en el que olvidara quién había sido hasta entonces, para darme la oportunidad de ser otra persona. Me descubrí en mis múltiples facetas y personajes. Era una madre dedicada, un ama de casa, era la cabeza de familia, era una mujer sola o una mujer asustada, una mujer que vencía las adversidades con entereza algunos días o que se dejaba vencer por ellas otros. Era alegre y oscura, joven y anciana, espiritual y escéptica, sometida y libre. De mirada profunda o liviana. Una mujer perdida en el laberinto de su memoria, que sin previo aviso desplegaba las alas y salía de él volando. Poseía un cuerpo ligero de pesadas entrañas, una piel casi anestesiada que soñaba con el roce de otras pieles. Y al mismo tiempo, el contacto físico me aterrorizaba incluso con mi propia piel. Por eso evitaba cruzarme desnuda por el espejo.

Me bebí lentamente el café junto al ventanal. Contemplé una vez más a las mujeres del barrio, que predominaban a esas horas por las calles. Y pensé que cada una de ellas escondía un secreto, que bajo sus vestiduras aguardaban historias todavía incompletas. Me fijé en sus expresiones, descifré sus pasos, sus miradas perdidas o atormentadas, alegres, despreocupadas, dispersas y concentradas. Cada una con un comienzo a la vuelta de la esquina, o dejando atrás sus preocupaciones, arrastradas por los mercados, y sus fantasías posadas sobre las hombreras de sus viejos abrigos, resguardadas del frío pero latiendo con fuerza para sobrevivir. Transeúntes desconocidos que desfilaban frente al ventanal ajenos a mis reflexiones. Individuos que sin saberlo reforzaban mis ganas de vivir. Nunca habrían imaginado lo acompañada que me sentía cada vez que me sentaba a observarlos. Agradecí el

aliento de los desconocidos. Y quién sabe si mi agradecimiento perforó sus sueños alguna noche, quién sabe si mis sensaciones alimentaron sus soledades. Quién sabe.

Me levanté temprano un día más. A esas horas en las que la noche parece haberse aferrado a la ciudad y se resiste a abandonar las calles. El cielo empezaba a clarear pero todavía necesitaba encender las lámparas de la casa. Me vestí despacio, sabiendo que todavía tenía tiempo. Me abrigué todo lo que pude. Las estancias a esas horas permanecían frías tras las heladas noches. Cada capa que iba añadiendo calmaba mis temblores. El vaho salía de mi boca y la nariz permanecía gélida, como si no formara parte de mi cara y mantuviese su propia temperatura.

Escuché a Gloria removerse en su cama y me acerqué para asegurarme de que volvía a dormirse. Así lo hizo. Miré a todos los niños dormidos, con esas expresiones relajadas que parecen estar diciendo que no le temen a nada. Mantuve las manos pegadas al vaso que acababa de servirme, buscando que mis dedos se calentaran con la temperatura del café. Me dirigí al salón, descorrí las cortinas y, casi por inercia, me detuve frente al espejo del salón. Me quedé como pegada en la madera. Parecía que el espejo emitiera una corriente que no me permitía desplazarme. Vi el reflejo de esa mujer que parecía ser yo. Vi algo distinto, no sabía qué, pero era algo que no había visto antes. Me acerqué a descubrir qué me inquietaba tanto de mi propia imagen. Clavé las pupilas en mi reflejo y una emoción fue pellizcando mi piel poquito a poco. Posé las yemas sobre el espejo, como si empujara mi propio reflejo desde este lado. De repente, la imagen se empezó a alterar. No me reconocía. Eran mis ojos, era mi rostro, pero no era yo. El espejo era infinito y profundo, no se acababa en el azogue, sino que dejaba abierto un túnel iluminado que me invitaba a arrojarme al otro lado. Durante una fracción de segundo, ocurrió lo imposible; era la imagen de otra mujer. Vi aquellos ojos más allá de mí. Di un salto hacia atrás y me separé del espejo, asustada. El cielo estaba a punto de romperse y un mantón violáceo penetró en la sala. Empezó a llover. Me senté sobrecogida.

## 23. Folio en blanco

Bien. No podía alegar el miedo al folio en blanco ni el bloqueo del escritor porque para eso tienes que haber trabajado bastante antes. No puedes tener el bloqueo del escritor si no escribes, porque entonces todos lo padeceríamos. Había escrito poco, algunas notas sobre lo que me estaba ocurriendo, pero nada que todavía valiera la pena. Y me avergoncé de no estar a la altura de mis vivencias. El artista tiene la responsabilidad de mostrarle al mundo lo que ve. Ya, yo no soy artista, pero estaba viendo cosas que otros no veían. Me encontraba en un espacio poblado de enigmas que no compartía con nadie. Es decir, yo, y sólo yo, tenía la misión de tallar las transparencias del aire que respiraba entre aquellas paredes. Sólo yo podía hacerlo y eso me conmovía y me aterrorizaba.

Es extraño lo de enfrentarte a un trabajo creativo. Imagino que hay quien no necesita enfrentarse, pero yo por aquel entonces todavía lo vivía como un combate encarnizado. ¿Sufren los artistas al crear sus obras? ¿Puede salir arte del sufrimiento? ¿Disfruta el artista de su obra o el resultado está destinado simplemente al disfrute del que lo contempla?

Necesitaba encontrar la manera de darles vida a los personajes que habían habitado aquella casa, de escuchar sus voces y verlos caminar. Necesitaba su movimiento para que, de alguna forma, fueran introduciéndose en mis folios y colándose entre mis dedos. Pero ¿qué debía contar?

Tenía dos grandes dudas: por qué estaba experimentando aquellas percepciones y evidenciando los rastros en ese nuevo espacio que se había convertido en mi hogar y por qué no me había ocurrido antes. Tenía otra gran duda, o sea, en total eran tres dudas: ¿por qué tratamos como acontecimiento algo que si lo piensas bien no es tan excepcional? Quiero decir, que nosotros no veamos ciertas cosas no quiere decir que no existan, pero entonces ¿por qué hablamos de magia o de milagro cuando aparecen experiencias que no han sido tamizadas por la razón? ¿Por qué nuestra razón se niega a entender que no estamos solos en el mundo, que no contamos solamente con un plano de realidad, que nuestros cuerpos emanan colores que algunos sí pueden ver aunque nosotros no seamos capaces de apreciarlos? ¿Por qué la magia vive al margen de nuestro día a día? ¿Por qué no incorporarla a nuestros despertares, nuestros desayunos o nuestros viajes en autobús? Porque no tenemos la confianza suficiente como para creer en lo que no vemos. Pero tampoco vemos nuestros órganos y están ahí. Si la ciencia no hubiera sido capaz de mostrarnos el océano de nuestro cuerpo, ¿creeríamos que existen todas esas células nadando en la sangre? Ya imagino a mi madre ante este descubrimiento: «¿Qué célula ni qué célula? Piel, las personas sólo tenemos piel». Y recordé lo que había leído alguna vez, que en todo momento existen en nuestro organismo momentos cero, momentos de transición. A cada momento, nuestras células generan una combustión y una emisión de la energía resultante de esa combustión, y luego se produce un momento neutro. Pensé que es en ese momento



neutro en el que se nos brinda la oportunidad de inventar el siguiente instante, de limpiar las manchas de la memoria que nos ataca, de comenzar siendo otros. Es un momento clave para emprender un camino mucho más puro, no contaminado por nuestro cerebro y nuestro ruido. Y ese momento se da constantemente, como cuando expulsamos el aire y nos quedamos vacíos, ese paréntesis nos ofrece la oportunidad de llenar nuestros pulmones con un oxígeno único.

Cada folio en blanco es el escenario de todas las posibilidades. Cada amanecer es el escenario de todas las posibilidades. Cada segundo tiende una pasarela hacia lo desconocido, hacia las profundidades de nuestros propios misterios.

## 24. La verbena

Eran las fiestas del barrio y nos arreglamos para salir como si fuéramos tres adolescentes. Anduvimos la calle, protegidas por los farolillos y la música que sonaba por todas partes. Observé el ambiente, repleto de vecinos ávidos de distensión, como si hubieran estado esperando este momento para liberarse. Bailaban, cantaban, paseaban calle arriba y calle abajo. Una pareja se abrió hueco en la plaza de Carlos Cambronerero y comenzó a bailar. Había algo en el aire que parecía unirnos a todos. Miré a mi alrededor, vi a todas esas mujeres junto a sus maridos, y sentí algo extraño mientras Carmen y Juana requerían mis dos brazos para continuar el paseo. Íbamos las tres mirándolo todo, parando en las casetas y curioseando. Hacía tiempo que no me sentía sola, pero todo había cambiado tanto que a ratos parecía casi un sueño. En otras circunstancias habría estado allí con Luis, en una estabilidad que a ratos añoraba, y me preguntaba por qué las cosas no podían haber salido de otra forma. ¿Por qué todas esas mujeres tenían lo que yo no podía tener? Me sentí distinta a ellas, me sentí excluida del estilo de vida recto en el que habría permanecido si Luis no se hubiera marchado. Carmen y Juana reían y comentaban todo lo que encontrábamos en el camino, disfrutaban ajenas a mis reflexiones, a mi nostalgia, a mi autocompasión. Quizás ellas sintieran lo mismo, quizá pensarán en por qué la vida las había situado en una posición difícil, a contracorriente, mientras otros gozaban de la normalidad de sus matrimonios, familias, reglas irrompibles con las que nada parece peligrar. Supongo que a veces eso es lo que uno quiere conservar, la seguridad de saber que hay un hombre que cuida de ti, que no estarás sola, que nadie va a juzgarte. ¿Acaso era eso lo que yo echaba de menos? Había aprendido demasiadas cosas, había atravesado tantos cambios que no podía pretender quedarme en donde estuve y detener el desmoronamiento de lo que fue mi vida, pero a veces eso era lo que deseaba. Que nada hubiera sucedido, que nada hubiera transfigurado una realidad neutra pero inapelable. Imagino que no pueden darse pasos atrás, aunque a veces mi cabeza me hacía pensar que sí, que había vuelto al miedo de la soledad. La memoria del pasado tomaba relieve y se manifestaba como un cíclope a punto de devorarme. Carmen y Juana se unieron a las parejas que bailaban en la plaza. Entre todos los matrimonios que allí se encontraban, estaban ellas, olvidándolo todo durante unos minutos, imponiéndose en la pista con naturalidad, obviando las miradas de los asistentes y riendo en cada paso de baile.

Había momentos en los que me llegaba una ráfaga de lucidez para mostrarme que aquello no existía. No existía más allá de mis percepciones. Sentía que inventaba el entorno, que el pensamiento iba esculpiendo los acontecimientos a su medida, que todo era modificable. Aquel era uno de esos momentos. Dejé de escuchar la música, sólo veía los gestos de Juana y Carmen, sus risas ralentizadas, los vecinos, a mí misma, veía todo como un teatro. Todo menos la esencia que proviene del fondo de cada cuerpo; esos detalles que, casi por descuido, llegan sin alteraciones provocadas

por lo que ya llevamos a la espalda. Es difícil sentir esa certeza cuando el zumbido de la mente te recuerda de dónde vienes o quién quisiste ser, te recuerda que has fracasado en los pocos sueños que tuviste, te recuerda que tienes miedo, que todavía pueden ocurrir cosas horribles, y te pide que te detengas, que procures esconderte de tu propia vida para que esta no te encuentre nunca.

Volvimos a casa y abrimos los balcones. Era el mes de julio y un calor seco se pegaba a nuestros cuerpos. Carmen sacó un cigarrillo de una estilosa cajetilla. La miré con curiosidad y se ofreció a enseñarme a fumar. Accedí. No dejaba que el humo pasara a mis pulmones, mi cuerpo lo expulsaba antes de tiempo y en las primeras caladas tosía atragantada. Juana llegó al salón con limonada y bebimos apoyadas en la barandilla del balcón, comentando sobre los vecinos que pasaban por Jesús del Valle. Di por fin una calada entera. Carmen me felicitó, ya había aprendido a fumar. Me sentía como las actrices de cine a las que tanto había visto, sobre todo en la adolescencia. Mis pupilas callejaron por Jesús del Valle. Carmen y Juana charlaban dentro, relajadas, sin prisa, sin esperar nada más de lo que se nos ofrecía hoy. Y observé mi calle con emoción, como si fuera parte de mi historia. Esta calle me había acompañado en mi drama y superación. Era un personaje más, como lo era esta casa. En mis recuerdos, la casa fue luminosa durante el primer año, y cuando Luis comenzó a transformarse en un personaje turbio y distante, la memoria me trae imágenes sombrías. Le recuerdo sentado en el sillón con la oscuridad rodeando su hermetismo. Nuestro dormitorio con la luz tenue iluminando nuestros cuerpos solitarios, el uno junto al otro. Tras la llegada de Carmen y Juana, las imágenes que me visitan son anaranjadas, algunas teñidas de un sol vivo. Todo es luminoso desde que enterré mi oscuridad interior. Y mi calle delgada permanecía impasible, con los adoquines brillando y despidiendo el día, esos adoquines que tantas veces había recorrido.

Entré en el salón y lo primero que vi fue el espejo, con el reflejo de Juana y Carmen sentadas en el sofá, mientras Carmen relataba detalles de su infancia. Nos contó que cuando era pequeña, el quince de agosto, que era el día de su cumpleaños, el padre la llevaba hasta la plaza para que admirara la espadaña de la iglesia repleta de velas. La convenció de que todos los vecinos del pueblo celebraban así su cumpleaños y ella se sentía protagonista de aquella imagen maravillosa. Lo que descubrió más tarde fue que el quince de agosto se celebra el día de la Asunción de la Virgen y las velas en la iglesia nada tenían que ver con su cumpleaños. Reímos la ocurrencia y ahora éramos las tres las que nos reflejábamos en el espejo. Entonces Carmen habló de una parte de su vida que normalmente prefería callar. Yo ya la conocía, pero Juana se había preguntado muchas veces qué había pasado con el padre de su hijo. Carmen se había quedado embarazada de un hombre que no quiso hacerse cargo. Él se había convertido en su representante y fue quien la trajo a Madrid. Estaba obsesionado con ella y le había prometido llevarla a América y convertirla en una estrella. Viajaron juntos durante las giras por los pueblos de España y Carmen, muy

joven por entonces, lo había aprendido todo con él. Era su Pigmalión, su mentor, y el único contacto con el mundo que tenía. Carmen lo dejó todo por él, sin imaginarse siquiera que desaparecería al conocer la noticia de su embarazo. Juana se remontó a su infancia para participar con las anécdotas que más recordábamos del pasado, pero yo había dejado de escuchar. Le daba vueltas a los rastros que quedan atrapados en los espejos. Tenía frente a mí un testigo silencioso de las vidas de mis padres, de mis hermanas, de mis hijas, de todas nosotras, pero sabía que el espejo guardaba algo más; guardaba percepciones de otros lugares que llegaban hasta mí en forma de rostro femenino. Me preguntaba si era posible que la mujer del espejo pudiera intuirnos u observarnos a las tres en este momento de la historia. Me levanté y acaricié el marco, me miré a los ojos y sonreí al otro lado, fuera quien fuera quien pudiera verme, aunque mi sonrisa sólo le llegara a mi propio reflejo.

## 25. Obsesión

Vi al hombre canoso hablando con un vecino dentro de una tienda de Pez. No entré, simplemente aminoré la marcha, caminé despacito dando tiempo a que terminara su conversación, saliera a la calle y me encontrara «casualmente» en la misma acera, pronunciara mi nombre y me dijera mirándome a los ojos que me ama. Así, sin apenas preámbulos, «hola, buenos días, que te amo». Y puedo jurar y juro, que sentí la presencia del hombre canoso detrás de mí. Le sentí en mi espalda y en mi nuca e incluso entorné los ojos para disfrutar de aquel manto cálido que me envolvía en pleno otoño. Seguí caminando nerviosa, porque el nerviosismo me acompaña en la vida como si fuera una tira de cera que lleva ahí tanto tiempo pegada que ya no me atrevo a arrancar. Subí Jesús del Valle y no pude evitar mirar hacia atrás.

No estaba.

Subí a casa, y tras dejar mis compras sobre la mesa de la cocina me asomé al balcón. Y pensé: «Oh, Dios mío, ¿por qué me haces esto? ¡El hombre canoso tiene moto!». ¡No! No, por favor, este hombre no podía existir, era un invento de mi mente. ¡Me encantan las motos! Mi primer recuerdo sobre el tema motos, que es un tema, se remonta a un vecino que venía cada tarde en moto a recogerme. Tengo que aclarar que vivía en la calle de atrás y nuestro plan era sentarnos en la calle de delante, pero él venía en moto porque creía que era Mickey Rourke y lo peor es que yo también lo llegué a creer. «Mamá, te presento a mi novio, Mickey Rourke de joven». Yo tenía dieciséis años y él decía tener veintidós, aunque en realidad tenía veintisiete, y me contó que tenía una empresa de mecánica, aunque en realidad era enterrador, y que yo le gustaba mucho, aunque se enrolló con varias amigas mías. Y luego, ya con todo, me dejó, convencido de que en el fondo era yo la que quería dejarlo. Luego llegó Gonzalo, que también tenía moto y también me dejó... Bien, igual lo de que tenga moto no es precisamente una buena señal. Pero en esa parte primaria que tengo, verle sobre su moto, ahí, con sus... ruedas y sus... asientos... y sus... retrovisores... Vale, no sé nada de motos, esto es todo lo que puedo describir.

Le vi salir del garaje como Batman, supe que era él porque se puso el casco ya en la calle. Él no me vio, menos mal, porque debía de ser una imagen de lo más patética, parada en el balcón con la boca muy abierta y preguntándome qué había hecho yo para merecer que el hombre canoso fuera cada día más irresistible. Arrancó de nuevo la moto y emprendió su camino, con el cabello saliendo del casco ligeramente, rozado por la brisa primaveral aunque estuviéramos en otoño e hiciera un frío que te cagas. En mi fantasía hace el clima que a mí me da la gana. Ahí iba él, conduciendo con seguridad hacia el infinito, hacia la libertad, hacia la vida, hacia el riesgo... Puede que, simplemente, se dirigiera a Fuenlabrada, pero yo eso no tenía por qué saberlo.

Llegó Mónica y, cómo no, dedicamos las horas a hablar de «el hombre». Que si podría llegar esto a más, que si qué ocurriría con su mujer, que si qué es el amor, que si no dormía por culpa del hombre canoso, que si tal, que si cual. Y en un momento

de lucidez, me encontré allí, despilfarrando mi tiempo con la irrelevancia que implica la elucubración y me agoté de escucharme. Yo no quería ser así; de hecho, le recriminaba a Mónica que dedicara su energía a pensar en los movimientos de los hombres que aparecían en su vida. Siempre me pareció una frivolidad centrarte obsesivamente en cualquier cosa, pero en un hombre, todavía más. Porque, al aparecer un tío, desaparecía todo lo demás. Se convertía en el centro de nuestro complejo universo y eso es algo comprensible a los dieciséis años, pero no a los treinta y seis. Y así lo expresé.

—¿Sabes qué? Esto es insano.

—¿El qué?

—Estar hablando de este tío tú y yo todo el rato... Se acabó el tema. Somos mucho más interesantes que esto.

Me miró comprendiendo. Sabía que no estaba de acuerdo conmigo, pero tampoco mostró ninguna intención de entrar en debate. Miró hacia la calle. Sus cejas se arquearon, sus ojos parecían salirse de las órbitas y gritó:

—¡Está ahí! ¡Tiene que ser ese que se está quitando el casco!

La aparté del balcón violentamente, le incrusté un codo en el pecho durante la operación, se quejó por el golpe, pero a mí todo me daba igual ¡porque sólo quería encontrar al hombre canoso! Me sujeté a la barandilla mirando hacia la calle con ansiedad. ¡Por Dios! Era como si la conversación que acabábamos de tener nunca se hubiera producido. Atrás quedaba el discurso equilibrado y maduro en el que proponía olvidar las obsesiones y la dedicación exclusiva al sexo opuesto. ¡Quería verle y nada más! La enajenación tomó todo mi ser. Me fijé en el motorista, pero no era él. Volví de nuevo a mí misma. Comenté tranquila:

—Pues eso. Que esto es insano.

—Ya.

Entré en casa.

—Hay un montón de temas de los que podemos hablar que no tienen nada que ver con los tíos.

—Pues claro que sí. —Tras haber presenciado mi reacción desesperada, Mónica decidió seguirme la corriente.

—Claro que sí.

Asentimos ambas muy seguras. Mónica cerró el balcón y entró también en el salón. Nos sentamos en el sofá y nos sonreímos. Ningún tema de conversación surgió en varios minutos. Nos quedamos calladas confirmando nuestra evidente desolación.

## 26. El miedo

Me aproximé al afilador y, por alguna razón que se me escapa, me aventuré a mirarle sin temor, dejando a un lado mi timidez y mis inseguridades. No sé qué es lo que capté en aquel joven, pero me provocaba reacciones, aparentemente, ajenas a lo que conocía de mí misma. Me incitaba a perderle el miedo a su presencia, a su cercanía, a la temperatura de mi cuerpo cuando él estaba cerca. Perderle el miedo a un posible encuentro con un hombre, de alguna manera, era perderle el miedo a parte de mi vida, esa parte que me lastraba en silencio y se adhería a mis músculos. Me detuve a pocos metros de él. Estaba inmerso en su trabajo y tardó unos minutos en advertir mi presencia. Me miró de repente. Aguanté estoica. Sonrió. Sonreí. Levantó la barbilla como preguntándome que qué estaba pasando, que qué estaba buscando. Pasé por su lado sin perderle de vista. Me giré varias veces de camino al portal. Le encontré mirándome todas ellas. Esta vez estaba decidida a dejar que fluyeran los impulsos sin asfixiarlos. Esta vez, pasara lo que pasara, no iba a dar marcha atrás.

Nuestras agitadas respiraciones se fundían en un solo aliento. Juntamos nuestros labios con fuerza, rozando nuestras mejillas para sentirnos la piel. Dejaba caer los párpados y percibía la punta de su nariz delineando mi cuello. Sus dedos hundiéndose en la nuca y enredándose en mi pelo. Paseé por su rostro con las yemas de mis dedos, le retiré un mechón despeinado de la frente sin dejar de mirarle. Lo encontré muy joven. Sus pestañas movían el aire en este rincón del mundo. Eran largas y espesas y me hacían cosquillas cuando acercaba su cara a la mía. Sonó un ruido en la escalera y recuperamos la compostura. Esperamos en silencio, escondidos en aquel hueco del portal, escuchando cómo los vecinos bajaban y se aproximaban a donde estábamos. Le tapé la boca por miedo a que se le escapara una risa, una palabra o un gemido que pudiera delatarnos. Nos quedamos quietos, mirándonos a los ojos con tal profundidad que por un momento desapareció todo lo demás. Sentí sumergirme en sus enormes pupilas, deseé adentrarme en los círculos de su iris color miel, jaspeado de infinitos puntos negros que parecían moverse inquietos. La sangre se movía lenta por mi cuerpo caliente, me hice consciente de todos mis miembros, escuché el sonido agudo de mis huesos y el zumbido del corazón. Me vibraba el cráneo, como si fuera una bóveda en la que retumbaran las voces de mi propia existencia. Toda yo me había convertido en instrumento, y mis venas eran cuerdas de violín en manos de las musas.

Sentí que todo estaba unido. Que la vida estaba fragmentada sólo en apariencia. Vivíamos en un todo absoluto lleno de parcelas rodeadas de muros que no existen. Sufría o atravesaba las consecuencias de mis actos. Nada venía solo, los hechos de mi vida llegaban persiguiendo sus propias huellas. Siguiendo las miguitas que yo misma dejaba durante la noche, durante los sueños en los que pierdo el control.

Mi encuentro con el afilador me llevó al límite de lo que pensaba que eran mis posibilidades. Sentí que mis miedos se reducían a mis espaldas. Por eso me decidí a buscar de nuevo en mí misma, en mi imagen, en ese reflejo que era yo pero que se

perdía para transformarse en otra mujer.

Permanecí quieta frente al espejo, con el cuerpo ligeramente tenso y la soledad de la casa cubriendo la tarde. Las luces estaban apagadas, sólo contaba con los rayos que despedían el día a través de mis balcones. Pegué mis manos de nuevo. Me miré a la espera del encuentro. Me concentré en mi respiración, en el contacto de las yemas de mis dedos con el frío espejo, fijé mis pupilas hasta dilatarlas, me mantuve en silencio mental, y entonces, volvió a aparecer. Me miré sin pestañear y observé mis rasgos transformarse en los de otra mujer. Esta vez no me asusté. La mujer del espejo y yo nos miramos en una quietud crepuscular.

A los veinticuatro años, cuando Luis llevaba un año fuera de mi vida, divisé por primera vez, a lo lejos de este pasadizo de represión y pánico, la posibilidad de haber vivido engañada por las nubes preñadas de ignorancia que se posaban sobre nuestras cabezas. Sentí alivio y desconcierto durante los días que tomé decisiones contrarias a los deseos de mi familia. Los días que escuchaba el rumor de mi destino y me despojaba de mis pesadas vestiduras tejidas con hilos negros. Capas bordadas por las hilanderas que cosen el tiempo, guiadas por los pequeños diablos adiestrados para ahuyentar la libertad y la armonía. Esos pequeños monstruos que se cuelan en los pliegues de la mente y nadan por nuestra sangre disfrazados de ángeles. Tienen voces agudas que engañan los sentidos y te señalan los caminos que te estrellan contra el muro de los imposibles. Esos diablillos existen, pero si no los escuchas, terminan desvaneciéndose en el aire.

Llegué a casa con las bolsas de la compra. Coloqué todo en la cocina y me puse el delantal para empezar a preparar la merienda. Llevé una bandeja al salón y allí encontré a las niñas dibujando. No dije nada. Deposité la bandeja en la mesa y poco a poco fueron levantándose en silencio a por sus bocadillos. Saqué un lápiz del vaso donde se congregaban pinceles y gomas de borrar y me senté en el sillón. Gloria me miró y sin apenas cambiar el gesto, me animó a que comenzara mi experimento. Estaba sentada frente al espejo. Mi mano empezó a moverse por la página en blanco como si lo hiciera al margen de mi impulso. Lo que salió de allí resultó ser la mujer del espejo. Su mirada parecía traspasar el lienzo.

Me empeñé en enmarcarlo esa misma tarde para colgarlo en nuestro dormitorio y recordar que el azogue podía desaparecer para ofrecernos la imagen de otros mundos. No teníamos marcos, así que, sin pensarlo demasiado, saqué el retrato que conservaba de Luis y lo sustituí por la mujer del espejo. Justo antes de hacerlo, escribí una palabra en el dorso del lienzo y luego lo colgué con un clavito. Me alejé para tomar perspectiva. Cuando me preguntaron que quién era, sólo respondí que se trataba de alguien con quien había soñado. Nadie lo cuestionó. Ni siquiera yo.



## 27. El retrato

Comenzó a anochecer y yo llevaba varias horas mirando el retrato de la niña que había pintado Elvira, casi esperando a que me hablara para ponerme a escribir. ¿Quién era? Decidí preguntárselo a Gertrudis al día siguiente, pero mientras tanto, mi imaginación se disparaba especulando sobre la identidad de la protagonista del cuadro, esa niña de ojos enormes y gesto contenido pero sonriente. Tenía las manos en el regazo, con los dedos índices rozándose entre ellos y un cuello fino del que colgaba una cadenita con una cruz muy sobria.

Me senté con las piernas cruzadas en el sofá y tomé notas en un cuaderno de las pocas cosas que iba sabiendo sobre la historia de mi casa. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el sofá. No me hizo falta aguzar el oído para escuchar un sollozo femenino. Abrí los ojos de golpe, sobresaltada. El sollozo había cesado. Pensé que me lo había inventado. Cerré los ojos de nuevo y el sollozo volvió a mis oídos. Me quedé con los párpados cerrados mientras una sensación ambigua iba trepando por el estómago. Meforcé a no abrir los ojos y el sollozo se hizo más fuerte y parecía infiltrarse en mi cráneo. No soporté el terror y abrí los ojos. Me levanté del sofá asustada, miré a mi alrededor, observé la calle desde el balcón por si había una mujer llorando fuera. Nada. Entonces me adentré en el pasillo. Había una parte de mí que esperaba encontrar a una mujer en el dormitorio, sentada sobre el colchón, con las manos tapando su rostro y las lágrimas cubriendo sus mejillas. De camino me armé con un paraguas. ¿Por qué? No lo sé. Tenía miedo, pero ¿qué pretendía hacer? ¿Amenazar a un fantasma con un paraguas? «¡O dejas de llorar o te atravesaré con este paraguas estampado! ¡No digas que no te avisé!». Entré en la habitación de invitados con las piernas temblorosas. No vi nada. Me senté y cerré los ojos para comprobar si el llanto fantasmagórico provenía de allí. El sollozo había cesado. Todavía asustada, me rendí en la cama unos minutos.

El sonido del móvil me devolvió a la tierra. Vi un número desconocido en la pantalla.

—Hola, soy Antonio, el de la tienda de antigüedades de El Rastro.

—Ah, hola, Antonio, cuénteme.

—He encontrado otro retrato de esos que estaba buscando, lo tiene un compañero mío en su local, pero si lo quiere me lo llevo a la tienda y viene a por él, ¿le interesa?

—Sí, sí, me interesa mucho, voy cuando me diga.

—Pues el domingo está bien... Pero ya le aviso que el cuadro este le va a sorprender.

—¿Por qué?

—Mejor que lo vea usted misma.

Me adentré y me fundí en las riadas de gente de El Rastro. Hacía frío pero el sol era intenso y, al cabo de un rato, todos íbamos con nuestros abrigos en la mano y nos deshacíamos de nuestras bufandas y pañuelos. Iba casi sin mirar el entorno hacia la

tienda de Antonio, y mi curiosidad se intensificaba a cada paso. Entré en el local y le vi al fondo de uno de los pasillos. Estaba hablando con un cliente y esperé mientras echaba un vistazo a mi alrededor. Un hombre le preguntó sobre una lámpara de pie.

—¿Cuánto cuesta esto?

—Ochenta euros.

—Eso es carísimo.

—De carísimo nada, caballero, que esa lámpara es única, no hay ninguna así en el mundo. —Y le dio la espalda seguro de que su estrategia había funcionado.

—Pues esta es igual. —El hombre le señaló otra lámpara idéntica y Antonio reaccionó rápidamente.

—Esa es única también. Son las dos únicas en el mundo.

El hombre se lo pensó, pese a reconocer el engaño perfectamente. Antonio me vio.

—Yo no sé qué pensar, ya se lo digo.

—¿De qué?

—Cuando vea el retrato...

¿A qué se refería?, ¿de qué estaba hablando? ¿Qué ocurría con este misterioso retrato? ¿Estaba quedándose conmigo de nuevo para poder cobrarme más dinero? ¿Por qué insistía tanto en la complejidad del cuadro? Se metió en el almacén y salió con él envuelto en papel de periódico. Me lo entregó y me observó. Lo abrí. *Shock*. Los ojos se me salían de las cuencas. Me fallaba la respiración. Antonio se apoyó sobrado en el mostrador.

—¿Qué le dije?

Yo no podía articular palabra. ¿Cómo podía estar ocurriendo algo así?

Me senté a la mesa de la cocina y coloqué el retrato frente a mí para observarlo con detalle. Era yo. No había ninguna duda. La mujer retratada en este cuadro era yo. Lo firmaba Elvira y estaba dibujado a lápiz y coloreado en azul, exactamente igual que el retrato de Gertrudis y que el de la niña que había encontrado días atrás. Eran de la misma serie, eran de la misma autora y eran de la misma época. Mi parte escéptica luchaba por salir de mi cuerpo, pero no podía, no tenía razones para dudar de la magia que me estaba visitando. Elvira me había visto, quizás en sueños, o quizá las presencias con las que convivía me observaban durante la noche hasta guardar mis rasgos y ponerlos en pie en un lienzo. Pero si esto era así, ¿qué podía pensar del espacio-tiempo? ¿Acaso Elvira y yo nos estábamos cruzando más allá del pasado y el presente? No tenía respuestas, sólo preguntas. Me moví durante horas en un estado de encantamiento que no me atrevía a compartir con nadie. Era demasiado íntimo, demasiado mágico como para destruirlo con la cotidianidad.

## 28. Ramón

Un hombre grande se acercó con precaución mientras tomaba un café donde siempre. Me dijo reconocirme y lamentó que mi marido fuera tan miserable. Me violentaron sus palabras. Ya había escuchado muchos insultos hacia Luis, pero yo no había sido capaz de insultarle todavía. El hombre grande y gordo se llamaba Ramón, conocía a mi marido de algunas noches por el barrio. No quiso entrar en detalles pero vino a decirme que era un sinvergüenza y que todos lo sabían menos yo. Le acabé preguntando por qué me contaba aquello y entonces lo dijo.

—Le he visto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—No sé si hago bien en contarle esto.

—Demasiado tarde, ¿cuándo le vio?

—Le vi hace poco más de una semana en las afueras de la ciudad.

—¿Y se encontraba bien?

Se apartó un momento para mirarme. Se sorprendió por mi pregunta y la verdad es que yo misma estaba sorprendida.

—¿Es eso lo que le preocupa? ¿No va a preguntarme con quién estaba?

Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera haberle visto con alguien y de repente la boca se quedó como una lija y busqué la saliva en mi garganta para poder continuar la conversación.

—Dígame todo, en el orden que sea, pero cuéntemelo.

Acercó un taburete y me ofreció un cigarrillo. Acepté. Se fijó en el bastón, lo señaló.

—¿Cómo lo lleva?

—Estoy acostumbrada.

—Luis no está solo. Le vi con una mujer y un niño, imaginé que sería una nueva familia, pero no hablé con él, así que sería pura especulación.

—¿Dónde le vio?

—Cerca de unos edificios nuevos junto a la Casa de Campo.

—¿Sabría indicarme exactamente dónde?

—¿Se refiere a volver allí?

—Sí.

—¿Y qué vamos a hacer, buscarlo por las calles?

—Le vería caminar hacia algún sitio, volver de algún sitio, ¿no?

—Le vi saliendo de un ultramarinos y atravesando un descampado de nuevas construcciones.

—Lléveme allí.

—Entiendo su necesidad de encontrarlo, pero ¿está segura de que podrá aguantar un enfrentamiento con el hombre que la ha dejado sola con dos niñas?

—He aguantado sola durante dos años sin necesidad de ningún hombre, ¿no me

cree capaz de enfrentarme a mi marido?

Mi respuesta pareció convencerle.

Quedamos para el viernes siguiente en la cafetería. Él me llevaría en coche hasta allí. Carmen y Juana no se podían creer la historia y Juana dudaba de las intenciones de Ramón y temía que pudiera ocurrirme algo con un extraño en un coche lejos de casa. Yo también lo había pensado pero no iba a detenerme en el miedo esta vez. Aun así, estaba aterrada, ensayé mi discurso durante noches, ¿qué le diría al encontrarme con él cara a cara? ¿Qué diría él cuando me viera a mí? ¿Quién sería aquella mujer? ¿Sabría algo de mí? La noche antes de mi cita con Ramón, no dormí.

Era tarde y yo era la única que permanecía despierta. Sólo sonaba el tictac del reloj del salón. Me coloqué frente al tocador. Y a cada tictac, fijaba mis ojos en una parte de mi cuerpo, casi como si estuviera programada, como si la música del tiempo marcara mis movimientos. Me desvestí despacio sin perderme de vista. Dejé caer la combinación hasta los tobillos. Tic, tac. Miré mi cuello fino de venas violáceas y planas. Tic, tac. Fijé mis ojos en las cavidades de las clavículas, breves cuevas que se fundían con mis hombros descubiertos. Tic, tac. Observé los huesos que sobresalían simétricos y puntiagudos. Tic, tac. Llegué a un escote bonito, suave, que parecía desentenderse de mis delgados y desordenados pechos, tan pálidos e irregulares. Tic, tac. Llegué a mi diminuto vientre, siempre contraído, con miedo quizás a lo que le esperara fuera de su singular refugio. Tic, tac. El ombligo presidía mi vapuleado cuerpo. Expuesto sin temor, como una espiral que congrega los ritmos de todo mi ser, conector de su misteriosa perfección. Tic, tac.

El espejo del dormitorio era pequeño, y esto evitó que mi maldita pierna izquierda formara parte del reconocimiento. Algún día tendría que enfrentarla a mis ojos, quizás ese día en el que me sintiera capaz de aceptarla como parte de mí, y no como si fuera un castigo con el que debía cargar toda la vida.

## 29. Las huellas

Aquella tarde transcurría con normalidad. Con normalidad según yo, que para cualquier otro no tiene nada de normal. Merendé pan con miel y mantequilla y luego me dediqué a espiar a mi vecino calvo. Pues eso, lo normal. No es que Jorge tuviera nada demasiado interesante para ser espiado, pero sólo observarle sin que él supiera que lo hacía me producía un nerviosismo muy divertido. No era la primera vez que ejercía de *voyeur*; de hecho, pasear por Madrid mirando ventanas y balcones era una de mis aficiones predilectas. Durante las noches me dedicaba a especular sobre quiénes vivirían en cada espacio contando sólo con el tipo de iluminación que habían elegido. Una lámpara de techo o unas luces indirectas podían darme pistas sobre los personajes que allí habitaban. También me fijaba en las plantas de los balcones, en la decoración que alcanzaba a vislumbrar desde la lejanía. Los cuadros, las fotos o los colores escogidos para cubrir las paredes. Todos esos detalles alimentaban mi apetito *voyeur*, que era casi insaciable. Inquilinos sin nombre que arrojan historias en su anatomía irrepetible. Pensaba en las experiencias que atraviesan sus cuerpos, en sus nostalgias dormidas o despiertas, en lo que buscan sus ojos, en lo que encuentran, toda esta gente a la que quizá nunca vaya a conocer, que desata los relatos que transitan mis latidos. De pequeña construí una casita de muñecas que incluso iluminé con el flexo de mi dormitorio. A veces ni siquiera me dedicaba a jugar, sino a observar el interior como si esperara que los muñecos fueran a tomar vida, ajenos a mi presencia.

Jorge cenaba como un guiri. Yo acababa de merendar y él estaba preparándose un arroz con un pescado que no identifiqué porque, por muy observadora que sea, hay elementos que se me escapan. Y recordé que a los catorce años me dio por espiar a un vecino del barrio a través de las persianas. Aquel niño me gustaba, le veía por la calle y bajaba la mirada por miedo a que me descubriera como una desequilibrada, pero no había manera de saber que yo le espiaba porque lo hacía mirando por las rendijas de la persiana bajada. Veía cómo cenaba en familia en la terraza en verano, cómo estudiaba, cómo miraba hacia la calle. Le tenía controlado y él nunca lo supo. Y cuando nos cruzábamos en el metro o en la cola de la panadería pensaba en lo curioso que era aquello. Yo sabía quién era él, conocía incluso algunas de sus costumbres y podría ponerles cara a sus padres. Sin embargo, él no tenía ni idea de quién era yo, no sabía lo que me inspiraba ni el tiempo que dedicaba a vigilar sus pasos adolescentes. Terminé de espiar a Jorge porque tras sentarse a cenar con la radio puesta la cosa empezó a decaer. Examinar sus bocados era ya mucho pedir.

Paseé por la casa observándolo todo. Miraba los techos, el suelo, rozaba las paredes con los dedos, me concentraba en los sonidos que volaban por allí... Me cuesta enormemente describir la sensación que experimenté aquellos días. Hay un tipo de miedo que es casi divertido, supongo que ese es el miedo que buscamos con las películas de terror, no creo que nadie quiera angustiarse en el cine, sino conseguir

ese subidón de adrenalina que te mueve bruscamente de tu sitio. Así me sentía yo. Tenía miedo porque no entendía nada pero, por otro lado, era apasionante encontrarme entre los misterios que iban tomando forma.

Creo que la última vez que había vivido algo tan emocionante fue en un edificio abandonado que estaba junto a mi colegio. Debía de tener doce o trece años cuando nos escapábamos de clase y saltábamos el muro para colarnos en lo que en su día fue una pastelería Mallorca. Estaba junto a la calle Arturo Soria y era un edificio de tres pisos, bastante destartado, en el que todavía quedaban restos del pasado. Un letrero de Mallorca podía leerse en la entrada, pero por lo que fuimos encontrando otros compañeros aventureros y yo, aquello había sido también un internado. Y eso ya atrapó nuestra curiosidad hasta el punto de convertir nuestras expediciones clandestinas en una costumbre.

En el último piso había varias frases escalofrantes escritas en la pared, recuerdo sobre todo una que me sacudió, porque debía de estar escrita por algún interno. La frase era «Quiero salir. Esto es un infierno». Cuando leímos aquello, nos asustamos todos, incluso el niño más valiente de mi clase. Nos preguntábamos qué había ocurrido allí, al igual que en mi nueva casa me hacía esa pregunta cada día. El suelo de casi todas las plantas estaba alfombrado por folios y cuadernos de tareas escolares, donde los alumnos escribían de nuevo algunas palabras espeluznantes que nos llevaban a pensar en la pesadilla que debieron de vivir. Armando subió al último piso por una escalera que comenzó a desplomarse según dio los primeros pasos. El ruido producido por el derrumbe de un escalón hizo que todos apareciéramos allí para comprobar que nadie se había matado todavía. El gesto congelado de Armando, atemorizado, junto a la frase «Quiero salir. Esto es un infierno» me viene a la memoria como si acabara de ocurrir. Le ayudamos a bajar y en el pequeño jardín trasero comentamos lo que habíamos ido encontrando. De repente, una cabeza pareció moverse dentro de la casa, la vimos otro amigo y yo, avisamos al resto y salimos de allí corriendo, con el corazón latiendo a toda velocidad, intentando saltar el muro mientras chillábamos nerviosos. Yo no podía subir, estaba aterrorizada, mis amigos gritaban desde el otro lado, miré hacia atrás, y aunque no vi a nadie, sentí un pánico tan profundo que no recuerdo cómo conseguí llegar al otro lado. La excursión resultó ser una experiencia estimulante y tardamos poco tiempo en repetirla.

Estaba adormecida en el sofá escuchando el leve rumor de la lluvia, cada vez más débil, pero todavía constante. No sabía ni qué hora era y además no tenía ningún interés en saberlo. Quería disfrutar de esa anarquía que algunos días dejaba entrar en casa para quedarse a pasar el sábado conmigo. Pero la iglesia y la anarquía, claramente, no hacen buenas migas, así que las campanas me revelaron que eran las siete en punto. Las nubes se abrían para dar paso a un sol que estaba a punto de despedirse y la luz que entraba por el balcón era extraordinaria, a ratos dorada por el sol y al minuto siguiente plateada por las nubes grises. Esa combinación me mantuvo unos minutos contemplando los rayos que se colaban en el salón. Me fijé en que el

espejo estaba muy sucio. Sin necesidad de acercarme, pude ver mis dedos marcados y me dirigí hacia la cocina para darle una pasada con la bayeta. Recordaba las palabras de Gertrudis cuando me pidió que cuidara el espejo, y eso era lo que me disponía a hacer.

Cuando llegué al espejo con la bayeta y un limpiacristales, me fijé detenidamente en las huellas. Aquello no podía ser. Puse mis dedos sobre las marcas para comprobar que no se trataba de mis manos. Y no era una cuestión de tamaño o de forma, era que las huellas provenían del otro lado. ¿De qué otro lado? ¿Cómo es posible?

Me metí en la cama con un libro de Amelie Nothomb y de repente caí. ¿Cómo no me di cuenta antes? Me levanté de la cama y me dirigí al espejo. Miré las huellas de nuevo y lo entendí todo. ¿Cómo había llegado mi imagen a los ojos de Elvira? A través del espejo.

Me senté en el sofá. Respiré profundamente y me quedé mirando el espejo. Intentaba concentrarme pero me distrajeran las campanas de la iglesia, los ruidos de la calle y mis pensamientos, que cruzaban a toda velocidad con todo tipo de detalles irrelevantes, recordándome que tenía que hacer la compra, que tenía que llamar a mi hermana, que tenía que... Volví a fijar mis ojos en el espejo y la avalancha de distracciones me arrastraba de nuevo. Lo intenté varias veces, pero en el fondo, por muy mágico que fuera lo que estaba viviendo, no tenía grandes esperanzas de ver a la pintora. Me sentía absurda forzando un encuentro surrealista como aquel, incluso a ratos pisaba tierra y pensaba que nada de lo que había sucedido era real. Pero ¿qué es real y qué no lo es? ¿Dónde están los límites? ¿Acaso mi realidad no cuenta? ¿Acaso hay sólo una realidad a la que todos debemos adaptarnos? Sabía que yo no había buscado la magia hasta ahora, era la magia la que me había hallado a mí. Quizá tuviera que mantenerme atenta a una posible comunicación, pero no salir a buscarla.

## 30. La búsqueda

Llegamos a un barrio desangelado, rodeado de descampados y edificios nuevos. Un barrio muerto y, para colmo, ese día soplaba un viento fuerte y frío. Ramón detuvo el coche y señaló el ultramarinos.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé.

Miré por la ventana y vi una mujer salir de la tienda. Miré a Ramón para confirmar que no era ella. Negó con la cabeza.

—¿Cómo es ella?

Le costaba hablarme de aquella mujer.

—No sé... Morena... Muy normal.

—¿Gorda, flaca, alta, baja, guapa, fea, joven, vieja?

Pareció abrumarse con mis preguntas.

—Ya le digo que muy normal, yo diría que ni gorda ni flaca, grande, joven... Normal... ¿Quiere que entremos a ver si está allí?

—No.

—¿Quiere que entre yo?

—¿Lo haría?

—Si he venido hasta donde Cristo perdió el gorro, ¿cómo no voy a ir a la esquina?

Le agradecí el favor con una sonrisa y esperé en el coche aterida de frío. Me temblaban las manos y ya no sabía si atribuirlo a los nervios o al temporal. Los escasos minutos que Ramón estuvo en la tienda se me hicieron eternos. No pasaba el tiempo dentro de aquel coche. El cielo iba cayendo sobre mí y el silencio del barrio acentuaba el bramido del aire intentando traspasar las ventanillas. Vi a Ramón volver al coche y miré nerviosa.

—No está, ni él ni su mujer... Perdón.

—No, tranquilo. Me voy haciendo a la idea.

No era verdad. Podía acostumbrarme a que Luis fuera un espíritu libre incapaz de asumir un compromiso familiar, que le asfixiara el entorno de cariño y responsabilidades, pero que hubiera repetido la historia con otra mujer no podía soportarlo.

Ramón me observó comprensivo.

—¿Qué quiere hacer?

—Esperar.

—¿Cuánto tiempo? Yo tengo que volver al trabajo.

—No importa. Me quedaré yo.

—¿Con este frío?

—Sí.

—¿Y cómo piensa volver? La parada de autobús más próxima está a unos quince



minutos caminando.

—Ramón —y por primera vez le hablé como a un amigo—, no sabe cuánto he deseado estar cerca de Luis para descubrir por qué se fue, por qué nos abandonó. Caminar quince minutos es una minucia al lado de lo que he sufrido estos años.

Bajé del coche, me abracé a mí misma para vencer el frío y caminé hacia la acera de enfrente del ultramarinos para vigilar los movimientos de cualquiera que se acercara. Ramón esperó antes de arrancar, como si no estuviera convencido de dejarme allí.

Encontré una tienda de ropa infantil y entré fingiendo estar buscando algo. La dependienta se ofreció a orientarme pero le dije que prefería mirar un rato antes de preguntarle nada. Me situé junto a la puerta para no perder de vista el ultramarinos. Pasé allí un rato, no sabría decir cuánto, hasta que la mujer volvió a acercarse y entendí que mi tregua había terminado.

Caminé en círculos por el barrio, aterrorizada en cuanto veía a cualquier vecino cruzarse por allí. Cualquiera de ellos podría ser Luis, cualquiera de aquellas mujeres podría ser su nueva pareja. Había olvidado las palabras que tenía pensado decirle, lo había olvidado todo, mi situación allí empezaba a resultar obsesiva, no tenía un plan, sólo quería verle, nada más. Comprobar que era real, que Luis seguía existiendo. Pregunté la hora a un vecino. Eran las diez y veinte. Recordé que Juana hacía la compra más o menos a esta hora, cuando ya había llevado a las niñas al colegio y había recogido la cocina tras los desayunos. Y pensé que quizá la mujer de Luis se aproximara ahora a las tiendas del barrio. Me acerqué a la pescadería, visité una mercería y volví de nuevo al ultramarinos. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué posibilidades había de que reconociera a aquella mujer? ¿Qué posibilidades tenía de encontrar a Luis? La ansiedad comenzaba a ascender por el estómago hasta llegar a la garganta. Me senté en el único banco que encontré. Un banco pintado recientemente que parecía inaugurar lo que en un futuro podría ser un parque. Hacía muchísimo frío y no aguanté sentada más que unos minutos. Decidí caminar hacia la parada del autobús y vi a dos mujeres pararse a hablar con bolsas de la compra en una esquina próxima. Dos mujeres normales, pensé, como si eso pudiera darme alguna clave. Una de ellas podría coincidir con la descripción que me había dado Ramón, pero ¿cuántas mujeres atendían a esa descripción? Y en caso de que fuera ella, ¿qué podría hacer?

## 31. La clave

Durante los fines de semana, empecé a vivir como un gato. Dormía cuando tenía sueño, comía cuando tenía hambre. Incluso a veces alternaba estas dos modalidades, durmiendo cuando tenía hambre y comiendo cuando tenía sueño. Me entregué al caos de mi cuerpo, que últimamente no comulgaba con los órdenes impuestos. A las tres de la tarde podía estar durmiendo, escribiendo, buscando información en Internet o dando un paseo, para terminar comiendo a las seis, dormirme una siesta de tres horas y acostarme casi al amanecer. La novela no acababa de arrancar, necesitaba ubicar algo más a mis personajes, indagar en sus intereses, escoger las líneas argumentales, trazar un posible comienzo, un posible final... Sólo de pensar en todo esto me entró muchísima hambre. Abrí la nevera. Estaba medio vacía, y cualquier optimista estaría de acuerdo porque no era una visión subjetiva. Ante la idea de bajar a comprar, esperé unos minutos a que se me pasara el hambre. Pero no hubo manera. Recordé aquello de un maestro hindú que hablaba de la felicidad. «La felicidad es no tener hambre cuando no hay comida, no tener sed cuando no hay bebida». Pero yo no andaba en esas ni de coña y me rugían las tripas como si fueran a devorarme. «Murió devorada por sus propias tripas». Pues no era el titular que más me apetecía. Desde que el hombre canoso apareció en mi vida y sobre todo en mi barrio, bajar a la calle, aunque fuera para sacar la basura, requería cierta preparación. No iba a bajar en chándal y con la coleta, no. Tampoco iba a arreglarme como si me fuera a una fiesta de nochevieja. Un punto medio de desaliño atractivo, vaqueros, camiseta y jersey viejo, pero sin agujeros. Como diciendo: «Bajo así sin darle importancia a mi aspecto físico porque tengo una vida muy intensa, ando superliada con mis novelas y no tengo tiempo para frivolidades. ¿No me encuentras muy interesante e independiente? ... ¿Nos casamos ya?». Los socorridos chinos suelen solucionar la falta de previsión de alimentos, Dios mío, a mi madre esto no le ocurriría jamás. Ella me sacaría un cordero previamente asado del congelador. Pero resulta que la tienda de alimentación de los chinos por alguna razón estaba cerrada y no tenía sentido. Esta gente sólo se dedica a trabajar, debía de haber sucedido una catástrofe para que hubieran decidido cerrar. Casi por arte de magia resultó estar abierta una pastelería de la calle del Pez que no había visto nunca y que tenía algunas cosas para solucionarme la cena (*donuts* de chocolate, donuts de azúcar, palmeras de chocolate, palmeras de azúcar...).

—Hola... Este sitio es nuevo, ¿no?

—Qué va, lo que pasa es que estábamos de reforma, pero de nuevo nada, esta pastelería lleva aquí más de medio siglo.

Pensé que entonces mis protagonistas habrían conocido aquel lugar. Lo miré un rato, haciendo como que estaba pensando en qué bollo llevarme. No era un sitio muy bonito, más que nada porque la luz fluorescente no ayuda a que los espacios resulten bonitos, casi da la sensación de que te van a anestesiar en cualquier momento. Y no

sólo la luz me recordaba a un hospital, también un verde débil que cubría las paredes conseguía que el espacio tuviera un toque como de depósito de cadáveres.

—¿Los dueños de este sitio son los mismos desde que se abrió?

—No, se ha traspasado el negocio.

—¿Entonces no sabes nada de la historia de esta pastelería?

—Yo no, mi jefa igual sí porque conoció a los anteriores dueños, que eran una pareja muy mayor.

—¿Y a tu jefa cuándo puedo encontrarla aquí?

—No sé, prueba el lunes por la mañana, que a veces se pasa.

—Lo haré.

—¿Te pongo algo?

Volví a casa comiéndome mi donut tan contenta. Le di de comer al pez, que también estaba sometido a la anarquía de mi cuerpo y sucedió algo curioso. En vez de lanzarse a la comida como hacía siempre, se detuvo un momento. Se detuvo de verdad, no se movía y su expresión permanente de perplejidad se transformó en una especie de gesto de madurez. El pez parecía haber tomado conciencia de sí mismo.

No sabía si mi mundo se estaba reduciendo a las presencias con las que convivía o si mi mundo se estaba ampliando a las presencias con las que convivía. Es cierto que durante aquellos días sentía que no me interesaba nada más y así me lo reprochaba mi entorno, pero es que, por alguna razón que desconocía, se había abierto una grieta en el tiempo y estaba siendo testigo de todo lo que por ella se filtraba. ¿La había abierto yo? ¿Están siempre ahí esas grietas? ¿Cómo estamos tan ciegos para no verlas? Y no era que no me interesara nada más, todo lo contrario, me interesaba mucho más el mundo entero ante la posibilidad de estar unidos por hilos invisibles de realidades paralelas.

Me terminé el *donut* en el sofá, tapada con una manta, mientras hojeaba una revista cuyo nombre no mencionaré porque me da vergüenza. Todos tenemos nuestro lado oscuro y descubrir con quién salen las famosas, comprobar que también envejecen, que tienen más celulitis que tú o que no saben vestirse, a veces te ayuda a seguir. Levanté la vista de la foto de Cameron Díaz sin maquillar y me vi en el espejo. Me limpié las manos, dejé la revista y decidí acercarme. Me quedé quieta frente a él, esta vez mucho más consciente de una búsqueda. Fijé las pupilas en mi reflejo. Mantuve la calma. Respiré hondo y esperé. Cuando te miras fijamente en un espejo tu imagen empieza a tomar relieve. Perdí la noción del tiempo. Entonces, de forma progresiva y extraña, la mujer a la que miraba iba dejando de ser yo. La imagen comenzó a transformarse en un rostro diferente. Una mujer joven, muy guapa, con los ojos grandes y oscuros y unas profundas ojeras. Me asusté. La imagen desapareció de golpe para volver a mi propio reflejo. Me senté aterrada en el sofá. No estaba loca, estaba segura de lo que acababa de ocurrirme. Y las huellas que provenían del otro lado del espejo permanecían intactas, recordándome que todo aquello estaba pasando. Esa mujer tenía que ser Elvira. Ahora debía comprobar si era

así.

## 32. La vecina

Gertrudis estaba quieta, muy quieta, parecía incluso que había dejado de respirar. Me miró y percibió mi gesto.

—Es que nunca me habían retratado antes.

—Relájate. Esto es sólo una prueba.

Había dibujado a mis dos hijas, a Carmen, a Juana y ahora quería seguir mi serie de retratos azules con Gertrudis, la vecina del segundo que venía cada tarde a escuchar el serial de las cinco. Gertrudis vivía con su marido y no tenían hijos. Ella misma decía estar atrapada en una vida aburrida y sin emociones, y sólo conversar en casa con alguna de nosotras parecía colorear sus días. No era una chica muy guapa, pero tenía encanto. Se movía despacito, siempre como si intentara pasar desapercibida. Sonreía todo el rato y nos cogía de la nuca cuando nos daba los dos besos de despedida a cada una.

A medida que trazaba sus rasgos con el lápiz, me parecía estar buceando en cada pliegue, el lienzo reflejaba lo que su expresión escondía. No era la primera vez que me ocurría esto; retratar a los seres humanos me servía para descubrirlos, como si el lápiz descifrara las inquietudes ocultas de cada rostro. Había titulado al dorso todos los dibujos. El de Encarna lo titulé «Miedo», no supe a qué, quizás ella tampoco fuera consciente, pero era una niña asustadiza. Corría a mi cama a cada ruido y tenía pesadillas en las que se perdía en el campo por la noche y por mucho que gritara yo no podía escucharla. Pensé en qué necesitaba de mí y yo no podía darle. En cómo intentaba acceder a un recoveco de mi cuerpo que yo misma no sabía cómo liberar. Al retrato de Gloria lo titulé «Amor». Gloria me miraba con un cariño que no había visto nunca en nadie. Al de Carmen lo llamé «Armonía». No parecía esconder nada, estaba contenta, le brillaban los ojos e intentaba contener la risa cuando le pedía que se estuviera quieta. Juana me sugirió nostalgia, y así titulé su retrato. No sabía si por el pasado familiar o por lo que pensaba que podía haber sido su vida. Todas ellas habían pasado por mis manos y por el color añil. Todas ellas habían calado en mis entrañas durante unas horas para terminar la sesión extenuadas, como si hubieran vomitado sus secretos en cada línea. Cada rostro se quedaba conmigo. Cada retrato captaba un enigma. El retrato de Gertrudis no me dejó dudas. Lo titulé «La culpa». Aunque tardé varios meses en entender aquel título. Ninguna de ellas supo nunca de los títulos escritos al dorso.

### 33. La foto

La niña del cuadro era Gloria, una de las hijas de Elvira. Cuando Gertrudis lo vio, se le escapó una carcajada. Recordaba que Gloria se lo enseñaba a todo el que entrara en su casa, orgullosa por protagonizar un cuadro que su madre había pintado. Me preguntó que cómo lo había encontrado y al decirle que lo compré en El Rastro se quedó pensativa. No sé cómo habría reaccionado si hubiera visto mi retrato. Ni siquiera ahora mismo soy capaz de adivinar si Gertrudis vio ese cuadro en casa de Elvira, o si mi cara podía haberle resultado familiar en algún momento precisamente por eso. No quise arriesgarme. Mi retrato sólo podía conocerlo yo, nada más.

No habían pasado ni dos horas desde que hablamos de Gloria y del día que fue retratada, cuando conseguí convencerla de que mirara en sus cajones y armarios para buscar fotos de las mujeres que vivieron en mi casa. Así lo hizo, y me invitó a tomar un té para enseñarme lo que había encontrado. Fotos descuidadas con los bordes doblados, como si hubieran estado secuestradas sin que nadie se interesara en rescatarlas. Rostros que respiraban ahora fuera de las cajas de zapatos en las que habían dormido todos estos años. A Gertru no le interesaban y me las lanzó a la alfombra antes de dirigirse a la cocina. Me puse a observarlas con ansia buscando el rostro que me miraba desde el otro lado del espejo. Y de repente, una de ellas me llamó la atención. Una foto pegada a una cartulina de un grupo de mujeres delante de un balcón. El balcón era similar al de cualquier piso de este edificio pero me pareció que se trataba del mío. Y la vi. Vi a la mujer del espejo y me estremecí. Escuché ruidos en la cocina, pero seguí mirando la foto como si no fuera conmigo. Gertrudis ya podía haber estado quemando la casa o sufriendo una embolia, que yo no estaba dispuesta a moverme. Esta era la foto que estaba buscando, estas eran las mujeres que vivían allí. ¡Elvira estaba en mi casa y yo la había visto! Todo era demasiado fuerte. Gertru llegó con una bandeja y cara de mala leche.

—He roto la tetera.

—No importa.

—No te importará a ti, que no es tuya.

—Eso es verdad. ¿Son estas las mujeres que vivían en mi casa?

Fue a por sus gafas, que parecían dos lupas, cogió la foto con su mano temblorosa y fue señalando los nombres.

—Esta morena es Carmen, «La Niña de los Pendientes». Esta tan sobria de aquí es Elvira, era muy guapa. La más grandota es Juana. Estos son los niños, las de Elvira y el de Carmen.

—¿La otra...? —Me parecía reconocerla por las fotos que tenía expuestas en casa, pero no estaba segura.

—Esa soy yo, la más feúcha.

—No, mujer, feúcha no. —Sí, fea como un demonio.

—Sí, sí, no pasa nada, era feúcha, tampoco me voy a morir por eso.

—¿Puedo quedármela?

—No. —Me divertía la ciclotimia de Gertru, pasaba de repente de la felicidad y el cariño al gesto agrio y el tono despectivo, que abandonaba sin darse cuenta para volver a meterse en esa dulce y sonriente ancianita. Ella no era en absoluto consciente de sus cambios de humor. Y aunque era lógico que no quisiera regalarme la foto, tenía que intentarlo.

—Vale, pero ¿me la puedes prestar unos días y hago copias?

No pude explicarle mi interés, creo que no habría podido explicárselo a nadie, ni a mí misma. Cualquiera que me hubiera contado a mí todo lo que yo estaba viviendo, se habría encontrado con mi escepticismo extremo. Estábamos hablando de fantasmas, de presencias, de voces, risas, ráfagas de un aire diferente, como si lo moviera alguien a quien no podía ver. Durante días creí estar perdiendo la cordura, pero sentía una compañía entre aquellas paredes que no podía negar. Sentía un leve peso sobre el colchón en las madrugadas, como si alguien se sentara a los pies de mi cama a vigilarme, a comprobar que me encontraba bien, a protegerme, a alentarme. Ya sé que suena extraño, pero era real.

Miraba la foto de todas esas mujeres sentadas justo donde yo solía sentarme. Cerraba los ojos e intentaba imaginar el sonido de sus voces, sus risas mientras se preparaban para posar, los pasos acelerados de Gloria, que estaría correteando por el salón. Elvira escondiendo su bastón junto al sofá. Era muy joven, o al menos lo parecía, y me extrañaba que llevara bastón.

Subí a casa. Al entrar, tuve la tentación de decir «hola» para advertir de mi llegada. Eran detalles que me quedaban de la convivencia y que a veces se me escapaban. Pero el único ser vivo que podría haberme contestado era el pez, y no estoy tan loca, sé que eso es imposible; nadie puede hablar debajo del agua. Las cosas como son. El pez no me hacía compañía, pero es cierto que observarlo me fascinaba. Era el comportamiento comprimido de gran parte de la humanidad. Esa expresión de «¿qué hago aquí y por qué no puedo salir? Si yo veo que hay vida más allá del cristal, ¿por qué no puedo atravesarlo?». Para acto seguido sumergirse en su memoria de pez y olvidar que lo que desea es salir de la pecera y conocer mundo. Y que un pez tenga memoria de pez, estaréis de acuerdo conmigo en que es bastante lógico. Pero que los humanos tengamos también memoria de pez es incomprensible.

## 34. Sus dedos

El afilador entró en el café. Se sentó a mi lado sin decir una palabra y miró a través de la ventana como si me estuviera diciendo que no debía hacer nada, que no teníamos por qué hablar ni forzar las cosas más allá de aquel instante de quietud. Rozó mi mano. Me dejé. Al comprobar que el contacto físico no me provocaba rechazo, tomó mi mano entre sus dedos. Los dos observamos la calle sin decir nada, sólo mirándonos a ratos como si no supiéramos si debíamos romper el silencio. Salimos de «Sidi» y caminamos hacia Espíritu Santo. Él sujetaba su bicicleta con una mano y con la otra me buscaba. Esquivé el contacto y empezó a hablar; lo hizo como si nos conociéramos de toda la vida. Me relató cómo había transcurrido su mañana, yo le conté la mía y caminamos tranquilos por el barrio hasta que sin darme cuenta nuestros dedos habían vuelto a enredarse. Me dio miedo que me viera alguien del barrio. Pero nadie parecía reparar en nosotros. Incluso la señora Luisa, una vecina que se dedicaba a contar chismes de todas nosotras cada vez que tenía ocasión, me saludó tranquila y con expresión sincera. Como si la presencia del afilador no le causara ninguna extrañeza. Y aun así, yo seguía asustada. El afilador percibió mi expresión. ¿De qué tenía tanto miedo? Mi vida era otra, incluso yo era otra mujer, ¿por qué seguía reprimiendo mis impulsos? Me entregué a la ilusión de pasear de la mano con un semidesconocido, con un semidesconocido con el que había compartido momentos de pasión que no recordaba haber vivido nunca antes. Sólo su mano en la mía inspiraba mi existencia un poco más, y levantaba mi vuelo por la Corredera de San Pablo, desplegando mis alas por Espíritu Santo, y bajando Jesús del Valle con el cuerpo ligero y las emociones despiertas. Nos despedimos en la puerta de mi casa con un beso suave, buscó de nuevo mis dedos con los suyos y continuó su camino. Cerré el portal y subí contenta a casa, rememorando escaleras arriba lo que acababa de vivir.



## 35. El dormitorio

El cosquilleo entre mis piernas, la piel estremecida y vulnerable, un escalofrío rozando mi nuca. Una leve brisa erizando el vello de mi cuerpo, como si una caricia imaginaria visitara todos mis rincones. Y en mi mente el eco de sus ojos buscando en mi boca un hilo del que tirar, una palabra que lo cambie todo, un aliento que rasgue el momento hasta abrir una grieta por la que filtrarnos. Y escaparnos de aquí juntos, a paso rápido y firme. Existía una pulsión en mi pecho que me empujaba a encontrarme cerca de él. A ocupar sus espacios hasta convertirlos en los míos. A compartir el aire de esta pequeña parcela sobre arenas movedizas. Quería tenerle entre mis brazos, entre mis piernas y entre mis sábanas. Estaba a un paso de convertirlo en obsesión, cuando Gertru llamó a mi puerta. Y entonces me entregué a mi otra obsesión. Es importante tener al menos dos para poder ir alternando.

Había obligado a Gertru a que viniera a mi casa. Le ofrecí té y galletas para compensar su generosidad. Y mientras yo hablaba, ella miraba las galletas una a una, como buscando el defecto o la galleta perfecta para llevarse a la boca. Gertru, otra cosa no, pero con las galletas tenía una relación muy estrecha.

Me contó que en la época en la que Elvira vivía aquí, el salón estaba dividido por un muro. Era uno de los dormitorios en los que dormían las mujeres que iban llegando. Los otros dos dormitorios, uno el mío y el otro, el de invitados, eran los dormitorios de Elvira y de Carmen y el de los niños.

—¿Ellas dormían en la misma habitación?

—En aquella época era muy habitual compartir las habitaciones y vivía mucha gente en casas mucho más pequeñas que esta. Pero en principio el dormitorio de Carmen era el más cercano al salón y el de Elvira era este.

—El mío.

—Sí.

Un detalle más que me mostraba que las casualidades a ciertos niveles no existen. El cuarto en el que Carmen impartía sus clases era más grande que el que escogí finalmente. ¿Por qué? Porque el dormitorio de Carmen me inquietó, sentí algo denso en la atmósfera que no sabía identificar, y fuera aquello una sugestión o no, elegí la habitación de Elvira. Elegí dormir donde ella dormía, y quizá por eso la encontraba a los pies de mi cama. Al fin y al cabo, también era su dormitorio.

—¿Pasó algo en el dormitorio de Carmen?

Me miró extrañada.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé... —No quise entrar en detalles por si no me tomaba en serio.

—Sí pasó algo, pero nunca supimos qué.

Mi curiosidad se disparó de golpe.

—¿Cómo?

—Me contaron que allí dentro pasaban cosas raras.

—Cosas raras... ¿Como qué?

—Oían el piano cuando no había nadie tocándolo... Y sentían cosas raras, ya te digo.

—¿Fantasmas?

—Había alumnas de Carmen que oían ruidos o sentían presencias por allí.

—Fantasmas.

Gertrudis asintió durante un rato, como recordando que, efectivamente, en mi casa había habido y había, aunque ella no lo supiera, fantasmas.

Me moría de curiosidad por saber qué había pasado. Porque ya no era sólo la historia de Carmen o de Elvira, es que si lo que contaba Gertrudis era cierto, en esta casa habían ocurrido muchas más cosas, con personajes que ni imaginaba y que no tenía cómo encontrar, no tenía a quién preguntar, pero hubiera dado cualquier cosa por saber más, mucho más, de la inquietante y mágica historia del tercero derecha de Jesús del Valle número doce.

—¿Qué edad tenía Elvira cuando se vino a vivir aquí?

—No lo sé exactamente, pero no más de veinte años.

—¿Y por qué llevaba bastón?

—Nunca lo supe, ella no hablaba de eso. Pero no he vuelto a ver a nadie manejar un bastón con tanta elegancia.

Era cierto, Elvira era elegante, tenía un estilo muy peculiar. Su aspecto no encajaba con su época, era un rostro y una pose como de otro siglo. Tenía facciones finas y los ojos grandes y oscuros, el pelo recogido, quizá claro, aunque en la foto no se podía apreciar. Era delgada, de diminuta cintura y manos pequeñas. Y en la foto parecía estar intentando escapar de su expresión de tristeza. Era bellísima.

Cuando se fue Gertrudis, me senté en mi cama. Allí había dormido Elvira; una mujer compleja y hasta ahora misteriosa, que decidió salir adelante uniendo sus fuerzas a las de otras mujeres. Allí nació el germen de un nuevo impulso que, en apariencia, no traspasó estos muros, pero que seguro desprendió un halo de cambio. Desde aquellas estancias se coló una nueva brisa de posibilidades que hasta entonces dormitaban. Quizá fuera eso lo que yo debía aprender. Que los destinos no sólo se bifurcan, sino que existen infinidad de vías que podemos recorrer. Yo estaba en el punto de partida de una de ellas.

## 36. La oportunidad

Llegó mi segundo día en la búsqueda de Luis. Cogí un autobús y tras un buen rato atravesando la ciudad llegué allí por fin. Conocía el camino y repetí el circuito del día anterior. Encontrarlo se había convertido en una misión que no estaba dispuesta a fallar. Fuera lo que fuera lo que le había llevado a marcharse de casa, estaba lista para escucharlo; para afrontar lo que la vida tuviera preparado para mí, por duro que fuera, por doloroso que me resultara. Pero no di con una sola pista, no me crucé con Luis ni con su amante, nada sucedió durante las horas que paseé como hipnotizada por aquel barrio desangelado que parecía el escenario de mis peores pesadillas. Un aire lánguido acariciaba los todavía raquíticos árboles recién plantados y las nubes cubrían el cielo invitándome a que abandonara mi búsqueda. Así lo hice. Volví a casa con las manos vacías, una vez más.

Carmen entró en casa a tal velocidad que creí verse mover las cortinas del balcón. Nos miró con los ojos muy abiertos y su piel parecía haber sido rociada por un brillo casi celestial. Estaba radiante. Se acercó a Juana y a mí y nos lo contó. Tras meses intentando conseguir una actuación en solitario, por fin había sucedido. Por fin había llegado su momento. Nos abrazamos las tres y al escuchar el alboroto mis hijas asomaron desde su dormitorio. Se rumoreaba que varios cazatalentos acudían a este local en busca de nuevas estrellas. Carmen sabía que era la oportunidad que había estado esperando para darse a conocer, para demostrar que era una artista a tener en cuenta.

Me puse la falda roja que todavía no había estrenado. Me miré y casi sentí miedo de mí misma. No era yo. No me reconocía. Me la quité. Y pensé que debía probarla, que debía vivir unas horas vestida con una prenda que no encajaba conmigo. ¿Por qué no? Me la volví a poner. Juana no entendía nada. Para mí esa falda significaba mucho. No sólo porque descubriría una parte de mí que tenía escondida, sino porque esa tela en sí misma parecía poseer un poder especial. Como si me transformara en otra mujer cuando me vestía con ella.

Había muchos hombres, y en todos ellos vi a Luis. Imaginé que habría estado por allí, puede que este fuera el lugar en el que pasaba todas esas noches que no aparecía en casa. Mientras tanto, yo le esperaba en silencio en el sillón, atenta a cada ruido y esperando a que abriera la puerta de casa y por fin se entregara a nuestra cama.

Todos estos hombres tenían algo en común: clandestinidad. En su expresión podías adivinar que encarnaban al personaje crápula, el personaje alejado de su vida familiar y su respetable puesto en grandes empresas. Eran cómplices de noche, amigos de barra, poderosos empresarios con actitud de cazadores, que fumaban y bebían compulsivamente mientras desnudaban con la intención a cualquier mujer que se cruzara en su camino. Juana y yo sentimos una bofetada de humo y lascivia al cruzar la gruesa cortina granate que daba paso al local. Bajamos las escaleras apoyadas la una en la otra, asustadas, inseguras, evitando que nuestra mirada

coincidiera con la de los cazadores de noche. Ocupamos nuestra mesa y pedimos una copa de jerez. Miramos hacia el escenario nerviosas, deseando ver a Carmen llenar el espacio con su talento y su belleza. Puede que esa noche Juana estuviera más nerviosa que la propia Carmen.

Un hombre casi raquíptico con aspecto de cómico fracasado, pidió silencio y dio paso a la actuación de la noche.

—Con todos ustedes... ¡Carmen, «La Niña de los Pendientes»!

Juana y yo nos miramos entusiasmadas y aplaudimos hasta que nos escocieron las palmas de las manos. Todas las miradas se dirigieron al escenario y de él emergió una mujer entera, con los ojos clavados en el horizonte para mantener la concentración y vencer los nervios. El pianista tocó los primeros acordes y ella empezó a cantar. El espacio se llenó de Carmen, «La Niña de los Pendientes» consiguió que el silencio permaneciera intacto entre los hombres y las escasas mujeres del público. Juana la miraba con los ojos humedecidos de la emoción. Me cogió del brazo como si estuviera viendo una película de miedo y no perdimos detalle durante la hora que duró la actuación.

Esperamos a Carmen a la salida y la abrazamos fuertemente en cuanto se hubo cambiado de ropa y salió a nuestro encuentro. Había estado maravillosa y ella lo sabía, sabía reconocer si la inspiración le había acariciado las cuerdas vocales, las manos y los pies o si la había abandonado. Pero esta vez no la había abandonado y apostamos a que aquel cazatalentos que se encontraba en la sala también se habría dado cuenta.

No sabría decir si fue la falda roja o las copas de jerez, pero hubo un momento en el que dejé de sentirme fuera de lugar para sentir que mi lugar empezaba a estar donde yo estuviera. Los hombres me miraban y yo era consciente, así como lo eran Juana y Carmen, que no acababan de disfrutar de lo que inspiraban a su alrededor. Era tal la concentración de tensión sexual que a ratos resultaba casi violenta. Decidí disfrutar de aquello. Me dejé querer, me invitaron a varias copas y Juana y Carmen vigilaban mis movimientos. Entre unas cosas y otras ni siquiera sabía dónde estaba mi bastón, y completamente borracha comencé a bromear con mi pierna lisiada, incomodando incluso a alguno de mis pretendientes. No me importaba, no me importaba nada, me estaba divirtiendo. Juana y Carmen me sacaron del local mientras yo gritaba cualquier cosa que se me pasara por la cabeza sin temer el ridículo por primera vez. Salimos de allí las tres y yo estaba tan desinhibida que cuando empezamos a caminar hacia casa, me quedé mirándolas a las dos. Les dije que las quería, que las quería muchísimo. Reían por el estado en el que me encontraba, y sin que me diera tiempo a reprimir el impulso, dije mirando a Juana:

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Juana me miró absolutamente descolocada. Me di cuenta de lo que acababa de hacer. Carmen seguía sonriendo y no entendía muy bien qué estaba sucediendo, atribuía la frase, para ella inconexa, a mi embriaguez. Juana me soltó brusca. Y yo no

dije una palabra más, como si la borrachera se hubiera terminado de golpe. Caminamos en silencio por las calles mojadas y oscuras. Se había desatado una tormenta mientras estábamos dentro del local y había amainado justo cuando salimos. El cielo, esa noche, estaba de nuestra parte. Pero la tormenta que yo había generado con aquellas palabras no amainaría fácilmente.

Juana pasó varios días sin hablarme. Me comunicaba lo imprescindible, y me hacía ver que su enfado seguía con la misma fuerza con la que empezó. Me disculpé por mi torpeza cada día, pero ella no quería ni oír hablar del tema. Mi indiscreción provocó un sismo también entre Juana y Carmen. Pasaron a tratarse casi como si no se conocieran. Juana no quería despertar ninguna duda en Carmen y Carmen no acababa de entender la distancia, pero tampoco hizo nada para evitarla.

## 37. Las luces

Yo al hombre canoso no le convenía. Y puede que el hombre canoso tampoco me conviniera a mí. Pero la conveniencia sólo pertenecía al mundo de lo pragmático, y lo pragmático pertenecía al mundo de la razón. Yo hacía tiempo que había perdido la razón y no estaba dispuesta a volver a recuperarla. Pensándolo bien, esto último sonaba bastante razonable.

Justo antes de dormir, empecé a sentir una opresión en el pecho. Me pasé varias noches turbándome tanto que tras aquella sensación no podía dormirme. Era como si me hubieran clavado una estaca entre las costillas, y algunos días, un dolor agudo me oprimía el corazón. Me inventé que lo que estaba sufriendo era una reacción producida por el amor, pero cuando hubo pasado una semana y la opresión seguía impidiéndome dormir, decidí ir al médico.

—Me duele el corazón —le solté sin dilación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó tranquilo.

—Pues exactamente lo que he dicho.

—¿El corazón, seguro?

—Sí, sí.

—A ver, ¿dónde está para ti el corazón? Señálamelo.

—¿Cómo que dónde está para mí? Pues donde está para todo el mundo, a ver si ahora voy a tener el corazón en otro sitio.

—Me refiero a que lo que tú llamas corazón es una zona en la que puede haber muchas cosas.

—¿Tumores? —pregunté yo muy comedida.

—No, mujer, otras cosas como por ejemplo gases.

—No, no, no, me duele el corazón.

Tras ser examinada, conseguí mi diagnóstico: gases. Que lo sepáis, si os duele el corazón no es amor, son gases. ¿Dónde está la poesía? Pero me daba igual lo que dijera la medicina tradicional, puede que no tuviera nada grave nadando por mi océano, pero desde luego aquello no eran gases, era la opresión del amor, porque el amor oprime cuando se gestiona mal, y ya sé que esto puedo estar inventándomelo, pero si tengo esta inventiva ¿por qué no darle salida?

Hubo dos elementos en aquellos días que me dieron la clave de lo que podría ser la felicidad. Uno fue mi encuentro con el hombre canoso; otro, la pasión por las historias que abrigaban mis paredes. Lo supe porque entre las dos cosas mi inspiración comenzó a dispararse. Sentía ganas de escribir y me daba la sensación de que no era yo la que escribía, sino que estaba recibiendo claves y mensajes que yo traducía al papel. Había escuchado muchas veces a los artistas hablando de musas e inspiración, pero nunca había llegado a experimentarlo. Hay un estado muy especial en el que la mente deja de producir interferencias y espera silenciosa los mensajes que vienen de fuera. Y entonces los dedos se mueven por el teclado como guiados por

algo desconocido que no sólo tiene que ver con el propio impulso de escribir. Como si una vez que yo he hecho el trabajo de poner mi cuerpo y mi mente a disposición de las musas, ellas decidieran visitarme y cantar en mis oídos. La inspiración es un puente entre lo desconocido y el contexto en el que creemos vivir. Es el hilo del que hay que ir tirando para tejer las realidades invisibles con las que convivimos. El artista es el escultor del espacio-tiempo. El que da forma a lo que no sabemos que existe. Ya he dicho que yo no soy artista, ni lo era entonces, pero, durante aquellos días, amanecía deseando reunirme con los folios que había comenzado a escribir la noche anterior. Y poco a poco, la historia sobre los personajes que vivieron en mi casa iba cogiendo un rumbo indefinido pero constante.

Estábamos retozando entre mis sábanas y descifrando nuestras pieles cuando de repente sonó el despertador. Llevaba soñando con el hombre canoso toda la noche. Evocaba su imagen y su voz constantemente, y la vida me parecía muy injusta ahora que debía levantarme para coger el teléfono en una empresa de gas natural. Como pasa siempre con estas cosas, cuando llegué a la oficina algunos de mis compañeros se fijaron en mí. Me dijeron lo evidente: «Qué buena cara traes, qué guapa estás». Porque cuando uno está así de emocionado, se nota. Estás un palmo por encima de donde solías estar. Levitaba entre archivadores, teléfonos y clips. Me movía con soltura por el mundo del gas natural y si ya este mundo no tenía ninguna importancia para mí desde que entré, ese día, directamente, no existía.

Mis compañeros de trabajo no eran conscientes de mis prejuicios. Yo miraba, desde mi autoproclamada posición de artista e intelectual, a estos pobres empleados que no tienen inquietudes y están alienados en el sistema del gas natural. Mi ignorancia llegaba hasta ese punto. Al punto de pensar que sólo yo estaba cerca de la verdad, que sólo yo sabía lo que había que saber. Aun así, empezaban a caerme bien, no teníamos mucho en común, pero aunque fuera por supervivencia, fuimos haciéndonos amigos, o casi amigos. Les conté que estaba escribiendo una novela y algunos mostraron incluso interés. Marta me miraba recelosa, y Nicolás, ese tipo que cuando termina de contarte algo de repente empieza a contártelo de nuevo, me hacía preguntas más bien triviales sobre el tema; cuántas páginas llevas, cuántos personajes, cómo se titula y justo esos detalles a los que no podía contestar.

Llegué a casa tras una dura jornada de nada. De nada, porque lo que hice ese día podía no haberlo hecho y todo habría continuado igual. Estaba oscureciendo y el cielo a esas horas es turquesa, un color que en la infancia me encantaba. No sé si era por el color en sí o por el nombre «turquesa». El otro color que me fascinaba era el fucsia, que también sonaba exótico y decidido, «fucsia». Fui con mi madre a un telar del barrio cuando era pequeña y todavía lo recuerdo. Ella iba allí a comprar lanas y yo miraba absorta la intensidad de las madejas que cubrían las estanterías. Los techos eran altísimos y los colores vivos llegaban casi hasta arriba, colocados en filas perfectas y formando un mosaico increíble.

Doblé la esquina y subí por mi calle, alcé la vista antes de llegar al portal y me

alarmé al comprobar que mis balcones estaban iluminados. Yo no había dejado la luz encendida, estaba segura. Subí sigilosa, pensando en que quizás hubieran entrado a robar. Ahora pienso que hay que ser imbécil para encender todas las luces cuando estás robando en una casa, pero bueno, estaba nerviosa y cuando estoy nerviosa soy idiota. Abrí la puerta, el pasillo estaba a oscuras, aunque la luz que provenía del salón iluminaba una fina franja en la pared.

—¿Hola? —dije con la voz agitada.

¿Hola? ¿Pretendía acaso que los supuestos ladrones contestaran?

—¿Hola?

—Hola, qué tal. ¿Eres la inquilina?

—Sí, encantada, ¿qué hacéis por aquí?

—Pues estábamos robando un poco.

—Ah, muy bien, enciendo alguna lámpara más o con las tres del salón os arregláis?

—Deja, si ya nos íbamos, total, no tienes nada de valor.

—Vaya, siento la decepción, haber venido hasta aquí para iros de vacío...

—Tranquila, mujer, hay más casas.

—Venga, a cuidarse.

Obviamente, nadie contestó. El salón estaba tal y como lo había dejado, con la única diferencia de que estaba iluminado. No tenía sentido, yo no habría encendido todas las luces antes de salir; de hecho, cuando amanecía ya no hacían falta las lámparas del salón, era el espacio más luminoso de la casa. ¿Qué habría ocurrido? Pensé que mi madre podría haber ido, o quizá Mónica, aunque ella trabajaba todo el día. Le pregunté a mi madre si había pasado por allí para dejarme comida, porque mi alimentación le preocupaba más que nada en el mundo. Su pregunta recurrente era: «¿Tienes comida?». Y como me oyerá dudar, sacaba los *tuppers* del congelador en el que tenía guardado un ejemplar de casi todas las especies animales, y me lo traía dijera lo que dijera. Disfrutaba cocinando, pero, sobre todo, disfrutaba congelando. En la acción de congelar existía algo excitante para mi madre, y si te descuidabas en casa te congelaba lo que fuera. «Si no te vas a terminar la tortilla te la congelo». Y además la comida era para mi hermana y para mí. Que no se le ocurriera a mi padre sugerir comerse las lentejas que esperaban en el congelador, no, «a ti te hago un bocadillo, esto es para las niñas».

Mi madre no había venido a casa, Mónica no había venido a casa y yo habría jurado que nunca encendí esas lámparas. O se habían encendido por arte de magia o estaba perdiendo memoria a marchas forzadas en una especie de mimetización con mi pez.



## 38. La otra

Llegó mi tercer día en la búsqueda de Luis. La chica de la mercería me saludó cordial, claramente se acordaba de mí. Hablamos un rato mientras ordenaba el escaparate y me preguntó si hacía mucho tiempo que me había mudado allí. Me pilló desprevenida y no supe reaccionar. Vio mi cara de pánico y me pidió disculpas por si había dicho algo inconveniente.

—No, perdone... Yo en realidad no vivo aquí.

—No tiene que explicarme nada.

—El caso es que... Estoy buscando a alguien.

—¿Aquí?

—Alguien que sé que vive por aquí pero no sé exactamente dónde.

—Ya le digo que no tiene que explicarme nada.

Pareció incomodarse. Probablemente mi voz y mis palabras le generaran desconfianza y prefiriera quedarse al margen de lo que fuera.

—Igual puede ayudarme.

Me decidí a atacar, cansada de moverme por el azar e intuyendo que si no hacía algo, mis búsquedas podrían terminar en fracaso cada vez.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Estar atenta al nombre de Luis, o el señor Robles.

Se quedó pensativa. Era una chica muy guapa, con una voz amable y juvenil.

—¿El señor Robles es un hombre moreno y alto con unos ojos muy bonitos?

Sentí una arcada. María Jesús me invitó a sentarme.

—¿Está bien?

—¿Cuándo le ha visto?

—Casi todas las semanas veo a su mujer, doña Asunción. Él ha venido con ella dos veces, creo que sólo dos.

—¿Sabe dónde viven?

—Sí, tres portales más allá, junto a otra vecina que viene mucho a hablar conmigo.

—¿Y esa vecina...? ¿Le ha contado algo de ellos?

—Cotilleos de barrio... Se rumorea que el niño no es hijo de él, pero yo ahí no puedo entrar porque no sé nada de nada.

Me dio las señas del que podría ser el nuevo hogar de Luis y caminé hacia mi destino con tal decisión que por un momento sentí que no era yo la que habitaba mi cuerpo. Subí hasta el segundo, me sudaban las manos y no acertaba a clavar el bastón en el suelo con firmeza, no había firmeza en mi cuerpo pero mi mente seguía los planes que me había marcado aquella mañana. Toqué la puerta. Durante unos segundos no escuché nada y casi me convencí de que era una locura. ¿Abriría Luis la puerta? ¿Qué cara pondría al verme? ¿Qué le iba a decir? Tragué saliva y volví a llamar. Fue entonces cuando oí los pasos cortos y rápidos de lo que parecía ser un

niño. Oí también la voz de una mujer que avanzaba hacia la puerta. Puse la mano en mi pecho para intentar calmar mi latido atemorizado. La puerta se abrió y desde aquel momento hasta que vi la cara de Asunción no puedo recordar qué ocurrió, me envolvió una nebulosa de nerviosismo que ha borrado todo recuerdo de aquellos instantes. Asunción era, como decía Ramón, muy normal. Sin embargo, tenía una expresión muy clara de bondad. Me miró con los ojos sonrientes y percibió que estaba desubicada. Sonrió entonces también con los labios.

—Hola.

—Hola. —No tenía ni idea de qué iba a decir.

—Viene de la parroquia, ¿verdad?

—Sí —dije sorprendiéndome a mí misma por los reflejos que me habían llevado a mentir.

—Pase. —Cerró la puerta tras de mí y me condujo al salón.

Era una casa mucho más nueva que la mía, sin demasiado espíritu y llena de detalles de muy poco gusto. Asunción era una mujer muy simple en su forma de vestir y de peinarse y eso se traducían también en su elección a la hora de decorar y amueblar su hogar. Miré cada detalle intentando encontrar a Luis en algún sitio, en una estantería, en un libro concreto, en un sillón que pudiera pertenecerle, pero la casa parecía estar vacía de mi marido. Pedí un vaso de agua porque los nervios me habían vuelto a dejar sin saliva y sentía que me estaba ahogando. Asunción reparó en mi bastón pero no comentó nada. Su hijo se agarraba a su pierna y me miraba absorto. Le dediqué una sonrisa y mientras lo hacía también buscaba a Luis en él. No le encontré. Quizá fuera cierto que no era su hijo. Asunción me entregó dos bolsas de ropa para la parroquia y yo pretendí llevármelas para los pobres.

—¿Quiere tomar algo más? He hecho café.

—Vale —contesté casi aliviada.

Estaba claro que Asunción y su hijo estaban solos en aquel momento. Pero no podía marcharme de allí sin más, no podía irme sin hablar con ella. Había olvidado por completo mis planes porque ahora esta mujer no era un nombre, no era un fantasma que me había suplantado, era una mujer que, probablemente, no supiera nada de su actual pareja, no supiera qué clase de hombre era Luis. Y sin embargo algo no me encajaba. Si ese niño no era su hijo, ¿qué hacía él allí? Y aunque lo fuera, ¿qué tenía aquella familia que no tuviera la que había formado conmigo? ¿Era Luis un hombre generoso y altruista que sólo quiso castigarme a mí? ¿Qué estaba pasando? Mi intención era llegar a toda esa información de la forma más sutil posible. Me di cuenta de que no podía contarle a esa buena mujer todo lo que había ocurrido. No era justo, y además pensé que no lo soportaría.

Nos sentamos frente a frente. Ella en el sillón y yo en el sofá con mi taza. La observé y ella no pareció ofenderse.

—¿Desde cuándo colabora con la parroquia? No la había visto antes.

—Llevo poco tiempo en el barrio.

—Es un barrio un poco aburrido, pero hay buena gente.

—¿Y vive usted aquí sola?

No sé si fue mi propio miedo el que me llevó a percibir cierta inquietud en su reacción o si realmente fue así. Calló un instante.

—No. Vivo con mi marido.

—Ah. El padre de... ¿Cómo se llama? —Señalé al niño, que jugaba sobre la alfombra con dos cacharros de cocina.

—Luis.

Sentí un cuchillo atravesándome el estómago. Me quedé en silencio. Sonó la puerta de la calle y me paralicé. Todas las imágenes y las palabras que había almacenado durante aquellas horas se cruzaban por mi mente formando una especie de secuencia surrealista. Una oscuridad cubrió todos mis impulsos y me quedé agarrotada en el sofá, dándole la espalda al pasillo por el que podría estar caminando el que todavía era mi marido, que volvía a casa con su nueva mujer para, finalmente, encontrarse conmigo. La situación no podía ser más tensa y me juré que no volvería por allí nunca más. Escuché una voz femenina. Asunción comentó:

—Es mi hermana. Viene a quedarse con Luis mientras yo hago algunas compras. Hace mucho frío y el crío está acatarrado, no quiero llevarlo por ahí.

La hermana, que parecía mucho mayor que Asunción, me saludó con un gesto y se acercó al niño. Asunción cogió un abrigo y me invitó a salir con ella.

Bajamos juntas las escaleras y llegamos a la calle. Cuando llegamos al ultramarinos, se paró en seco.

—¡La ropa! Se ha dejado las bolsas de ropa para la parroquia.

Si hubiera querido hacerlo mejor no lo habría conseguido.

—Vendré otro día a por ellas, si le parece bien. Tengo que ir al centro a hacer unas gestiones.

Sonrió, me besó y nos despedimos. Y desde entonces, aquella mujer tenía cara y nombre, no podía llamarla la otra, ahora era Asunción.

## 39. La visita

Las experiencias fantasmagóricas que protagonicé me sumieron en una inquietud que sólo asomaba por las noches. Durante el día todo aquello me fascinaba; por mucho miedo que me diera a ratos, no era un miedo físico, era el miedo a lo desconocido. Pero mi cuerpo me traicionaba y no podía dormir. Nunca me había pasado pero cuando estaba a punto de sumergirme en la profundidad del sueño, se me paraba la respiración. Me ocurrió varias veces y estaba desesperada y agotada.

Recordé que para el insomnio se recomienda cambiar de espacio y me levanté. Me llevé una manta al sofá y volví a intentar dormir apoyada sobre uno de los cojines. No lo conseguí. Pasaron varios días y yo seguía sin conciliar el sueño. Acudí a mi médico de nuevo. Le tenía frito, pero estaba pagando un seguro y mi madre siempre me decía que debía aprovecharlo. Pues eso hice.

—Es la apnea del sueño —dijo sin dudarle cuando le expliqué lo que me sucedía.

La palabra apnea me gustó tanto que decidí que mi primera hija se llamaría así: Apnea. «Apnea, ven aquí. Apnea, cómete el pollo».

—¿Y por qué me ocurre de repente?

—Entre otras cosas, puede ser debido a un *shock* emocional.

Escuchar a un médico pronunciar la palabra «emocional» es, como poco, emocionante.

No le conté a qué se debía mi *shock* emocional. Pensé que no iba a entenderlo, «quizá se deba a las apariciones recientes de una mujer desconocida y quizá muerta en el espejo de mi casa, no sé, ¿usted qué opina?». «Un momentito, joven, voy a llamar a psiquiatría». Y mi padre me visitaría en el psiquiátrico asintiendo mientras me observa por la ventanita de la puerta, «lo sabía, una mujer sin televisión tarde o temprano acaba brotando». Mi madre llegaría con un buey dentro de un *tupper* y mi hermana sacaría su optimismo y diría: «Mira qué cómoda es tu habitación, tan acolchadita por todas partes, es muy tu rollo».

El *shock* emocional podía producirse por multitud de causas. La reciente separación de mi pareja, el cambio de casa, las apariciones en el espejo, las apariciones y desapariciones del hombre de mi vida, las apariciones de improviso de mi madre...

—Mamá, ¿qué haces aquí a estas horas?

—He hecho cocido.

—¿A las nueve de la noche?

—No, a las seis de la tarde, pero entre hacerlo y traerlo me han dado las nueve.

—Gracias, pero no pensarás que voy a cenarme un cocido, ¿no?

—Pues para comer mañana.

—Como en el trabajo.

—Pues para cenar mañana.

—Si no me lo ceno hoy, ¿por qué iba a cenarlo mañana?

—Pues lo congelas, niña. Que todo tiene que ser un problema.

—Vale, vale, pero que para eso no hacía falta venirte a estas horas. Y podrías haber avisado.

—Si te hubiera dicho que venía me habrías dicho que no.

—Sí.

—Pues no te aviso y punto.

Me miró. La capté.

—¿Quieres tomar algo ya que estás aquí? —Cuando todavía no había terminado la frase, sacó una sonrisa de triunfo.

—Un vinito.

Mírala qué lista. Fuimos hacia la cocina.

—¿Papá qué está haciendo?

—En Wisconsin, mamá, ¿dónde va a ser? Pues en casa.

—Ah, no sé. Estaba viendo algo en la tele. ¿Sabes que tenemos una tele pequeñita en el cuarto de baño?

—Joder, la siguiente será en el ascensor.

Mi madre rio a carcajadas y me cayó bien. Me cayó bien porque sabía que era feliz sólo por estar allí un rato fuera de su rutina. Me enternecía que fuera feliz pasando frío en mi cocina con un vino tinto en la mano y mirando el patio por la ventana. Yo la quiero, pese a que sé que no pertenezco a esta familia. Es imposible que yo sea hija de esta buena mujer. Nuestros mundos son tan opuestos que a veces incluso pienso en qué palabras utilizar para poder entendernos. Pero en momentos como este descubría en ella a una mujer triste, aburrida, frustrada pero resignada, que no se quejaba nunca de tener una vida tan estrecha y estática porque sabía que ella la había elegido. Ahora probablemente sintiera que ya no hay marcha atrás. Que no tiene una buena relación de pareja, que no ha hecho prácticamente nada más allá de criar a sus dos hijas y dar de comer a su esposo, pero no se planteó tirar por otro camino, por miedo a perder la estabilidad. Y mi madre no puede soportar la inseguridad, ni la suya ni la de ningún miembro de su familia. Y cuando estaba a punto de reconciliarme con mi genética, sonó el telefonillo. Di un respingo.

—Vaya horas —dijo mi madre mirando el reloj.

—Mira quién habla.

Fui hacia el telefonillo y descolgué el auricular.

—Te echo de menos.

Vuelco al corazón, al estómago, a la apnea del sueño y a la madre que me parió que me había seguido hasta allí sigilosamente y me observaba con extrema curiosidad.

—Te pillo mal? —preguntó el hombre canoso algo desconcertado.

—No, o sea...

Mi madre me interrogaba.

—¿Quién es?

—Vengo en otro momento.

—¡No!

—¿Quién es? —insistía mi madre, más pesada que nunca.

—¿Me invitas a subir?

—Eh...

—¿Quién es?

—Un amigo —mentí.

—Ay, perdona, no estás sola.

—No, pero ella ya se va.

—¿Yo? —Mi madre puso cara de no saber de qué hablaba.

—Sí, tú —le dije sin dudar—. Sube. —Y pulsé el botón que abría la puerta del portal que el hombre de mi vida se disponía a atravesar.

—Un amigo... ¿Un novio? —Mi madre sonrió maliciosa y divertida.

—Hay un término medio entre amigo y novio.

—Ah.

—Pues ese es el punto. Te tienes que ir.

—No me he acabado el vino.

—Te lo meto en un *tupper*.

—Anda, anda —se apartó instintivamente de mí para evitar que la echara—, le digo hola a tu amigo y ya me voy.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? ¿Sabéis esa teoría de que si conoces a la madre de la mujer que amas te haces una idea de cómo será ella en el futuro? Bien, pues yo no pensaba en otra cosa. Incluso estuve a punto de pedirle que dijera que era una vecina, pero entonces, cuando el hombre canoso y yo tuviéramos hijos, se preguntaría qué coño hace la vecina llorando emocionada con nuestro hijo entre sus brazos.

El hombre canoso llegó a la puerta. Dios, qué guapo, me quería morir, no podía soportarlo. Tenía barba de cuatro días, que era exactamente el tiempo que hacía que no nos veíamos. El pelo más canoso que el último día (esto probablemente sea invención mía) y sonreía pleno, sin ningún pudor, hasta que vio a mi madre y le cambió el gesto.

—Hola —dijo él tímidamente.

—Hola —dijo ella achispadilla.

—Es mi madre y se está yendo —dije yo mientras intentaba arrebatarse la copa a la que se había aferrado y se negaba a soltar.

—Este es Germán.

Germán era el nombre de uno de mis primeros amores. El primer beso con la boca abierta me lo dio Germán, un niño que me volvía loca. Y tras darme aquel beso en el *camping* en el que veraneábamos, no pude volver a mirarle a la cara porque me había resultado violento y extraño. No estaba tan espabilada como él. Quizá por eso lo nuestro no funcionó... Por eso y porque teníamos once años.

—Estáis de reunión familiar, mejor vengo otro día —dijo Germán viendo el percal. No le culpé.

—¡No! O sea, que otro día puedes venir, pero que no hace falta que te vayas...

—Vengo en un rato y así charláis de vuestras cosas.

Si él supiera que entre mi madre y yo no existe un tema llamado «nuestras cosas»... Él estaba incómodo y no insistí más. Mi madre sí, claro.

—Pasa y tómate un vinito, se lo hemos traído nosotros del pueblo. No es nuestro pueblo, es el pueblo de unos amigos, amigos más de mi marido que míos, se conocen del club social, vamos por allí los fines de semana.

Escuché todo esto con una especie de eco en mi cabeza, como si estuviera protagonizando una pesadilla absurda. Si Germán ya tenía intención de marcharse, tras el apasionante relato del club social, lo tenía más que claro.

—Vengo luego, no se preocupe.

—No me hables de usted.

Yo estuve a punto de decirle: «¡No le hables de nada, no le hables, ignórala, no está, no es mi madre, estoy yo sola, desnudémonos y hagamos el amor!».

Germán me lanzó una maravillosa mirada de comprensión y cachondeo y comenzó a bajar las escaleras.

Cerré la puerta y miré a mi madre con odio. Comentario de ella:

—Es muy mayor.

—A mí me gusta.

—Pero niña, si podría ser tu padre.

—Bueno, si me hubiera tenido a los quince años, que todo puede ser, entonces sí.

—¡Je-sús! ¿Cincuenta y un años tiene?

—No quiero seguir hablando de esto. Es más, no quiero seguir hablando de nada.

—Si es que cuando tú tengas cuarenta, que no te queda nada ya, él tendrá cincuenta y cinco, y cuando tú tengas cincuenta él tendrá sesenta y cinco y...

—Mamá, yo también sé contar.

—Madre mía, si son las diez ya y tengo a tu padre sin cenar.

—¿Le tienes encadenado en un sótano o algo? ¿O es que no puede entrar en la cocina por algún tipo de promesa?

—Ya sabes que tu padre en la cocina está como pulpo en un garaje.

La verdad es que yo a mi padre le veía como un pulpo en un garaje siempre que estuviera lejos de su sofá.

Y nos dieron las diez y las once y las doce y yo no hacía más que asomarme al balcón, pero Germán no venía. Decidí asumir que no vendría esa noche, pero me acosté con mi apnea y con la esperanza de que volviera a sufrir un arrebató y viniera a buscarme. Me había dicho que me echaba de menos, había venido hasta mi casa y me había dicho que me echaba de menos. Dios mío, esto ya no era cosa mía, nos estaba sucediendo algo y nada podía de tenerlo. Sabía que sería doloroso, que nos limitaban un montón de barreras de todo tipo, pero el vínculo que habíamos dado a

luz juntos tiraba de nosotros cada día un poco más fuerte. Cada vez me quedaba más claro que elegimos menos de lo que creemos. Que los vínculos existen a veces a pesar de nosotros. Como si existiera una tela de araña que desplegara sus hilos por el mundo y nos fuera atrapando. Como si una geometría por encima de la razón uniera a los seres humanos a través de líneas invisibles e inevitables. Y así me sentía yo con Germán. No nos habíamos elegido el uno al otro, habíamos sido elegidos por encima de nuestras cabezas.



## 40. La culpa

Gertrudis me trajo una tarde dos vestidos y un abrigo y me interrogó sobre los pasos que estaba dando en mi búsqueda de Luis. Así como Carmen intentaba disuadirme de mi relación con Asunción, Gertrudis apoyó mis movimientos. Me sorprendió aquel lado vengativo que nunca había percibido antes. Me propuso que esperara a Luis y que le hablara a Asunción de quién era realmente ese hombre. Quería hacer saltar por los aires su nueva vida y su tono dejaba escapar un impulso sombrío. Fue entonces cuando empezó a hablar por primera vez de su historia. Sabía que acarreaba una tristeza sutil de la que no quería hablar. Y yo, tras retratarla, sabía también que la culpa la corroía sin dejarla escapar, sin dejar que su vida pudiera transformarse en un camino, al menos, armónico. Cada vez que empezaba a disfrutar del momento, las circunstancias o la compañía, su gesto cambiaba. Como si sintiera que no tenía derecho a ser feliz. Me había preguntado muchas veces el porqué y por fin empezó a hablar, con un tono débil, casi como si se lo contara a sí misma y hubiera olvidado que Carmen y yo estábamos allí.

Gertrudis estaba casada con un americano al que solamente habíamos visto dos veces. Era un hombre enfermo, pese a su juventud, y ella se dedicaba a cuidar de él. Conocíamos los detalles de su historia actual, pero lo que empezó a relatar aquella tarde se remontaba a su primer novio. Se llamaba Jesús y habían sido novios en el pueblo cuando ambos contaban con apenas quince años. Ella cruzaba la calle y él se encontraba al otro lado. Llevaba un vestido azul marino, zapatos nuevos blancos y dos trenzas rubias que su madre se esmeraba en hacerle cada mañana en silencio, como si fuera un ritual en el que nadie podía interferir. Los dos niños se miraron a los ojos, el latido de Gertrudis era tan fuerte que por un instante se asustó. Su primer encuentro no pasó de aquello, pero Gertrudis pensó en él durante las siguientes horas, sin descanso, preguntándose quién era y qué explicación tenía eso que sentía en su interior por primera vez. Cuando pensaba en él, la voz se le encogía en el estómago. Dejó de comer; incluso sin asociarlo a ese típico estado de enamoramiento, llegó a pensar que estaba enferma. Repetía mentalmente la imagen de su encuentro y se mareaba de inmediato, buscando un punto de apoyo por miedo a desplomarse. Sin embargo, forzaba de nuevo el pensamiento y fantaseaba con encontrarse con él. Las fantasías eran tan intensas y frecuentes, que Gertrudis había dejado de vivir su vida presente para entregarse en cuerpo y alma a inventar sus días.

Pasaron los meses y el recuerdo perdió fuerza. Gertrudis jugaba con sus amigas en un parque cercano a su casa, cuando, de repente, vio a pocos metros a Jesús jugando a la pelota con algunos vecinos. Preguntó quién era aquel niño, y sus amigas le contaron que era nuevo en el barrio, y que desde luego, todas tenían el mismo derecho a enamorarse de él. Coincidían las tardes de verano en el parque, ambos actuaban como si no se vieran, pero sentían la mirada del otro vigilando su nuca, pretendiendo no observarse, no estar pendientes, no estar siquiera interesados. Los

segundos en que sin querer sus miradas se cruzaban, Gertrudis se ponía tan nerviosa que sentía el impulso de retirarse a vomitar. Fue una mañana de cumpleaños de uno de los niños del barrio cuando por fin escucharon sus respectivas voces. Fue él quien se acercó para ofrecerle un refresco: «Me llamo Jesús». Permanecieron callados sin mirarse a los ojos. Las conversaciones se repetían en el parque, iban cogiendo confianza, y aunque a los quince años quizá no sea el momento de profundizar, sentían juntos una intimidad extraordinaria. Tras los paseos vinieron los abrazos, y luego los besos, y luego el infierno. Los padres de Gertrudis decidieron marcharse a vivir a Madrid.

—¿Te traigo agua? —le dije observando que la voz le empezaba a temblar.

—Sí, por favor.

Carmen no dijo nada, sólo escuchaba atenta las palabras de Gertrudis. Me preguntaba por qué había escogido este momento para contarnos su historia. Hacía más de un año que la conocía y nunca había sentido la necesidad de confesar de dónde nacía su drama. Imaginé que a medida que conocía mis circunstancias más a fondo, sentía que debía compensarme. Como si me estuviera diciendo que ella también había sufrido, que estaba de mi parte. Volví al salón con una jarra de agua. Bebió sólo un trago corto y se sentó. Hasta ahora había preferido hablar de pie por miedo a pincharse con los alfileres que invadían su vestido verde.

Tras marcharse a Madrid y separarse de Jesús, ambos se escribieron cartas durante años. Los padres de Gertrudis intentaron disuadirla de lo que definieron como una relación malsana. Quizá lo era, por eso ella no terminaba de adaptarse a su nueva vida. No había vida más allá de Jesús. Pero pasó el tiempo y la frecuencia de cartas comenzó a disminuir. Ahora sólo se escribían en fechas señaladas; navidades, cumpleaños y San Valentín. Gertrudis empezó a olvidar, nunca del todo, pero por mera supervivencia fue accediendo poco a poco a salir con otro hombre. Era un americano hijo de unos compañeros de trabajo de su padre, y todos estuvieron de acuerdo en que sería el candidato perfecto para casarse con ella. Y así fue. Él se declaró una mañana y esa misma tarde fue a hablar con los padres de Gertrudis. Su familia nunca había tenido problemas económicos, pero el hombre destinado a ser su marido podía proporcionarle una estabilidad y un estatus que todos valoraban por encima de cualquier sentimiento. Gertrudis sufrió varias noches pensando en cómo se lo iba a comunicar a Jesús. Cogió fuerzas y comenzó a escribir. Fue una carta escueta, algo aséptica, puede que por miedo a que el recuerdo la sumergiera de nuevo en la nostalgia. Gertrudis se casó una tarde de verano y Jesús nunca contestó a su última carta.

Reposó la cabeza en el sofá y nos miró. Carmen y yo no sabíamos qué decir. Estábamos conmovidas por lo que escuchábamos, pero aquella pausa anunciaba que la historia no terminaba ahí.

Ya estaba casada, pero necesitaba saber algo de Jesús. No podía olvidarle y se sentía culpable por la distancia que marcaban sus palabras en la carta que le había

enviado. Por eso decidió escribirle de nuevo. No sólo para preguntarle por qué no había contestado, sino para verter en un folio todas las palabras con las que vivía atragantada. Para decirle que le quería, que no le olvidaría nunca, que por favor la perdonara, que no había sabido encauzar su vida de otra manera, que él era su único amor y eso no iba a cambiar jamás.

Gertrudis volvió a levantarse del sofá. Paseó por el salón mientras la observábamos con curiosidad. Carmen habló.

—¿Qué ocurrió cuando leyó la carta?

—¿Volviste a verle? —pregunté casi con miedo a la respuesta.

—Poco después de escribirle esa carta, mis padres me contaron que Jesús se había alistado en la División Azul.

Jesús había muerto. Murió a los pocos meses de marcharse. Y Gertrudis se convenció de que nada de eso hubiera ocurrido si ella no le hubiera anunciado su compromiso. Jesús se alistó al saber que la había perdido y ella se culpaba de su muerte.

Carmen se atrevió a preguntar de nuevo lo que también a mí me cruzaba la mente.

—¿Y la carta?

Encontró la carta en un cajón del despacho de la casa familiar. Había sido interceptada por sus padres y Jesús nunca la leyó.

Permanecimos en un respetuoso silencio. Nada de lo que dijéramos podría aliviar el sentimiento de culpa y casi pesadillesco en el que Gertrudis se había sumergido al narrar su historia. Concluyó con lo único que podía aliviarla.

—Me consuela saber que le veré cuando me vaya de este mundo. Estoy segura de que le veré cuando me vaya de este mundo.

Y realmente, parecía estarlo.

Tras enterarse de la muerte de Jesús, comenzó a vivir su sucedáneo de vida. A ocupar un espacio que no era el suyo, junto a un hombre al que había llegado a querer mucho, pero al que no amaba. Vivía una soledad profunda que se filtraba en sus huesos todas las noches, cuando en la casa reinaba el silencio. Dedicaba una reflexión al día para intentar comprender por qué la vida la había puesto en este lugar. Vivir resignada. Algo en lo que todas habíamos caído en determinados momentos; asumir la resignación como un estado inalterable, como si no pudiéramos hacer nada por vivir de otra manera.

## 41. El destino

Bajaba por Jesús del Valle de vuelta del trabajo. La tarde se despedía rápidamente y el cielo turquesa de siempre se derramaba por las calles empedradas. Me guiaba el olor a leña quemada y el frío iba colándose por las rendijas de mi ropa. Me cerré el abrigo y caminé despacio para seguir disfrutando del paseo. Intentaba imaginar a Elvira avanzando por las calles, con su bastón tocando y su expresión de tristeza; su intimidad. Deseé encontrármela, verla, hablar con ella y hacerle saber lo mucho que estaba cambiando mi vida desde que me crucé con la suya. ¿Y si su realidad y la mía se estuvieran cruzando? ¿Y si en esos instantes, en plena calle, yo bajaba y ella subía sin ser capaces de percibirnos? Si hubiera extendido mis manos hacia el aire, ¿habría rozado su cuerpo? Todas esas veces que sentimos inexplicables emociones en los momentos más inesperados, ¿no podrían acaso responder a abrazos invisibles? Quizá tenga a alguien respirando muy cerca de mi cara, alguien a quien no veo, alguien que no me ve, pero que está, que me alienta, alguien a quien acompaño en el camino.

Esperaba la respuesta de Gertru. Miraba por el balcón muy concentrada, como intentando encontrar datos que me ayudaran en su delicada memoria. Me fui impacientando. Gertru centraba ahora la mirada en su taza, seguía con gesto pensativo. Salté.

—¿Se te ocurre dónde puedo encontrar a Elvira o no?

—¿Qué?

—Estábamos hablando de eso...

—No lo recuerdo —me dijo como si fuera la primera vez que me veía en su vida.

—A ver, tenía dos hijas...

—¿Quién?

—Así no llegamos a ninguna parte.

—Yo no quiero llegar a ninguna parte.

—Pensé que querías ayudarme.

—Sí, mujer, por pasar aquí un poco el rato, ¿no?

Pues sí, por qué no. Sentí lástima por Gertru. Mal hecho. Esta supuesta empatía suele ser un invento. Yo me invento su sufrimiento y lo uno al mío conformando un sufrimiento que no existe pero que es inabarcable. Ella agradecía la compañía, estaba muy sola y apenas veía, cuando, hasta hacía unos años, leer había sido su gran pasión. Me di cuenta de mi ignorancia sobre los ancianos y sus necesidades. Gertru quería y apreciaba que yo estuviera allí en ese momento, pero también necesitaba que la dejara en paz. Que la dejáramos todos en paz. Era como si estuviera llegando a un punto en el que pudiera prescindir de lo que venía de fuera. Se había pasado la vida recibiendo información y ahora le tocaba procesarla. Aquello tenía sentido. Intentamos convencer a los ancianos de que salgan, de que se relacionen, cuando muchos de ellos ya no están en eso, ya pasaron por eso, ahora quieren tranquilidad, compañía discreta y tranquilidad. Es como aquello de Gila que decía que el jersey es

la prenda que las madres les ponen a sus hijos cuando ellas tienen frío. Animamos a los viejos a que hagan lo que nosotros haríamos en su lugar, pero no estamos en su lugar, en su lugar sólo están ellos. Por eso le dejé claro que yo estaba cerca, que podría pasarme por allí cuando me lo pidiera y que si no quería hablar no era necesario. Me miraba escéptica, sin saber muy bien de qué le estaba hablando.

Yo sabía que las casualidades no existían. Sin llevar esto al extremo, claro. Si piso una mierda por la calle no voy a pensar que es por algo, que el destino ha querido que arrastre la bota por los bordillos del barrio intentando desprenderme de excrementos de perro. Pero haber llegado a esta casa justo en este momento en el que empezaba a plantearme otras formas de vivir, no podía ser casual. De hecho, lo casual no tiene ningún sentido. Mis compañeros de trabajo no opinaban igual.

—Lo que no tiene sentido es que todo sea por algo.

—¿Por qué no?

—Porque todo es azar.

—Si todo fuese por azar la filosofía no existiría.

Silencio. Me miraron tras el comentario y yo di por hecho que había subido demasiado el nivel, pero Nicolás añadió:

—La filosofía le da vueltas a los porqués de las cosas como ejercicio de reflexión y de aprendizaje personal, pero eso realmente no significa que existan los porqués.

Este hombrecillo de poco más de treinta años, pequeño y asexual, que te contaba los detalles de sus días sin que nos interesara a nadie, que hacía bromas previsibles y escuchaba a Brian Adams en el *iPod*, resulta que tenía cosas que decir. Me di de bruces contra mi condescendencia. Puede que todo el mundo tenga algo que decir, lo que pasa es que igual no me lo dicen a mí.

—Yo creo en el destino —dije justo antes de darle un mordisco a mi porra.

—¿Crees que el destino ha decidido que estés aquí?

—Creo que de alguna manera lo he decidido yo, algo por encima de mí, o algo dentro de mí.

—¿Dios? —añadió Marta casi con miedo a meterse en la conversación.

—Sí, se puede llamar dios pero no es «ese Dios» de la religión, me explico...

—¿Y qué sentido tiene que estemos aquí todos reunidos por nuestros destinos?

—No lo sé, a lo mejor lo descubrimos algún día, pero sólo tener esta conversación podría ayudarnos a seguir nuestro camino...

—Tú es que eres una mística.

—Y tú le das a la razón un valor mayor del que tiene.

—Sin la razón somos animales.

—No, la razón está para lo que está, pero no es lo que nos convierte en humanos, hay muchas otras cosas que no vemos y forman parte de nosotros.

—Ya, ya... Dices el alma, el espíritu y estas mandangas.

—Joder, mandangas... ¿Tú sólo crees en la ciencia?

—Pues sí...

—Nos quedan cinco minutos... ¿Quién paga esta ronda? —dijo Marta en un arranque de cotidianidad insoportable.

Y tras la tertulia pseudofilosófica, me encontré abruptamente en mi mesa colgada del teléfono y con un montón de nombres y números delante de mí. Es muy difícil mantener un impulso esencial cuando el día a día te deprime. Era un trabajo apasionante y complicado intentar poner las cosas en su sitio. No vivir con sufrimiento ni resignación mi trabajo en la empresa, no olvidar que se trataba sólo de una parte del juego, nada más. No depositar allí todos mis impulsos con el riesgo de que fueran tragados por la trituradora de papel que, por cierto, estaba junto a mi mesa.

Nicolás era un tipo curioso. Empezaba a pensar que era un hombre interesante que, por alguna razón desconocida, se movía de incógnito. Era muy delgado, pequeño, se estaba quedando calvo y tenía unos ojos azules preciosos que pasaban desapercibidos a primera vista. Todo él pasaba desapercibido a primera vista. Marta no quería pasar desapercibida. Era grande, con unos muslos que parecían cuatro de los míos y vestía de negro para disimular sus formas. Casi siempre llevaba algo brillante, como si luego hubiera quedado para asistir a un cotillón de Nochevieja del año 91. No salía de casa sin sus accesorios. Era sobria en el trato, parecía una mujer contenida en sí misma, como si a ratos estuviera a punto de romperse y derramarse, pero finalmente se censurara y consiguiera mantenerse en su postura de mujer responsable que no se mete en líos y sueña con conseguir un contrato fijo en la empresa. Si mi jefe le decía un par de palabras amables o la felicitaba por alguna gestión, se venía arriba y permanecía orgullosa el resto de la semana. Su vida entonces cobraba sentido. Pensé en lo extraño de estas cosas. Yo jamás hubiera conocido a esta gente si no hubiera entrado aquí a trabajar. ¿Qué coño es el destino?

## 42. Luis

Terminé mi cuarto día en el que había estado haciendo guardia en su portal a la espera de su vuelta y subí al autobús. Me senté junto a la ventanilla. Mientras entraban otros pasajeros, me apoyé en el cristal. Miré de soslayo hacia la calle y creí haber visto una aparición. Era Luis, que caminaba por la acera junto a la ventana. Estaba muy envejecido pero le reconocí enseguida. Deseé que mirara hacia el autobús, y, finalmente, alzó la vista y se encontró con mis ojos. Su rostro se congeló, esta vez no me miraba como si me reconociera. No, esta vez era todo lo contrario, parecía intentar descifrarme en una mujer que le resultaba una extraña. El autobús aceleró y le mantuve la mirada hasta que su figura desapareció en el horizonte.

Durante el trayecto hasta casa no pude apenas reaccionar. Estaba mareada, el estómago parecía querer escapar de mi cuerpo y me lo hacía saber con retortijones insoportables. Bajé y me senté en un portal. No lloraba, pero aunque mis ojos no expresaran tristeza, el resto de mis miembros sí lo hacía. Una anciana salió del portal y me miró inquisidora. Me levanté de allí y me dirigí hacia casa. No quería que nadie me viera en ese estado y me recompuse en lo que duró el ascenso de los tres pisos. Cada escalón enderezaba mi fragilidad hasta conseguir cruzar el umbral con entereza. Pero la entereza no duró.

La extrañeza de Luis en el rostro me dejó hundida. Había pasado años intentando olvidarlo, y lo único que a veces necesitaba para seguir adelante era pensar que no me había olvidado. Que en algún lugar dentro de él, mis hijas y yo seguíamos ocupando un espacio, un recoveco al que dedicaba un pensamiento, una caricia imaginaria, un te quiero o un perdón. Pero su expresión me hizo sentir que ya había pasado página, que mi aparición era todavía más abrupta porque casi ni recordaba mi existencia. Y eso me mató, me mató porque cuando alguien te olvida sientes que te han asesinado. Has muerto para el otro, y ya hay un cuerpo caliente preparado para suplantarte. No era cierto, los sentimientos no mueren, se transforman, pero en ese momento no supe verlo. Me sumí de nuevo en la tristeza, en la rabia, casi como si se hubiera marchado en ese mismo instante. Sabía que me arriesgaba a sepultarme si seguía buscando a Luis, pero no tenía ni idea de hasta qué punto era capaz de caer. Hubiera preferido que me odiara, que me insultara, hubiera preferido cualquier cosa menos el olvido. El olvido no, no me puedes hacer esto, no puedes haberme olvidado, no puedes haberte extirpado mi recuerdo así, ¿cómo eres capaz? Sentí deseos de venganza, quise aparecer en su casa y contarle a Asunción con qué clase de hombre estaba conviviendo, quise pedirle explicaciones delante de ella y conseguir que se sintiera culpable relatando cómo habían trascurrido los meses desde que se marchó. Quise chantajearle utilizando a sus hijas, contarle que habían estado enfermas, con fiebres altas, que mi madre había muerto, que hubo días en los que no teníamos casi para comer, quise verle sufrir, verle llorar, verle pedir clemencia. Me había zambullido en la laguna negra de mi interior y por momentos parecía que no quería salir del fango.

Y mientras el plumizo mensaje sin salida avanzaba reptando por mi corazón, escuché el sonido del afilador. Estaba tumbada en mi cama y no me levanté de allí para asomarme al balcón. No hizo falta. Sólo escucharle me aportó cierta paz, como si la melodía desafinada de su armónica me dijera que ya había estado aquí, que ya lo había superado antes, y que lo superaría ahora. Le agradecí al joven que apareciera justo para rescatarme de lo que estaba a punto de enterrarme de nuevo.

Carmen consiguió más actuaciones después de su presentación en el local. El cazatalentos no tuvo dudas de sus virtudes como artista, así como nosotras nunca las habíamos tenido. Le hice varios vestidos para las giras, de todos los colores y texturas. Dedicaba las horas a ensayar nuevas canciones y breves coreografías. Atacaba el piano desde por la mañana y redujo el volumen de clases para disponer de casi todo su tiempo. Sentía que esta vez se la estaba jugando, que caminaba sobre un terreno frágil, pero que si estaba a la altura, sería el sendero en el que pasaría el resto de sus días.

Una noche celebramos su ascenso al exclusivo mundo de la canción al que llevaba toda la vida aspirando. Saqué la botella de jerez y brindamos entre alfileres y retales. Bebimos, cantamos al piano, bailamos. Nuestras tensiones parecieron desvanecerse en la celebración. Me fui a la cama muy tarde y allí quedaron Carmen y Juana charlando, con sendas copas de jerez. Me alivió asistir a su reconciliación, asistir de nuevo al afecto que ambas se profesaban.

A la mañana siguiente, me levanté la primera. Salí al balcón todavía sin vestir. Entre las nubes casi negras que acechaban sobre los tejados, asomaba un rayo de sol que parecía pedir permiso para hacerse un hueco en las calles y derramar su luz desde el cielo. Ese rayo, cada vez más amplio, iluminaba el espacio que ocupaba en mi calle el afilador. Como si el sol hubiera decidido protegerle del frío en aquella mañana de invierno.



## 43. La espera

Esta vez quería hacer las cosas bien, pero no sabía en qué consistía eso. Mi encuentro con Germán me había ayudado; sin embargo, me producía también un pinchazo de tristeza. Me negaba a pensar que se tratara sólo de la imposibilidad de llegar a algún sitio juntos, de que él tuviera una vida tan alejada de la mía, de que no pudiéramos construir nuestro mundo fuera de estas paredes. Sentía que quizás algo dentro de mí me advertía del peligro. Peligro ante un inminente sufrimiento. ¿Echarme atrás era una cobardía o era lo que tenía que hacer? ¿Dejar de vivir algo por miedo a que salga mal o dejar de vivir algo porque temes que te arrastre al infierno del que ya has conseguido salir? ¿En qué consistía hacerlo bien esta vez? Me preocupaba encontrarme planteándome estas cosas, porque la niebla que inevitablemente aparecía entre nosotros y un futuro juntos, podía haber estado ahí de todas formas. Siempre está, pero uno se inventa que con su pareja puede hacer planes de futuro. Nosotros no podíamos. El futuro no dependía de mí, ni de él. Nunca depende de nosotros aunque creamos que sí. ¿Es lícito evitar el sufrimiento? ¿Es una actitud de huida o es una actitud inteligente? El sufrimiento nos transforma y estamos vivos para dejarnos transformar. El sufrimiento nos asusta, pero no por ello debemos huirlo. El sufrimiento, a veces, nos persigue, pero no por ello debemos dejar que nos alcance. ¿Cómo puede uno saber qué tiene que hacer?

Miré al pez buscando una respuesta. Nadaba ajeno a mis dilemas esquivando las rocas de plástico de la pecera. Para saber lo que uno tiene que hacer, probablemente, tenga que empezar a hacer otra cosa. Eso decidí. Decidí que no le dedicaría un minuto más a pensar en el siguiente paso de esta operación y estuve dándole vueltas a ese pensamiento durante al menos un par de horas más. Como cuando me planteo dejar de fumar mientras me enciendo un cigarro. Lo mismo. Aunque sabía que la respuesta aparecería cuando mi mente estuviera relajada y ocupada en algo más interesante.

Mis días eran raros, como su dueña. Mi futuro incierto, como el de todos. Mi mente estaba enredada, como mis días. Sonó el despertador y sentí que no había llegado a dormirme en toda la noche. Me desplazé hasta mi lugar de trabajo como pude. No saludé al entrar dejando claro que no estaba para bromas. Preparé un café e intenté recuperarme. Me preocupaba la novela. Sabía que ninguna editorial me la reclamaba y que, probablemente, no le interesara a nadie, pero sentía que era responsable de traer al mundo la historia de Elvira. No quería que aquello se perdiera entre las paredes de Jesús del Valle. Y sin embargo, desde que tomé la decisión de traducir mis encuentros, algo se había estancado.

Paseaba nerviosa por la casa descolgando el telefonillo cada cierto tiempo para comprobar que funcionaba y que nada estaba impidiendo que Germán viniera a casa a declararse y a decirme «estoy locamente enamorado de ti y como quiero estar contigo y sólo contigo voy a separarme de mi mujer, pero a ella no le importa, se lo ha

tomado muy bien, y mi hijo tiene muchas ganas de conocerte y ser amigo tuyo, seremos todos amigos sin ningún tipo de trauma ni tensión». Bueno, me bastaba con la primera parte.

Cada día al dirigirme hacia el trabajo, miraba hacia el interior de la ferretería, o en los cafés del barrio, buscando al hombre que me había descolocado tanto. Nada. No aparecía. Recluida siempre en mi inmisericorde inseguridad, pensé que la historia podía haber terminado. Podía haberse dado cuenta de que esto no valía la pena, o pensar que se trataba sólo de un arrebató hormonal y por lo tanto no iba a poner en riesgo su relación de pareja. O incluso podía haberme visto un día a lo lejos y sorprenderse a sí mismo pensando «¿es esa? Pues no sé que vi en ella, madre mía, qué gran error. No quiero volver a verla». Esto último era poco probable, pero puestos a estar inseguros, yo voy a por todas. Aunque estas cosas pasan, pero por lo que hablé esa mañana con Nicolás, es una reacción mucho más femenina. Te atrae mucho alguien, sucede cualquier cosa por lo que deja de atraerte y desde ese momento ya no es que no te guste, es que sientes un rechazo físico insoportable. Te hablan de él y no entiendes cómo pudiste meterte en su cama, o peor aún, cómo dejaste que él se metiera en la tuya. Le miras y pones cara como de grima aunque intentes aparentar normalidad. Nicolás decía que a él o le gustaba o no le gustaba alguien, pero que no cogía esa manía a las mujeres como nos ocurría a nosotras con los hombres. Sí, manía. Y es una línea muy fina que va desde la fascinación, a casi la falta de respeto que te provoca su presencia. Pasas de ensalzar el más mínimo detalle a encontrar cualquier gesto aborrecible. «Mira cómo baja las escaleras, qué tío, qué elegancia». Y unos meses después se puede tornar en «te creerás muy listo por haber ganado un Nobel». Pasamos del «ven y hazme el amor apasionadamente» a «ate importa echarte un poco para allá?, es que me das calor...». El mundo femenino es complejo, para qué negarlo. Hablaba de todo esto apoyada en la barra junto a Nicolás, que removía su café enérgicamente hasta la exasperación.

—Ya lo has mareado suficiente, creo que te lo puedes beber —dije como si el espíritu de mi madre me hubiera poseído y me encontrara hablándole a mi pobre padre.

Nicolás, lejos de enfadarse, soltó una carcajada. Le seguí. Aquel chico me caía bien.

Sonó el claxon y supe que mi padre estaba esperando abajo. Podría haber tocado el telefonillo, que es mucho más civilizado, pero para eso tendría que haber abandonado el coche durante unos segundos y trasladarse hasta el portal, y eso sí que no. Mi padre evita el contacto con el suelo todo lo que puede. Le gusta ver el mundo desde el coche, va a todas partes en coche e incluso hemos llegado a visitar España sin bajar del coche, alegando que fuera hace mucho frío o que fuera hace mucho calor, o que fuera ¡a saber! Mejor dentro. A la derecha el acueducto, de frente la catedral, detrás dejamos la Sagrada Familia... Todo esto sin salir del puñetero coche. Es más, yo creo que cuando va caminando y empieza a llover, su primer impulso es

agitar los brazos a modo de limpiaparabrisas en movimiento.

Era una mañana en la que debía poner en marcha toda mi voluntad. Sabía que si el infierno existía debía de estar cerca de lo que podría suceder. Iba a Ikea con mis padres. Lo hice por ellos, porque no salen nunca y mi madre lo había dejado caer sutilmente, con toda la sutileza que mi madre es capaz de manejar.

—A ver si un día me llevas contigo a Ikea.

Y yo, que soy muy perspicaz, me dije: «Va a ser que mi madre quiere ir conmigo a Ikea». Ikea es una pesadilla. No me hace ni puñetera gracia buscar muebles, apuntar códigos, buscar pasillos y estantes en el almacén, hacer la cola, llevarme las cosas y montarlas. Sólo de pensarlo me dan ganas de dejar la casa como si acabaran de desvalijarla y vivir sin nada de nada. Ikea es el sitio ideal para alguien que se aburre, pero yo no estaba aburrída. Mi madre sí. Y mi padre, cómo no, decidió que nos esperaba en el coche, claro, no iba a dejar su coche solito, el pobre, en aquel *parking* rodeado de coches desconocidos, no, mejor abandonar a su hija y a su esposa a su suerte. Cuando vi el rostro desencajado de mi madre entre la multitud, supe que debía tomar las riendas de esta familia. La cogí del brazo y la fui llevando de un lado a otro mientras ella iba dejando su perdida mirada entre sofás y muebles de cocina, con las pupilas dilatadas y sin saber muy bien dónde estaba. Si la hubiera soltado allí en ese momento, no habría sido capaz de volver a casa nunca más. Y esto habría generado una consecuencia: la desnutrición de mi padre. Aunque mi padre tiene reservas para un par de décadas.

Aquella tarde yo era la madre de mi madre y eso me produjo un vértigo terrible. La vi tan frágil, tan desvalida, que sentí que estaba en la cumbre de la familia, que quizá no pudiera contar mucho más con nadie que no fuera yo misma. Mi padre necesitaba a mi madre, pero mi madre empezaba a necesitarme a mí. Con lo cual ambos me necesitaban, ¿y por qué esta idea me daba tanto miedo? Es un ciclo vital lógico, todas las personas acaban tomando el relevo, y aunque mis padres todavía estuvieran vivos, el relevo ese día estaba mucho más cerca de lo que había estado antes.

## 44. El padre

Pilar me llamó por teléfono y me comunicó la noticia. Mi padre había muerto. Colgué. Esperé una reacción que no aparecía. Para mi sorpresa, me visitó inmediatamente el sentimiento de culpa. Y mi culpa llegó por la ausencia de tristeza. ¿Qué clase de monstruo no sentiría una congoja inabarcable tras la noticia de una muerte tan cercana? Era mi padre el que había muerto, ¿acaso permanecía en estado de pausa porque todavía no había reaccionado? No. No era eso. Había asimilado la noticia, y aun así, no sentí necesidad de llorar. ¿Significaba aquello que no quería a mi padre? No lo sabía, me daba terror contestarme y descubrir que no le quería, que sólo por ser mi padre no se había ganado mi cariño. Siento casi vergüenza al relatar todas estas reflexiones pero, juicios morales aparte, es así como ocurrió.

Dejé a las niñas con Juana y Carmen y cogí un autobús hacia el pueblo con mi hermana Lola. No habíamos vuelto allí desde que nos marchamos. Yo debía de tener un año cuando, sin razón aparente, mis padres decidieron venir a Madrid. No tenía recuerdos del pueblo, sólo anécdotas que mi madre comentó alguna vez, aunque jamás sintió la necesidad de visitar a la familia ni la casa familiar, en la que ahora habían estado viviendo mi padre y mi hermana. Lola y yo hicimos el viaje en silencio. No lloramos. Yo, porque no conseguía estar triste y Lola porque sentía un dolor sobrio, como si el carácter de mi padre la hubiera conquistado para no mostrar sus emociones, incluso ante una noticia como esta. El funeral se celebraba al día siguiente, pero por la voz de Pilar pude sentir que tenía algo que contarnos. Decía encontrarse bien, aunque su vida se quebrara tras la muerte de mi padre. Se dedicó a cuidar de mi madre para pasar a cuidar de mi padre. Y ahora no le quedaba más remedio que dedicarse a cuidar de ella misma.

Nos quedamos dormidas al comienzo del viaje. El autobús estaba medio vacío y cada una contaba con dos asientos para descansar. Una fuerte vibración me despertó en el último tramo. Estábamos en una carretera de tierra y aquello indicaba que nos acercábamos a nuestro destino. Lola también se despertó. Lo miramos todo con atención por la ventanilla. No recordaba haber visto nunca un paisaje tan verde. La luz era blanca y las nubes empezaban a acumularse en el horizonte anunciando lluvia. Pilar nos abrazó emotiva al vernos. No era algo habitual en ella, más bien todo lo contrario. Con los ojos llorosos cogió mi maleta y nos pidió que la acompañáramos inmediatamente. Lola y yo nos miramos buscando el porqué de sus prisas.

La puerta estaba abierta y me detuve antes de entrar, intentando recuperar algún recuerdo del entorno. Era una casa baja con un porche de piedra en la entrada y un pequeño jardín trasero. Estaba muy abandonada pese a que mi padre y mi hermana la habían rehabilitado durante aquellos meses. Pilar dejó mi maleta junto al sofá y Lola también depositó allí la suya. Parecía estar abrumada por las paredes, lo miraba todo con cierta nostalgia. Se sentó y miró al techo. Yo paseé por el salón y Pilar se dirigió al dormitorio diciéndonos que tenía algo que enseñarnos. Tardó sólo unos segundos y

me entregó unos documentos que me senté a leer junto a Lola. Leímos en silencio y nos miramos aterradas. Pese a que lo que allí había escrito no dejaba dudas, quisimos que Pilar nos explicara de qué se trataba. Acercó una butaca y comenzó a llorar. Lola la consoló y yo no podía contener mi impaciencia.

—¿Qué está pasando?

El nombre que aparecía en el documento de defunción de mi padre no era el nombre que aparecía en nuestros carnets de identidad. Mi padre no era mi padre. El hombre con el que habíamos vivido era el hermano de mi padre, era nuestro tío el que nos había criado y ninguna sabíamos nada de aquello. ¿Qué había sucedido?

Pilar nos contó que desde que llegaron al pueblo todo fue extraño. Nuestro padre, o el que creímos que lo era, no se hablaba con parte de la familia, en la fonda cuchicheaban a su paso, en la tienda miraban a Pilar con suspicacia y ella terminó preguntándole a mi padre qué era lo que estaba pasando. Y llegó más allá en preguntas que ninguna nos habíamos atrevido a hacer. ¿Por qué nos marchamos del pueblo? ¿Por qué nunca mantuvimos el contacto con el resto de la familia? ¿Por qué nuestra madre no quería ni oír hablar de la vida allí? Todo empezó a cuadrar y a medida que Pilar nos contaba la historia, yo sentía de nuevo la presión en el ombligo que no me atrapaba desde hacía meses. Pilar había guardado los secretos hasta la muerte de mi tío, que no quiso que supiéramos nada hasta que él ya no estuviera aquí. Ella sufrió durante todo este tiempo la impotencia de no poder compartir todo lo que sabía, lo que cambiaba nuestras perspectivas, incluso lo que empezaba a ver como un engaño.

Mi padre y su hermano eran huérfanos desde muy jóvenes. Ambos vivían en esta casa y tenían algunas tierras en el pueblo. Cuando mi padre y mi madre se casaron, decidieron seguir viviendo en la casa familiar, junto a mi tío, que era soltero y un apoyo importante para mi padre. Vivieron los tres juntos y luego llegó Pilar, Lola y finalmente yo. Según nuestros recuerdos, poco después de nacer yo, mi madre se quedó embarazada de Esteban, que murió unas horas después de nacer. Tras la muerte de mi hermano nos mudamos a Madrid y algunas veces pensamos que mi madre no había podido superarlo y por eso decidieron marcharse. Pero esa no era la razón.

Pilar no tenía muchos detalles de cómo transcurrieron las cosas aquel verano de 1924 en el que el grupo de teatro ambulante llegó a nuestro pueblo. Yo no tenía recuerdo de aquello, pero mi hermana Pilar sí recordaba estar sentada junto a mi padre en primera fila, fascinada con la música y el baile que traía aquel grupo de hombres y mujeres que parecían venir de otro mundo. Mientras mi hermana nos contaba todo esto Lola y yo la interrogábamos con la mirada sin entender por qué se remontaba a la historia del grupo de teatro. La puerta del jardín se cerró sola por el viento y nos sobresaltamos. Pilar no se inmutó. Continuó hablando con un gesto de piedra, había dejado de llorar y ahora sus palabras sonaban más duras.

Nuestro padre se enamoró de una de las actrices del teatro. Podía no haber ido a más y tratarse de una fascinación veraniega, momentánea, algo que todos hemos

vivido una vez en la vida. Pero no fue así. Ambos mantuvieron una relación durante los días en los que se instalaron en la fonda del pueblo. Era una relación secreta, a espaldas de mi madre y de todas nosotras, pero fueron muchos los vecinos que empezaron a sospechar. Mi madre no quiso oírlo, no quiso saberlo, no quiso siquiera interrogar a mi padre sobre lo que estaba ocurriendo. Mi padre, movido por la obsesión por aquella mujer, dejó que el secreto se filtrara entre habitantes y familiares. Los encuentros cada vez eran menos discretos y mi padre parecía haber perdido el control de la situación. Cuando el grupo de teatro abandonó el pueblo, mi padre nos abandonó a nosotras. Se marchó tras ella, dejando a mi madre embarazada de pocos meses y a sus tres hijas. Mi tío no pudo hacer nada para evitarlo, habló con mi padre, pero él parecía haber encontrado el sentido de su vida y no quería arriesgarse a perderlo. Mi padre se fue sin mirar atrás. Desconocía el estado de mi madre, que dio a luz a Esteban unos meses después del abandono. Mi tío se hizo cargo de la familia hasta el día de su muerte.

Lola y yo no podíamos reaccionar. Pilar se levantó, echó un vistazo al cielo por la ventana trasera y nos invitó a salir al jardín. Así lo hicimos. Nos sentamos en tres sillas oxidadas, que parecían haber aguantado todas las lluvias del mundo, eran sillas de jardín que mi madre compró al poco tiempo de instalarse en la casa. Pensé en todas las ilusiones que habría puesto en su nueva vida. Casada con su amigo de la infancia, con el que tantas cosas había compartido en este pueblo. Y pensé en ella pensando en mí. En cómo pueden repetirse las circunstancias de esta forma. Yo sabía el dolor que había pasado mi madre, lo tenía reciente y sentí no haber podido ayudarla, no haber sabido nada y no haber compartido con ella el infierno en el que me había visto envuelta. Ahora sabía que aquella mirada de compasión que me lanzó cuando les conté que Luis se había marchado, era una mirada rota, como si no pudiera soportar que su hija sufriera la misma historia que ella había sufrido.

Tras la marcha de mi padre, la situación se tornó insoportable. Las sospechas sobre la relación entre mi madre y mi tío y la infidelidad declarada de mi padre, nos obligaron a huir de este claustrofóbico espacio lleno de susurros y chismes, de miradas clavadas en todas nosotras. Mi madre era juzgada incluso por su propia familia y cuando nos marchamos a Madrid, no tuvieron dudas de que jamás volverían. No encontraron apoyo en nadie, sólo rechazo. En Madrid rehicieron su vida y quizá por eso mi madre adoraba esta ciudad. Le resultaba acogedora. Mi tío pasó a ser mi padre y nunca más se habló de lo que dejaban atrás.

Lola permaneció callada el resto de la tarde. Pilar no pudo aguantar su rabia, ni siquiera sabía muy bien contra quién, imaginé que contra la mujer que según ella nos robó a mi padre, o contra mi tío por no haberle contado todo esto hasta que llegaron al pueblo. O contra mi madre por haber mantenido en secreto que este hombre no era quien decía ser. O contra ella misma por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando. Yo, simplemente, compadecía a mi madre, e intentaba encajar las piezas de todo lo que hasta ahora no me había cuadrado. Entendí que mi madre en el fondo no

deseara otro hijo de mi padre, y entendí su sentimiento de culpa cuando el niño murió. Entendí los rezos constantes por haber vivido junto a un hombre que no era su marido. Y su tristeza eterna, esa penitencia de la que nunca escapó.

## 45. El ex

Yo había rehecho mi vida y llevaba semanas sin pensar en mi exnovio. Y sin embargo, el día que le vi cogido de la mano con una moderna por la Gran Vía me quise morir. Ver a un ex con otra es un *shock*. Luego te acostumbras, pero la primera vez siempre es un *shock*. Estaba más guapo que nunca el desgraciado, incluso se había quitado la tripa para la ocasión, bueno, o para siempre, digo yo que no se la quitaba para pasear y al llegar a casa se la ponía de nuevo... Ella era guapa, estilosa, alta, delgada, imbécil. Perdón, no sé si era imbécil, pero quise pensar que sí. Iban riendo, charlando, paseando, iban en color. Yo en blanco y negro. Habría jurado que en mi lado de la acera chispeaba y en el suyo corría una suave brisa primaveral. Sentí una punzada en el estómago. ¿Cómo era posible este ataque de ego a estas alturas? Lo nuestro no iba bien, los dos estábamos mejor separados, ¿por qué me costaba tanto aceptar que estuviera con otra mujer? ¿Por qué me costaba tanto asumir que no me necesitaba, que era feliz con otra persona, que no lo era todo para él? ¿Cómo el ego puede ser tan cabrón? Me avergoncé de mí misma y aun así no pude quitarme el peso de la rabia, la pataleta infantil que te hace sentir que ya no existes sólo porque ya no existes para el otro. Aunque probablemente ni siquiera esto sea cierto, existes, pero todo se transforma en otra cosa. Me aterraba que hubiera pasado página, formar parte sólo de un recuerdo que poco a poco iría desvaneciéndose en un callejón oscuro donde nadie lo encontraría jamás, tampoco él. A veces me doy miedo.

Cuando pensé que había conseguido volverme invisible a base de desearlo con todas mis fuerzas (cuánto daño ha hecho la infancia), resultó que mi ex me había visto y encima tenía ganas de saludarme y presentarme a su nueva acompañante. ¿Qué necesidad había? Nos presentó y mantuvimos una conversación de lo más liviana mientras en mis ojos se podía leer perfectamente un letrero luminoso que rezaba «yo no quiero estar aquí». Me encontré insegura, humillada, pequeña, fea, antigua, estúpida, abandonada, sustituida y vapuleada, pero bien. Puse cara de tener prisa y él insistió en mantener una conversación.

—¿Qué tal, estás trabajando? —Ahí, al punto débil.

—Sí. —Suspiro de dama de las camelias—. Estoy escribiendo una novela.

—¿En serio? —Se sorprendió y en su sorpresa buscaba la mirada de mi sustituta, que sonreía sin saber muy bien qué decir—. No sabía que escribieras.

—Ya, yo tampoco. —Reí sola.

—¿Y de qué va? —Intervino ella con un tono amable, el típico tono amable condescendiente hacia la pobre exnovia bajita.

—Bueno, de muchas cosas, es difícil de explicar así...

—Pues si quieres quedarnos un día los tres y nos las cuentas —dijo él con total sinceridad y buenas intenciones.

Sí, hombre, sólo me faltaba eso. Ni de coña. A mí estos dos no me vuelven a pillar. Pese a sus intentos por hacerme sentir cómoda, no funcionó. Me sentí sola. Me



fui a casa deprimida. Me dolía sobre todo estar todavía en este estado primario, egocéntrico y frágil, dependiendo tanto de los demás para reafirmarme. Dependiendo de que me quisieran para quererme un poco. Confiando siempre más en el juicio ajeno que en el mío propio. Y también, siendo el centro de mi vida y dándome tanta importancia. Somos un huevo de seres humanos en el planeta, tampoco lo que me pase a mí es para tanto, sinceramente. A ver si me doy cuenta de una vez.

Rompí a llorar como hacía meses que no lloraba. Uno de esos llantos en los que descubres una frecuencia de tu voz que desconocías. Como si alguien llorara por ti de repente. Recordaba las risas, los abrazos, la convivencia, recordaba todo lo que me había enamorado de él y no podía creerme que lo hubiera perdido, que nunca jamás volvería todo aquello. Sentía como si acabáramos de romper en ese momento, cuando hacía meses de nuestra separación. Me derrumbé pensando en cuántas veces debería hacer el esfuerzo de dejar las cosas donde se habían quedado y de no llevarlas conmigo e intentar resucitarlas cuando las necesito. La hoguera estaba apagada y entre los dos no conseguíamos ni una leve chispa para reavivarla. Y aun así, sufría su ausencia y sufría la vida, todo el puñetero día sufriendo, ¿cuándo seré por fin capaz de afrontar este mundo sin que me devore? Me tumbé agotada en el sofá con los ojos empapados en lágrimas. Me gusta llorar de noche porque las luces se vuelven trémulas cuando las miro a través de las cortinas saladas.

No poder dormir convierte la atmósfera en un híbrido entre realidad e irrealdad. No, esto no es así. No es que convierta la atmósfera en un híbrido entre realidad e irrealdad, probablemente, en esa línea difusa entre sueño y vigilia, nos encontremos más cerca de otro estado, más cerca del filo del tiempo y más conscientes de que nuestra vida cabalga siempre entre realidad e irrealdad, que viene a ser lo mismo porque se funden los límites. Abría los ojos y no sabía si dormía o si seguía despierta, así durante horas, días, semanas. Y pese al cansancio que cargaba durante mi jornada laboral, sentía que mis miembros eran casi líquidos. Mis manos no cortaban el aire al moverse porque apenas pesaban, mis pies se movían ligeros y cuando cerraba los ojos un instante, sentía como si una fila de hormigas recorriera mi cráneo conquistando cada espacio.

Mi vida no se parecía en nada a lo que yo quería. Estaba sola, sin hijos y camino de los treinta y siete años, no tenía un ático en el palacio de Oriente, no medía más de uno sesenta y mis pechos eran igual de pequeños que a los trece años. No sabía de casi nada, no sabía quién era ni podía llegar a vislumbrar qué hacía en este planeta. No conocía realmente a mis padres y si no podía vislumbrar qué hacía yo aquí, intentar descifrar qué hacían mis padres en este planeta es una tarea casi cabalística. Creo que nadie lo sabe; de hecho, incluso Dios a veces mira hacia abajo y se detiene a ver a mi madre en bata cocinando durante horas para congelarlo todo, no vaya a ser que suframos un ataque nuclear y se queden sin comida en la nevera. Y también ve a mi padre instalando televisores por toda la casa para poder ver el fútbol mientras come, mientras cena y mientras duerme, incluso en algún momento acabará poniendo

uno en el pasillo para no perder detalle en caso de tener que trasladarse de un espacio a otro. Dios les observa un minuto pensativo y se pregunta: «¿Y estos qué hacen aquí? No recuerdo haber hecho algo parecido. Estos no son obra mía, se han debido de colar... Voy a tener que reforzar el muro de contención para evitar más infiltrados». Y yo siempre supe que mis padres eran unos infiltrados. Pero bueno, también tienen derecho a vivir, imagino.

## 46. El dilema

Llegó Juana una mañana y nos reunió con gesto grave. Su primo acababa de salir de la cárcel y ella era su única familia. Carmen y yo nos mirábamos entendiendo por qué nos contaba aquello. Nos pidió permiso para que pasara una temporada en nuestra casa a la espera de encontrar un trabajo y salir adelante por su cuenta.

—Será poco tiempo. Es mi única familia —y bajó la cabeza sumisa como esperando a que le propináramos una colleja por lo que estaba proponiendo.

Carmen pareció ceder y yo me quedé sola con mi negativa. No podía permitir que un expresidiario durmiera entre los muros en los que dormían mis hijas. No podía acoger a un hombre desconocido.

—Pero acogemos a mujeres desconocidas, eso es lo que hacemos y ni siquiera son de nuestra familia —dijo Juana dejando atrás la culpa con la que había comenzado la conversación.

—No es lo mismo, lo sabes muy bien. —Y me levanté de allí molesta por no recibir el apoyo de Carmen ante mi decisión. Al fin y al cabo, pensé, esta es mi casa.

Y al marcar aquella diferencia, al imponerme como dueña y señora de la casa, sentí que no había aprendido nada. No se trataba de establecer jerarquías sino de ofrecer apoyo a quien lo necesitara al margen del nombre que apareciera en el contrato como arrendatario. Sin embargo, no quería que ese hombre entrara en mi hogar. No quería dormir con el pulso acelerado en cuanto es cuchara un ruido de madrugada. No quería vigilar sus movimientos, ni convivir con el desasosiego de la sospecha. No le quería allí.

En casa habíamos acogido a una mujer mayor que lo había perdido todo. Una chica joven con dos niños que huía de su marido por razones que nunca quiso explicar. Una compañera de espectáculo de Carmen que necesitaba un hogar durante una corta temporada. La habían echado de la pensión en la que vivía por mantener una relación con el marido de la dueña. Por aquí había pasado también una adolescente huérfana que se marchó en cuanto encontró a un familiar en el pueblo de sus padres. Una señora muy elegante que buscaba refugio ante su tremenda soledad. Todas esas mujeres habían dormido en nuestros dormitorios, habían compartido nuestra comida, habían reído en la cocina mientras preparaban la cena, habían ido a la compra por el barrio, se habían hecho hueco en el sofá cada tarde para escuchar el serial de la radio, habían cantado y bailado cuando celebrábamos fiestas de cumpleaños de los niños, y habían olvidado sus penurias durmiendo siestas cortas y silenciosas. Siestas veraniegas mientras el aire cálido movía las cortinas y rozaba sus cuerpos, siestas otoñales sobre las sábanas duras y heladas, momentos de intimidad en una casa que ya no les resultaba ajena. Todas habían entrado en nuestro mundo y todas habían salido cuando las cosas empezaron a marchar. Habían sucedido cosas que nunca habría imaginado. De repente, la actitud hospitalaria del número doce de Jesús del Valle, parecía la única forma de afrontar la vida. Vivir dedicado sólo a la

familia que nos había tocado resultaba incomprensible e inhumano. Estos eran los valores que les estaba inculcando a mis hijas, que recibían con naturalidad a quien necesitara ser recibido en nuestro piso. No podía ahora dejarme vencer por el miedo a lo desconocido. Era tarde para eso, no tocaba echarme atrás ni poner problemas ante la llamada de auxilio de un hombre que lo había perdido todo. Pero tardé en darme cuenta de esto. Carmen intentó convencerme y Juana anunció que se marchaba. Si su primo no podía entrar en casa, ella debería salir para ayudarlo.

## 47. El ascenso

Seguía sin poder dormir y mi hermana, que no se comunica mucho pero siempre termina regalándome alguna cosa después de nuestras conversaciones o monólogos, porque la que suele hablar soy yo, me trajo unas semillas compradas en Marruecos en su viaje de novios. Me dijo que eran para dormir, que te relajaban muchísimo, que no las había probado pero que las compró pensando en mí y en mis problemas con el estrés. Así que una noche en la que el insomnio acechaba tras cada esquina, esperando a que me entregara a la profundidad de mi edredón para aparecer y abrirme los ojos con violencia, decidí preparar una infusión con las semillas. Las puse en remojo un rato antes, como mi hermana me explicó que debía hacer, esperé mientras recogía la ropa que tenía secándose por la casa, fregué los platos y por fin me hice la infusión cuando eran casi las dos de la mañana. Pese a que me había levantado más o menos pronto no sentía sueño y era el momento perfecto de probar el brebaje. Me bebí la infusión en el sofá y al cabo de unos minutos perdí el conocimiento.

Efectivamente, como decía mi hermana, aquello me ayudó a dormir, pero para ser más exactos debió haber utilizado otro verbo, por ejemplo «desmayar». Tenía que haberme dicho «estas semillas te ayudarán a desmayarte». Me quedé dormida profundamente sobre el sofá. Desperté a las cinco de la mañana porque tenía los pies helados, pero ni siquiera temer la congelación del dedo gordo me animaba a moverme. Me arrastré literalmente hacia la cama y no recuerdo nada más hasta la mañana siguiente. Fue la primera vez en años que no recordaba mis sueños y me resultó liberador. Siempre tenía sueños que me agotaban; debía coger un tren y pasaba toda la noche buscando la estación. Llegaba tarde a algún sitio pero no tenía reloj, perdía la maleta y retrocedía para buscarla, no encontraba a mi madre y no podía marcharme sin ella, siempre corriendo, toda la noche corriendo angustiada para escuchar el despertador y casi descansar al despertar y comprobar que no he perdido los zapatos durante la noche o que no camino desnuda por mitad de la Castellana.

Desperté y ninguna idea cruzaba mi mente. Nada, seguía en el estado de anestesia general que me había desplomado la noche antes. Las semillas continuaban haciendo efecto y esto no entraba en mis planes. ¿Cuánto tiempo estaré así? ¿Y si esto no se pasa nunca? Conseguí sentarme en el borde de la cama. Nada más. Mi cerebro no daba órdenes a mi cuerpo, todos los órganos parecían haberse puesto en huelga y mis miembros permanecían inertes. Mantuve el mismo gesto durante un tiempo indefinido. Una cara de paisaje carente de expresión me acompañó el resto del día.

Otro lapsus de memoria me asalta impidiéndome recordar cómo llegué a la ducha, cómo llegué a vestirme y cómo me desplazé hasta mi lugar de trabajo sin ser atropellada. Me vi sentada en mi despacho con mi cara de paisaje y mis compañeros mirándome de reojo sin saber muy bien si preguntar qué me había metido.

—Matías quiere verte en su despacho —dijo Nicolás unos minutos después. Y seguidamente dio un sorbo a su cortado extradulce de máquina.

—¿Para qué? —le interrogué sin mirarle a la cara porque no podía apartar los ojos del infinito, no podía hacer el esfuerzo de mover las cuencas para desviar la mirada.

Encogió los hombros como única respuesta. No podía creerme que el único día que mi jefe quería verme fuera justo en el que yo no había conseguido despertarme. Me dirigí al despacho de mi jefe.

—Te voy a ascender.

Escuché sus palabras, pero no pude reaccionar. Me hubiera gustado preguntarle por qué me ascendía, decirle que no llevaba allí ni siquiera un mes, que todo lo que había hecho bien había sido casi por casualidad y que lo que, probablemente, le gustaba de mí era que todo me importaba una mierda. Y esa falta de preocupación hacía que mi actitud pareciera segura y casi de liderazgo, pero no era así, mi actitud era de desinterés absoluto por las tareas que me ocupaban. Y también le hubiera pedido que ascendiera a cualquiera de mis compañeros, por Dios, no a mí. Pero es que no podía pronunciar dos palabras seguidas, así que finalmente eso hice, pronunciar dos palabras, pero no seguidas. Le miré con la cara de paisaje y sin ninguna emoción.

—Pues... —pausa interminable esperando a que los dos hemisferios de mi cerebro se conectaran antes de sufrir una afasia frente a mi jefe— gracias —concluí.

Por lo visto era eficiente, por lo visto me lo merecía, por lo visto Matías el jefe había observado que mi profesionalidad podría llevarme lejos en esta empresa. Yo ya estaba lejos, estaba a muchos kilómetros de mi céntrico hogar. No quería ir más lejos.

Horas después me encontré celebrando la noticia con Nicolás y Marta en el bar de abajo. Yo no sabía muy bien qué celebraba. Nicolás se alegraba de verdad, lo cual me resultaba escalofriante. Marta debió de pensar que ese ascenso lo merecía ella y yo sabía que era cierto. Más que nada porque a mí me la soplaba ampliamente y para ella suponía un reconocimiento social, un éxito entre sus familiares y amigos, una razón clara para seguir levantándose de la cama.

Les conté a mis padres la noticia y además lo hice en persona, que viniendo de mí es bastante raro. Así que cuando entré diciendo que quería contarles algo, se les encogió la cara y me miraron en silencio, esperando a que lanzara la bomba: «Papá, mamá..., estoy embarazada de un senegalés». «Papá, mamá..., soy lesbiana». «Papá, mamá..., soy lesbiana y mi novia es senegalesa». «Papá, mamá..., soy senegalesa pero lo disimulo muy bien». Porque no es que ellos sean racistas, los negros son personas, pero es mejor que estén lejos de sus hijas, simplemente ese detalle. Mientras no se acerquen mucho ellos les respetan. Y cuando dije «me han ascendido», se les relajó el entrecejo a ambos, mi madre se levantó del sofá a abrazarme y mi padre me miró orgulloso y me dijo: «¿Lo ves?».

Pensé: «¿Ves qué? ¿Qué dices, papá, de qué hablas?».

—Si cuando te pones...

No, si lo mejor es que no me he puesto a nada, me he dejado llevar por la

corriente y he acabado ocupando un puesto de responsabilidad en una empresa de gas natural. Esto era incluso más surrealista que mi encuentro con Elvira y tan poco probable como haber sido retratada a través de un espejo. Para mí, a estas alturas, todo era posible.

## 48. El primo

Estaba tan delgado que sus ojos parecían aún más grandes. Su tez pálida y su cuerpo famélico daban pistas del infierno que atravesaba. Sentí una estaca en el pecho cuando le vi abrazarse a su prima. Juana lloraba sin parar. Julio no derramó una lágrima pese a que la apretaba con fuerza contra sí. Le preparamos la comida entre las dos mientras Juana conversaba sobre cómo habían ido las cosas. Julio apenas pronunció una o dos palabras. Estaba en otra parte, su ausencia era evidente, sus gestos lentos. Su cuerpo no había entendido todavía qué estaba ocurriendo. Estaba descolocado, pero atacó el plato con energía mientras Juana le acariciaba la espalda y le miraba compasiva. Me miró agradecida. Yo me sentí más culpable que nunca.

Le enseñé la casa mientras Juana preparaba su dormitorio. Dormiría solo y nosotras compartiríamos de nuevo habitación. Ya lo habíamos hecho antes. Cuando en casa habitaban más mujeres además de nosotras, añadíamos colchones y dormíamos las tres. Nos daban las tantas de la mañana hablando sobre nuestras cosas. Juana terminó de cambiar las sábanas y acompañé a julio a su dormitorio. Necesitaba dormir y pedí silencio a las niñas, que se asomaban curiosas a observar al nuevo inquilino. Julio estaba agradecido a Juana, pero casi no se acercaba a ella; algo no fluía entre ellos y yo todavía no conocía las claves para entender su distancia.

Carmen llegó tarde y nos encontró en el salón a Juana y a mí. Le contamos cómo había transcurrido el día y sonó el ruido de una puerta en el pasillo. Apareció Julio como si fuera un fantasma. Sus ojos se cruzaron con los de Carmen y por un momento pensé que se conocían. Pero no. No se habían visto nunca aunque en sus expresiones se pudiera adivinar que tampoco eran dos desconocidos. Fue un instante tan mágico que nadie dijo nada. Juana les observaba nerviosa y yo admiraba lo que, claramente, había sido un flechazo.

Los primeros días Julio y yo apenas hablábamos. Coincidíamos en los espacios de la casa pero nos mostrábamos reservados, como si pensáramos que no teníamos nada que decirnos. Experimentaba ciertas dificultades para relacionarme con él. Quise pensar que no se trataba de mi falta de práctica a la hora de comunicarme con un hombre. Pero me temo que así era. Al fin y al cabo, mi vida estaba repleta de mujeres y compartíamos un código, un lenguaje de intimidad que ahora no conseguía transformar para dirigirme a Julio. Imaginé que él intuía mis reticencias ante su llegada y le costaba relajarse cuando yo estaba cerca. Debía de pensar que aquella era mi casa y él era un huésped impuesto. Me rompía el corazón que percibiera aquello en mí, ese rechazo que pretendía ocultar pero que se palpaba en nuestro tenso mutismo. Nunca llegamos a conversar, pero hubo días en los que conseguimos movernos en calma el uno junto al otro.

Encarna se mostraba tímida cuando julio estaba cerca. Le miraba absorta y le seguía a todas partes. Julio sonreía sin decir nada y de vez en cuando se agachaba para preguntarle que adónde iba. Encarna bajaba la mirada como si fuera una



adolescente ruborizada y corría hacia mí. Incluso los momentos en los que Carmen se acercaba a él con discreción, Encarna rompía el momento reclamando atención. Julio le gustaba, y no sabía si atribuirlo a su magnetismo incuestionable o a que era el primer hombre con el que mi hija se comunicaba desde hacía mucho tiempo.

De alguna manera, su presencia modificó el ambiente en nuestra casa. No era extraño, imagino que un solo ser humano puede transformar lo inimaginable con su presencia.

## 49. Suenos

Alcé la vista de los adoquines de Jesús del Valle y allí estaba Germán, esperándome en mi portal. Con sus enormes ojos marrones muy abiertos y un abrigo largo oscuro que cubría su nerviosismo con elegancia. No podía mantenerme la mirada, era como si hubiera vuelto a los dieciséis años de golpe. No dije nada. No dijo nada. Saqué la llave y abrí. Entré sujetando la puerta y confiando en que me siguiera. Lo hizo. Subimos las escaleras en silencio. Pude haber dicho cualquier cosa, pero decidí no hacerlo. Esta también era una forma de comunicación, no quería intoxicar el momento con banalidades, con frases vacías, quería seguir disfrutando de este cosquilleo que tomaba mi cuerpo a medida que avanzaba. Podía escuchar su respiración. Abrí la puerta de casa, entramos. Nos quedamos mirándonos todavía en silencio. Cogí su mano, le llevé a mi habitación. Me quedé frente a él y enredé mis dedos en su abundante cabellera grisácea. Pareció no poder resistirse más y me agarró la nuca acercándose hacia su cara. Juntamos nuestros labios, rozamos nuestras lenguas, clavamos nuestras uñas en la ropa, nos tiramos en la cama y empezamos a desnudarnos el uno al otro, con impaciencia, pero frenando el impulso para no saltarnos los pasos a los que tanto nos había costado llegar. Paseé por su estilizado cuerpo, radiografiando cada detalle para no perderlo, para que se quedara entre aquellas paredes en las que convivían todas las posibilidades. Nos besamos durante horas, nos acariciamos durante horas, nos miramos, nos respiramos en el cuello e investigamos nuestras pieles. Un manto invisible cubrió nuestra desnudez y la atmósfera se llenó de nosotros.

Sonó el despertador. No me lo podía creer. Otra vez había sido un sueño. Un sueño tan real que casi sentía todavía la presencia de Germán junto a mí en la cama. Fue un despertar agri dulce, de verdad creí haber vivido todo aquello aunque sólo hubiera sido una proyección de mis deseos. Y cuando sucede esto, transcurre el día con la frustración enganchada. Te vienen momentos del sueño y revives esa felicidad que creíste haber experimentado, pero entonces vuelves al presente y te dan ganas de llorar. Aunque, sinceramente, ¿no pueden producirse encuentros durante la noche? ¿No pueden los sueños reflejar los cruces emocionales que realmente existen? ¿Hasta qué punto lo que vivimos durante el sueño es un invento?

Recordaba la congoja con la que me despertaba las noches que soñaba con mi abuela. Había muerto hacía poco tiempo y no fui consciente de lo unidas que estábamos hasta que se marchó. Una de las primeras noches tras el entierro, soñé que le susurraba algo al oído y ella estallaba en carcajadas. Yo reía también. Desperté riendo tan alto que el eco podía escucharse en mi dormitorio. Me incorporé intranquila por la sensación de realidad absoluta que me penetraba. Y en ese instante dudé. Dudé de si había sido un sueño o si realmente mi abuela y yo nos habíamos estado descojonando más allá de este mundo. Es cierto que yo deseaba que esto fuera así, pero también es cierto que no había razones para negarlo.

Me bebí un café mirando hacia la calle. A veces me gustaba observar a las palomas. Se posaban dos sobre un tejadillo, acurrucadas, mirando vete tú a saber qué, como si fueran dos señoras mayores pasando el rato, o como dicen algunos que suena terrible «matando el tiempo». De repente, divisaban un trozo de pan en la calzada y volaban rápidamente a picotearlo. Y luego volvían de nuevo a su refugio a esperar hasta el siguiente bocado. Las palomas se dedicaban sólo a comer, aparearse y esperar, o al menos eso parecía. Puede que en su aparente intrascendencia vital escondieran reflexiones filosóficas como «¿por qué nacemos las palomas? ¿Somos las palomas realmente los seres más evolucionados del mundo? ¿Hay otros mundos más allá de este tejado? ¿Qué utilidad tiene la existencia de esos llamados humanos que actúan con tanta superioridad?». Lo cierto es que había días en los que pensaba que los hombres y mujeres del mundo estábamos viviendo como si fuéramos palomas. Comer, dormir y aparearnos (unos más que otros). Sobrevivir, nada más, ocupar el tiempo de aquí a la muerte. Es absurdo que esto sea todo, no tiene ningún sentido. Pero hay quien cree que el ser humano es un animal, es más, tengo un libro de biología en el que cuando hablan de los humanos lo llaman «biología de los animales». Por favor, el hombre no es un animal, aunque siempre haya excepciones, ¿habéis visto algún animal capaz de pintar Las meninas? Pues eso.

## 50. Sus ojos

Eran discretos. Apenas se comunicaban verbalmente, pero sus ojos se lo decían todo. Nunca un roce de pieles, nunca una conversación, era demasiado enigmático como para hablar de ello. Carmen callaba cuando julio estaba cerca. Incluso su actitud conmigo se veía alterada. Todavía no había aprendido a alternar sus sentimientos con sus rutinas. Podía adivinar la presencia de julio sin haberle visto porque Carmen se convertía en una niña de timidez extrema. Pensé que tendría miedo. Y el miedo podía ser un mensaje de alerta o una reacción lógica ante sensaciones tan fuertes e inesperadas.

Julio y Carmen se miraban en la distancia, mientras Carmen recibía a dos gemelas de unos diez años que venían cada martes a sus clases de canto y piano. Julio salía de su dormitorio con la toalla de mano al hombro para dirigirse al lavabo. Yo me encontraba justo entre ambos, como si me hubiera situado allí consciente de que quizá los metros a derecha e izquierda coincidieran exactamente. Estaba en el centro del pasillo y juraría haber sentido una corriente eléctrica producida por esa mirada afilada que viajaba por el aire atravesando mi cuerpo. Se decían tanto sin hablar que pensé en todas las palabras que sobraban en el día a día. Cuántas frases podrían no ser pronunciadas sin que cambiara nada. Cuántos desperdicios verbales nos acostumbramos a esparcir por nuestro entorno. Aquel silencio luminoso determinó un comienzo entre ellos dos. Ya no había marcha atrás.

A Julio le gustaba mirar por el balcón. No se asomaba, sólo observaba la calle desde el salón durante horas. Sin moverse, sin hablar, sólo posando sus ojos en el exterior, en el aire libre del que había estado privado todo este tiempo.

La presencia masculina en nuestra casa podía sentirse. Y aunque su energía se adaptaba a lo que hasta ahora funcionaba casi como matriarcado, encontrar los objetos de julio en el cuarto de baño y asistir de repente a su imagen afeitándose en camiseta frente al espejo, me llevaban de vuelta a mi vida con Luis. Pensé en el sufrimiento que sólo se encuentra en el recuerdo, en la memoria. Habían bastado unos años para olvidar lo que era mi vida antes, y en cuanto el recuerdo de la convivencia comenzó a desvanecerse, mi cuerpo ya no sufría, mi mente ya no chillaba desesperada. Me sentí aliviada por descubrir que mi mente podía limpiarse como cualquier estancia de esta casa. Y cada día despertaba la oportunidad de la felicidad. Todo estaba a mi alcance.

Me senté donde siempre, a la hora de siempre, y mientras removía mi café con leche, sentí una mirada más allá del cristal. Tardé unos segundos en levantar la vista para comprobar que el afilador me observaba desde el otro lado. Miré a mi alrededor, como si la evidencia de nuestro encuentro pudiera captarse incluso en este silencio tan quieto en el que nos encontrábamos. Sonrió. Pensé que buscaba en mí una respuesta, algo que le animara a entrar y compartir este momento, pero no era así. Sólo sonrió y cuando nos hubimos mirado unos minutos, siguió su camino. Levantó

la mano para despedirse y me atrapó una sensación extraña. Volví a mi café desconcertada.

Me asomé a la cocina y observé a Carmen y al primo de Juana preparar la comida en silencio. Un ruido proveniente de mi dormitorio me sobresaltó. Corrí a comprobar que mis hijas se encontraban bien y al entrar Gloria y Encarna me miraron asustadas.

—Se ha caído solo.

El retrato de la mujer del espejo había caído al suelo. Interrogué a mis hijas con la mirada para comprobar que no habían sido ellas las que lo habían hecho caer, pero no lo hicieron. El retrato se había desprendido sin que nada ocurriera. El cristal se había roto y saqué el retrato del marco. Carmen gritó desde la cocina para decirnos que la comida estaba lista y Encarna corrió hacia allí. Gloria no se movió. Sentí una presión en el ambiente. Me acerqué a mi cama y me senté un momento. Observé el retrato de la mujer del espejo. La apreté contra mi pecho, como si temiera que la caída pudiera haber dañado a mi desconocida. Saqué el retrato del cristal roto y vi las letras que había escrito al dibujarla. No entendí por qué había escrito aquello. Gloria salió del dormitorio sin preguntar.

## 51. La pastelería

La dueña de la pastelería era una mujer muy gorda, mucho, muchísimo, de unos sesenta años. Se movía lentamente por el local, mientras la chica joven que me había atendido la otra vez despachaba a unos chavales que se dirigían al instituto. Esperé a que se marcharan y la chica me reconoció. Le dije a la dueña que quería hablar con ella y me miró de arriba abajo, con cara de pocos amigos, quizá ninguno.

—Hola, buenas. Mire, estoy escribiendo un reportaje (así, mintiendo desde el principio) sobre el barrio en la época de los años cuarenta y cincuenta y quería saber algunas cosas sobre los establecimientos que llevan abiertos desde entonces.

—¿Por qué?

—Bueno, soy nueva en el barrio y he pensado que podría hablar de la historia.

—Sí.

—Sí.

—Ya.

—Pues eso. —Tensión.

—Es que no sé qué quieres que te diga.

—¿Conoció usted a los dueños iniciales?

—No. —Había que sacarle las palabras con cuchara.

—¿Y sus padres?

—¿Qué?

—¿Conocieron sus padres a los dueños iniciales?

—Hombre, claro, les traspasaron el negocio y además ella era amiga de la familia.

—¿Y cree que su madre podría contarme algo más?

—Mi madre ya no está para recordar mucho, yo sé que el apellido de los que montaron esto es Santos. Y vendieron el negocio porque se fueron a Castellón de vuelta, que es de donde era la familia de él.

La pista de la pastelería me llevó hasta Cristóbal y Lola, los últimos dueños, que traspasaron el negocio porque vivían fuera. Por lo visto se marcharon de Madrid al año de casarse y durante un tiempo delegaron en otros familiares la regencia de la pastelería.

—¿Cree que podría localizarlos de alguna manera?

—Cristóbal murió hace tiempo, y Lola hace unos... Dos años y medio o así. Mi madre fue al entierro.

No tenía nada que me ayudara a adentrarme en la historia que me ocupaba y me dispuse a marcharme de allí tal como había venido. De repente, esta mujer sintió la clásica curiosidad de vecina del barrio.

—Dices que eres nueva en el barrio, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Dónde estás viviendo?

—En el doce de Jesús del Valle.

—No sabía que alquilaran nada ahí.

—Sí, el tercero derecha.

Me miró extrañada.

—Ah, ¿por eso preguntas por los antiguos dueños?

—No... ¿Qué tiene que ver?

—La hermana de Lola vivió muchos años en esa casa.

—¿Se refiere a Elvira? ¿Lola era la hermana de Elvira?

—Sí. Pero fíjate que el nuevo dueño de tu piso no quería alquilarlo. Lleva cerrado un montón de años. ¿Cómo has conseguido que te lo alquilen?

—No sabía que no estuviera en alquiler... Me lo dijo una vecina.

No preguntó más y yo volví a casa sin entender nada. Ahora sabía que la hermana de Elvira se había casado con uno de los dueños de la pastelería. Puede que aquello me llevara a algún sitio, pero lo que me dejó bastante desconcertada es que mi casa no estuviera en alquiler; de hecho, no aparecía en ningún cartel ni estaba anunciada en las *webs* inmobiliarias. Entonces, ¿cómo accedieron a alquilármela a mí? Cuando llamé al casero se sorprendió, me preguntó que cómo sabía de esa casa y al contestarle que a través de una vecina, no dijo nada más. Accedió a alquilármela sin entrar en detalles. ¿Por qué decidió Gertrudis hablarme de un piso que no estaba en alquiler?

## 52. La magia

Cogí las tijeras para recortar el bajo de una falda de Gertrudis, que se encontraba junto a mí. Me llamó la atención su expresión. Miraba hacia el espejo como si hubiera visto una aparición y me asusté. Acto seguido me miró y siguió hablando de sus cosas como si nada hubiera ocurrido. Terminé su falda a las pocas horas y se quedó conmigo hasta que anocheció y tuvo que volver a su casa, a su vida. No parecía querer abandonar el espacio en el que se convertía en otra mujer, mucho más alegre, con ganas de hablar y de escuchar, con una necesidad infinita de estallar en carcajadas y compartir sus recuerdos más íntimos conmigo.

Nos despedimos y volví al espejo. Quería comprobar qué era lo que le había llamado tanto la atención. Entonces me acerqué. Lo vi. Unas huellas marcadas casi a mi altura delataban que había posado mis manos sobre el espejo. Pero ¿por qué era eso tan extraño? Me fijé de nuevo en los dedos, acerqué las manos y comprobé que las huellas no provenían de este lado. Las huellas provenían del otro lado del espejo. Mis hijas aparecieron en el salón y disimulé lo que acababa de ver. Acaricié el espejo como si intentara repasar las formas de la mujer que me esperaba al otro lado. Como si intentara llegar a ella rozando mis dedos sobre el azogue. Gloria me miró perpleja.

Dediqué parte de la noche a pensar en las huellas del espejo. Sabía que existía una conexión con el otro lado, pero no sabía nada más. Ni a qué época me enfrentaba en el reflejo, ni por qué sucedía todo aquello. Ni siquiera era capaz de adivinar desde cuándo ocurría. Puede que incluso antes de ver a aquella mujer, ella me viera a mí, o quizá los encuentros no empezaron hasta que las dos nos vimos en el mismo momento. Pero lo que ahora me preocupaba, aunque se tratara de una inquietud serena, por contradictorio que pueda sonar, era que había un elemento físico en los encuentros. Las huellas estaban físicamente en el espejo. Sus dedos habían sido atrapados allí y eso ya no formaba parte de una aparición, ahora era algo más fuerte, algo tangible, algo imposible. Deseé entenderlo, deseé tender mis manos al otro lado y que la mujer del espejo las tomara entre las suyas. Deseé brindarle mis muñecas ciegas.

Le di la vuelta al espejo en un arrebato estúpido de necesidad de respuestas. Lo dejé unos minutos con el azogue mirando hacia la pared. Pensé en su procedencia; al fin y al cabo, no sabía nada de la historia del espejo y puede que hubiera alguna clave para explicar la magia que experimentaba. Unos días después, le pregunté a Lola qué recordaba del espejo. Me contó que estaba en la casa familiar del pueblo y que por lo que había oído alguna vez, fue un regalo de mi padre en su primer aniversario de boda. Y lo recordaba porque mi madre se negaba a que el espejo presidiera el salón. No se deshizo de él, pero tampoco quería que lo único que le quedaba de mi padre fuera el centro de su espacio, de su antigua vida, ahora que estaba huyendo de ella. Sólo mi padre podría tener las respuestas que yo estaba buscando. Él era el único que sabía de dónde provenía el espejo y cuál era su historia. Pero mi padre no estaba, mi



madre no estaba, mi tío no estaba y yo no tenía oportunidad de encontrar más señales en este relato confuso. Situé el espejo de nuevo en su posición habitual y volví a mi cama. Me disculpé mentalmente por haberlo castigado poniéndolo contra la pared.

## 53. 35 días

Hubo una noche en la que me puse a escribir de verdad. Me puse a escribir sin parar, sin dudar, sin releer los párrafos veinte veces antes de pasar al siguiente. Tenía la sensación de que alguien me soplabá lo que debía escribir y yo, simplemente, lo traducía al papel. Y cuando habían pasado unas horas y mi inspiración comenzaba a desfallecer, dejé de escribir y me tumbé en el sofá. Pensé en todo lo que me estaba ocurriendo y me parecía sorprendente que mi vida hubiera cambiado tanto en sólo 35 días; 35 días, pensé... Llevo aquí más de un mes... Llevo casi 40 días. Pensé en el número 40 porque me sonaba familiar, sobre todo porque recordaba que el diluvio duró 40 días. En mi casa no éramos especialmente católicos, pero creo que a mi madre le hacía ilusión pensar que sí y algunas noches nos leía pasajes de la Biblia a modo de cuentos, sin gracia, ni esa magia que hace falta para que un niño esté dispuesto a escuchar a su madre a los pies de la cama recitando sin ningún ritmo. De pequeña nos hizo rezar algunas veces, pero luego se le olvidaba. Fuimos a misa un par de domingos, y al tercero se le olvidaba también. Quería ser más católica de lo que era, aunque no creo que fuera una búsqueda espiritual, sino la necesidad desesperada de pertenecer a algo. Así que años después, pasó a pertenecer al grupo de alumnas de Pilates en el gimnasio *Gym Mery* y nunca más se acordó del cristianismo.

Metí en *Google* «40 días». Y encontré esto: 40 días fueron los que duró el diluvio (Génesis 7:17); Jesús pasó 40 días en el desierto (Lucas 5, 1:13; Marcos 1, 12:13; Mateo 5, 1:11); los israelitas pasaron 40 años en el Sinaí (Deuteronomio 1); 40 horas de ejercicio de piedad tradicional católica en recuerdo de las horas pasadas por Jesús dentro del sepulcro. La tradición musulmana afirma que el alma del difunto ha de esperar 40 días para ser juzgada y llegar al paraíso, y es a partir de entonces cuando los familiares pueden visitar la tumba.

Esto último me llamó mucho la atención, porque hacía unos años había leído que la energía de los muertos tardaba 40 días en despedirse del cuerpo. No le di importancia entonces, pero estas cosas siempre pasan. En el presente uno no sabe por qué se encuentra con lo que se encuentra, y al cabo de los años las piezas encajan y todo cuadra. Y me pregunté qué diferencia habría entre un muerto despidiéndose de la tierra o un muerto que ya se ha despedido. Me lo pregunté porque mis percepciones en esta casa habían comenzado de inmediato, hacía exactamente 35 días. Pero entonces, ¿Elvira se estaba despidiendo de su cuerpo, de la vida, se estaba despidiendo de su casa? ¿Seguía quizá viva y todo esto no tenía nada que ver?

Decidí ir deshaciendo poco a poco la madeja mental con la que estaba viviendo. El dueño de mi casa no sabía nada, su familia tampoco sabía nada, Gertru no sabía nada del paradero de Elvira y su familia, así que la cosa se complicaba por momentos. Tuve una idea delirante. Mi exnovio era periodista. Vamos, lo sigue siendo, qué manía de matar a los exnovios. Sí, ese exnovio que ya me había sustituido por otra, ese que había pasado página y que se había quitado la barriga para

recibir a su nueva pareja con un cuerpo proporcionado. Si tanto interés tenía en saber de mi novela, quizá pudiera ayudarme con la parte de investigación. Porque yo sólo sé investigar poniendo cosas entrecomilladas en *Google* y esto ahora mismo no podía funcionar.

—Elvira Sánchez Aparicio.

—Vale, voy a ver qué puedo hacer —me dijo con un tono amable mientras parecía apuntar el nombre que acababa de darle.

—¿Cómo vas a buscarla?

—Tengo bastantes contactos, y ya sabes que un periodista nunca revela sus fuentes.

Mentira. Cuando éramos pareja me revelaba todas las fuentes, incluso las que no me interesaban lo más mínimo, sí, sobre todo estas últimas. No puedo decir que mi ex no fuera un tipo interesante, no puedo decirlo porque no sería verdad y a quién quiero engañar. Lo es. Pero se había construido un reducido universo del que no quería salir. Había decidido no ampliar sus fronteras para dejar entrar otros estímulos, o, al menos, para dejarme entrar a mí. Y con el paso de los años nos habíamos ido distanciando irremediabilmente. Quizás aquello fuera una oportunidad para transformar nuestra historia.

## 54. El triángulo

Terminamos de cenar y Julio se despidió de su prima con un beso en la mejilla. Al día siguiente acudía a un nuevo trabajo y debía levantarse al amanecer. Nos quedamos las tres en silencio, sin saber muy bien si debíamos hablar de lo que estaba ocurriendo. Nuestra convivencia nunca se había visto amenazada, nuestro cariño había soportado todo tipo de cambios y juntas habíamos superado las adversidades, priorizando siempre nuestra amistad. Y aunque mi rechazo ante la llegada de julio se había basado en el temor físico de dormir en el mismo espacio que un expresidiario, la situación que vivíamos parecía apoyar mis reticencias iniciales. En nuestras vidas, los hombres siempre habían sido sinónimo de problemas y profundas decepciones. Yo no quería reafirmarme en este argumento, pero las circunstancias ponían de manifiesto que todo se complica con la llegada de un varón.

—¿Qué pasa? —preguntó Carmen sin rodeos.

—Nada —contestó Juana mientras se levantaba a fregar los platos para evitar la conversación.

Carmen le cogió el brazo intentando detenerla.

—Estás celosa, Juana, puedes decírmelo.

—No lo estoy.

Carmen me miró buscando apoyo, pero yo no podía decir nada. Conocía las razones de Juana y no iba a delatarla. Juana derramó una lágrima y se sentó junto a Carmen, que insistió de nuevo:

—Yo quiero a tu primo, no había sentido esto nunca.

Juana rompió a llorar. No la había visto llorar así en la vida. No podía parar. Sollozaba emitiendo sonidos escalofriantes, con un sufrimiento imparable que parecía ir encogiendo su cuerpo hasta dejarlo exprimido sobre la silla. La abracé. Carmen saltó.

—¡Eso que sientes es insano! —gritó Carmen perdiendo los nervios.

La miré dudando de si sabía lo que decía. Dudando de a quién se estaba refiriendo. Juana también dudó. La miró fijamente a la espera de una explicación. Se retaron con la mirada.

—No puedes estar enamorada de tu primo, es tu primo.

Y entonces descubrimos que Carmen no había entendido nada. Que estaba asistiendo a una declaración, y que, por falta de intuición o por puro miedo, no era capaz de verlo.

Carmen se marchó de la cocina. Juana se abrazó a mí para seguir llorando. No quise decirle que sabía por lo que estaba pasando, que conocía su pasión por Carmen, que es doloroso amar en silencio y vivir aterrado ante la posibilidad de que el otro lo descubra, de que el otro te rechace, y como en este caso, de que el otro ignore tus sentimientos y se entregue a un hombre que tú misma pusiste en su vida.

A partir de ese día, Juana perdía el pulso un poquito cada día, vivía rendida ante

la evidencia de la pasión que crecía entre su enamorada y su primo. Le resultaba insufrible y evitaba su presencia. Carmen se debatía entre la tristeza por la pérdida de su gran amiga, y la felicidad del encuentro con Julio. Yo me mantuve neutral todo el tiempo que pude.

Me negaba a pensar que la amistad entre Juana y Carmen fuera irrecuperable. Pero ¿cómo transformar ese sentimiento en amistad de nuevo? ¿Cómo vivir asumiendo que el otro no siente lo mismo por ti? Uno no debería necesitar ser correspondido, y de ser así, no puede ser amor, debe ser otra cosa, algo relacionado con la supervivencia, la utilidad, el ego. ¿Podemos llegar a sentir un amor altruista? Amar sin necesitar ser amado, a eso debe de parecerse la libertad.

## 55. La pista

Mi ex me llamó al día siguiente. Me dijo que tenía algunas cosas que podrían interesarme y que había localizado a una mujer que podría ser Gloria, una de las hijas de Elvira. Me contó todo esto mientras yo ordenaba un fichero de la oficina y mis compañeros me miraban con curiosidad al observar mi alegría.

—¿En serio? ¡Pero eso es la leche! No me lo puedo creer... Cuéntamelo todo.

—Te lo cuento si me prometes que vas a venir a mi fiesta de cumpleaños.

—Eso es chantaje.

—Completamente.

Nicolás me lanzó un gesto interrogante y yo le devolví otro quitándole importancia.

—¿Quieres venir con alguien?

—¿Me estás preguntando si tengo novio?

—No, te estoy preguntando si quieres venir con alguien.

—Pues no, la verdad.

—O sea, que no tienes novio.

Reímos.

—No voy a conocer a nadie... No sé...

—No tengo muchos amigos, pero creo que los conoces a todos... Y a Marga también la conoces ya.

Marga. Su nombre era Marga. Esa estilizada y pálida belleza, esa presencia casi etérea se llamaba Marga. Pude haber dicho que no iba, pero un impulso kamikaze me arrastró a acceder. Tenía sólo un día para decidir qué ponerme para la ocasión. Estuve tentada de pedir el día libre en la oficina como si fuera una sugerencia lógica: «Es que voy al cumpleaños de mi exnovio, en el que estará su nueva novia, y todavía no sé qué me voy a poner». En mi fantasía Matías, mi jefe, habría contestado: «Por supuesto, y si quieres también el lunes libre para digerir la experiencia, adelante. Lo entiendo perfectamente». Sabía que ella estaría estupenda y yo no quería ser menos. Pero tampoco iba a hacer la gilipollez de comprarme un vestido sólo para acudir a esta fiesta, sería de locos y diría muy poco de mi seguridad y madurez.

—También lo tenemos en negro, pero en verde te queda muy bien. —La dependienta opinó con sinceridad. O al menos eso creí. Me llevé el vestido.

El surrealismo tocó techo cuando acudí a la fiesta con Nicolás. Él había escuchado una conversación telefónica en la que Mónica se lamentaba por no poder acompañarme y yo intentaba que se sintiera culpable con tácticas de pasiva agresiva aprendidas de mi madre. Es bonito que los padres te enseñen a moverte por la vida. Aunque sea a moverte como una serpiente. Al colgar, Nicolás me preguntó si quería que viniera conmigo. Mi cara debió de expresar demasiada sorpresa y él reaccionó disparando cierto orgullo hacia mi mesa.

—Vamos, que todavía no sé si puedo, tendría que ver...

Y sacó su agenda para comprobar fechas mientras yo flipaba pensando, de nuevo con mi condescendencia: ¿qué tendrá que hacer este tipo? ¿De verdad tiene planes y gente con la que llevarlos a cabo? Pero no, capté que se trataba de un mecanismo de defensa, que necesitaba hacerme ver que me acompañaba por mi bien pero que tampoco se le iba la vida en ello. Accedí. Iríamos juntos a la fiesta.

Yo iba muy guapa porque al fin y al cabo esta es mi versión de los hechos, y Nicolás pasó a buscarme con un coche tan neutro como él mismo. Entré y no supimos si darnos dos besos, al fin y al cabo trabajábamos juntos y nos veíamos a diario. Un choque de cabezas patético para soltar al aire dos abruptos besos dio paso al «estás muy guapa, tú también» y nos pusimos en marcha. Me conmovía que Nicolás fuera vestido de domingo. Lo imaginaba frente al espejo eligiendo cómo vestirse para esta cita ambigua.

Mi ex nos recibió con entusiasmo y entramos observando el entorno y saludando a todos los que nos iban presentando. Me sentí insegura en un primer momento. Uno no sabe qué arrastra del pasado en su maquiavélica memoria, pero yo sé ahora que algunas situaciones de la adolescencia se incrustan en mi mente en momentos determinados. Tenía diecisiete años la primera vez que viví una inseguridad así en un local de moda. Salimos unos cuantos amigos por la zona del barrio de Salamanca. Entramos a un sitio bastante pijo, en el que yo me sentía absolutamente fuera de lugar. Ojalá hubiera sido una sensación mía, pero a medida que me adentraba en el local, fui percibiendo las miradas de algunos, y sobre todo algunas chicas que allí se encontraban. Las vi reírse de mí sin disimular, con toda la arrogancia del que siente que se mueve en su terreno. Me sentí incómoda en mi cuerpo, en mi peinado y en mis ropas. Aquel no era mi sitio y me lo hicieron ver en pocos minutos. Mis amigos, vestidos más a tono, no parecieron darse cuenta, pero yo no pude relajarme en las horas que estuvimos allí. Y en vez de afrontarlo con entereza, casi les ofrecí la cabeza para que todos me la pisaran. Miraba al suelo, bebía mi *Martini* en una esquina, deseando marcharme y respirar lejos de la tensión a la que estaba sometida. Me sentí juzgada y humillada. Había pasado las horas arreglándome el pelo, maquillándome, eligiendo la ropa con la que pensaba que estaba más guapa y me encontré ridícula por intentar aparentar una posición a la que no pertenecía. Era la historia de mi vida. Se ponía de moda el *Privata* y mi madre me compraba un *Privote* en la tienda del barrio. Si las otras niñas llevaban *Hello Kitty*, mis padres lo arreglaban comprándome algo que llevara un gatito. Pero no era el gato lo que yo quería, era la marca, era la insignia de la gente que molaba. Quería ser como ellos, o al menos parecerlo. Grandes estupideces nos acosan en la infancia y adolescencia. En casa no dábamos para mucho más, la situación económica era limitada y yo entraba en cólera por tener que conformarme con lo que me había tocado. Debido a aquella experiencia traumática, siempre que entraba en un lugar con mucha gente, el temor al ridículo se instalaba en mí.

Marga se acercó y le presenté a Nicolás como «un compañero de trabajo y

amigo» para que no hubiera dudas de que nuestra relación no era lo que podría parecer. Sabía que era una imbécil por avergonzarme de mi acompañante. Este tipo de mezquindades ya las había experimentado antes. Fui consciente de todo esto, pese a que me costó unas horas liberarme de mis prejuicios.

Bebimos, charlamos, seguimos bebiendo y comenzaron los primeros acordes de «Coming home baby» de Mel Tormé, un tema que yo solía bailar sola una y otra vez, llegando incluso a pasar una mañana entera escuchando la misma canción. Debía de tener a los vecinos de lo más contentos. En casa bailaba mucho, muchísimo, a veces delante del espejo para comprobar si mis pasos podían ser repetidos ante otras personas. Otras veces lo hacía sin mirarme, sólo para liberar mi cuerpo durante unas horas. Y confieso que también he llegado a hacer *playbacks*. Pero esto, por favor, ya que tengo una edad y una imagen que mantener, no hace falta que lo comentéis.

El primer momento, antes de lanzarte a bailar en una fiesta, es complicado. Aunque es mucho más complicado si alguien tira de tu brazo para obligarte a bailar. Eso no se le puede hacer a nadie, estoy totalmente en contra del «venga, no seas sosa, sal a bailar». Saldré a bailar cuando quiera yo, no cuando quieras tú. Tiene sentido, ¿no? Me levanté del sofá despacio, y me fui uniendo a la pista improvisada que ocupaba la mitad del salón. Lo hice así, como quien no quiere la cosa, con una cerveza en la mano, un cigarro en la otra, mirando al suelo... Los clásicos recursos del que quiere pasar desapercibido. Y por fin conseguí olvidarme del entorno y empecé a moverme de verdad. Nicolás me miraba como si fuera una desconocida. Era lógico. Mi imagen detrás de la mesa de la oficina no era la misma que veía ahora. Cuando cambias de contexto, de alguna forma eres otro. Para bien y para mal. Imagino que todos habréis tenido la experiencia de sacar de contexto a tu aventura del verano. Ese chico rudo de pueblo que tanto te atrae durante los meses de julio y agosto, pero que cuando viene a visitarte a tu ciudad en pleno enero no entiendes por qué te gustaba tanto. Y le encuentras tan fuera de lugar, que sólo deseas que se vuelva a los futbolines de los que nunca debió salir.

Mientras bailaba, mi mirada se topó con mi ex y Marga. Se estaban abrazando y reían junto a la terraza. Pero sorprendentemente, nada se movió en mi interior. No me quedaba una sola migaja de celos o rencor que me obligara a angustiarme. Nada. Les observé esperando confirmar que por fin había pasado página. Mi estómago permanecía tranquilo y mi garganta suave. Me acercaba a la libertad, dejaba atrás la memoria de lo que habíamos vivido juntos y asumía casi con alegría la nueva vida de ambos.

Cada segundo que transcurría yo me encontraba más suelta y bailaba con más energía. Subieron el volumen y nos volvimos todos locos, bailamos como si una corriente eléctrica nos hubiera poseído; movimientos casi espasmódicos que gobernaban nuestros cuerpos, ahora repartidos por toda la casa en una especie de comunión armónica entre los asistentes. Nicolás se unió al baile, al principio con timidez y poco a poco fue cerrando los ojos para guiarse por la música. Terminó Mel



Tomé y vinieron otras canciones y otros bailes, y otros amigos paseando por la casa mientras movían los pies al ritmo de la música. Bailamos hasta casi las cinco de la mañana. Me acerqué a Nicolás, que descansaba en la cocina con una Coca-Cola en la mano. No quería seguir bebiendo para poder conducir de vuelta. Le pregunté que cómo lo estaba pasando y antes de terminar la frase me estaba besando.

Los minutos que transcurrieron tras aquello fueron tensos. Él no sabía si había hecho lo correcto y lo cierto es que yo tampoco. No puedo decir que no disfrutara del arrebato, pero no sentía ninguna necesidad de repetir la experiencia. Me llevó a casa. Salió del coche para despedirme en la puerta e imaginé que esperaba una respuesta, un comentario, una proposición para pasar la noche juntos. Le besé en la mejilla diciendo que lo había pasado muy bien y con un educado gesto de decepción se marchó de allí. Entré y me refugié en el portal unos segundos, esperando que mi cuerpo me revelara si había hecho lo que realmente quería hacer. Ninguna ansiedad se revolvía dentro de mí. Deduje que no me había reprimido, sino que, simplemente, no quería ir más allá.

Eran muchas las personas que me recomendaban que echara un polvo con casi cualquiera una noche, aunque no fuera el hombre de mi vida, que no hacía falta sentir un vínculo tan fuerte para entregarme al sexo de vez en cuando. Yo sabía que no podía esperar a irme a la cama con el que de entrada ya supiera que sería el padre de mis hijos, pero, por otro lado, me resultaba un acto estrictamente utilitario. Utilizar al otro para calmar mi ansiedad hormonal. La gente se justifica pensando que es un acto utilitario en ambos sentidos, pero eso no me consuela. No puedo meterme en por qué hacen las cosas los demás, pero sí puedo analizar por qué las hago yo. Y no quería usar a ningún hombre y no quería ser usada por ninguno. Claro que podía acostarme con alguien a quien apenas conociera, incluso alguien con quien supiera que no iría más allá, pero al menos, durante esa noche, debería ser un encuentro único, aunque sólo fuera unas horas. No podía desnudarme y ser acariciada por un hombre intercambiable. Era injusto para todos compartir la noche con Nicolás cuando lo que más deseaba en el mundo era compartir la noche con Germán.

Sabía que mi discurso sonaba reaccionario, pero era todo lo contrario. «Date una alegría al cuerpo», te dicen con esa ligereza, como si me recomendaran que me metiera en un *spa* o me zampara una tableta de chocolate. De verdad hay quien cree que la libertad tiene que ver con tirarte a quien se te ponga delante, ¿por qué? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? No podemos ser usados como parches para cubrir los huecos que han ido quedando en las vidas ajenas. Y con esto no estoy haciendo apología de la abstinencia, ni mucho menos. Simplemente, creo que dos cuerpos bajo las sábanas implican mucho más que una búsqueda de placer físico inmediato, creo que existe un intercambio de energías, de intenciones, creo que todo lo que uno lleva dentro lo está compartiendo con quien tiene al lado. Si le hubiera contado todo esto a Nicolás para explicarle el porqué de mi negativa me habría tomado por una desequilibrada. Por eso sólo os lo cuento a vosotros que, al fin y al cabo, no sé

quiénes sois.

## 56. La duda

Eran casi las once de la mañana y Lourdes no había llegado. Era la primera vez que se retrasaba y empecé incluso a preocuparme. Me di cuenta de que si algo le sucedía no podría enterarme. Desconocía su dirección, su teléfono, no teníamos amigos comunes y ella revelaba pocos detalles que pudieran ayudarme a encontrarla en caso de que necesitara hacerlo. No sé por qué me atrapó la inquietud, no tenía razones. Imagino que con todo lo que estaba pasando en casa había llegado a estar alerta ante cualquier posible cambio de rumbo. Cada golpe de viento modificaba mi dirección y mi horizonte. Vivía rendida ante la evidencia de la vulnerabilidad de los destinos, que se cruzan para luego enderezarse. Ya no sabía en cuál de las posiciones me encontraba. Pero al menos me mantenía en pie.

Lourdes llegó hora y media tarde y no quiso darme demasiadas explicaciones sobre su tardanza. Estaba extraña, una tensión evidente presionaba sus mandíbulas y erguía su espalda en exceso. No me miró a los ojos mientras le probaba las prendas que le había arreglado. No comentó nada entre los cambios de ropa, como solía hacerlo. Solía disfrutar de los arreglos frente al espejo y hablaba de detalles casi imperceptibles en los que reparaba de un solo vistazo. Tenía delante a una desconocida. No sabía qué le pasaba, quizá tuviera que ver con el lugar del que venía, quizás un incidente, una disputa, algo había cambiado en Lourdes desde unos días atrás.

Cuando se vistió de nuevo con la ropa con la que había llegado, me pidió algo de beber y me acerqué a la cocina a preparar un café para las dos. Me pareció escuchar un ruido pero no le di importancia. Al volver al salón con la bandeja y los dos cafés con leche, Lourdes no estaba. En su lugar sólo encontré a Gloria, que no supo explicarme qué había sucedido.

—¿Dónde ha ido la señora Lourdes?

—No lo sé. Sólo se fue.

Y mi inquietud cobró sentido. Me había dejado dinero sobre la mesa, se había llevado la bolsa con su ropa, pero no dijo por qué se marchaba. Por qué desapareció sin dar ninguna explicación. Estuve tentada de buscarla, de preguntar por el barrio, incluso de esperarla sin moverme de casa por si decidía volver. Pero ya había pasado por esto. Yo ya había sentido que un matiz oscuro llenaba el aire las horas antes de un abandono. Por la razón que fuera, Lourdes no iba a regresar. Jamás volví a verla. La duda sobre su huida me rondó durante años.

## 57. La ilusión

«Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene las manos tan pequeñas». Era un poema de E. E. Cummings que Michael Caine le dedica a Barbra Hershey en una secuencia de *Hannah y sus hermanas*. Me pareció una forma distinta de ponerme en contacto con Germán. No me había cruzado con él en los últimos días y necesitaba que supiera que yo seguía aquí, a la espera de que él moviera ficha. Lo escribí en una hoja de mi cuaderno favorito y bajé a la calle con intención de pincharlo en el corcho de la ferretería, junto a anuncios de casas compartidas y clases de guitarra. Pensé que si el destino lo decidía, él se fijaría en el corcho y sabría que soy yo la que escribe. Bajé entusiasmada, como cuando preparas una sorpresa para alguien o confeccionas un regalo casero. Son momentos en los que es mucho más divertido preparar la sorpresa que recibirla.

Al salir del portal, vi a Germán subir la calle con su hijo. No podía ser casual (hombre, o sí... Vivía en el portal de enfrente). Tuve la tentación de volver a entrar, pero eso habría sido sospechoso. Me vio, desvió la mirada. Caminé nerviosa mirando hacia el suelo. No tenía pensado saludar a no ser que él lo hiciera primero. No lo hizo. Pasó de largo como si fuera una desconocida. Me encontré en la puerta de la ferretería con mi nota de *Hannah y sus hermanas* y me sentí muy imbécil. A mí me gustaban esos detalles, me gustaba la magia del juego, pero ¿a quién quería engañar? Era una lucha permanente entre lo que quería que ocurriera y la necesidad de dejar que las cosas fluyeran. Nada puede fluir si tú de entrada quieres que suceda algo en particular. Me dedicaba a intentar manipular la situación para que desembocara donde yo quería que desembocara. Hice una pelota con la hoja del poema y la lancé a la papelería desde la distancia. Encesté a la primera.

Pasé el resto del día enfangada en la inercia. Todo me daba pereza. Arrastraba los pies por la casa haciendo como que me disponía a hacer algo, como si quisiera engañarme para evitar el sentimiento de culpa. Me rendí a la evidencia de que estaba perdiendo el tiempo y decidí perderlo a conciencia. Si hubiera tenido televisión habría sido mucho más efectivo. La programación es perfecta para succionar la poca energía que te queda tras una desilusión. Me sorprendió encontrarme tan derrotada. ¿Cómo es posible que lo emocional agote tanto? ¿Y cómo era posible que a estas alturas entrara un tío en mi vida y se me quebrara así la voluntad? No podía depender tanto de los sentimientos, porque son sólo eso, sentimientos. Me pone mala cuando alguien me recomienda que me fíe de lo que siento en situaciones difíciles. Si me fiara de lo que siento podría matar. Porque el odio también es un sentimiento, y el orgullo, el rechazo, el miedo, ¿debería guiarme por todas esas miserias? No lo creo. Si existe una clave para saber hacia dónde tirar, debe de ir más allá de lo que uno siente. Lo que uno siente le puede llevar a arrojarse por el balcón. O como en este caso, a llorar frustrada en el sofá junto a mi pez naranja hasta que la noche acabó obligándome a levantarme para encender una luz e iluminar mi desidia.

## 58. La última vez

Era mi hora del café y me senté en el taburete de siempre. Había llorado todas las noches desde mi encuentro con Luis y me costaba mantener la mirada en cualquier cosa, los ojos tendían a cerrarse y pestañeaba a cada segundo para evitar la sequedad. Encendí un cigarrillo y apareció Ramón, que parecía llegar justo a tiempo para ofrecermelo lumbre con su mechero.

—¿Le ha visto?

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿No era eso lo que quería, verle?

—No sabía ni lo que quería, sólo me movía la ansiedad por obtener respuesta. Y sigo sin respuesta.

—¿Le preguntó? ¿Habló con él?

—No, sólo nos vimos.

—¿Piensa volver?

Me quedé pensando en ello porque ya había decidido no volver. Probablemente Luis hubiera interrogado a Asunción el día en que me vio, probablemente le hubiera contado una mentira o ni siquiera hubiera tenido que mentir si Asunción no le hubiera preguntado nada. Pero pensé en mi madre, en la marcha de mi padre, en mi propia historia familiar, y sentí la necesidad de romper con todo aquello. Sentí la necesidad de descarrilar mis pasos y atreverme a desembocar donde tuviera que ser.

—¿Usted me llevaría una última vez?

—¿Para qué me necesita?

—Porque si quiero enfrentarme a él necesito saber que hay alguien cerca para rescatarme después.

—¿Está segura de que quiere hacer eso?

—Sí, y no puedo hacerlo sola. Esta vez quiero hablar con él y jurarle que no volverá a verme más. Pero no puedo seguir tragándome todo lo que quiero decirle, todo lo que quiero preguntarle, necesito respuestas, no puedo vivir así.

Mis argumentos desesperados consiguieron su objetivo. Quedamos a la mañana siguiente.

Yo repetía una y otra vez las preguntas que pretendía hacerle y cuando las repasaba surgía siempre una nueva. ¿Por qué te enamoraste de mí? ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Por qué dejaste de quererme? ¿Por qué y cómo te enamoraste de otra mujer? ¿Qué encontraste en ella que no encontraras en mí? ¿Por qué buscaste una familia fuera de mí? ¿En algún momento nació en ti el impulso de volver? ¿Cuándo dejaste de pensar en lo que habías hecho? ¿Lloraste el día que me abandonaste? ¿Me has echado de menos? ¿Te has sentido culpable? ¿La quieres? ¿Me odias ahora? ¿Eres feliz? Esperaría a verle aparecer y le acorralaría haciéndole todas estas preguntas. Me daba igual si estaba junto a Asunción o no, debía hacerlo pasara lo que pasara, no podía permitir que se enquistara en mí de nuevo la duda que

causaba esta brecha cruzando mis entretelas. No volvería a verle, ni a buscarle, ni a darle más vueltas, pero para enterrarlo debía encontrarle primero, debía sacudir su conciencia y hacer que temblaran los cimientos que había construido para verlos caer por fin, para que se derrumbaran nuestras últimas ruinas. Prefería un espacio desolado a unas ruinas que intentaba mantener poniendo ladrillos robados de otras casas. Prefería empezar de cero y romper sus cadenas.

Me levanté durante la noche y con todas las luces apagadas me enfrenté una vez más a mi reflejo en busca de la mujer que aguardaba al otro lado. Miré el espejo. Esta vez apareció sin el menor esfuerzo, como si estuviera allí esperando a que la visitara. Y desde ese instante, se abre un paréntesis del que no puedo rescatar un solo recuerdo. Soy capaz de rememorar la sensación de ligereza que experimenté entonces, nada más. Estaba inmersa en la magia que desprendía el azogue cuando vi a alguien detrás de mí. Vi los ojos ligeramente iluminados sobre un rostro en penumbra. Julio me observaba desde el sofá. Me sobresalté. La mujer del espejo se esfumó. Me di la vuelta despacio y le pregunté:

—¿Qué estás haciendo?

—¿Y tú?

—No podía dormir.

—Yo tampoco.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé. Hace años que perdí la noción del tiempo.

Yo también había perdido la noción del tiempo. A veces eran las campanadas de la iglesia las que me vomitaban de golpe a la vida real. Me ofreció un cigarrillo. Se lo acepté. Pude notar que me miraba con curiosidad mientras me ofrecía lumbre. No sabía qué había visto, no sabía si la mujer del espejo sólo se me aparecía a mí o si podía haberse encontrado con ella antes de que yo entrara en la sala. No sabía nada, pero preguntar era demasiado arriesgado. Se levantó a por la botella de jerez y me ofreció una copa. Bebimos en silencio. Permanecimos con las luces apagadas.

—Gracias, Elvira.

No pregunté el porqué de su agradecimiento. Sólo sonreí mientras daba un último trago, antes de levantarme del sofá para volver a la cama. Supuse que me daba las gracias por haberle aceptado en casa, por haber acogido a su prima, por haber conocido a Carmen, por compartir mi insomnio con el que entró en mi vida como un intruso. Le toqué el hombro como respuesta. Agachó la cabeza y me animó a que me fuera a dormir. Así lo hice.

## 59. Domingo

Comí con mis padres en ese domingo al mes en el que estoy obligada a hacerlo. Es justo el día del mes que peor me encuentro y, claramente, no es casual. Me levanto febril y me duele el estómago. Y esa misma reacción se repite año tras año por una tensión familiar absurda que puede que sólo acarree yo. Estábamos en la mesa con el telediario a un volumen que rayaba la ilegalidad, cuando mi madre, todavía con la boca llena, soltó:

—Pues la niña tiene un *noviete*.

La frase ya me da por saco, pero encima los diminutivos que acaban en «ete» me producen un rechazo indescriptible. No puedo con la gente que dice «culete», «pedete» o el peor de todos, «casquete». No, por favor, dejaos de «etes». Hablando de «etes», acabo de recordar que a la salida del estreno de E. T., al que fui con mi madre y mi hermana, había un tío con un megáfono que decía «E. T. sí, OTAN no». Me hizo gracia aunque no supiera de qué estaba hablando y aunque no supiera que de poco iban a servir sus proclamas. Dios mío, estreno de E. T. y la OTAN, ¡qué mayor soy!

Al decir mi madre lo del novio, yo bajé la mirada al pollo en salsa descongelado y no dije nada. Mi hermana se interesó.

—¿En serio?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —dije yo susceptible.

Mi madre se sonrió no sé si maliciosa o divertida o puede que ambas. Mi padre, como sólo oye lo que dice Ana Blanco, pues tampoco dijo nada. Yo añadí:

—No es mi novio.

—Ah, que es un amigo —dijo sarcástica lanzando una mirada de complicidad a mi hermana.

—No es nada, no ha vuelto a aparecer, así que tema olvidado.

—Pues hija, en algún momento tendrás que echarte un novio...

—¿Por qué? También se puede vivir sin tener pareja, ¿no?

Mi padre soltó una carcajada y, evidentemente, no estaba provocada por las noticias, porque de ser así habría que internarlo por psicópata... Que no deja de ser una opción. Le miré indignada. Este hombre, al que casi nada le hace reír, resulta que se descojonaba tras escuchar mi alegato de independencia. Quedaba claro que nadie en mi familia consideraba que no tener un novio fuera una alternativa real, al menos no una alternativa que uno elija, en todo caso, una circunstancia con la que te encuentras e intentas lidiar con resignación.

A mí lo que de verdad me preocupaba de todo esto es que yo quería tener hijos. Quería tener hijos, era un hecho. Sabía que no era el mejor momento para planteármelo, pero lo tenía muy claro. Muchas personas me animaban a tenerlo sola, inseminarme por mi cuenta y no tener que buscar, encontrar o esperar a que apareciera en mi vida un hombre para llevarlo a cabo. Pero, casualmente, todas las

personas que me animaban a tener un hijo sola estaban en pareja, fíjate tú. El deseo de ser madre había sido mucho más fuerte cuando estaba con un hombre que me inspiraba la maternidad. Y hubo un momento en el que me lo planteé con mi ex. Nos queríamos, estábamos bien, o al menos eso pensaba, pero cuando se lo propuse, él jugó con la ambigüedad.

—¿Y si tenemos un hijo?

—Yo no quiero tener hijos.

Así, el tío superambiguo. Me preguntaba si aquello era simplemente la punta del iceberg. O sea, que si estás unido a alguien pero no tienes en común ese proyecto vital, algo más debe de estar fallando. ¿Y qué puede estar fallando? Él, por supuesto, si falla algo es que el otro está mal, yo bien, él mal.

Un día de estos en los que intentábamos enamorarnos de nuevo, si es que eso es posible, nos fuimos al campo a pasar el día. Yo sabía que lo hacía por mí, porque a ratos me agobio en la ciudad y me invento que necesito acercarme a la naturaleza. Luego llego a la naturaleza y me dan ganas de preguntar que dónde está la tienda de chinos más próxima. Urbanita enfermiza. Nos tumbamos en el césped y jugamos a mirar las nubes y a inventar a qué respondían sus formas. ¿Quién no ha hecho esto alguna vez? Él comenzó: «Esa nube parece un barco, esa parece una tarta...». Era mi turno, pero yo, que cuando me da con algo me da de verdad, no tardé en estropear tan bucólica escena. «¿Qué te sugiere esa nube? Un espermatozoide». Silencio incómodo. «¿Y esa? Un bebé dormido». «¿Y esa otra? Un bebé despierto». Fin del juego romántico. «Vámonos a casa que parece que amenaza lluvia».

De alguna manera nuestros caminos se habían bifurcado hasta dejar de rozarse. No creo que sea un fracaso en una relación, creo que es un fin que da pie a otra cosa. Creo que existe una transformación en las relaciones, en los vínculos, que vivimos con una tristeza que no se corresponde con nada demasiado lógico. Y por otra parte, no se sufre con nada tanto como con el desamor. Es como si murieras un poco, es un vacío inabarcable, un dolor físico que se instala en el pecho hasta que consigues superarlo. Y se supera, está claro que si uno trabaja para ello, se supera, pero hay que pasar ese luto. Lo de salir a emborracharte tras una ruptura es una gilipollez, el desenganche necesita su tiempo y nada hará que ese dolor desaparezca en unas horas. Ahora, cuando desaparece no entiendes cómo pudiste estar tan mal tras la ruptura. Es como cuando terminas de comer como una cerda y no entiendes cómo tenías tanta hambre si ahora no quieres ni oír hablar de comida.

El tiempo no lo cura todo, lo que lo cura todo es lo que hagas con ese tiempo. Puedes vivir estancada en el mismo sitio, puedes sufrir ahogada en el desamor toda la vida si no intentas rehabilitar tus emociones hacia el otro. Y aunque quisiera tener hijos, no era algo a lo que le diera muchas vueltas, simplemente porque es una frivolidad empeñarme en que suceda algo que no estaba ni cerca de mis circunstancias. Me alucina la gente que dice que quiere tener exactamente tres hijos, o que quiere una niña y un niño o cosas así, me parece como si hablaran de



comodines que añaden para alterar su monotonía. Ya se verá los hijos que quieren nacer de nosotras, ya se verá quiénes son y cómo vienen esos niños.

## 60. La despedida

Ocurrió lo que amenazaba con ocurrir. Julio encontró un trabajo fuera de Madrid y Carmen quiso seguirle. No pretendía dejar de lado sus aspiraciones artísticas, pero hasta que se instalaran de nuevo, no sabía cuántas posibilidades tendría de vivir del canto y del baile. Hacía unos años, vivir de la música era su prioridad; ahora, vivir junto a julio era su prioridad. Yo no era quién para juzgar sus decisiones, pero recé para que su vocación no quedara en el camino, en ese acantilado atestado de restos de vocaciones femeninas que muchas de nosotras dejamos despeñarse. No tenía mucho sentido abandonar la felicidad de nuestras capacidades, y sin embargo, era algo que casi todas habíamos hecho. El error de olvidar el impulso propio para empezar a alimentarse sólo de un impulso ajeno. Claro que pensaba que uno cambia y se vuelve flexible para compartir su vida con el otro, pero hay cosas que deberían permanecer, hay estímulos que no deben ser anestesiados por nada ni por nadie.

Mientras Carmen se despedía de Juana en la cocina, yo esperaba en el salón para no interrumpir un momento tan decisivo. Observé a Julio, que miraba al Jilguero en la jaula con intensidad. Como si quisiera transmitirle que él también había estado enjaulado. Y pensé en la libertad, y en el cautiverio. Y en el cautiverio sin barrotes. En que ser libre era algo más que ganar espacio. En los barrotes invisibles que construimos cada día. Ahora que Julio se marchaba, él era un hombre libre y Juana se había convertido en carcelera de sí misma.

Carmen salió desencajada de la cocina. Se acercó a mí sin bajar la mirada, como si me retara a adivinar qué acababa de ocurrirle. Me abrazó. Pude sentir su latido acelerado y su pecho tembloroso. Lloramos desconsoladas. Se mantuvo abrazada mientras Julio iba sacando sus maletas al rellano. Llegó el momento de despedirme de él y no pude reprimir mi curiosidad.

—Julio... ¿Qué viste aquella noche?

Julio se cercioró de que Carmen no nos escuchara. Oí cerrarse la puerta de la cocina. Juana impuso la intimidad que necesitaba con un fuerte portazo. Julio se acercó a mi oído.

—Te vi caminar sin bastón.

—Eso es imposible.

Me sonrió una última vez, no quiso entrar a cuestionar mis imposibles. Entendí que no mentía, entendí que durante el tiempo que duró mi encuentro con la mujer del espejo, mi cuerpo traspasaba sus limitaciones.

Pasaron los meses. Echaba de menos a Carmen. Algunas tardes miraba los tejados de Madrid desde el balcón, mientras fumaba un cigarrillo. Y si me descuidaba, los veía grises, sin matices, intuyendo que mi tristeza teñía la vida de blanco y negro. Pero sabía que en cualquier momento, podía sacar mis acuarelas para colorear de añil el día. ¿Cuántas veces tendría que reconstruir los pedazos de mi vida? ¿Cuántas veces más debería pasar por aquello? Quizá muchas más. Quizá la vida sea esto. Derruir y

construir hasta que las fuerzas aguanten. Puede que lo único que no pueda destruirse es lo que uno construye más allá de sí, más allá de esta realidad que parece tan real cuando la ensombrece la nostalgia.

Me senté en la cama y cogí el cuadro de la mujer del espejo. Parecía mirarme, parecía sonreírme con los ojos, como impulsándome hacia mi nuevo proyecto de vida, y diciéndome con esa expresión serena y amable que todo va a ir bien.

Empapelé el dormitorio de Carmen, dejando enterradas las letras que rezaban «Escuela Carmen Abril». Aquello quedaba atrás y nosotras debíamos avanzar. Pero Juana no parecía dispuesta a acabar con su sufrimiento. No hablaba de Carmen, actuaba como si nunca hubiera existido. Ya no era una mujer alegre, ahora era una mujer arrastrando su deteriorada juventud por los recovecos más oscuros de su débil existencia. Y yo todavía no era capaz de sacarla de su ataúd emocional.

## 61. Gloria

Tenía cara de rusa. Rondaba los sesenta años e iba vestida de negro, con una falda muy larga y un jersey de cuello vuelto. Llevaba el pelo teñido de rubio platino, recogido en un estiloso moño. Era muy guapa. La vi a través del cristal que daba a su clase. Los alumnos la escuchaban hipnotizados y aunque su voz llegaba a duras penas a donde yo estaba, observé sus enérgicos movimientos y sus paseos por la clase, y la vi entregando su pasión a aquellos jóvenes estudiantes de teatro. Miré el reloj del pasillo. La clase estaba a punto de terminar.

Salieron todos despacio, sin la ansiedad del que abandona un aula en el instituto, donde te has aburrido tanto que casi necesitas cambiar de espacio para poder respirar. Estaban contentos, tranquilos, algunos pensativos o comentando lo que acababan de escuchar. Recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. La esperé junto a los bancos del pasillo. Salió, cerró la puerta, me miró y se quedó quieta. Tragó saliva. Le di tiempo a reaccionar antes de acercarme a ella.

—¿Gloria?

—Sí.

Me miró aterrada, y su mirada me puso los pelos de punta, todos ellos se erizaron de golpe como si la escena perteneciera a uno de esos documentales de naturaleza en los que aceleran la velocidad de las imágenes para mostrarte largos procesos de florecimiento en sólo unos minutos.

Tomamos un café en la escuela. Ella contaba con poco tiempo, así que quedamos en vernos a la salida en su casa. Ya le había hablado de mi proyecto de novela por teléfono y parecía dispuesta a contarme algunas cosas. Pero no acababa de reaccionar y temí que se echara atrás.

—¿Sabes lo que significa esto?

—¿Esto...? —No sabía a qué se refería ni qué debía decir. Gloria suavizó el tono para preguntar:

—¿Sabes que mi madre te retrató?

Le había contado que me había mudado a mi nueva casa y que quería contar la historia de las mujeres que habían vivido en ella. Le dije que ese era el tema central de mi novela, pero no le mencioné que había encontrado un dibujo de su madre y que además yo era su protagonista. Ella me aseguró que tenía guardadas algunas cosas que podían servirme para la novela. Se lo recordé para comprobar si sus intenciones habían cambiado, pero no parecía escucharme. No acababa de soltarse conmigo. Sin embargo, noté que dejaba escapar cierta emoción; era fría en gesto pero cálida en intención. Una mezcla curiosa de esta mujer que parecía salida de la Rusia de los años veinte, y que con el lío espaciotemporal que nos envolvía, vete tú a saber si lo era.

Habíamos quedado en su casa dos horas después y yo paseé con entusiasmo por el centro de la ciudad. Me senté en el césped frente al Palacio Real y asistí a un

atardecer intenso; las nubes tenían tanta fuerza que permanecieron más tiempo del habitual coloreadas por el sol otoñal. No querían marcharse, parecían gritar en rojo a medida que se desvanecían, como si se resistieran a desaparecer en el horizonte. Escuché de nuevo «Ojalá» de Silvio Rodríguez, era el tema estrella del guitarrista que tocaba para sacarse unos euros. Ya había visto más atardeceres allí y siempre lo hacía con esta canción de fondo.

Llegó la hora y acudí a mi cita. Aquello no era una casa, era un palacio de cristal. El sol entraba sonriente en todas las estancias y las ventanas estaban abiertas para recibirlo. Era el mes de octubre, pero allí la primavera parecía revolotear por los altísimos techos blancos. Una columna se imponía en el centro del salón, los suelos estaban cubiertos de una cálida madera, que asomaba bajo una enorme alfombra granate y beige con formas de espiral. El salón era inmenso y un sofá marrón claro ocupaba toda una pared. Ella tampoco tenía televisión, y si la tenía estaría secuestrada en alguno de los armarios oscuros del estudio. Su zona de trabajo estaba empapelada con pósters de cine y teatro y algunas fotos de equipo, imaginé, de rodajes en los que había participado. Mis ojos se detuvieron en una foto en blanco y negro. Parecía la misma foto que tenía Gertru de todas las mujeres en mi casa rodeadas de los niños, pero era distinta.

Estaba contenta, feliz de encontrarme allí, tan cerca del mundo que ocupaba mi pensamiento y mis pasiones. Gloria me miraba de soslayo desde el salón mientras servía los cafés. Se sentó en el sofá y me señaló el sillón de cuero para que ocupara mi sitio. Cogí mi taza, soplé y di un sorbo. No me quitaba los ojos de encima con un claro gesto de reconocimiento.

—¿Qué está pasando? —dijo con una voz que parecía llegar desde el fondo de su cuerpo.

—No lo sé. Pensé que tú podrías contarme algo más.

—Mi madre te dibujó cuando yo era una niña. ¿Qué puedo contarte de algo así?

—¿Alguna vez te habló del espejo?

Se quedó pensativa. Me miró y pareció recordar.

—La vi acariciando el espejo alguna vez. Sé que le tenía aprecio, pero lo asocié a la nostalgia. Ese espejo se lo trajeron mis abuelos del pueblo a Madrid y luego pasó a manos de mi madre.

La imagen de Elvira acariciando el espejo era como si la viera acariciándome el pelo, como si pudiera sentir sus manos avanzando por mi nuca mientras me miraba con sus ojos enormes diciéndome que no me preocupara, que ella estaba ahí, que nunca estaría sola. La congoja me venció, se desplegó dentro de mi pecho hasta que una lágrima se derramó lenta. Gloria se conmovió también. Me cogió la mano.

—Mi madre era muy especial.

Asentí. Miré al suelo un instante y levanté la cabeza reaccionando a lo que me acababa de decir.

—Sí. Murió el trece de septiembre.

Sentí una tristeza repentina, como si me acabaran de decir que había muerto mi propia madre. Tenía la esperanza de poder verla, hablar con ella y decirle lo mucho que su presencia me estaba ayudando. Me hubiera gustado preguntarle los porqués, si es que ella los conocía, mirarla a la cara y recibir su mirada interrogando mi rostro y admirando la maravilla de estar frente a la mujer que hace más de cincuenta años se le apareció un día en el espejo. Pero en el fondo tenía sentido, tenía sentido que Elvira se presentara en el que fue su hogar y, probablemente, seguía siéndolo, después de morir. Pensé en la fecha, el trece de septiembre, e intenté recordar a qué día estábamos.

—Hoy es veinte de octubre.

Calculé mentalmente y me levanté brusca del sofá, como si hubiera tenido una revelación.

—37 días...

—Sí.

Mi teoría de los 40 días cobraba sentido. Tras su muerte, Elvira se estaba despidiendo a través de un espejo que yo había encontrado, y ahora estaba con su hija, más de medio siglo después, tomando un café y mirándola a los ojos. Si todo esto estaba ocurriendo mi perspectiva del mundo debía cambiar. Si todo esto estaba ocurriendo mi concepto del espacio-tiempo debía cambiar. Debía cambiar todo porque estábamos conviviendo tiempos y espacios a lo largo de la historia. ¡Y eso era imposible!

—Veo a tu madre desde hace exactamente treinta y siete días.

—¿La ves?

Gloria se aferró a su taza esperando a que comenzara mi relato. Así lo hice. Le conté mis experiencias en la casa y le detallé mis encuentros en el espejo. Incluso le hablé de los detalles, el color de su falda, el peinado, y mientras hablábamos, abría los ojos como si fuera a expulsarlos de su cara. Se dirigió a una cómoda caoba del estudio y me acercó una foto de Elvira.

—Estamos hablando de ella, ¿verdad?

—No hay duda.

Por fin pude ver el rostro de Elvira más de cerca. Era tan familiar que observarla seguía produciéndome una emoción extraña. Gloria me hizo un gesto para decirme que podía quedármela. Me insistió alegando que a su madre le habría encantado, que fuera lo que fuera que estaba ocurriendo, Elvira y yo estábamos unidas más allá del tiempo. Ninguna de las dos sabíamos por qué yo había ido a parar a aquella casa. ¿Existía un vínculo entre nosotras o era aquel espacio el que nos había unido? ¿Y por qué no ambas opciones? Puede que no fuera ninguna casualidad que encontrara el piso en un momento en el que necesitaba cambiar mi vida, puede que Gertrudis no fuera una vecina más, sino que hubiera aparecido una tarde en mi camino para impulsarme a vivir allí. Ahora mismo, pensé, todo es posible. Ahora mismo no hay limitaciones de ningún tipo, y me repetía que todo es posible.

La tarde se deslizó en armonía y Gloria fue hablándome de su historia y de lo que recordaba de la época de la que yo quería escribir. Prácticamente no recordaba a su padre y Elvira les contó lo sucedido cuando Gloria cumplió los diez años. Encarna era violinista y vivía en Viena. Ambas se habían dedicado al arte de diferente forma, su madre siempre las apoyó a que siguieran sus pasiones creativas. La llegada de Carmen les cambió las perspectivas. Gloria quiso ser enfermera hasta que la vio actuar en casa la primera vez. Me contaba que la transformación que experimentaba «La Niña de los Pendientes» cada vez que actuaba la caló tanto que decidió que el arte dramático marcaría sus pasos. Me habló de los recuerdos de su infancia como si los inventara para ofrecerme el argumento de una apasionante novela. Pero no era una invención, todo lo que me relataba era real y estaba al alcance de mi mano plasmarlo y darle vida en un papel. Le prometí que cambiaría los nombres y así lo he hecho.

Me contó que había vivido con su madre en la casa en la que nos encontrábamos, allí pasó sus últimos años cuando ya no podía valerse por sí misma. Le costó abandonar mi casa, me dijo, sintió que dejaba atrás parte de su vida. Pero no era así, las vidas no desaparecen, simplemente, se expanden por los espacios que las han marcado. Quizá se extiendan incluso más allá, puede que estemos rodeados siempre de presencias, de historias, de pasados y futuros incorpóreos que buscan nuestra mirada sin todavía encontrarla. Puede que el mundo de los muertos confíe en que algún día seamos capaces de desprendernos de las cadenas de la razón para mirar a los ojos a las esencias que respiramos. Eché un vistazo a mi alrededor buscando un soplo de Elvira.

No sabía cómo de drástico sería el paso de la tierra a lo que viniera después de los 40 días, pero empecé a sentir el latido de la cuenta atrás. Si todo esto seguía el transcurso que se había iniciado, me quedaban tres días para que Elvira abandonara su casa, mi casa. No me preocupaba tanto qué ocurriría después, sino perder el impulso que me había conquistado desde su presencia. Me preocupaba volver a la inercia tras su abandono. Por otra parte, tal abandono no debía existir. Todo lo que me estaba enseñando, todos los huecos que se iban llenando en mi mente, mi cuerpo y me atrevo a decir, mi espíritu, seguirían allí siempre. No podía olvidar, no podía olvidar la magia que me acompañaba desde hacía 37 días. No podía dejar que eso pasara. Y pensé de nuevo que escribir la historia podría servirme de punto de apoyo para no perderme entre las entrañas de la cotidianidad y el aburrimiento de la mera supervivencia. Quería alimentar el misterio para que siguiera rodeando mis días y marcando mis pasos.

Nos despedimos y pude intuir que algo le rondaba por la cabeza mientras me acompañaba hasta la puerta. Justo antes de abrir, caminó hacia su despacho y volvió con un sobre.

—No iba a dártela, pero prefiero que la tengas tú.

—¿Qué es?

—Una carta de la época sobre la que quieres escribir.

—¿De verdad me la regalas?

—A mí me trae malos recuerdos. Esta carta iba dirigida a mi madre, pero por alguna razón la escondí al descubrirla y jamás se la di a leer.

—¿Por qué?

—Supongo que no quería volver a verla sufrir. Ya había sido todo demasiado duro.

Me dejó claro con un gesto que no quería seguir hablando del tema. Me abrazó. De repente me acordé.

—Mierda, casi se me olvida.

Abrí mi cartera y saqué el retrato de Gloria, pensé que le gustaría recuperarlo y se lo había llevado para darle una sorpresa. Cuando lo vio, se tapó la boca a punto de comenzar un sollozo que no pudo reprimir. Entendí que ya no hacía nada allí. Cerró la puerta y escuché su llanto mientras bajaba las escaleras.

Pasé de nuevo por el Palacio Real para volver a casa y me senté en la explanada de césped para leer la carta, no podía esperar a llegar a casa. Hacía un frío agradable, el sol calentaba discreto pero constante. Otros transeúntes se habían decidido a compartir el espacio conmigo. Vi a una pareja de ciclistas, que a ratos vigilaban que nadie les robara sus vehículos. Una chica que leía sola uno de los libros de la trilogía *Millennium*. Una señora mayor que descansaba en el bordillo mientras su perrito meaba alegremente en el césped en el que me disponía a acomodarme, y un hombre sospechoso. Hay un tipo de hombre que me resulta sospechoso siempre. Con mirada de nada, de mediana edad, ropa neutra y aspecto inclasificable, que siempre se encuentra solo y no entiendes muy bien por qué está donde está. A veces me cruzo a uno de estos cuando llego a casa de madrugada, o tomando algo en un bar al final de la barra examinando el entorno. Y ahora aquí, apoyado en un árbol muy serio, sin un libro, ni un periódico ni actitud de disfrutar del sol otoñal que cubre el tramo de césped. Algo trama, pensé, pero lo que yo tramaba era mucho más interesante que lo que pudiera maquinarse en este momento cualquier ciudadano del planeta, por retorcidos que pudieran ser sus planes.

Abrí el sobre con cuidado y saqué una hoja tan amarillenta como el sobre. Era un papel muy fino y los renglones eran perfectos, ni una letra se salía de la línea recta. La carta la escribía una tal Lourdes, cuyo nombre no había aparecido en esta historia. Comencé a leer con un nerviosismo que a punto estuvo de sobrepasarme:

*Querida Elvira:*

*Tras leer esta carta no volverás a verme.*

*No pensé que tuviera que contarte la verdad tan pronto, pero sé que has visitado tu pueblo y probablemente descubras parte de esta historia. Prefiero marcharme antes de que mi nombre aparezca en tu vida a través de otros.*



*Yo soy la causa de que tu padre os abandonara. Yo fui la mujer que irrumpió en su vida un verano. No llegué a ti por casualidad. Fue él quien me contó tu historia y me pidió que te ayudara. Nunca supe cómo se enteró de lo que te estaba sucediendo. La culpa no le dejaba vivir y entendió que Dios castigaba a su familia por lo que él os había hecho. Tras contarme aquello, desapareció de nuevo. Aún hoy, no sé siquiera si tu padre está vivo.*

*Siento el daño que todo esto pueda causarte. Espero haber cumplido los deseos de tu padre, espero haberte ayudado a salir adelante y estoy segura de que él, esté donde esté, se sentirá muy orgulloso de ti.*

*Yo ya he terminado mi tarea. Ahora te pido que no me busques. Pero, sobre todo, te pido que no me odies.*

*Lourdes*

Me quité las gafas con el pulso tembloroso. Eran muchas las cosas que no entendía porque desconocía infinidad de detalles, pero la idea de que Elvira no llegara a leer esto me ponía los pelos de punta. ¿La madre de Elvira también fue abandonada? ¿Madre e hija protagonistas de las mismas circunstancias? ¿Cómo era posible?

## 62. Adiós

Me puse la falda roja para llevar cerca de mi piel la fuerza que me aportaba. Me maquillé. Nunca lo hacía, pero esta mujer decidida a enfrentar sus fantasmas tampoco era yo. Era un personaje que nacía de la desazón, un personaje turbio que se resistía a abandonar mi cuerpo y que después de lo que estaba a punto de suceder, moriría por fin dejándome libre y ligera.

Llegamos al ultramarinos, le indiqué a Ramón dónde se encontraba el portal de Luis y aparcó a varios metros para no quedarse justo en la puerta. Salimos del coche. No dijo nada. Encendió un cigarro y miró a lo lejos relajado, dándome a entender que no tenía ninguna prisa. Me acerqué al portal con decisión en mis movimientos y con terror en el estómago. Tragué saliva y llamé a la puerta. Nadie. Volví a llamar. Nadie contestaba. Llamé varias veces y ninguna de ellas obtuve respuesta. La historia de mi vida. Ausencia de respuestas. Se me nublaban los ojos, me temblaban las piernas y me sudaban las manos, los mismos síntomas que todas las otras veces, pero esta vez más extremos, mi cuerpo actuaba al límite de la tensión que podía soportar. Tras todos mis intentos, asumí que ni Asunción ni Luis se encontraban en casa. Cuando Ramón me vio volver al coche entendió que no había sido posible.

—Esperaremos.

—Gracias. —Y entramos en el coche para resguardarnos del frío.

Ramón me ofreció un cigarrillo y lo rechacé. Estaba demasiado nerviosa como para fumar, incluso para hablar. Me quedé dormida con el abrigo puesto y las manos en los bolsillos. Ramón sacudió mi hombro para despertarme. Señaló la calle. Y les vi. Vi a Luis con el niño y Asunción a su lado. Estaban hablando y Asunción gesticulaba mucho. Luis sonreía. Parecía mentira, hacía tanto que no le veía sonreír...

Mi mano se desplazó hacia la puerta para salir e irrumpir en su camino. El tiempo pareció ralentizarse. A través de las ventanillas la vida transcurría despacio, pero dentro de mí todo se movía a gran velocidad. Abrí la puerta, me sujeté la bufanda, di un paso hacia Luis, y luego otro, y otro... Y me detuve. Me detuve consciente de lo que aquello significaba. No podía hacerlo. No podía hacerle eso a nadie. No era venganza lo que yo necesitaba, no era un enfrentamiento lo que iba a salvarme. No podría vivir con el peso de destrozarles la vida ahora que parecían ser felices. Quién sabe por qué todos estos pensamientos dominaron mi mente. Les miré en la distancia. Les vi entrar en su casa. Vi a Luis coger en brazos al niño, y a Asunción quitarle el gorro al entrar en el portal. Les vi alejarse de mi vida, les vi sumergirse en la suya, en esa que habían construido juntos y que yo ahora debía olvidar. ¿Qué importaba a quién amara, a quién había amado, qué importaba el abandono si yo había ya dejado de ser una mujer abandonada? ¿Por qué buscar los hilos del pasado pudiendo tejer el presente con colores nuevos?

Entré en el coche, cerré la puerta. Ramón, esta vez, tampoco dijo nada. Arrancó. Eché un vistazo una última vez, sabiendo que jamás volvería.

Allí quedó huérfano mi rencor y enterrado mi sufrimiento. Allí quedaron mis obsesiones, gélidas y desnudas, buscando un rincón en el que guarecerse y peregrinando asustadas por los descampados del barrio. Allí quedó mi sed de venganza, esparcida e inservible en una carretera recién asfaltada. Allí quedaron mis dudas desmenuzadas entre las calles, mi miedo acurrucado en una alcantarilla, mis pesadillas perdiendo el pulso en un contenedor. Allí dejé abandonada mi oscuridad, cerciorándome de que no supiera encontrar el camino de vuelta. De camino a casa, recuperé el latido. Recuperé la vida.

## 63. Casualidades

Gloria recogió la casa e hizo las maletas. Su madre esperaba en el sofá, despidiéndose con la mirada de su casa. Me gustaría saber qué reflexiones la visitaron durante esa última mañana en el número doce de Jesús del Valle. Encarna esperaba en el coche y preparaba el maletero para meter el equipaje. El que ahora era el exmarido de Gloria bajó las maletas en el ascensor. Cargaron el coche y emprendieron su camino hasta la casa de Gloria, en la que por entonces todavía vivía su hijo pequeño, Carlos. Gloria había llamado a los traperos para deshacerse de parte de los muebles, pero Elvira insistió en que el espejo debía ir al trastero y Gloria lo subió allí sin cuestionar la decisión de su madre. No fue hasta unos días después, cuando se dieron cuenta de que faltaban cosas entre las pertenencias de Elvira. Una de las maletas no había sido cargada en el coche, y quizá permaneció allí durante horas, en la acera de Jesús del Valle, esperando a ser trasladada con sus compañeras. Pero nadie la recogió y quedó huérfana y abandonada con todos los recuerdos de Elvira. Y gracias a aquello, gracias a algo tan improbable como dejarse una maleta de recuerdos en plena calle, yo había llegado hasta el fondo de su vida. Gracias a un descuido aparentemente azaroso, los retratos que había pintado Elvira fueron recogidos por alguien que más tarde decidió venderlos o regalarlos. Así encontré el retrato de Gloria y el mío propio. Una vez más, la historia parecía escrita para que yo llegara hasta aquí.

Y el retrato de Luis, del que Gloria me había hablado y que Elvira dibujó con menos de veinte años, podría estar en cualquier casa, rodeado de desconocidos que por alguna razón decidieron adoptarlo. O quizás hubiera acabado en un contenedor, como parte de la vida de Elvira cuando él se marchó. Puede que lo encontrara algún día, y tal como se iban sucediendo los acontecimientos hasta ahora, no podría pensar que fuera una casualidad. Demasiadas señales contrarias al azar en estos días. Hay hechos que no pueden nacer de las casualidades.

Me abrió la puerta Yolanda, una ecuatoriana diminuta que poseía una voz suave casi imperceptible.

—La señora Gertrudis duerme en el sillón. Pero pase.

Gertru dormía durante todo el día en intervalos de media hora. Me senté a su lado y la observé dormir. Estaba tan relajada que tenía la boca abierta, la mandíbula rozando casi el cuello, las manos caían sobre las faldas de la camilla y un leve ronquido anunciaba la profundidad del sueño. ¿Qué estaría soñando? ¿Qué no me estaba contando Gertrudis de lo que sucedía en mi casa?

Despertó y al verme negó que se hubiera dormido. Me dijo que sólo descansaba los ojos. Sí, ya, los ojos y todo lo demás. Pero ella seguía en sus trece. Yolanda le ofreció algo de merienda, que supuse implicaría unas galletas, y luego me interrogó para saber de mi vida, de mi trabajo, de mis posibles amantes... Y cuando empezaba a relatarle, ante su mirada de decepción, que de amantes nada y que el trabajo normal,

ella ya estaba en otra o se había olvidado de las preguntas y por lo tanto no le interesaban especialmente las respuestas. Por fin solté lo que había venido a preguntarle.

—¿Por qué sugirió a mi casero que me alquilara el piso?

—Porque estaba vacío.

—Ya, pero no estaba en alquiler y usted lo sabía.

—¿Ahora me hablas de usted?

No parecía muy dispuesta a hablar de ello, pero insistí.

—Yo buscaba una casa y justo decidiste que tenía que ser esta. ¿Por qué?

—No sé, hija... Casualidades.

Me quedé junto a ella mientras terminaba su manzanilla y sus galletas. Hablamos un rato y casi sin darme tiempo a reaccionar, volvió a quedarse dormida. La miré. Me levanté. Caminé hacia el pasillo y me marché.

## 64. Su historia

Juana se sentó junto a mí en silencio. Yo cosía y no dejé de hacerlo hasta que se decidió a hablar por fin.

—Tengo que contarte algo.

Abandoné mis labores y la miré con atención, diciéndole con los ojos que podía empezar a hablar.

Juana se sentía distinta a los demás niños desde que era muy pequeña, pero no fue hasta los doce años cuando supo que los sentimientos que tenía por la que entonces era su mejor amiga en el pueblo, eran más fuertes de lo que había sentido nunca por nadie. Ella no encontraba problemas en aquello, su amiga era el eje de su vida, la persona con la que siempre podía contar, la que le hacía reír y la ayudaba a escapar de su entorno familiar, en el que hacía tiempo que se sentía incomprendida. En la infancia no hay prejuicios, te lanzas al vacío sin pensar en cuál será el siguiente paso, sin pararte a analizar las consecuencias de tus actos, simplemente actúas, simplemente vives. A los catorce años, las cosas cambiaron. Juana se hizo consciente de que había algo distinto en ella. No le gustaban los chicos, en el momento en el que sus hermanas comenzaban a buscar novios y hablar de hombres, supo que todo eso que escuchaba, esa sensación que percibía a su alrededor, ella la había depositado en su mejor amiga. Una noche de verano, cuando las fiestas del pueblo tocaban a su fin y las familias se recogían entrada ya la madrugada, Juana se sentó en las escaleras de la iglesia con su amiga y decidió dar un paso que cambiaría su vida. Le declaró lo que sentía, lo hizo suavemente, esperando en el fondo que su amiga sintiera lo mismo y aquello no fuera más que el comienzo de su primera relación. Pero las cosas no salieron como esperaba. Su amiga se alarmó tras su declaración, se levantó de allí indignada, diciendo que lo había estropeado todo, que tras aquello no podrían volver a ser amigas y que, por supuesto, ella no sentía lo mismo, ella no era así. Juana se quedó sola en la entrada de la iglesia, llorando, dejando escapar su tristeza mientras la orquesta de las fiestas recogía sus instrumentos y algunos vecinos cantaban borrachos en las últimas horas de celebración.

Durante semanas, Juana lloraba todas las noches, ante la perplejidad de su familia, que no entendía qué le estaba sucediendo. Nunca supo bien cómo ocurrió, pero el rumor se fue extendiendo por el pueblo hasta que llegó a oídos de sus padres. La interrogaron una tarde, cuando sus hermanos habían salido de casa. Allí estaban los dos, sentados al otro lado de la mesa, preguntándole a Juana que cuánto había de cierto en los rumores. Tuvo la tentación de decir la verdad, de contarles que se había enamorado de su amiga y que no había nada de perverso en lo que estaba sintiendo. Pero con los ojos clavados a la espera de respuesta y la violencia que se respiraba en la casa durante aquellos minutos, se vio obligada a mentir. Negó toda la historia, aunque la duda se mantuvo viva para gran parte de los habitantes del pueblo y sobre todo para su madre, que pasó a tratarla como a una desconocida. Juana vivió el resto

de su adolescencia con angustia y soledad, intentando reprimir lo que por lo visto era un instinto diabólico, sin poder compartir sus sentimientos y sus dudas, sin saber qué le estaba ocurriendo y por qué debía ocultarlo. Su amiga mantenía las distancias, puede que por rechazo real o quizá por miedo a las reacciones de su familia.

Al cumplir los dieciocho decidió marcharse a Madrid para buscar un trabajo de interna. No podía permanecer más tiempo en una vida claustrofóbica, en un rincón oscuro del mundo en el que nadie quería entenderla. Su familia no dudó en animarla a que lo hiciera. Probablemente, era una forma de evitar los comentarios de los vecinos y de los miembros de su propia familia. Su amiga no quiso despedirse de ella y Juana abandonó el pueblo con el deseo de rehacerse sin el peso del rechazo.

Intentó convencerse de que no sentía lo que sentía, se inventó que había sido una crisis adolescente y que en realidad ella era como las demás mujeres. Pero no funcionó. Vivió años con miedo, miedo a ser descubierta, miedo a ser una enferma, miedo a no enamorarse nunca más. Se dedicó exclusivamente a su trabajo, no era feliz, pero tenía la vida resuelta. Enviaba parte de su sueldo a sus padres, pero nunca más volvió allí ni pudo ver a sus hermanos. Le resultaba demasiado doloroso y sentía el asedio de la nostalgia, de cuando las cosas eran fáciles, de cuando era una niña que se sentía querida y aceptada por sus padres y no le preocupaba nada más allá de jugar en la plaza del pueblo.

Fue en su veintiún cumpleaños cuando recibió una carta, quizá la primera que recibía en su vida. Pero Juana no sabía leer y cuando se la entregaron se quedó sentada sobre su cama, intentando descifrar las palabras que aguardaban en el sobre. Le pidió a la señora de la casa que la leyera para ella, y tras hacerlo, Juana fue despedida sin más explicación. No entendía nada, pero por la reacción repentina de aquella mujer, y sobre todo, cuando finalmente le dijo que la carta había sido escrita por su amiga del pueblo, pudo entender que mencionaba algunos detalles de lo que las había distanciado. Llevó la carta consigo todos estos años a la espera de encontrar a alguien en quien confiar, que pudiera desvelarle el enigma que aquello suponía.

Encontró una habitación en una pensión de la calle del Pez, y a través de mi hermana Lola, en la pastelería que regentaba tras casarse con Cristóbal, se enteró de la existencia de mi casa y de nuestras circunstancias. Lola me contó que estaba sola, sin trabajo y con dinero sólo para subsistir unas semanas y Carmen y yo decidimos acogerla. Fue su oportunidad para empezar de nuevo, acompañada, protegida, pero todavía en la soledad de su secreto, que ahora me revelaba como si no pudiera esconderlo más tiempo. Como si prefiriera asumir el riesgo de mi posible rechazo a seguir viviendo en la mentira interior que pretendía mantener.

Me dio a leer la carta de su amiga. En ella expresaba su arrepentimiento, su culpa por haberla abandonado y por no haber podido aceptar con valentía que sentía lo mismo por ella. Pero era tarde, se había casado y tenía dos hijos. Había decidido sumergirse en su farsa para evitar el rechazo al que sin duda la habría disparado la sinceridad ante su entorno.

Me miró con curiosidad tras terminar la carta y relatarme todo aquello. Encontró en mí un gesto sereno, libre de juicios. Ella estaba más sorprendida que yo tras aquella charla. Yo sabía lo que sentía por Carmen y ella sabía que conocía la verdad, pero ambas vivimos como si no hubiera sucedido, como si hubiéramos olvidado que un día insinué que debía confesarle lo que sentía. Nos abrazamos al finalizar la conversación y a partir de entonces Juana vivió liberada, al menos en el espacio que ahora le pertenecía.

Carmen consiguió su perseguido sueño. Grabó un disco, y luego otro y otro, hasta convertirse en una de las artistas más conocidas del país en la época. «La Niña de los Pendientes» sonaba en la radio a diario, y mis hijas presumían con sus amigas diciendo que la habían conocido, que Carmen había vivido en nuestra casa. Tuvo dos niños con Julio y se mudaron a Córdoba, la ciudad que tanto había echado de menos durante su estancia en Madrid. Recibí una carta suya unas navidades. Me agradeció la vida que habíamos tenido juntas, me dijo que no habría llegado a donde estaba si no hubiera sido por mí y que había sido muy feliz junto a nosotras. Me escribió que durante años no había dejado de pensar en Juana y en mí cada día, y que cuando tenía tiempo para escuchar el serial de la radio a las cinco de la tarde, sentía nuestra presencia junto a ella en cualquier ciudad en la que estuviera.

«Elvira, parecía imposible, pero he conocido a Raquel Meller».

Tras relatarme los detalles restantes de su nueva vida, llegó la posdata. Y por sus palabras, entendí lo que había ocurrido en la cocina el día de su despedida.

«Dile a Juana que la quiero. No de la misma manera en la que ella me ha querido a mí, pero la quiero».

Abrí la jaula. Durante horas el Jilguero ni siquiera se acercó a la puerta. Encarna y Gloria no le perdían de vista. Me avisaron a gritos cuando por fin se movió. Era como si hubiera conseguido vislumbrar la salida a su libertad, como si hasta ese momento lo hubiera tenido delante sin ser capaz de abrir suficientemente los ojos. Avanzó tímidamente, y cuando se encontró con sus patitas fuera de la jaula, echó a volar por el salón con movimientos cortos y espasmódicos, y aleteó inquieto sin tomar tierra hasta que por fin se agotó y se quedó en una esquina de la cómoda. Dejamos el balcón abierto. Sabíamos que si el Jilguero lo decidía, abrazaría su libertad sin impedimentos. Encarna y Gloria le animaban a que volara lejos de allí.



## 65. Con sólo una mirada

Fui con Mónica a desayunar al Palentino. Pedimos cafés y extendimos dos periódicos distintos que luego intercambiábamos, a la espera de nuestras tostadas. No me fío mucho de la gente que se informa sólo con un periódico. Germán entró en aquel instante por la puerta, que es por donde se suele entrar en los sitios. Concentré la mirada en el periódico y Mónica se giró para comprobar lo que ya intuía. Le vio.

—¿Quieres que nos vayamos? —me dijo susurrante.

—No. Que se vaya él si está incómodo —contesté aterrada ante la posibilidad de tener que moverme.

—Como quieras.

Germán estaba incómodo, había entrado con su mujer y ya me había visto. Me fijé en ella mientras pedía en la barra. Loli dejó las tostadas para que las recogiéramos y me acerqué. Mientras Germán hojeaba el suplemento en la mesa de la entrada, o hacía como que lo hojeaba, su mujer y yo estábamos la una junto a la otra. Me sonrió cuando me hice hueco entre la gente, dejándome paso. Me gustó. Era una mujer de unos cincuenta años de estas que te quitan el miedo a hacerte mayor. Una mujer atractiva, pelirroja, con facciones un poco infantiles, delgada y vestida de sábado por la mañana. Iba de negro, con pantalones de pinzas y zapatillas. Era muy guapa. Pensé que se podía tener cincuenta años sin ser una señora, esta mujer era la clara prueba de ello. Se sentó junto a Germán ajena a que compartía el espacio con la que podría haber sido la amante de su marido y padre de su hijo. A partir de aquella reflexión todo se tornó incómodo. Sentí que era una impostora, que debíamos ocultar un sentimiento que cuando estábamos juntos parecía tan real, pero que ahora mismo sólo resultaba violento. ¿Qué había que hacer? Entre nosotros había algo, entre ellos también. Mensajes moralistas aparte, esta mujer desayunaba engañada una porra con café con leche. Esta mujer estaba respirando la clandestinidad en la atmósfera aunque no fuera consciente de ello. Yo no quería formar parte de aquello. Y sin embargo, no podía evitarlo.

Me fumé medio paquete de tabaco esperando a que Germán y su mujer, que parecían dispuestos a pasar allí la mañana entera, se marcharan. Quería evitar pasar por delante y su mesa estaba junto a la puerta, así que el camino debía despejarse para que yo me decidiera a salir. Mónica estaba desesperada.

—¿Hasta cuándo vamos a estar aquí?

—Hasta que se vayan.

Mónica suspiraba resignada y se pedía otro café.

—A este ritmo voy a salir de aquí con una taquicardia.

—Bienvenida a mi mundo.

Mónica soltó tal carcajada que consiguió que la mujer de Germán se girara. Germán cruzó sus ojos con los míos y yo le aparté la mirada. Pero él continuó mirándome, con una expresión que no había visto antes. Parecía estar intentando

decirme algo sin decirlo. Parecía intentar enviarme un mensaje confiando en que fuera capaz de descifrarlo. Me miraba fijamente como si su mujer no estuviera frente a él. Empezó casi a incomodarme. Mónica me miró y le miró a él.

—¿Qué hace?

Germán se levantó. Me dio la sensación de que iba a acercarse a donde yo estaba. Empecé a descomponerme. Le miré aterrada. Me devolvió una mirada sobria que me desconcertó. Echó un último vistazo para dejar claro que se marchaba, que se marchaba con ella sabiendo que yo me quedaba allí. Germán rompió conmigo con sólo una mirada. Cerró la puerta sin volverse, eligiendo continuar por el camino que ya había construido y desechando el que podría encontrar conmigo. Y me quedé con el paladar agrio. Mónica me cogió la mano.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

## 66. La vida

Unas notas al piano me despertaron suavemente. Tardé unos minutos en identificar el sonido, que se había colado en mis sueños desde hacía rato. Me puse la bata y caminé hacia el que fue el dormitorio de Carmen. El piano todavía permanecía allí, quizá como si «La Niña de los Pendientes» fuera a volver en cualquier momento. Me asomé a la habitación y vi a Encarna concentrada, posando sus dedos sobre las teclas blancas y negras. Ni siquiera me miró, estaba tan fascinada con el movimiento de sus propios dedos y con que estos emitieran sonidos tan enteros, que no desvió la vista del piano.

Encarna había cumplido cinco años y lo poco que le había enseñado Carmen de música y baile parecía brotar ahora, como si los conocimientos hubieran estado enclaustrados a la espera de una señal. Y la señal era esta, Encarna se había levantado decidida a poner en práctica las lecciones de piano. Durante esos años, me sorprendió la capacidad que tenía para la música, conseguía hacer sonar con armonía cualquier instrumento que pasara por sus manos. Gloria también se decantaba por el mundo que había respirado en casa todos estos años. Decidió que quería ser actriz y cantaba y bailaba disfrazada frente a Juana y a mí, que asistíamos pacientes a las representaciones que improvisaba para nosotras. Paseaba por la casa entonando canciones inventadas que a veces Encarna acompañaba al piano. Apoyé siempre la vocación artística de mis hijas. Y muchas veces pensé en todo lo que Carmen había dejado en esta familia. Pensé que yo nunca les habría transmitido la pasión por la música y el baile y, gracias a ella, empezaban a vislumbrar el camino que querían emprender. ¿Habría sucedido igualmente si Carmen no hubiera pasado por nuestras vidas? ¿Cómo habrían transcurrido estos años si no hubiera aparecido? ¿Qué habría pasado si Luis nunca se hubiera marchado? ¿Habría aprendido todo lo que he aprendido desde su marcha o no me habría hecho falta aprenderlo? Me hacía estas preguntas muchas veces. Me asaltaban las dudas sobre lo que debía o no debía ocurrir o haber ocurrido.

Salí de la cafetería «Sidi» y caminé de vuelta a casa. Unos metros antes de llegar al portal, encontré al Jilguero muerto junto a la acera. Intenté consolarme con la idea de que, al menos, había muerto en libertad. ¿Era mejor morir en libertad que vivir enjaulado? Quise pensar que sí. Mis hijas nunca supieron la verdad.

## 67. Cumpleaños

«Esto es una locura», era la frase más nítida que recordaba desde que le conocí. «Esto es una locura». Quizá tuviera razón. Escuchaba el eco de aquellas palabras en mi mente. Lo que escucha la mente siempre es el eco. El sonido primigenio sólo suena una vez. El resto es eco. Y escuchar el eco mental es similar a perseguir tus sombras. Como los perros que oyes por las noches en el campo, que ladran y se contestan al eco de sus propios ladridos, creyendo contestar a las voces de otros perros. Así son para mí las palabras que cruzan mi mente, ladridos que contestan a su propio eco. Mensajes inútiles y a veces agonizantes que te succionan cualquier posibilidad de armonía. ¿Por qué lo hacemos? ¿Por qué seguimos creyendo que pensar en las cosas hará las cosas más fáciles? O que pensar en los problemas del futuro nos preparará para cuando esos problemas lleguen. No es así, queremos tenerlo todo bajo control, pero en el fondo sabemos que eso no es posible. Afortunadamente.

Y llegó el momento, como siempre, en la misma fecha, ese día fatídico que uno no puede olvidar aunque quiera: el cumpleaños. Treinta y siete castañas, como decía mi abuela. Mónica me convenció para que cenáramos juntas en casa esa noche y mientras hablábamos de ello por teléfono, Nicolás, que escuchaba casi por inercia mi conversación, insistió también en celebrarlo a la salida del trabajo. También me llamó mi ex, que nunca olvida esta fecha y casi sin darme cuenta había invitado a cenar a casa a Mónica, Nicolás, Marta, mi ex y su novia. ¿Qué me estaba pasando? Llevaba veinte años sin celebrarlo, pero mi entorno estaba tan interesado en conocer la casa, que les pareció una ocasión perfecta para descubrir el espacio que protagonizaba mi novela, esa novela que todavía debía escribir aun sabiendo que se me acababa el tiempo. Mi madre me había ofrecido la posibilidad de cenar con ella, mi padre y mi hermana y cuando le dije que iba a celebrarlo en casa con amigos, se sorprendió demasiado.

—¿Amigos? ¿Qué amigos?

Mónica llegó la primera y me pilló experimentando con un arroz al horno que previamente mi madre me había explicado cómo preparar. Estaba emocionada ante la idea de cocinar algo que no hubiera pasado por el microondas. Abrimos la primera botella de vino. Subieron Nicolás y Marta. Nicolás llegó contento, observando la casa con curiosidad y dejándome claro que no me guardaba rencor por lo que había pasado o, más bien, por lo que no había pasado. Se unieron mi ex y su chica y el arroz, inexplicablemente, fue un éxito. Nos sentamos en la mesa de la cocina, bebimos varias botellas de vino, charlamos durante horas. Con unas copas de más terminé contándoles mis encuentros con Germán, se descojonaron un buen rato a mi costa. Mónica habló de experiencias similares y al final todos se arrancaron a revelar sus momentos más humillantes y divertidos. Mónica estuvo a punto de ganarme en anécdotas humillantes. Relató aquella cita a ciegas que tuvo con un personaje bastante conocido. Cenaron, charlaron, se fueron a casa de ella y por lo visto la noche

fue desastrosa. Como no podía ser de otra manera, en cuanto él se marchó, Mónica me envió un *SMS* para contármelo: «Fatal, tía, la noche ha sido un desastre». Pero lo que ella no sabía es que ese *SMS* nunca me lo envió a mí, sino a él. Cuando se dio cuenta del error, ya no había solución posible. Entonces yo atacé con mi patético enfado una vez que estuve esperando a mi cita durante hora y media en un café. Finalmente, le llamé, dejando un mensaje en el contestador en el que le ponía a parir por haberme dejado plantada. Unos segundos después, sin haber escuchado todavía mi mensaje, me llamó para disculpar su ausencia, y me contó que la razón era, nada menos, que su padre acababa de morir de un infarto. Lo que ocurrió al escuchar mi mensaje nunca lo supe. No volví a saber de él. Estos fueron los *hits* de la velada cumpleaños. Una velada perfecta, relajada y divertida. Fueron horas en las que conseguí liberarme de mi ansiedad tras el encuentro con Germán.

Definamos encuentro. Impulso que surge tras la conexión con otro ser humano. Definamos «cargarse un encuentro». Intentar encajar lo que te ha ocurrido dentro del molde de lo conocido. Es decir, si el impulso que nace de ese vínculo no desemboca en una relación, ya sea de amantes o de pareja, entonces empiezas a verlo como un fracaso. Si lo que sientes no tiene una forma definida y conocida previamente, si no pertenece a la estructura que entre todos afianzamos, entonces te desubica. Pero lo que verdaderamente es un fracaso es manipular los encuentros, intentar que todo se parezca a lo que ya conocemos. Así no hay forma de escapar, así no se puede volar. Y esa era justamente mi intención con Germán. Encontrarme con él me había lanzado por encima de mí misma, pero al comprobar que aquello no iba encaminado a nada concreto, entonces sentí que todo era un engaño. Debía ser capaz de vivir el estímulo que me proporcionaba el encuentro y no intentar asfixiarlo para que se pareciera a lo que yo quería obtener: un novio, un amante, un padre para mis hijos. Bien, he contado lo mismo de tres o cuatro formas distintas, creo que ya ha quedado claro lo que quiero decir.

Y mientras algunos elegían la música y otros visitaban el dormitorio donde Carmen Abril tenía escrito su nombre, me asomé al balcón con una copa de vino y sentí una liberación repentina. Como si me desenganchara físicamente de mi vínculo con Germán. Sabía que había sido algo especial, pero también sabía que tras la magia que me había visitado venía la obsesión, el rechazo y la tristeza. Y todos esos sentimientos volaban ahora ante mis ojos, escapando de mi casa y de mi cuerpo mientras las risas conquistaban el aire.

## 68. Otro comienzo

Juana y yo bajamos para ayudar a María a subir la maleta hasta casa. Era una chica joven, con la tez muy pálida y una melena rubia sujeta en una trenza. Cargamos sus bultos entre las tres mientras Gloria y Encarna nos observaban desde el rellano. Vi sus rostros al final de la espiral que formaban las barandillas. Esperaban con entusiasmo a esta nueva inquilina que llegaba rota por su historia y agotada por el viaje que emprendía desde un pueblo de León. Había ido a buscar a su hijo, pero no lo encontró. Ese mismo día nos contó cómo y dónde empezaba su historia.

María mantenía una relación con un hombre casado en el pueblo en el que vivía con su familia. Mantenían su idilio en secreto, hasta que María se quedó embarazada y tuvo que marcharse de allí por petición del padre de su hijo. La envió con una hermana a un pueblo de Extremadura, la desterró para ocultar su embarazo y la posibilidad de que al preguntarse de quién podría haberse quedado embarazada, su nombre saliera a la luz como candidato. Él le enviaba dinero y ella tuvo a su hijo rodeada de extraños, en una casa que se encontraba en mitad del campo. Una casa de piedra rodeada de maleza salvaje que incluso empezaba a dificultar el acceso a la entrada. El padre del niño, poco a poco, se fue distanciando y evitando sus responsabilidades económicas con esta nueva familia. Ella no podía volver a León, y tampoco podía trabajar en el campo porque apenas había trabajo para los escasos habitantes de donde ahora vivía. Supo que algunas mujeres se marchaban a Francia y decidió emprender un viaje en busca de dinero para mantener a su hijo. Pero lo hizo sola, dejando al niño con una mujer del pueblo que accedió a cuidarlo a cambio de una compensación económica.

Llegó a París y caminó fascinada por la ciudad, fundiéndose entre la gente. Respiró la libertad de las terrazas, los cafés y los músicos que tocaban en las calles. Gracias a otra mujer española entró enseguida a trabajar de criada en una casa del centro de la ciudad. Vivía en una habitación del último piso, un espacio pequeño y gélido con un minúsculo ventanuco por el que divisaba un horizonte repleto de tejados, atardeceres y noches estrelladas.

María trabajó dos años en París y enviaba dinero para la manutención de su hijo. Escribió varias cartas para preguntar por él, pero pasaron los meses y no recibió respuesta. La inquietud se instaló en su rutina y su vida comenzaba a perder sentido allí, tan lejos de su única familia y con la incertidumbre rondando a cada paso. Había sido una experiencia que la transformaría para siempre, pero en algún lugar de su océano interior sabía que la etapa tocaba a su fin. Había ahorrado algo de dinero y emprendió el viaje al pueblo para reencontrarse con su hijo, que habría cumplido tres años por entonces.

Avisó por carta de su llegada, pero al bajar del autobús no encontró a nadie. Se vio con las maletas en la plaza, en pleno invierno y completamente sola. Esperó unos minutos a que alguien apareciera, y al comprobar que aquello no ocurría empezó a

caminar, arrastrando el equipaje y su nerviosismo hasta llegar a su destino.

Su hijo no estaba. Su padre se lo había llevado y nadie tenía más noticias del paradero de ambos. Intentó mantener la calma, aunque durante varios días no supo qué podía hacer. Volvió a su pueblo. La familia de él también se había marchado de allí, pero entre los vecinos se especulaba con la posibilidad de que se encontraran en Madrid. María viajó a Madrid, encontró un trabajo de cocinera en una casa y una habitación en un hostel cercano a la Gran Vía. Durante meses se esforzó en la búsqueda de su hijo, pero sus esperanzas se apagaban con el paso del tiempo. Alguien, cuyo nombre no recordaba, le habló de nuestra casa y de la historia, cada vez más conocida, que estábamos viviendo. Otro rumbo conviviendo en las estancias de este refugio femenino que seguíamos dispuestas a mantener y a ofrecer a quien lo necesitara. Sentí que estas eran las líneas de un nuevo prólogo. Carmen y tantas otras se habían quedado en el aire y todas respirábamos los rastros de la superación y la armonía que iban regando nuestros pulmones. Juana y yo nos ofrecimos para iniciar una nueva búsqueda. Quizás entre las tres fuéramos capaces de encontrar a su hijo. Pero ahora tocaba descansar. Ayudé a María a colocar sus cosas en el armario mientras Juana preparaba la cena para todas. Terminamos de hacer la cama y María se sentó a mirarme un instante.

—¿No nos hemos visto antes? —me dijo con un claro gesto de sorpresa.

—No creo.

Sentí curiosidad por aquella chica. Conocía su relato, pero había muchas más cosas que, como en todas nosotras, no podía adivinar en sus palabras.

—¿Te importa que te retrate?

María accedió encantada. Nos dirigimos a cenar a la cocina. Se abría otro capítulo de mi vida.

## 69. Inspiración

Doblé la esquina de la calle del Pez y comencé a subir hacia mi casa. Cuando estaba a la altura del portal, vi que sacaban a Gertrudis en una camilla del Samur. Me acerqué corriendo y pregunté qué había sucedido. Yolanda iba con ella y me dijo que estaba deshidratada y se la llevaban al hospital hasta que se recuperara. Me asusté muchísimo, pero Gertrudis no parecía asustada.

Fui al hospital a visitarla y le llevé unas galletas de las que le gustaban. Al verme sonrió, y al ver las galletas intentó reír, pero estaba demasiado débil.

—No puedes estar aquí sin galletas, Gertru.

Me miró sonriente y cerró los ojos de cansancio.

Me quedé por allí un par de horas. Caminé por los pasillos, fijándome en los enfermos que se encontraban dentro de las habitaciones. Da cierta congoja estar en un hospital. El enfermo se convierte en un ser vulnerable, o al menos eso es lo que uno percibe como espectador. Pensé en los misterios que atraviesan los cuerpos moribundos, incluso los cuerpos ya sin vida. No sabemos nada del funcionamiento humano, no sabemos qué puede estar moviéndose en las últimas horas, o en las personas conectadas a las máquinas que, aparentemente, no responden a ningún estímulo. Y entiendo que no sepamos nada, lo que me aterra es que actuemos como si lo supiéramos. No tenemos ni idea de qué es un ser humano, nadie ha conseguido una definición que no suene estúpida. Había escuchado que el ser humano es aquel que piensa, por ejemplo, pero ¿qué hay de todos aquellos que no piensan, como mi padre, o de personas sin actividad cerebral? ¿Qué definición utilizamos entonces? Un poco de humildad no nos vendría mal. Intenté no sentir tristeza por toda esta gente, por personas que incluso perdían el latido poco a poco en sus habitaciones fluorescentes. Individuos rozando la frontera de la muerte en cada respiración. ¿Qué sienten? ¿Tienen miedo? Y si lo tienen, ¿por qué no lo parece? Quizá no exista miedo justo antes de morir. Puede que exista mucho más miedo ahora que unos segundos antes de marcharse. Tras mi expedición sociológica o metafísica, me gusta alternar ambas cosas, volví a la habitación y me despedí. Me cogió la mano, Yolanda me dijo que se recuperaría, y aunque eso no fuera una garantía de nada, me alivió muchísimo. Estaba a punto de salir cuando escuché la voz quebrada de Gertru:

—Ya has visto las huellas, ¿verdad?

Volví sobre mis pasos alucinada por lo que acababa de decirme. No se inmutó. Cerró los ojos de nuevo y entendí que no iba a hablar de ello, pero que sabía lo que estaba sucediendo.

Llegué a casa y me quedé pensando. ¿Qué sabía Gertrudis? ¿Qué había vivido ella en mi casa? ¿Qué le habría contado Elvira de mi historia y del espejo? ¿Llegó a ver mi retrato?

22 de octubre. Era lunes. Llovía, hacía frío, y al sonar el despertador supe que era mi día de escritura. Llamé al trabajo para decir que no iba, alegando gastroenteritis.



Me preparé un café, apagué el móvil, descolgué el fijo... Sólo me faltó tapiar las ventanas por si alguien intentaba comunicarse conmigo desde la calle.

Mantener un estado de silencio mental es como caminar sobre una cuerda de equilibrista. Se puede hacer, porque hay quien lo hace. Puedes llegar a concentrarte y conseguirlo; ahora, si tu mente se desvía un instante, si miras hacia abajo, si te dejas atrapar por cualquier distracción física o psicológica, pierdes el equilibrio. Y caes. Así una y otra vez, hasta que un día consigamos recorrer la cuerda con firmeza y llegar al otro lado. Lo conseguiremos. El ser humano es un equilibrista nato.

Hice una pausa para comer algo y encendí el teléfono. Más que nada porque si mi madre llama y estoy desconectada durante horas, su conclusión es que he sido arrollada por un autobús o secuestrada. Puede que incluso ambas opciones juntas. El móvil sonó inmediatamente, como si desde el otro lado supieran que lo acababa de encender. Era Gloria y su voz me estremeció. Pensé que nunca volvería a saber de ella. Me contó que al observar el retrato que le había llevado, recordó algo de repente. Su madre había titulado el cuadro al dorso. Elvira no sabía que Gloria se había dado cuenta, pero un día, cuando mi retrato cayó al suelo por circunstancias misteriosas y el cristal se rompió, Gloria se fijó en que había unas letras.

—Si miras detrás de tu retrato descubrirás lo que hay escrito.

Había caminado hacia mi dormitorio mientras Gloria me contaba todo aquello. Nos despedimos, colgué. Saqué lentamente el retrato del marco, aparté el cristal y miré al dorso del lienzo. Lo leí.

Me senté frente al ordenador y empecé de cero. Y tuve la certeza de que a cada minuto se empieza de cero. Cada tictac del reloj del mundo, del tiempo de la humanidad, de los minutos del hombre, cada instante está preñado de todo lo que existe y ha existido. El tiempo vuelve a cero en cada respiración. Nuestros pulmones nos brindan la oportunidad de asumir una nueva vida en cada pulsación. Yo estaba dispuesta a hacerlo.

## 70. Sólo en mí

Juana cortaba verduras a duras penas y me ofrecí para bajarle el cuchillo al afilador.

—¿Qué afilador? —preguntó sorprendida.

—Santiago, el afilador nuevo del barrio.

Me miró confundida.

—No hay nuevo afilador, desde que se jubiló el anterior no tenemos ninguno por aquí.

—Claro que sí, le he bajado los cuchillos y las tijeras dos veces.

Juana volvió a mirarme, esta vez preocupada. No entendía qué estaba sucediendo y desistí. ¿De verdad no le había visto nunca? Santiago se situaba a menudo en nuestra propia calle, ¿por qué no había reparado en él? Cogí el cuchillo, lo metí en la bolsa de ganchillo con la que solía hacer la compra, y salí a buscarlo. No se encontraba en nuestra calle y miré desde la esquina hacia ambos lados. Subí por Molino de Viento, la calle más empinada del barrio. Mi brazo izquierdo se resentía por el esfuerzo que tenía que hacer con el bastón, era una calle que evitaba siempre y no sabía por qué había elegido aquel camino justamente ese día. Me detuve a mitad de la calle y me apoyé en la pared para descansar mi pierna derecha. Cogí fuerzas y retomé la marcha. Y a medida que subía, el recuerdo de la expresión perpleja de Juana comenzó a turbarme más de la cuenta. Tampoco le encontré en Espíritu Santo, ni en la plaza de San Ildefonso, ni en ninguna de las calles por las que habíamos paseado días atrás. Su ausencia empezó a despertar mi nerviosismo. No había rastro del afilador. Bajé la Corredera de San Pablo esperando encontrarle en el primer tramo de la calle del Pez. Doblé la esquina con ansiedad, recreaba en mi mente cómo sería el encuentro, incluso la conversación en la que le diría que menudo susto me había dado, que por un momento pensé que nunca más volvería a verle, y le relataría la anécdota inexplicable de que Juana dudaba de su existencia. Pero tampoco estaba allí. Pregunté en el ultramarinos de Pez cuando volvía de nuevo hacia casa. El tendero también contestó con extrañeza.

—Ya no hay afilador, Elvira. Casto se jubiló. Ahora hay que arreglárselas hasta que venga otro.

—Pero yo le he visto y le he bajado los cuchillos.

Al ver la misma mirada desubicada que acababa de recibir de Juana, callé. Y de camino al portal, me asusté. Me asusté tanto que decidí esperar antes de subir. Fui hasta Barco y entré en «Sidi», el último sitio en el que alguien podía habernos visto juntos. No era posible que el afilador hubiera desaparecido, pero era todavía más improbable que nadie más le hubiera visto además de mí. Pregunté al camarero, que no dejó su tarea mientras me hablaba.

—¿Recuerda a un chico con el que estuve sentada hace dos días aquí mismo?

Hizo memoria mientras servía una bandeja de churros para un grupo de hombres

que había invadido el local en pocos minutos. Hablaban alto y junto con el ruido de la máquina de café, apenas podíamos oírnos.

—La recuerdo a usted, pero que yo sepa vino sola.

—Entró un chico con una camisa blanca, joven, y se sentó junto a mí. Salimos de aquí los dos.

—Si usted lo dice... Pero yo la recuerdo a usted sola al entrar y al salir...

Parecía una broma pesada. ¿Dónde estaba Santiago? ¿Dónde estaba el joven afilador? ¿Qué estaba pasando? Cerré los ojos y traje a la mente los momentos que había compartido con él. Mi cuello se tensó al darme cuenta de algo que hasta ahora no parecía tener ninguna relevancia. Nunca le vi con nadie más que conmigo. Nunca le vi trabajando para otras cuentas, no le vi hablando con los vecinos del barrio, ni siquiera saludando por la calle. No quería creer la conclusión a la que estaba a punto de llegar. ¿Podía el afilador existir sólo en mí?

## 71. La novela

Tenía doscientos cincuenta y cinco folios escritos. Había sido magia, si no, no me lo explico, que yo, ¡yo!, pueda llegar a escribir doscientos cincuenta y cinco folios, ¡yo sola! Y según le iba a dar a guardar documento... La pantalla se apagó. Negro. Silencio. No emití ningún sonido. No moví un músculo. No salió de mí ninguna reacción, porque era tal la gravedad de lo que acababa de ocurrir que no era capaz ni de intentar asimilarlo. Esperé inerte. Eso es lo que hago cuando entro en pánico. Esperar a que todo se arregle sin colaborar en el proceso. Nada. El ordenador se había fundido. Intenté respirar profundamente para relajarme, conté hasta diez. Conté hasta veinte y luego ya grité y di una patada contra la mesa que me dejó un moratón que aún hoy conservo. Es muy tierno conservar las consecuencias de los momentos trascendentes de tu vida. Cogí el portátil y me dirigí al informático. Ya sabía lo que me iba a preguntar: «¿Lo has guardado en un disco duro extraíble? ¿En un CD? ¿En un USB?». No, no, soy gilipollas, no lo he guardado en ningún sitio. Pero al ver mi cara, directamente, no preguntó. Supo que la había cagado y no me castigó por ello. Había más gente en la tienda, pero me daba igual, lo mío era más urgente que lo que le pudiera suceder a los demás (este pensamiento me visita a menudo, en casi cualquier situación). Había experimentado la inspiración por primera vez, y el resultado de esa obra susurrada por las musas estaba a punto de perderse en el oscuro y masificado universo de los errores informáticos. Un agujero negro en el que documentos huérfanos se desplazaban sin rumbo al haber sido eliminados por la torpeza de sus dueños. Miles de ideas y letras que nadie leería jamás. Aunque, probablemente, fueran casi todas mías, así que tampoco es una gran pérdida para el mundo. Sujetaba el ordenador entre mis brazos como si llevara a mi hijo enfermo a un centro de urgencias. Esperaba allí al borde del llanto, los labios apretados por la tensión y el temor a escuchar las siguientes palabras: «Hemos hecho todo lo que hemos podido». Dios mío, el día que me ocurra algo de verdad grave moriré del *shock* en sólo unos segundos. El informático me puso esa cara típica de «niña, tú eres tonta» que suavizó con un «dame un par de horas y veo qué puedo hacer». Durante la operación, me di un paseo por el barrio y me juré que si recuperaba el documento lo metería en un disco extraíble, en un USB, me lo enviaría por *mail* a todas mis direcciones de correo e incluso llegaría a memorizar los doscientos y pico folios.

Entré en una cafetería de la calle Colón, el bar «Sidi», en el que había dos prostitutas desmadejadas al fondo de la barra, un camarero pequeño con un bigote que parecía de mentira y una mujer de unos cincuenta años con pinta de pasarse allí los días enteros. Me senté junto a un ventanal y pedí un café. La mujer de la barra me advirtió que cuidara de mi bolso, que había visto cómo le quitaban la cartera a una chica allí mismo unas horas antes. Le hice caso y le agradecí el consejo. Habría sido un fin de fiesta estupendo. Hacer desaparecer mi novela y que me sustrajeran la cartera. Miré fuera intentando olvidarme de mi ordenador, que no era tarea fácil.

Desde donde estaba, abarcaba un gran tramo de Barco (abarcas Barco tiene su punto) y me dediqué a observar a una ancianita que caminaba calle arriba. No sé el tiempo que duraría aquello, pero iba sujeta a un tacataca y sus ojos se concentraban en el siguiente paso. No perdí detalle de la escena. Jóvenes y no tan jóvenes la adelantaban sin alterarla. Los metros que otros superaban con ligereza, ella los enfrentaba con empeño y constancia. Llegó hasta el ventanal y se detuvo al final de la cuesta. Respiró, y me pareció percibir una sonrisa sutil en su rostro. Lo había conseguido. Y pensé que si esa mujer, que apenas podía mover las piernas, había sido capaz de traspasar sus propias barreras, yo tendría que ser capaz de escribir de nuevo mis doscientos cincuenta y cinco folios.

Volví a la tienda de informática. Alejandro me sonrió desde detrás del mostrador y yo solté un suspiro de alivio.

—Esta vez has tenido suerte.

Me abracé a él y comenzó a relatarme el proceso de recuperación.

—Lo que ha pasado ha sido que (laguna mental producida por el desinterés absoluto de la información recibida) pero al final he conseguido recuperarlo.

—Me has salvado la vida.

—Ahí tienes tus trescientos siete folios.

—No, eran sólo doscientos cincuenta y cinco.

Contesté mientras sacaba el dinero de la cartera, esa cartera que no me habían robado, para pagar la recuperación de ese documento que no había destruido. Y daba igual que me dijera que tenía que darle quinientos euros, le habría pagado lo que fuera. «Son dos mil euros». «Bien. Un momentito, que atraco a mis padres y vuelvo enseguida». Miró de nuevo el ordenador e insistió:

—Aquí salen trescientos siete folios.

—Bueno, igual se han movido las letras o algo...

—No, está tal cual.

Llegué a casa con extrema curiosidad. Le pedí a George Clooney que me preparara uno de sus cafés especiales, encendí el portátil y comencé a releer las páginas. Llevaba menos de treinta folios leídos cuando me topé con multitud de palabras y frases que no recordaba haber escrito. Era mi estilo, mis construcciones, pero el contenido era absolutamente nuevo. Sentí una taquicardia secuestrándome el corazón. Aquellos cincuenta y dos folios extra no los había escrito yo. Y aun así, no he tocado una coma de todas esas palabras.

## 72. Todo

Me quedé dormida frente al espejo. Y el alud de imágenes que cubrieron mis sueños llega ahora más nítido que nunca. Vi a esa mujer que había dejado de ser una desconocida. Me vi a mí misma. Luego llegaron secuencias inexplicables en las que Lourdes sujetaba la capa roja mientras mi padre se encontraba justo tras ella. Y sabía que aquel era mi padre real, el padre del que ni siquiera había visto una foto jamás. Me vi a mí misma postrada en una cama con la mano de Gloria sujetando la mía. No veía su cara, sólo sentí el roce de sus dedos con los míos y reconocí su aliento muy cerca de mí. Luis se despedía desde un vagón violeta, yo le observaba en el andén y ambos nos sonreíamos mientras agitábamos las manos cuando el tren se ponía en marcha. Ninguna oscuridad inundaba la escena, ningún recuerdo angustioso, sólo nuestros ojos brillando y diciéndose adiós sin el peso del pasado. Soñé con peces naranja, que atravesaban el espejo moviéndose nerviosos. Unas notas de piano dieron paso a mi hija Encarna, que de repente tocaba el violín con un vestido blanco de encaje. Carmen y Juana bailaban en la verbena, rodeadas de velas en una noche de verano, y poco a poco iban desplazando sus pasos hacia el infinito del espejo. Se alejaron mientras la armónica del afilador se imponía en el silencio de la tarde. Las nubes caían despacio fundiéndose con la lluvia. La mujer del espejo se acercó a mí, me miró a los ojos y, tras permanecer quieta un instante, me abrazó enérgica. Me abrazó apretando sus manos contra mi espalda. Vi a mi madre joven, como no la había visto nunca. Vestida de verde, con la mirada serena, sentada sobre una cama con sábanas de raso. Lola y Pilar reían en la plaza del pueblo en el que nacimos. Mi hermano Esteban las vigilaba desde la ventana de una casa de piedra, y me señalaba cuál era el rumbo que debía tomar. Caminaba por una senda desconocida y a mi paso encontraba mi imagen en distintas etapas de la vida. Cruzó una Elvira niña que llevaba en sus brazos una muñeca de porcelana. Y una Elvira joven que corría junto al niño rubio que había visto en la infancia, ninguno de los dos llevaba bastón, ni muletas. Corríamos a gran velocidad, atravesando un terreno espeso lleno de flores de todos los colores. Unas risas lejanas surcaban el espacio. El retrato de Gertrudis tomó relieve en el lienzo. Mi reflejo se llenó de huellas posadas en cada tramo de mi cuerpo. Vi a la mujer del espejo en el otro extremo del sofá. La miré. Se levantó. Pronunció unas palabras que apenas pude escuchar. Comenzó a caminar a través del azogue. Susurró de nuevo, esta vez sí lo escuché: «Elvira, te llevo siempre conmigo». Se derrumbaron todos los muros, dejándome sola en el sofá, en mitad de un desierto silencioso y casi transparente. El espejo se llenó de luz y abrí los ojos. Desperté. Me pareció escuchar el canto del Jilguero. Permanecí atenta para descubrir si todavía estaba durmiendo. Gloria irrumpió en el salón. También lo había escuchado. Miré a mi alrededor. El pájaro no estaba, pero su canto había visitado nuestra casa. Las campanas de la iglesia quebraron la tarde.

## 73. Más allá de mí

40 días. 23 de octubre. Terminé la novela. Escribí un «fin» en letras grandes, que también marcaba el fin de una etapa de mi vida. De la etapa más mágica de la que había sido consciente nunca. Me levanté del escritorio y permanecí de pie con una serenidad desconocida. Miré a mi alrededor despacio, radiografiando lo que repentinamente se presentaba como un decorado.

El agua temblaba, pese a que el pez permanecía quieto, agazapado al fondo de la pecera como si tuviera miedo a moverse. Sentí un zumbido en la cabeza. La atmósfera se densificó, me temblaban las piernas y no podía dejar de pestañear. Mi cuerpo cansado tomó el sofá como si necesitara rendirse. Y una especie de corriente eléctrica se acercó a mí hasta hacerme posar los ojos en el espejo. No podía respirar, decidí no mover un solo músculo por miedo a perder la imagen que estaba viendo. Una mujer joven, de cabello claro recogido en un moño, de ojos grandes y ojeras pronunciadas, con una falda roja y una camisa blanca, se encontraba sentada al otro lado del sofá, al que no me atreví a girarme. Tenía a Elvira junto a mí. Más guapa que nunca, tranquila y sin bastón. Seguí mirando hacia el espejo. Elvira y yo cruzamos la mirada en el reflejo. Nos mantuvimos quietas un tiempo indefinido, pudieron ser horas o segundos. Mi piel se erizó. Mi cráneo cosquilleó. Mi columna vertebral pareció culebrear. Las campanas de la iglesia comenzaron a marcar las doce de la noche. Giré la cabeza hacia el otro extremo del sofá. Pude mirar a Elvira el tiempo que dura el destello de una chispa. Las campanadas terminaron de marcar nuestra despedida. Desapareció. Observé mi reflejo solitario en el espejo. Supe que ya no volvería a verla allí.



BÁRBARA ALPUENTE (Madrid, 1973) es guionista, columnista y escritora. Ha trabajado en *Canal Plus*, *Radio Nacional* y *Paramount Comedy*, entre otros medios. Ha sido coordinadora de gui3n y guionista de televisi3n en programas de humor y series como *Camera Caf3* y *Doctor Mateo*, y columnista durante a3os de *YoDona*. En la actualidad est3 preparando una obra de teatro y colabora en el blog *Otras pol3ticas*.